

Galerna

TERESA HERNÁNDEZ

Galerna
TERESA HERNÁNDEZ

A decorative flourish consisting of a horizontal line with a pen nib on the right end, and a loop that starts from the left side of the line, goes up and over the line, and then loops back down to the line.

Copyright © 2018 Teresa Hernández

Primera edición: Julio 2018

Corrección: Violeta Moreno Treviño

[Portada: Maiki Niky Design \(Rosa Ceballos\)](#)

[Diseños interiores y maquetación: Maiki Niky Design \(Rosa Ceballos\)](#)



Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

*A Carlos,
por estar siempre a mi lado provocándome una sonrisa,
por iluminar mis días y dar sentido a nuestra vida.*

Con todo mi amor.

TQ.



[Salve Marinera](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía y otros libros de la autora](#)



*"Esta barquilla tiene historia. Es honor a los que
hogaron encima de ella" CABO QUEJO 2018*

Localización: Isla, junto a la playa de los Barcos (Cantabria)



SALVE
MARINERA

*¡Salve!, Estrella de los mares,
de los mares iris, de eterna ventura.*

¡Salve!, ¡oh, Fénix de hermosura!

Madre del Divino Amor.

*De tu pueblo, a los pesares
tu clemencia dé consuelo.*

*Fervoroso llegue al cielo
y hasta Ti, y hasta Ti, nuestro clamor.*

¡Salve!, ¡salve!, Estrella de los mares.

¡Salve!, Estrella de los mares.

*Sí, fervoroso llegue al cielo,
y hasta Ti, y hasta Ti, nuestro clamor.*

¡Salve!, ¡salve!, Estrella de los mares,

Estrella de los mares,

¡Salve!, ¡salve!, ¡salve!, ¡salve!

(Mariano Méndez Vigo)



***“Yo soy el dueño de mi destino;
yo soy el capitán de mi alma”.***

William Ernest Henley.

Costa Cantábrica

Año 1210

—¿No te parece impresionante la belleza y la fuerza que desprende este mar bravío? Verdaderamente me tiene cautivado: la perfección de su abrupta costa, la potencia del oleaje luchando contra el litoral y el olor a salitre, a libertad... ¿No crees que es maravilloso, Velasco? —Rodrigo se sentía relajado, como hacía mucho tiempo que no lo estaba, esperaba que el nuevo rumbo que había decidido darle a su vida y el cambio de aires, le proporcionasen un poco de paz de espíritu y de tranquilidad.

Velasco, en cambio, no podía evitar sentirse mareado y con el estómago encogido debido a las náuseas que no dejaban de atormentarle, provocándole un mal estar generalizado y un estado de agotamiento al que no estaba acostumbrado. Intentaba mantener la compostura frente a su superior y amigo por todos los medios posibles; no era ni adecuado ni conveniente mostrar sus debilidades, no quería parecer un hombre enfermizo o frágil, pero le era del

todo imposible conseguirlo. Él, todo un guerrero curtido en mil batallas, estaba preparado para afrontar los peligros en tierra y no para navegar. Y mucho menos para surcar un mar como ese que, aun estando en calma, resultaba amenazador y les obligaba a permanecer alerta en todo momento. Ya se lo habían advertido antes de zarpar, por algo los romanos decidieron llamar al mar Cantábrico *mare tenebrosum*. Las historias que se relataban sobre él no eran buenas, todas hacían referencia a su dureza.

—Sinceramente, no entiendo cómo puede parecerle interesante y fascinante un mar tan impredecible y misterioso como este. Desde luego que necesitas descanso y oración para recuperar la cordura y el entendimiento. —La voz de Velasco era un susurro apenas audible, el mareo permanente que sufría y que no le había abandonado en ningún momento, unido a los vómitos que le acompañaban desde el mismo instante en el que el barco zarpó le estaban pasando factura. Caro le estaba saliendo el viaje a esas tierras desconocidas que se habían marcado como destino. Sus palabras salieron entrecortadas debido al esfuerzo titánico que estaba realizando intentando evitar las incómodas y continuadas arcadas que una vez más le estaban entrando.

—Lo mejor será que vayas a tumbarte al jergón que nos han asignado en la bodega de carga. Cierra los ojos e intenta recuperarte. Pareces una piltrafa, estás tan pálido que podrías pasar perfectamente por un espíritu del otro mundo —ordenó Rodrigo autoritariamente, no admitiría un no por respuesta—. Según me ha informado el capitán del barco, el viaje no tardará en llegar a su fin, aunque todavía nos falta un tanto de travesía antes de poder arribar en el puerto.

—¡Que Dios nos proteja!, podía haberme ahorrado este trayecto innecesario y caprichoso y haber esperado en el puerto tu regreso hasta retomar nuestro camino tranquilamente a caballo —musitó Velasco exasperado y totalmente desanimado. Ese viaje se estaba convirtiendo en un infierno para él, en una mala pesadilla, y en esos momentos lo único que deseaba realmente era llegar a tierra y poner los pies en el suelo firme y seguro. Dudaba que fuese capaz algún día de olvidar aquella infernal sensación continuada de mareo e inestabilidad, y ese movimiento incontrolado en su mente que le anulaba por completo y le dejaba indefenso ante cualquier eventualidad.

Las varoniles carcajadas de Rodrigo no se hicieron esperar, y entre una y

otra consiguió al fin hablarle a su inseparable compañero.

—Me parece increíble que alguien tan curtido en batallas y con tanta experiencia en situaciones complejas y peligrosas como tú se encuentre en este lamentable estado por un simple balanceo sobre las aguas. —Rodrigo no podía evitar sentir compasión por su fiel escudero, nunca antes le había visto en tan malas condiciones, verdaderamente lo estaba pasando mal. Estaba convencido de que cuando finalizase todo aquello, lo sucedido sería una vez más, y como ocurría en numerosas ocasiones, motivo de bromas y risas entre los dos mientras disfrutaban de una buena jarra de vino o hidromiel. Intentó con sarcasmo levantar el ánimo de su compañero de viaje—. ¿No será que te estás volviendo un poco holgazán?

Los lazos que les unían nada tenían que ver con los de la sangre, pero Rodrigo sabía que ambos se consideraban hermanos. Se habían criado juntos en el castillo de su padre hacía ya muchos años, y desde aquel entonces habían permanecido unidos, inseparables, convirtiéndose uno en la sombra del otro. A pesar de ser plenamente consciente de sus sentimientos no era capaz de exteriorizarlos con palabras, era algo que no estaba bien visto. Su hermano, ya que era así como le consideraba, siempre le había acompañado en sus viajes, por muy locos e insólitos que pudiesen parecer, y en aquella ocasión no fue diferente. Nunca le había abandonado, y jamás le había fallado. Le estaría eternamente agradecido por ello, especialmente en los tiempos tan peligrosos y complicados que estaban viviendo.

Velasco, finalmente tuvo que claudicar y seguir la orden clara y concisa que Rodrigo le había dado. Tenía razón, de nada servía estar pasándolo mal, lo mejor sería intentar descansar y acostumbrarse a las condiciones marítimas existentes. Por lo visto, eran bastante buenas, aunque a él no se lo pareciesen. Le habían explicado que las aguas estaban en calma y que el viento era apenas una suave brisa. Entre bromas y comentarios socarrones, la tripulación le hizo saber que, cuando el mar estaba embravecido, realmente era todo un magnífico espectáculo, pero también se convertía en una dura lucha cuerpo a cuerpo contra los elementos de la naturaleza. Cuando había temporal, era peligroso estar en la mar, ya que esta se convertía en un enemigo poderoso y difícil de dominar. En aquellos momentos agradecía silenciosamente que fuese verano, una estación poco propicia para esos fenómenos naturales por los que tanto

temor sentía. Aun así, no las tenía todas consigo. En el fondo no estaba tranquilo, presentía que algo podía suceder en cualquier momento. Estaban a la merced de un entorno con vida propia y un carácter difícil de manejar, era prácticamente imposible prever lo que podía acontecer.

El bochorno que hacía se había convertido sorprendentemente en algo asfixiante, no esperaba encontrarse un clima tan cálido en esa región dura y agreste alejada en la Península Ibérica y situada tan al norte. Casi todo lo escuchado sobre aquellas tierras habían sido relatos estremecedores sobre su dura climatología. Supuestamente llovía de forma incesante y por lo que había escuchado a los marineros mientras trabajaban incansablemente en la cubierta del barco, las temperaturas no debían ser demasiado elevadas. De sus gentes, conocidos como «los montañeses», se contaba que eran hombres y mujeres rebeldes, con un marcado carácter guerrero debido a que, durante generaciones, se habían visto obligados a defenderse de multitud de conquistadores; también se decía que la vida en aquellos parajes era complicada. El barco se balanceó de nuevo y Velasco creyó que no sería capaz de soportar aquello mucho más tiempo. No veía el momento de llegar a tierra.

El calor que soportaban estaba siendo inesperado y sorprendente para ellos. Las temperaturas elevadas, unidas a la humedad del ambiente, estaban provocando que el mareo que sufría Velasco de manera permanente se estuviese agravando y dificultara su adaptación al medio en el que se encontraba. No paraba de sudar, la sensación de humedad era insoportable y desagradable al mismo tiempo. Sus ropas estaban completamente sucias, malolientes por el sudor y pegadas al cuerpo, dificultando sus movimientos y aumentando la incomodidad y el cansancio que sufría. Toda aquella amalgama de emociones y la situación tan adversa en la que se encontraba estaban provocando sentimientos de nostalgia y preocupación en él. No deseaba enfermar en alta mar y mucho menos morir alejado de todo lo que conocía, no soportaría que su cuerpo inerte y sin vida no pudiese descansar en un campo santo como debía ser, y mucho menos alejado de todo aquello que amaba. A su alrededor todo daba vueltas, era incapaz de permanecer erguido, los calambres de su estómago eran insoportables, ya no le quedaba nada en su maltrecho cuerpo que pudiese ser expulsado, y aun así, las náuseas le estaban matando. Apenas podía comer y el poco líquido ingerido había sido por

imposición de su compañero de fatigas, que temía pudiese morir deshidratado.

No sin mucho esfuerzo, consiguió finalmente alcanzar el catre que tenía asignado, y de mala manera se dejó caer en él para cerrar los ojos e intentar pasar lo mejor posible el tiempo que le quedara en aquel barco que, a su parecer, era demasiado pequeño y frágil dentro de la inmensidad del mar.

Tumbado, con los ojos cerrados e intentando no preocuparse demasiado por lo desafortunada que era su situación, no podía dejar de pensar en su señor. Era realmente asombroso que Rodrigo de Ledesma se sintiera perfectamente bien, no había experimentado el más mínimo síntoma de mareo o debilidad. Estaba convencido de que era un hombre hecho de otra pasta, duro, seguro de sí mismo, fiel a su palabra y últimamente, demasiado insensible e irascible. Siempre había conocido su pasión por la navegación, sentía fascinación por todos los temas relacionados con el mar, los barcos y la pesca, por eso sabía que había decidido realizar aquella travesía que, se suponía, sería corta y tranquila. Necesitaba experimentar por sí mismo lo que se sentía en un mar hostil, quería enfrentarse cara a cara con ese nuevo desconocido que para él era todo un enigma, y sabía que su señor deseaba conocerlo e imponerse, quizá hasta convertirlo en su aliado, si es que aquello era posible. También era plenamente consciente de que esa parte de su nuevo camino acababa de comenzar. Velasco, temeroso y respetuoso con todo lo referente al mar, nunca pensó que llegaría a encontrarse con ese demonio cara a cara, un demonio que se había convertido en un inesperado y hasta ese momento molesto compañero de viaje. Tan solo esperaba que no le costase la vida.

El bravío mar Cantábrico era el que mandaba, sin opción a replica.

Mientras tanto, Rodrigo, en la distancia, contemplaba apenado cómo la figura maltrecha de Velasco avanzaba caminando con dificultad por la cubierta del barco hasta desaparecer por la oquedad sombría de las empinadas escaleras que daban acceso a la bodega de carga que, a su vez, permitía la entrada a la pequeña zona habilitada para que tanto ellos como la reducida tripulación de la embarcación pudiesen descansar.

Su estado de ánimo era el opuesto al de su inseparable amigo; él se sentía pletórico, completamente relajado y feliz, estaba cumpliendo con su gran

sueño de conocer por fin el mar del que tanto había escuchado hablar, del que se narraban historias trepidantes y salvajes. Le deslumbraba y le tenía totalmente absorto. No se arrepentía de la decisión tomada, necesitaba comprender lo que se sentía estando en alta mar, era liberador notar la brisa marina en su rostro, y fascinante comprobar como el viento impulsaba el barco para permitirles viajar a gran velocidad. Era totalmente distinto a cualquier mar que hubiese conocido hasta ese momento.

Dejando libres sus pensamientos por primera vez en mucho tiempo, Rodrigo siempre llegaba a la misma conclusión: que no tenía prisa por alcanzar su propósito. Disponía de tiempo más que suficiente para realizar su peregrinación hasta llegar a Santiago, no le habían puesto una fecha límite para cumplir su objetivo. Debía aprender todo lo referente a la navegación y al control de un barco en condiciones adversas, esa era la única imposición que le habían exigido para dejarle peregrinar tranquilamente, y de esa manera poder decidir qué hacer con su vida una vez terminada la misión, si es que le permitían hacerlo. La Orden precisaba en aquellos momentos de todos los conocimientos que pudiese adquirir para ponerlos en práctica en los nuevos proyectos que estaban preparando. Querían ampliar las rutas comerciales y para ello necesitaban ser los mejores en el transporte marítimo, el conocimiento de los vientos y las mareas, y cómo no, dominar el manejo de los barcos. Por todo ello, había decidido realizar la peregrinación por el conocido como «Camino del Norte» o «de la Costa». Su intención era permanecer en Castro Urdiales, puerto de Castilla, y desde allí llegar a Compostela, alternando paradas en los pequeños pueblos costeros e ir disfrutando de los parajes boscosos, verdes y solitarios que le habían contado formaban parte de un camino que atravesaba pueblos bucólicos. Aún debía pasar por la Villa de Laredo, otro puerto de obligada visita para él. También le habían advertido de la dureza de esa ruta costera, pero eso, era algo que a él no le importaba demasiado, al contrario.

Aprovechando la situación que se le había presentado decidió, sin ningún género de duda, dejar atrás por un tiempo su vida y darse una tregua, una oportunidad para intentar comenzar de nuevo una existencia normal. Necesitaba darse un pequeño respiro para curar las heridas del alma y encontrar un motivo que diera de nuevo sentido a sus días. Era plenamente consciente de la deriva que estaba tomando su existencia, se estaba

convirtiéndose en un ser cruel. Su alma estaba rota y tan solo la lealtad hacia su hermano y la fascinación que sentía por el mar le permitían continuar respirando. Estaba convencido de que aquella sería su última oportunidad para redimirse y poder continuar. También sabía lo afortunado que había sido, en ningún momento le habían puesto pega alguna para emprender el largo camino que había decidido realizar. Tan solo debía cumplir una condición que no le supondría ningún problema: debía salvaguardar, como soldado de Dios que era, a los peregrinos del camino de Santiago de los peligros existentes; librarles y protegerles de ladrones, salteadores y maleantes. Muchos de ellos procedían del extranjero movidos por la fe.

Aunque su principal objetivo realmente era obtener el perdón por sus actos y la purificación de su alma, si es que eso era posible, de paso aprovecharía para completar su formación marinera en ese mar desconocido y con carácter propio que estaba descubriendo en esos momentos y que le tenía totalmente hechizado. Transmitiría lo aprendido al resto de sus hermanos en la Orden y, llegado el momento, tendría que decidir hacia dónde encaminar sus pasos, pero para eso todavía faltaba tiempo. Había tenido suerte, por el momento no le habían pedido explicaciones por su dura y cruel conducta en la última cruzada en la que había intervenido, y era mejor así, porque no tenía claro cómo disculpar sus actos, ya que no estaba arrepentido. Lo que realmente sentía era miedo de terminar perdido en la oscuridad. El camino correcto cada vez lo veía con mayor dificultad, se había convertido en un objetivo difuso.

Después de discutir acaloradamente con Velasco antes de partir en busca de su nuevo destino, había tomado una decisión firme que su compañero de batallas acataría a pesar de no estar de acuerdo con él. Su fiel acompañante no aceptaba de buen grado vestir una ropa común, distinta a su vestimenta habitual y obligatoria, dada su condición de caballero templario. No terminaba de comprender que quisiera pasar desapercibido. Él le había explicado que si iba por los pueblos y los caminos con la cruz roja en el pecho y el manto blanco, todos conocerían su identidad, y no era lo que necesitaba en esos complicados momentos de su vida. Precisaba adquirir nuevos conocimientos para ampliar los ya conseguidos anteriormente, y dominarlos por completo para una futura misión de la Orden. Además quería peregrinar siendo un fiel más, necesitaba purificar su alma y que la crueldad utilizada en nombre de Dios, aquella que se había apoderado de su espíritu, le fuese perdonada,

porque él no era capaz de hacerlo. Cada vez que cerraba los ojos, revivía continuamente lo sucedido, y no podía olvidar el terror que sentían sus adversarios siempre que se tenían que enfrentar a él con la espada en la mano, aunque... últimamente le temían también fuera del campo de batalla.

Había llegado el momento de encontrar la paz y de perdonarse a sí mismo, de aceptar todo lo que había sucedido en su vida. Le habían regalado la oportunidad de disponer de libertad durante un período de tiempo relativamente extenso, sabía que parte de ello se debía a las grandes cantidades de dinero que aportaba su padre a la Orden del Temple, el resto era debido a sus importantes logros obtenidos en el campo de batalla. Pero estaba cansado de luchar, quería descubrir lo que era sentirse una persona normal de nuevo, si es que eso era posible dada su condición de soldado. Era consciente de que para llevar a cabo su empresa, intentado aparentar ser un hombre normal, tendría una serie de obligaciones y también de limitaciones, pero dadas las circunstancias no creía que le costase demasiado acatar los votos que había jurado cumplir hacía ya unos cuantos años, tal y como había ido sucediendo hasta ese momento. A fin de cuentas no había cambiado nada aunque viajara ocultando su condición de soldado de Dios, porque no había dejado de serlo.

Rodeado por una inmensidad de agua salada ajena a sus pensamientos, podía sentirse libre de ataduras, miedos y remordimientos. Todos sus fantasmas parecían haber desaparecido como por arte de magia.

Con los ojos cerrados, inspirando el aire cálido, cargado de un penetrante, concentrado e inconfundible olor a algas y a mar, pudo visualizar rápidamente toda su vida. Las imágenes de cuando había sido feliz se agolparon fugaces en su memoria proporcionándole algo de paz y armonía a su maltrecho espíritu, todo ello efímero, dado que inmediatamente después llegaban a él los recuerdos de los terribles sucesos acontecidos en su ausencia lejos de su hogar. Todo aquello fue lo que propició que presa del dolor, decidiese pasar a formar parte de los soldados de Dios para defender al inocente y que nunca jamás nadie tuviese que sufrir lo mismo por lo que había pasado su familia. Se formó como un auténtico guerrero y hasta ese momento había luchado encarecidamente para restaurar el cristianismo, expulsar a los infieles y defender a los inocentes. Pero había tocado fondo. Tanto dolor y tanta sangre,

junto a la barbarie vivida en sus numerosos combates y a la ira contenida que guardaba en lo más profundo de su corazón, le habían convertido en un ser sin conciencia, frío y despiadado. Había olvidado el verdadero motivo de su ordenación como caballero templario. En el campo de batalla resultaba letal, era consciente de la fama que le precedía y eso era algo que propiciaba aún más su aislamiento. La única persona con la que podía sincerarse, llorar si era necesario y ser él mismo, era Velasco. Por él estaba haciendo todo aquello, un último esfuerzo para volver a humanizarse. Se lo había prometido y lo iba a intentar, aunque lo que no había podido prometerle había sido romper el juramento que se hizo a si mismo aquel fatídico día bajo la lluvia, dejando que sus lágrimas y los gritos de dolor y de rabia se confundiesen con el abrazo silencioso del agua que caía sobre su cuerpo inerte en espíritu. Necesitaba encontrar un motivo que le hiciese olvidar su juramento de unirse a aquellos que tanto quería y que ya no estaban junto a él. No le daba miedo enfrentarse al mismísimo Lucifer en el infierno, al fin y al cabo sería un enemigo más al que intentar abatir.

Velasco era la persona a la que debía su vida en más de un sentido, tanto en el físico como en el espiritual. Realmente él era quien le mantenía anclado a la realidad, por muy dura que pudiera parecerle esta, y por eso sufría cada vez que le veía triste o preocupado, especialmente si era por su culpa, como sucedía en aquel momento.

Sentir los suaves y cálidos rayos de sol a primera hora de la tarde acariciándole el rostro cansado y desmejorado por el largo viaje que llevaban a las espaldas, unido a las muchas noches de insomnio que sufría, le estaban relajando y proporcionando ánimos para continuar con fuerzas renovadas el nuevo desafío que se le había presentado. Por primera vez en mucho tiempo, cobraban sentido las palabras de su fiel compañero de batallas, aquellas que le repetía sin parar: «siempre hay esperanza, no la pierdas. Encontremos nuestra luz en el camino».

Abrió finalmente los ojos y dejando la mirada perdida, deleitándose con las vistas que le ofrecía la naturaleza, intentó distinguir con dificultad el punto exacto en el que terminaba la línea del cielo y comenzaba el límite del horizonte de la mar. El único signo que le podía ayudar a diferenciarlos era el cambio sutil y delicado en los colores de la inmensidad que le rodeaba. Era

una tarde de verano espectacular, calurosa y con vientos cálidos, propicios para navegar relajadamente. Sabía que no podían estar muy lejos de la costa. El viaje en aquella embarcación debía ser breve, no tardarían más de un día en completarlo. Había pagado una cantidad indecente de monedas de plata para poder disponer tanto del barco, como de la tripulación para salir a navegar y tener una primera toma de contacto con el que sería su destino durante algún tiempo. El capitán de aquel navío le había explicado muy amablemente los secretos de su profesión, y él en ningún momento quiso sacarle de la creencia errónea que se había formado con respecto a su persona, de que era nuevo en temas marineros. No vio necesario confesar que había navegado antes, aunque sí era cierto que nunca en un mar con tanta personalidad como aquel. También ocultó deliberadamente que tenía algunos conocimientos básicos sobre barcos y aparejos, para intentar aprender desde cero. Necesitaba ser el mejor y controlarlo todo al máximo, si querían ampliar los negocios en puertos lejanos, pertenecientes a otros mundos. La Orden tendría que estar muy bien preparada para poder dirigir sus embarcaciones cargadas de mercancías y de dinero.

En el conocimiento radicaba el poder. Lástima que la mayoría de la población no tuviese la oportunidad de aprender libremente. Ellos, los caballeros templarios, también debían ser cuidadosos, era consciente de que no todos los gobernantes comprendían y compartían su labor. Se sospechaba que, el hecho de que cada vez tuviesen mayor poder económico y más conocimiento, empezaba a incomodar a altos cargos del poder y podría terminar siendo peligroso para ellos. Intentaría actuar con cautela.

Ese había sido el tema tratado en su última conversación con el Maestre antes de partir hacia el norte. Estaba claro que el conocimiento y la sabiduría daban libertad de pensamiento, y el saber capacitaba a las personas para poder cuestionar lo que quisieran imponerlas, por eso, ellos comenzaban a ser temidos. Aglutinaban demasiado conocimiento y mucho dinero. Por ese mismo motivo, los reyes y la Iglesia no deseaban que la población supiese leer y escribir, de aquella manera se aseguraban de un modo sencillo la posibilidad de manipular a los plebeyos e imponerles su poder y su criterio.

Aquel fue un motivo más para llevarle a tomar la decisión de no vestir la ropa de la Orden durante su peregrinación. Algunas personas les respetaban y

ayudaban, en cambio, otras les temían, llegando a suscitar en ellas un miedo irracional debido a las mentiras que contaban sobre ellos y al misterio que les rodeaba. Ese misterio era algo que propiciaban algunos Maestres, creyendo que de aquella manera les dejarían tranquilos mientras continuaban ampliando conocimientos y rutas comerciales. Él pensaba que estaban equivocados y que esa actitud oscurantista realmente terminaría ocasionándoles graves problemas. Tenían suficiente dinero, tanto como para hacer préstamos a la corona, algo que inquietaba a los nobles ignorantes ansiosos de poder, y que les buscaba numerosos enemigos.

Tan ensimismado estaba en sus pensamientos, que no se percató de los sutiles cambios que se estaban produciendo a su alrededor. Lo que en un principio parecía una ligera variación imperceptible en la tonalidad azulada del cielo, que hasta ese momento había sido de un color claro dominante, sin una sola nube que pudiese molestar, se estaba convirtiendo en un brusco y radical cambio de la climatología. Lo que había sido una suave brisa marina, agradable y cálida, se estaba transformando en un viento cada vez más fuerte y peligroso. La temperatura, hasta ese momento elevada, estaba bajando demasiado deprisa. La mar se estaba levantando, y las pequeñas crestas de agua cristalinas que se habían formado bailando alrededor del barco al compás de las olas, coronadas por el reflejo de los rayos del sol, se estaban convirtiendo en unas lenguas de agua peligrosas y amenazantes cargadas de bravura, que salpicaban espuma blanca y salada y no presagiaban nada bueno.

La calma absoluta del barco durante aquella tranquila y apacible travesía había desaparecido por completo. En apenas unos instantes todo se había convertido en gritos, prisas y mucho nerviosismo, se lanzaban ordenes muy precisas que, por la actitud de los marineros, comprendió que estaban interiorizadas y aprendidas a base de cicatrices en la piel. Se movían organizados y rápidos, sin dudar, sin cuestionar lo indicado por su capitán. Rodrigo empezaba a ser consciente de que se encontraba en mitad de una batalla para la que no estaba preparado, le habían sorprendido y no tenía claro cómo poder luchar, y mucho menos cómo ganar a un enemigo invisible. En ese medio hostil y desconocido, de nada servía su espada.

Una inesperada sacudida del mar zarandeo el casco del navío sin ninguna consideración, provocando una inclinación del mismo que parecía antinatural.

Era prácticamente imposible que el barco, frágil en esos momentos, pudiese aguantar semejante embestida. El agua lo arrasaba todo a su paso. Caos, peligro y desesperación era lo que se podía observar en la mirada de una tripulación curtida en la mar, con las mismas batallas o más que él. Y lo que podía ver reflejado en sus ojos lo había contemplado en numerosas ocasiones, en muchos otros hombres antes de enfrentarse a una dura batalla en la que sabían que podían morir; veía miedo. Miedo a la muerte.

Se había formado un temporal súbito y sumamente violento, con fuertes ráfagas de viento que habían provocado un cambio brusco y radical en la dirección y la intensidad del aire, que en esos momentos soplaba con una fuerza desconocida y sorprendente para él. Nunca antes había sentido tanto poder y tanta destrucción al mismo tiempo. Si no fuera por la posición en desventaja que tenía y la falta de conocimientos precisos para poder enfrentarse a esa lucha sin igual que tenía que librar, podría llegar a disfrutar del espectáculo majestuoso e impresionante que se estaba desarrollando ante sus ojos.

Si recordaba bien las explicaciones básicas y sencillas que le había dado el capitán respecto a los vientos que normalmente les acompañaban mientras navegaba, este había cambiado de oeste a noroeste. Habían pasado de un calor asfixiante a un frío inesperado e inquietante, todo lo que le rodeaba en esos momentos era totalmente desconocido para él. En apenas unos instantes el cielo se había oscurecido totalmente, adquiriendo un color misterioso, que al mismo tiempo que le deslumbraba por su belleza tétrica y sombría, avisaba del peligro que se avecinaba. Ese firmamento, duro y amenazador, cubría por completo el mar con un manto lóbrego y frío. ¿Cómo podía luchar contra un enemigo invisible al que no podía tocar y que le impedía ponerse en pie por la fuerza descomunal con la que atacaba?

Impotencia y preocupación por Velasco era lo que sentía Rodrigo. Incapaz de alcanzar las escaleras que daban acceso a la bodega, se agarraba con todas sus fuerzas a lo que podía en cubierta. El barco no dejaba de dar bandazos producidos por la fuerza del oleaje. En su vida habría imaginado ser testigo de unas olas tan altas, debían medir lo mismo que una casa con dos alturas, o más. Esa masa inmensa de agua que obedecía únicamente a su voluntad, no les daba un respiro, no existía la misericordia. Su intención estaba clara: iba a

terminar con ellos, allí en mitad del mar. De pronto, comenzó a escuchar una palabra que pasaba de boca en boca por todos en el barco.

—¡¡¡Galernaaaaa!!!!

Esa había sido la consigna gritada por la tripulación y aunque no entendía su significado, sí comprendía que debía tener cuidado y estar alerta. Intuía la complicada situación en la que se encontraban.

Luchando contra viento y marea, intentaba ayudar sin tener muy claro cómo poder hacerlo, mientras, procuraba poner en orden sus pensamientos y buscar una salida airosa para aquella situación.

—¡¡¡Rodrigo!!!! —El grito de Velasco le sacó de un trance hipnótico que le había dejado agarrado a las cuerdas de cubierta incapaz de moverse y a punto de caer por la borda impulsado por una nueva sacudida del mar, que había inclinado el barco hasta dejarlo tumbarlo, prácticamente en posición horizontal. Una vez más.

—¡Velasco, hermano! ¡Gracias a Dios! ¿Has visto lo que nos rodea?, esto es impresionante.

—¿¡Impresionante!? Realmente has debido darte un mal golpe en la cabeza, ¿acaso no entiendes que vamos a morir ahogados en este maldito mar frío y lejano? Te juro que no te entiendo. —Velasco casi no podía hablar debido al gran esfuerzo que le suponía mantener el equilibrio. El líquido elemento salino lo llenaba todo y ellos se habían convertido en una pequeña cáscara de nuez flotando en mitad de una inmensidad de agua salada enfurecida que tenía una única intención, y que en aquellos momentos era totalmente hostil. Se habían convertido en su enemigo.

—¡Estás sangrando! ¿Qué te ha sucedido?, esa herida no tiene buen aspecto. —Rodrigo, viendo caer la sangre por el rostro de su amigo, comprendió realmente la complicada situación en la que se encontraban. No podía luchar contra ese poderoso enemigo al que admiraba, además estaba desarmado, ¿cómo podía enfrentarse a un rival tan fiero sin su espada?, ese metal que le había acompañado durante tanto tiempo y que en aquellos momentos no poseía, ya que la había dejado a buen recaudo en la bodega de carga. Era demasiado valiosa como para llevarla encima y no quería que nadie reconociese su condición de caballero del Temple, pero lo que no deseaba era

morir y hacerlo sin ella en la mano—. Tengo que regresar a la bodega para recoger nuestras armas —dijo decidido a su asombrado compañero.

—¡Estás loco!, casi me parto la cabeza al caerme por las escaleras y golpearme contra el suelo húmedo intentando escapar de ese infierno. Ni te imaginas lo que está pasando ahí abajo. Todo es un caos, sería una locura volver ahí, es demasiado peligroso. Lo que debemos hacer es intentar salir de aquí con vida.

Tan solo durante unos instantes pudieron cruzar sus miradas y, como habían hecho durante tantos años en cientos de batallas, se prometieron luchar, salir con vida y continuar hacia adelante para ayudarse el uno al otro. Ese había sido el juramento que se hicieron siendo niños, jugando con sus espadas de madera, y que no pensaban quebrantar.

—Espérame. No puedo defenderme o morir sin mi espada, y tú tampoco.

—¡¿Defenderte?! ¿De quién? ¡De este maldito mar! ¡Rodrigo! —Velasco bramó con desesperación, pero la ferocidad de las olas amortiguaba sus gritos. Era inútil intentar detener a su hermano, era demasiado testarudo y comprendía lo importante que era para él su espada. En aquellos delicados momentos no la necesitaba para luchar, no le serviría de nada, pero comprendía que si se daba el caso, debía morir con ella.

Rodrigo, imprudentemente e ignorando el peligro que suponía intentar bajar a la bodega para recuperar sus espadas y con una facilidad asombrosa, dada la complicada situación que se vivía en cubierta, consiguió zafarse de las cuerdas y de los restos de tela de las velas que estaban hechas jirones y esparcidas sin control por el suelo. Mientras tanto, el agua lo barría todo sin piedad, llegando a colarse rápidamente por el hueco que daba acceso a las escaleras y que permanecía en esos momentos en la más absoluta oscuridad, precipitando su caída por las escaleras, rodando estrepitosamente hasta llegar al suelo inundado casi por completo.

Abajo estaba todo oscuro, revuelto y lleno de agua, tal y como había dicho Velasco que lo encontraría. El mar lo había destrozado todo. Tuvo que sortear una gran variedad de bultos que le arrollaban en su trayectoria descontrolada, dirigida por los golpes de mar que eran los que marcaban el compás. Carecía de luz, pero a pesar de ello pudo alcanzar la zona en la que habían depositado

sus pertenencias y que, por supuesto, se conocía como la palma de su mano. Con rapidez alcanzó sus espadas y se dispuso a salir de aquella ratonera lo más rápidamente posible. El nivel del agua empezaba a subir peligrosamente, inundándolo todo a su paso. Ascender por los peldaños de madera de aquella minúscula escalera estaba siendo realmente complicado, no tenía nada a lo que aferrarse para evitar caer una vez más, además estaba dolorido y magullado por el tremendo trompazo que se había dado con anterioridad intentado bajar. El agua entraba abundantemente y con demasiada fuerza por la pequeña abertura que suponía su única escapatoria hacia el exterior. Finalmente y con mucha dificultad consiguió alcanzar la salida para encontrarse con un espectáculo dantesco. Hombres heridos, alguno incluso muerto, esparcidos por el suelo de la cubierta del barco. Todo era caos y destrucción. Había conseguido su espada, pero había perdido de vista a Velasco. Su aventura le estaba costando un alto precio.

Un golpe de mar le tiró al suelo de cubierta nuevamente, zarandeándole sin compasión, era imposible escapar al abrazo húmedo y gélido del mar. Todos lo que quedaban allí fuera estaban siendo lanzados de un costado a otro del barco, mientras rodaban sobre sí mismos mezclados con los aparejos que quedaban sueltos y sin control. Por más que lo intentaba, a Rodrigo le era del todo imposible conseguir aferrarse a algo que le permitiera volver a ponerse en pie. En un último intento desesperado por sujetarse y evitar una vez más su caída al suelo, resbaló y recorrió gran parte de la cubierta de babor a estribor, rodando estrepitosamente y golpeándose con todo lo que se cruzaba en su camino. Justo antes de caer peligrosamente una vez más por el hueco abierto que daba acceso a las bodegas, un fuerte brazo, familiar y seguro, le agarró por la cintura evitando que se descalabrara en un nuevo golpe de mar.

—¡Velasco! Gracias a Dios que has aparecido, si no llega a ser por ti, estoy seguro de que me habría abierto la cabeza en dos. —Rodrigo experimentó un gran alivio al verle, no solo había salvado la vida, sino que estaba junto a su hermano, por el que sentía verdadera preocupación.

—Prométeme que vamos a salir de esta, porque en cuanto pisemos tierra firme, juro que seré yo mismo quien te abra la cabeza por tozudo, y por hacerme subir a bordo de este maldito barco. —Velasco necesitaba comprobar que su hermano estaría a su lado, y que lucharían por volver los dos juntos, tal

y como había sucedido hasta ese día.

Ambos amigos se fundieron en un fuerte abrazo, los dos sabían que no pintaba nada bien la situación en la que se veían inmersos.

—Toma tu espada, al menos moriremos con ellas en la mano. —Rodrigo le entregó a su fiel amigo su arma para que pasara lo que pasase, estuviera con ella. Caballero y espada, siempre juntos.

Las velas y el mástil habían desaparecido en una de las muchas sacudidas de las olas que sobrepasaban el barco por encima, habían sucumbido al feroz ataque sufrido, quedando restos de madera y de tela esparcidos por la cubierta del barco.

Sus cuerpos estaban magullados y heridos, Rodrigo sabía por experiencia que tenía un brazo roto, había sentido como se partía el hueso en el preciso momento en el que su cuerpo impactó contra el timón del barco con un golpe seco, cuando salía de la bodega. Apenas podía respirar, necesitaba abrir la boca para hacer inspiraciones profundas y así coger la mayor cantidad de aire de la que fuese capaz, para de esa manera, almacenarlo en sus pulmones. El agua le entraba a borbotones y con brutalidad por todos los orificios de su cuerpo, a pesar de estar en el barco, el líquido helador, lo llenaba todo y en ocasiones le costaba respirar. Los ojos le escocían por la gran cantidad de sal que contenía esa agua fría que parecía darle la bienvenida con un mortal abrazo de espuma. La sensación era similar a la de estar siendo acuchillando con algún tipo de arma afilada y puntiaguda, porque sabía que su enemigo no tenía una espada en la mano, de lo contrario habría pensado que le estaban hiriendo de muerte.

El cuerpo se le iba agarrotando por momentos, no podía dejar de tiritar, el frío y la humedad se habían adherido a su cuerpo debido a las bajas temperaturas, tanto del agua como del viento, que no dejaban de manejarles a su antojo. Eran simples títeres en manos del destino.

Sentía como la sangre caliente y densa descendía por su frío rostro, un nuevo impacto contra el suelo de la cubierta del barco le había ocasionado una brecha en las sienas que le produjo un ligero mareo, intuía que su final se acercaba y lo que más lamentaba era el hecho de haberse llevado a Velasco con él a aquella aventura, su hermano no se merecía morir y mucho menos en

el mar de unas tierras lejanas, sabía que era un asunto importante para él descansar con los suyos. Una vez más era causante de muerte y destrucción a su alrededor, esperaba que al menos su amigo descansase en paz, a él le daba igual irse al maldito infierno.

De nuevo, el tremendo oleaje volvió a golpear fuertemente al barco, las altas lenguas de agua marina saltaban por encima de este con facilidad, inundándolo todo con su presencia y provocando una sacudida inesperada que inevitablemente le lanzó al mar.

—¡Rodrigo! ¡Rodrigooooooooo! ¡Aguenta! ¡Sujétate! —dijo lanzándole un cabo para que pudiera agarrarse. Los gritos desesperados de Velasco eran silenciados por el bramido de las olas impactando contra el malherido casco del barco.

A pesar de ser un experto nadador, a Rodrigo le estaba siendo imposible mantenerse en la superficie, su brazo roto unido a la fuerza del mar le estaban impidiendo mantenerse a flote. Las grandes masas de agua le alejaban de la embarcación y al mismo tiempo pretendían arrastrarle al fondo del mar, probablemente para llevarle en presencia de algún dios que él desconocía. Braceando con todas sus fuerzas, continuaba luchando con todo el ímpetu del que era capaz para ganar esa batalla. Notaba como le faltaba el aire en los pulmones cada vez que las olas le sumergían intentando privarle de su libertad. Era agónica y asfixiante la sensación de necesitar respirar y saber que no podía abrir sus pulmones porque el agua salada lo invadiría todo y sería hombre muerto. Intentaba mantenerse con vida y con los ojos abiertos, pero cada vez estaba más cansado y la herida de su cabeza, que no dejaba de sangrar, le dolía demasiado, sabía que no sería capaz de aguantar por más tiempo.

Velasco, desesperado contemplaba con rabia e impotencia como su hermano sucumbía al abrazo frío y mortal del mar Cantábrico.

Mientras tanto, Rodrigo, en el vaivén del oleaje que le tenía sumido en un sube y baja entre las aguas, podía apreciar como la silueta del barco se veía cada vez más lejana mientras cabalgaba por una línea invisible, blanca y diagonal de espuma sobre la intimidatoria masa de agua. Compartía la desesperación que sentiría en aquellos momentos su querido Velasco,

esperaba que al menos él saliese con vida.

Los párpados le pesaban y amenazaban con cerrarse en cualquier momento debido a la debilidad que se iba apoderando de su cuerpo, provocando que sus músculos se relajaran. Todo a su alrededor se iba transformando en una realidad confusa y lejana. Finalmente sintió el abrazo de la fría oscuridad. Era inútil intentar imponerse a ese enemigo, ya no tenía fuerzas para continuar y tampoco ningún motivo por el que luchar, sería mejor reconocer la derrota y dejarse llevar.

Había llegado su hora, su final.

Y de pronto...silencio.



La tarde se presentaba calurosa y tranquila. Finalmente había conseguido terminar con todas sus labores, desde que sus padres fallecieron tiempo atrás y se había tenido que hacer cargo de todo, apenas disponía de tiempo libre para ella.

—Deva, ¿puedo acompañarte? —La pregunta de su hermano pequeño le pilló por sorpresa, no espera tener compañía esa tarde.

—Verás, Neco —dijo con una dulce sonrisa dibujada en los labios— había pensado escaparme un rato a la playa para nadar, ¿te importaría hacerte cargo de todo en mi ausencia? No me retrasaré demasiado, te doy mi palabra.

—De acuerdo, pero prométeme que me traerás unas conchas marinas.

Neco estaba entusiasmado, eran muy pocas las ocasiones en las que su hermana confiaba en él para dejarle como responsable de la casa, siempre era Jorge el encargado.

—Claro cariño mío, ven que te doy un abrazo de oso, y prometo traerte conchas y todo lo que encuentre en la playa, que sé que te gusta —respondió amorosamente a su hermano mientras le acunaba entre sus brazos.

Era imposible no quererle, sentía adoración por él. Siempre había sido consciente de sus sentimientos, desde el mismo momento en el que nació y le sostuvo entre sus brazos. Y en aquellos momentos en los que sus padres no estaban, con más motivo. Aunque era su hermano pequeño le quería como si fuese un hijo. Prolongó el abrazo demasiado tiempo, provocando las quejas infantiles del chiquillo.

—Suéltame, pesada. A este paso me ahogas —contestó irónicamente a su

hermana mientras intentaba separarse de ella y de la enorme cantidad de besos que le estaba dando en las mejillas regordetas y tostadas por el sol. Deva aprovechó la ocasión para revolverle cariñosamente el pelo ensortijado que continuamente llevaba alborotado y que tanto le gustaba. Era un niño menudo, delgado y sumamente ágil, su negro cabello brillaba bajo los rayos del sol, al igual que el suyo. Era consciente del parecido que compartían, Jorge era totalmente distinto a ellos. Sus grandes ojos azules iluminaban el rostro infantil y en su mirada se podía apreciar lo curioso e inteligente que era.

—Ten cuidado y no te alejes mucho de la casa, que no tardaré demasiado en volver —repitió una vez más preocupada porque pudiese aparecer algún desconocido por allí durante su ausencia. Jorge estaría terminando de limpiar y colocar los aparejos de pesca, por lo que aún tardaría bastante tiempo en regresar.

Mientras caminaba en busca de un baño reconfortante en la playa, después de una mañana dura de trabajo, iba pensando una vez más en la situación en la que se encontraba. Su madre falleció apenas unos días después del nacimiento de su hermano pequeño, hacía ya seis largos años, y su padre, pescador de profesión, había desaparecido en el transcurso de una tormenta en alta mar mientras estaba faenando. Había transcurrido relativamente poco tiempo desde que vivieron la pesadilla de aquel fatídico día en el que se quedaron huérfanos. De pronto, se encontraron solos los tres hermanos, sin nadie que les protegiera.

Jorge tenía dieciséis años, dos menos que ella, y entre los dos habían decidido hacerse cargo de todo. En el pueblo nadie puso ninguna objeción, al contrario. El Concejo apoyó su decisión, siempre y cuando fuera su hermano el responsable de todo. La cofradía de pescadores a la que pertenecía su padre se había comprometido a ayudarles en todo lo que fuese necesario, ya que en realidad estaban continuando con la profesión familiar, con la única diferencia de que dependían de ellos mismos.

Vivían aparentando ser una familia normal, aunque no lo eran. Su hermano, sin tardar demasiado terminaría compartiendo su vida con una mujer, y asumiría definitivamente todo el peso y la responsabilidad legal de la familia. Pero, hasta que llegase ese momento, la compartirían a partes iguales entre los dos, aunque de cara a los demás no fuese así. Lamentablemente llegaría un

triste día en el que ella quedaría relegada a un segundo lugar, aunque no se lo mereciese. Era algo que le parecía injusto, pero sabía que no tenía muchas posibilidades para cambiar su destino, al fin y al cabo era una mujer humilde. Su hermano no la abandonaría nunca, de eso estaba segura, pero a pesar de ello intentaría por todos los medios independizarse y no ser una carga para él, aunque sabía que eso sería complicado. Era absolutamente capaz de vivir sola, lo había demostrado en muchas ocasiones, realmente era lo que había estado sucediendo hasta ese mismo momento. La diferencia radicaba en la presencia del varón. Por el momento no habían tenido ningún problema para quedarse con la casa y el barco de su padre, así podían continuar trabajando en el gremio de pescadores del que siempre habían formado parte, y tenían de qué vivir.

En el pueblo todos sabían que se vestía de hombre y salía con su hermano Jorge y su pequeña tripulación a pescar. Siempre llegaba con alguna buena captura, por eso era considerada uno más entre sus compañeros y amigos. Había conseguido el respeto de todos gracias a su trabajo, a su rapidez en el agua y a la buena puntería que poseía, nadie cuestionaba sus habilidades para conseguir las mejores piezas en el mar, era francamente buena a pesar de ser mujer. Aunque estaba segura de que algunos en el pueblo la consideraban imprudente y alocada. También era consciente de que gracias a sus sorprendentes capturas la dejaban tranquila, aunque intuía que tarde o temprano todo aquello podría suponer algún problema para ellos, ya que su padre no estaba allí y no tenía marido. Su hermano la apoyaría en todo, como había sucedido hasta ese momento, pero estaba segura de que sin tardar mucho, por su bien, terminaría prohibiéndole salir a la mar.

Era plenamente consciente de que pocos la veían como a una joven, desde bien pequeña había salido con su padre a pescar en el barco. Al principio lo hacía a escondidas por miedo a ser reprendida y obligada a quedarse en tierra, pero poco a poco fue consiguiendo el respeto del patrón y de toda la tripulación, y con el beneplácito de su progenitor comenzó a hacerse a la mar acompañándoles en su día a día. Casi nadie entendía la fascinación que sentía por el mar, era una experta nadadora, rápida y fuerte. Conocía todos los secretos sobre las embarcaciones, la pesca y las corrientes. Realmente la consideraban uno más entre ellos y aunque le había costado mucho, finalmente consiguió el respeto de casi todos en el pueblo como gran pescadora.

Esperaba que con el paso de los años esa situación no cambiase, era consciente de que hacía tiempo que había dejado de ser una niña para convertirse en una mujer y eso podría suponerle algún problema de cara al futuro. Iba siendo hora de casarse y su voluptuoso cuerpo, con curvas y un generoso pecho evidenciaban que se le estaba agotando el tiempo de libertad. Lo que tenía claro era que jamás renunciaría al mar. Ya se había hecho a la idea de cuál sería su final, y realmente no le importaba demasiado. La soltería no le daba miedo, sola tampoco se estaba tan mal, además siempre tendría a sus hermanos y atesoraría su amor como el bien más preciado que tenía. Porque si de algo estaba segura, era que no pensaba unirse en santo matrimonio con nadie a quien no amase. Se entregaría a un hombre únicamente por amor.

Era un día soleado de verano, pero hacía demasiado calor. Por la posición del sol, sabía que todavía era temprano, apenas había comenzado la tarde. El mar estaba en calma absoluta, algunas pequeñas crestas de agua revoltosas saltaban en la lejanía del horizonte saludando alegremente a las aves que sobrevolaban la costa.

Había decidido bajar a la playa vestida con unos calzones viejos de su hermano que le quedaban excesivamente ceñidos a sus largas y esbeltas piernas. Debido a que eran demasiado sinuosos tuvo que dejarlos de utilizar cada vez que salía a pescar con sus compañeros y se los ponía únicamente para disfrutar de la libertad de movimientos que la proporcionaban cuando estaba sola gozando de sus paseos y de los baños que se daba en la playa. Jorge apenas le sacaba un palmo de altura y era bastante más delgado que ella, por ese motivo se metía con él, provocándole continuamente y comparándole con un palo. Siempre le decía que no parecía un auténtico lobo de mar, comentario que le enfurecía ya que era consciente de que su apariencia física se diferenciaba de la del resto de marineros. En cambio, ella tenía un cuerpo bien torneado, con las carnes prietas debido al duro trabajo y al ejercicio que realizaba diariamente para poder ocupar su puesto en la chalupa. Además de los calzones, llevaba puesta una camisola de lino blanco que era demasiado larga y ancha, la había dejado para ese menester, así se concedía el capricho de poder caminar con las piernas al aire si quería, ocultando parte de su desnudez. Era maravilloso poder disfrutar de la brisa marina y del sol mientras daba un paseo por la orilla de la playa, libre de ropas incómodas e

innecesarias. Era plenamente consciente de lo peligroso e inadecuado de su actitud, pero estaba segura de que no pasaría nadie por allí. El vestido que utilizaba a diario para realizar sus tareas lo tenía secando al sol, y realmente era mucho más práctico bajar a la arena de la playa con ropa masculina, cada vez que lo había hecho con sus vestidos terminaba mojando los bajos y debía volver a lavar la ropa para quitarle el salitre, y evitar de aquella manera que se estropease. En esa época del año, no le importaba demasiado tener que hacerlo, porque aunque fuese trabajo extra, hacía bueno y se secaba con facilidad, pero durante el otoño y el invierno era una labor bastante complicada por la humedad que siempre había en el ambiente. Sin duda, ataviada con aquella ropa estaba mucho más cómoda y era más sencillo regresar rápidamente a casa. En cuanto lo hiciese, se cambiaría y si Neco no contaba nada, Jorge no tendría por qué enterarse de su nueva escapada a los arenales. A su hermano no le gustaba que anduviese por ahí sola y menos vestida de aquella manera tan inapropiada para una mujer, ya se lo había advertido en más de una ocasión, pero ella siempre le desobedecía.

El camino para acceder a la playa iba directo desde su casa y no lo podía ver desde fuera prácticamente nadie, quedaba oculto entre las rocas y la vegetación agreste y salvaje que rodeaba parte de su vivienda, protegiéndola de miradas entrometidas y del azote indiscriminado del viento, por lo tanto, tenía la seguridad casi absoluta de poder disfrutar del baño en soledad. Tanto la pequeña playa, como el sendero de acceso a esta los consideraba de su propiedad, ya que los pocos lugareños que lo conocían no solían utilizarlo, quedando prácticamente para uso exclusivo de su hogar. Aquel pequeño y secreto rincón del mundo se había convertido en un lugar perfecto para descansar y desconectar sin que nadie la molestase. Era un espacio especial y oculto al que había acudido cada día con su padre para aprender a nadar cuando era niña, observar el firmamento para reconocer las estrellas y entrelazar los nudos marineros que posteriormente necesitaría utilizar para asegurar las redes de pesca. Siempre que estaba allí se llenaba de nostalgia y aquellos recuerdos, unidos a las sensaciones que experimentaba, le proporcionaban la fuerza necesaria para continuar hacia adelante por sus hermanos, especialmente por Neco.

Había decidido que cuando finalizase con el baño relajante y el tiempo libre que se había regalado a sí misma, subiría a la atalaya de vigilancia

cercana a su casa para otear el mar y disfrutar de la maravillosa visión que ofrecía el entorno desde aquel lugar privilegiado, para ella era todo un espectáculo. No podía evitarlo, necesitaba contemplarlo y comprobar su estado, el batir de las olas contra los acantilados cercanos proporcionaban a su corazón un estado de paz y felicidad que la mantenían siempre alegre y con vida.

Sabiendo que estaba sola y disfrutando de la tranquilidad que aquello suponía, pudo recrearse con el suave tacto de la arena fina y blanquecina bajo sus pies descalzos mientras dirigía sus pasos a la orilla, y sentía cómo esta acariciaba su alma con alegría al provocar cosquillas en ella. Se despojó del resto de sus vestiduras, ya que por el camino había ido desprendiéndose de la parte inferior para poder sentir la libertad de movimientos que le proporcionaba la ausencia de ropa, depositándola toda, de mala manera, junto a la orilla sobre unas rocas que estaban secas y, sin pensárselo demasiado, se dispuso a sumergirse en el mar.

El agua limpia y cristalina reflejaba los rayos cálidos del sol provocando en ella un deslumbramiento instantáneo que la obligó a cerrar los ojos. Se sentía libre e inmensamente feliz siendo besada por la cálida brisa del Cantábrico y acariciada con suavidad por el sol. Como era de esperar, no le importó lo más mínimo la fría temperatura del agua, estaba totalmente acostumbrada a ella, y con rapidez se introdujo entre las olas, saliendo del agua de vez en cuando para coger una gran bocanada de aire y volver a sumergirse de nuevo en el mar. Era agradable comprobar cómo el agua tonificaba sus músculos cansados y dibujaba ondas de espuma invisible en su cuerpo desnudo mientras surcaba la playa de punta a punta, nadando sin ningún tipo de preocupación. Su rapidez y la exquisita manera con la que desplazaba armónicamente su cuerpo al nadar, sin salpicar prácticamente nada de agua a su alrededor, favorecía su parecido con una criatura marina de las muchas que aseguraban los marineros ebrios en las tabernas que habían visto en alta mar, parecía una *sirenuca*, la misma de la que contaban historias fascinantes. En más de una ocasión había bromeado sobre ese asunto con su hermano Jorge y habían terminado discutiendo. Él daba por ciertos los rumores y las fábulas sobre aquellas bellas mujeres que enamoraban con sus cantos a los hombres y que aseguraban ser mitad pez. Ella, por su parte, se burlaba descaradamente de él y de su ignorancia, mejor que ellos nadie para saber que no existían esos

seres mágicos, lo único a lo que debían temer realmente era a la furia descontrolada del mar y a sus cambios, a los temporales y a las tormentas, pero a nada más.

Después de un largo y relajante baño, se tumbó sobre un suave paño de algodón en la fina arena de la playa para secarse al sol. Su larga melena, negra y ondulada, cubría parte de su desnudez. Podía sentir cómo su cuerpo moreno, perlado por infinidad de pequeñas gotas de agua salada, iba secándose y subiendo de temperatura. Hacía demasiado calor y la humedad del ambiente era insoportable. Hasta ese día no habían tenido una sola nube en el cielo que manchara el color azul claro que lo cubría todo, algo que resultaba un poco extraño y que sabía no iba a durar para siempre. Lo mejor sería darse prisa, creía apreciar un sutil y ligero cambio en la brisa marina. Además, antes de salir del agua se había empezado a levantar algo de mar de fondo, provocando peligrosas corrientes de agua a su alrededor, estaba segura de que probablemente se avecinara alguna tormenta de verano.

Rápidamente terminó de vestirse para volver a retomar la dirección que la llevaría de vuelta a casa, junto a su hermano. Tenía la sensación de que no dispondría de mucho tiempo antes de que comenzase a llover, por lo tanto, dejaría su visita a la atalaya de vigilancia para otro momento. Lo mejor sería llegar a su hogar lo antes posible. Poco a poco y de una manera casi imperceptible comenzaba a notarse el agua que llevaban las nubes y que se aproximaban con demasiada rapidez. Aquel sutil y agradable olor a lluvia era inconfundible para ella.

—¡Deva! ¡Deva! ¡Corre, que te llama Jorge! —Los gritos de su hermano pequeño a medio camino del sendero la alertaron y asustaron por igual, algo grave tenía que haber sucedido para que Neco acudiese en su busca corriendo y alarmado, desobedeciendo sus órdenes. Estaba a punto de cumplir los siete años y había demostrado ser un niño responsable, si la buscaba debía ser por algún motivo importante.

—¡Estoy aquí, tranquilo! ¿Estás bien? ¿Qué sucede? —La ansiedad impedía que las palabras salieran con fluidez de su boca, mientras las intentaba pronunciar exhausta por el esfuerzo realizado al haber tenido que subir corriendo el empinado camino examinaba con nerviosismo y preocupación el cuerpo menudo de su hermano para comprobar que se

encontraba bien y que no tenía ninguna herida. A él, no le sucedía nada, e inconscientemente soltó aliviada el aire que había estado conteniendo.

Había realizado un esfuerzo tremendo al subir corriendo por el sendero y llegó sin apenas aliento. Necesitaba recuperarse un poco para continuar averiguando qué era lo que sucedía. Una vez descartado que Neco hubiera sufrido daño alguno, necesitaba saber qué ocurría con Jorge.

—Cuéntame qué es lo que sucede, me estás asustando —exigió a su hermano con impaciencia que le diera explicaciones de lo sucedido, mientras sentía como la ansiedad y la congoja se adueñaban por completo de su cuerpo.

—Deva, ha venido Jorge a casa buscándote, estaba muy preocupado por ti, uno de los hombres que estaba de guardia en la atalaya ha visto que se avecina una galerna. ¡Corre! —Neco, aunque pequeño, conocía perfectamente el significado de esa palabra y sabía que no tenían mucho tiempo para intentar poner a salvo los aparejos de pesca, asegurar el barco y a los pocos animales que tenían en el establo, al igual que las pertenencias que estuvieran esparcidas por el exterior de la casa.

—¡Válgame Dios!

Neco observaba divertido a su hermana, cada vez que se ponía nerviosa solía hablar sola y soltar algún que otro exabrupto. Deva no se daba cuenta de ello, y como en anteriores ocasiones se volvía a repetir su actitud, y aquello le provocaba una risa contagiosa.

—¿Y tú, de qué te ríes, mocoso? —preguntó asombrada a su hermano por la risa que inevitablemente le estaba entrando.

El crío, instintivamente encogió los hombros a modo de disculpa e inició a paso ligero el regreso a su casa, no hacía falta que le dijeran lo que tenía que hacer e ignorando a su hermana, se marchó.

La cabeza de Deva funcionaba a toda velocidad, eran muchas las cosas que debían preparar en poco tiempo. Dejó a Neco en casa recogiendo las pertenencias que tenían diseminadas por los alrededores de su sencillo hogar, y con la orden concisa de cerrar bien las puertas y las ventanas. Ella se marchó todo lo rápido que pudo hacia el pequeño puerto donde tenían el barco para ayudar a su hermano, poniéndose por encima de las ropas que llevaba un

viejo vestido.

Efectivamente se avecinaba una galerna, y una de las gordas. El viento había cambiado bruscamente, la brisa cálida, con la que tanto había disfrutado en la playa hasta hacía poco tiempo nada tenía que ver con el aire tormentoso que la amenazaba y hacía prácticamente imposible que pudiese avanzar con rapidez. El azulado firmamento se había oscurecido y resultaba del todo amenazador, de sobra sabía lo mal que lo podían pasar los marineros y pescadores si la tormenta les alcanzaba en alta mar. Algo parecido había sucedido el día en el que su padre desapareció, menos mal que en esos momentos estaban todos los barcos amarrados en el puerto.

Jorge, al verla llegar, respiró aliviado, por fin la tenía a su lado.

—Ya he terminado —respondió cansado, pero feliz de poder regresar a casa con las dos personas a las que más quería en el mundo—. Está todo a buen recaudo y bien amarrado. Espero que las olas nos respeten el barco, hay pleamar y el azote del agua seguramente será feroz.

—No te preocupes por eso, ya solucionaremos los problemas cuando se produzcan. Vámonos a casa con Neco, no tardará mucho en comenzar a llover. —Deva no tenía ganas de mojarse otra vez.

Cuando se formaba una galerna durante los días más calurosos de verano, en la costa bajaban las temperaturas, se oscurecía el cielo dejándoles sumidos en una noche anticipada para después volver a lucir el sol. Rompía a llover como si no existiese un mañana y todo ello llegaba acompañado por fuertes vientos que arrasaban con todo lo que encontraban a su paso, en ocasiones también podían llegar con truenos y relámpagos. La arena de la playa era levantada sin dificultad, creando remolinos de aire que impedían la visibilidad y que podían llegar a ser muy peligrosos por la fuerza con la que te arrastraban.

Jorge ayudó a su hermana con cariño para que no se retrasara más de la cuenta, cuanto antes estuviesen en casa, mejor. Y ese, era un momento como otro cualquiera para volver a recordarle lo imprudente que había sido al escaparse una vez más, y marcharse a los arenales.

—Has vuelto a bajar a la playa, sabes que no me gusta que lo hagas cuando no estoy en casa. Sí un día te pasase algo, no podría ayudarte. Mira

que eres testaruda. —Una vez más se veía en la obligación de recordarla lo peligrosa que era su costumbre de ir a bañarse sola, no le hacía caso y siempre le desobedecía. Tenía claro que si algún día encontraba a un hombre con el que compartir su vida, este tendría que tener carácter y mucha paciencia con ella.

—No seas pesado, Jorge, no me va a suceder nada malo. Además, sé defenderme solita y llevo la navaja que me regalaste siempre conmigo — contestó cariñosamente a su hermano intentado quitarle importancia al hecho de que una vez más le había llevado la contraria.

—Intenta no volver a marcharte sola, por favor —le rogó su hermano justo antes de entrar por la puerta de la casa familiar, y observando a Neco volvió a darle un buen motivo para no repetir más veces aquella escapada que tanto le gustaba—. Si no lo haces por mí, al menos hazlo por él —dijo señalando al pequeño que en esos momentos les estaba observando con una alegre sonrisa en la cara.

Pasaron el resto de la tarde contándole historias a Neco de cuando ellos eran pequeños e intentaban aprender las maniobras necesarias para aguantar la respiración debajo del agua. Entre risas, recordaron cómo Deva se enfadaba porque a ella no le salía y a Jorge sí. Mientras mantenían aquella conversación animada dentro del hogar, pudieron comprobar cómo el viento iba amainando, pero continuaba lloviendo, por lo tanto, lo mejor sería ir preparando algo para cenar. Cuando Deva se fue a quitar las ropas que llevaba puestas para cambiarse y estar más cómoda, comprobó que aún conservaba el saquito lleno de conchas que había recogido para su hermano en la playa. Con las prisas debido a lo sucedido, se le había olvidado por completo entregarle a Neco los tesoros que había recogido para él. Había un buen montón de conchas, algún que otro caracolillo y una pequeña estrella de mar, pero lo que más llamaba la atención era una caracola grande y rosada, que tenía una concha dura y enroscada que terminaba en pico.

—¡Gracias, Deva! Pensé que te habías olvidado. Todo esto es muy bonito, pero lo que más me gusta es la caracola. ¿Sabías que si te la acercas al oído puedes escuchar el sonido del mar? —Neco estaba entusiasmado con sus nuevos tesoros y no podía dejar de tocar la gran caracola poniéndosela continuamente en la oreja, intentando escuchar el rumor de las olas en ella.

Su hermana, con una enorme sonrisa en los labios, asintió. Se sentía feliz sabiendo que el pequeño Neco estaba contento y se sentía feliz.

—Algo me han contado —respondió finalmente.

—Jorge, ¿qué te parecen? Estas son de las buenas. —Neco entusiasmado no podía dejar de mostrarle su tesoro a su hermano mayor.

—Realmente son fantásticas, Deva es una fabulosa buscadora de tesoros —dijo con ironía—, cualquier día nos sorprende con un nuevo hallazgo.

—Ya tengo preparada la cena, listillo —contestó con humor a Jorge—. Recoged esas conchas y sentaos si queréis disfrutar de un tesoro mucho más rico y sabroso. Además, si os parece bien podemos acercarnos dando un paseo hasta el embarcadero cuando terminemos de cenar y así comprobamos qué es lo que ha sucedido. ¿De acuerdo? —preguntó a sus hermanos conociendo de antemano la respuesta. Estaba claro que todos sentían una tremenda curiosidad por descubrir el estado del puerto y también tenían muchas ganas de salir de casa.

—Genial, Deva, pero llena mi cuenco porque tengo mucha hambre y necesito crecer fuerte y rápido para poder ayudaros a Jorge y a ti. —Neco miraba cariñosamente a su hermana mientras esperaba una respuesta. Para él, era de vital importancia hacerse mayor y sentirse útil, además soñaba con poder salir a cazar ballenas como ellos.

—Por supuesto, pero para poder venir con nosotros necesitas crecer un poco más, todavía eres pequeño. No te apures que serás más grande y más fuerte que Jorge, de eso estoy segura —dijo guiñándole un ojo pícaramente a este, que estaba haciendo un gran esfuerzo por no comenzar una discusión con su hermana, no sabía si romper a reír o a llorar mientras colocaba los cuencos de madera sobre la mesa. Siempre se metía con su aspecto físico, pero en aquella ocasión estaba casi seguro de que no lo estaba haciendo para provocarle, sabía lo importante que era todo aquello para Neco. Pero para que pudiese salir con ellos de caza o de pesca, tendría que pasar aún mucho tiempo y todavía era pronto para saber si valdría como cazador.

Entre charlas y sonrisas se les pasó el tiempo volando, y cuando quisieron darse cuenta ya estaban preparados para salir a supervisar lo sucedido. La noche estaba cayendo y la temperatura había bajado, refrescando el ambiente

lo suficiente como para que se hiciera necesario llevar puesto algo de ropa de abrigo. Deva cogió la capa de lana fina, era un poco friolera y prefería ir preparada antes que tener que andar encogida por el frío todo el camino. Por si acaso, también cogió algo para su hermano pequeño.

Por el sendero en dirección al puerto, se encontraron con numerosos vecinos que habían pensado lo mismo que ellos, necesitan saber si habían sufrido desperfectos para poder cuantificar los daños y repararlos lo antes posible, era imprescindible poder salir a pescar. Jorge se había quedado en la casa, sería el encargado de revisar el pequeño huerto y a los pocos animales que tenían en la cuadra. Habían quedado en que sería él quien iría a su encuentro, tenían que esperarle junto al barco.

Parecía mentira que una vez finalizada la tormenta se hubiese quedado una noche de verano estrellada y clara en la que la luna llena lo iluminaba todo, dándole una belleza serena y especial a su reflejo en el agua del mar, que en esos momentos volvía a estar en calma. Neco salió corriendo emocionado al encuentro de sus amigos para ponerse a jugar. La marea estaba bajando de nuevo y la ría les proporcionaba un lugar ideal en el que poder pescar cangrejos bajo la luz de las estrellas.

Deva, después de inspeccionar el barco y de comprobar que no habían sufrido ningún tipo de desperfecto, decidió dar un pequeño paseo por la orilla de la playa que estaba junto al embarcadero, así esperaba tranquilamente el regreso de sus hermanos.

Con el vestido recogido hasta las rodillas, caminaba con cuidado de no mojarse demasiado con el agua que salpicaban las ondas marinas que acariciaban la orilla de la playa al ser bañadas por estas con delicadeza. Deambulaba distraída, pensando en las ganas que tenía de que se iniciase la temporada de caza, cuando inesperadamente tropezó con algo que estaba sobre la arena mojada, oculto entre las rocas. Lo inesperado de encontrarse con un fardo allí tirado hizo que perdiese el equilibrio y se precipitara al suelo, cayendo encima del bulto que había provocado su caída. Su asombro fue mayúsculo al comprobar que el causante de su tropiezo, era ni más ni menos, que un hombre que estaba muerto o inconsciente.

Instintivamente agarró el cuerpo inerte del suelo por los brazos e intentó

arrastrarlo hasta la arena seca, para de aquella manera sacarle totalmente fuera del agua. Era un hombre robusto, de complexión grande, al que le estaba costando una auténtica barbaridad mover. Era demasiado pesado incluso para ella, que estaba acostumbrada por las labores de pesca a trasladar bultos pesados de un lado a otro de la playa. Una vez conseguido su objetivo, se arrodilló exhausta por el esfuerzo junto a él, acercando su rostro al pecho del desconocido para comprobar si aún latía su corazón y respiraba. Necesitaba saber si continuaba con vida. Inconsciente, totalmente mojado, con restos de algas y arena por todo el cuerpo, así era como se encontraba el extraño visitante. Ofrecía un aspecto verdaderamente lamentable. A pesar de todo, el corazón latía fuertemente dentro de su pecho.

Respiró aliviada al confirmar que no estaba muerto, y mirando a su alrededor intentó encontrar una explicación lógica al hecho de que ese hombre estuviese inconsciente tirado en el suelo. No se veía ningún barco desconocido amarrado en el puerto y, que ella supiera, no habían recibido visitas de forasteros en los últimos días.

Aprovechando la soledad y el anonimato que le proporcionaban la noche y el reflejo de la luna, se atrevió a manipular el cuerpo frío y mojado del hombre que tenía inconsciente entre sus brazos en busca de alguna herida ocasionada por un arma. A lo mejor le habían abandonado tras una reyerta, no sería algo tan raro. Pero después de una exploración concienzuda, lo único que descubrió en él fue un fuerte golpe en su cabeza, y por el extraño ángulo de su extremidad estaba segura de que también tenía el brazo izquierdo roto. Su indumentaria era corriente y sencilla, aunque llevaba bien sujeta a la cintura una espada de grandes dimensiones, realizada en una buena fragua, o al menos, eso le parecía a ella por la calidad del material. Se quedó maravillada ante las facciones perfectas que mostraba el rostro del desconocido, nunca antes había visto a un hombre tan apuesto como aquel. Sus ropas estaban mojadas, hecho que le permitía admirar tranquilamente la musculatura desarrollada de un cuerpo perfecto. Sin poder evitarlo, acarició su cabello. Aquel hombre moreno era imponente.

Tan absorta estaba en su inspección, que no se percató del despertar de su desconocido y no tuvo tiempo de reaccionar ante el inesperado y brutal ataque del que fue víctima. Apenas pudo adivinar lo que estaba sucediendo, una mano

fuerte y dura como el hierro, presionaba fuertemente su delicado cuello, impidiéndola respirar. Sus dedos parecían garras afiladas que se estaban clavando en la carne. Si continuaba presionando con tanta fuerza estaba segura de que la partiría el cuello acabando con ella en el acto. Intentó soltarse del ataque brutal al que estaba siendo sometida, pateó en vano el costado de su enemigo, pero nada de lo que hacía servía, era imposible escapar.

Sentía cómo poco a poco iban abandonándola las fuerzas. Era plenamente consciente de que se le estaba escapando la vida, se estaba asfixiando y no podía hacer nada para evitarlo. Le resultaba irónica la manera en la que iba a morir. Siempre había imaginado que sería en el mar, nunca a manos de un desconocido al que intentaba ayudar. Las últimas imágenes que vería en sus pensamientos serían las de sus hermanos.

Con desesperación y en un último intento por salvarse, quiso emitir un grito pidiendo auxilio para poder alertar a alguno de sus vecinos de lo que estaba sucediendo, pero nada salió de su boca, tan solo una lágrima cargada de dolor, rabia e impotencia que resbaló por su rostro, cayendo en la mejilla de su inesperado enemigo. Este, al sentir la gota cálida y salada sobre su ruda piel, reaccionó súbitamente y de improviso abrió inmediatamente la mano. Sin saber realmente lo que estaba sucediendo y totalmente desorientado, sintió al mismo tiempo temor y arrepentimiento.

Tumbado aún sobre la arena de la playa, el desconocido pudo comprobar con desconcierto que lo que había tenido entre sus dedos era el fino y delicado cuello de una mujer. Entendió, sin necesidad de palabras, que había estado a punto de matarla al comprobar la dificultad que tenía la joven para volver a respirar. Estaba doblada sobre sí misma intentando recuperar el resuello y masajeándose la parte de la garganta que él había lastimado. Le miraba con la cara congestionada por la falta de aire en su cuerpo y por el inmenso dolor que le había infligido. Su mirada lo decía todo, estaba cargada de miedo y de odio.

Adivinó las intenciones de la preciosa muchacha y antes de que pudiera alejarse de su alcance, volvió a sujetarla fuertemente por el brazo. Le dolía muchísimo la cabeza y todo le daba vueltas, no sabía dónde estaba ni lo que había sucedido realmente. En su mente todo estaba confuso, era como si una espesa niebla lo cubriese todo. Incapaz de moverse para pedir ayuda, ella se había convertido en su única salvación.

Deva, aliviada, poco a poco conseguía respirar con normalidad y ante la posibilidad de que la volviese a atacar, hizo un intento por salir corriendo, pero el forastero fue más rápido que ella y nuevamente se encontró sujeta por su fuerte mano. Pero en esa ocasión era distinto, no le estaba haciendo daño, simplemente la retenía a su lado.

Con todo el valor que fue capaz de reunir, se encaró a su atacante para hacerle frente, quería mirarle a la cara con la clara intención de gritarle todo lo que pensaba de él y, si fuera necesario, le propinaría un buen puñetazo en la nariz. Pero sus intenciones se desvanecieron en el olvido en el mismo momento en el que se encontró con unos enormes y brillantes ojos verdes que la estaban mirando con desesperación, sin comprender nada de lo que sucedía. Tenía la mirada perdida.

—Ayúdeme, por favor —imploró el desconocido antes de caer nuevamente en la inconsciencia.



La brisa llevó el olor a sal hasta sus fosas nasales, embriagando sus sentidos por completo y haciéndole reaccionar. Sentía los párpados pesados, abrir los ojos estaba suponiendo un gran esfuerzo para él, pero el olor a mar y el sonido lejano de las olas rompiendo contra el litoral, le evocaban recuerdos vagamente familiares y al mismo tiempo extraños, no terminaba de entender dónde se encontraba ni lo que sucedía. Se sentía tremendamente cansado y lo que era peor, muy confuso.

Intentó incorporarse con mucho esfuerzo y escasos resultados, era del todo imposible mover su dolorido y magullado cuerpo con facilidad, además la cabeza estaba a punto de estallarle, el dolor punzante que sentía a la altura de las sienes era tremendamente molesto. Su cuerpo reaccionó inmediatamente al intentar incorporarse, todo comenzó a darle vueltas y el mareo le obligó a tumbarse una vez más, en esa ocasión de costado, y realizó un esfuerzo titánico aguantándose las ganas de vomitar que le estaban entrando. Se concentró en hacer inspiraciones profundas para intentar calmar su mal estar. Recostado en el lecho, trató de incorporarse nuevamente y así poder realizar una inspección rápida y sencilla, tanto de su estado físico como de la estancia en la que se encontraba. Se palpó cuidadosamente la cabeza comprobando que la tenía vendada: unos paños finos cubrían sus heridas.

Ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor, el convaleciente extranjero no se percató de la figura pequeña y curiosa que le observaba desde un punto oscuro de la habitación, en silencio, sin hacer ningún ruido para no ser descubierta. Desde su escondite podía observar sorprendido y algo asustado al extraño hombre que se había encontrado su hermana en la playa y que casi acaba con su vida. Le habían dejado encargado de cuidarle, y en caso de que

mostrase algún signo de recuperación debía avisarles lo antes posible. Sus hermanos estaban trabajando, Jorge había salido a pescar, y Deva estaba atendiendo a los animales y atareada en el huerto. Un simple grito, en caso de encontrarse en peligro la alertaría y esta acudiría rauda en su ayuda.

A Neco le resultaba del todo curioso que un hombre tan grande y fuerte, como era ese desconocido, estuviera sin fuerzas y se viese tan vulnerable tumbado en la cama intentando encontrar la posición adecuada para su magullado cuerpo. Realmente sentía pena por él y tenía la corazonada de que era buena persona, a pesar del mal comienzo que había tenido con su familia. Sus hermanos sintieron lástima ante su situación y por unanimidad decidieron acogerle en casa hasta que se recuperase de las heridas sufridas, a pesar de lo sucedido. Le habían tenido que desnudar, asear y curar. Deva tuvo que coserle y limpiarle algunas de sus heridas, ya que de no haber sido así, probablemente se le hubiesen infectado provocándole días más tarde la muerte. Llevaba cinco días inconsciente sufriendo de fiebres altas que le ocasionaban delirios y algún que otro grito desgarrador en la oscuridad de la noche.

Sabía que debía avisar a su hermana, pero se sentía responsable de él y comprendía que en aquellos momentos el desconocido necesitaba de su ayuda. Cautelosamente se acercó hasta la cama donde descansaba el forastero y le ofreció su colaboración.

—Hola, me llamo Neco. ¿Puedo ayudarle? —propuso con gesto cariñoso a su invitado, estaba claro que él solo no podía acomodarse en la cama.— ¿Quieres algo de beber? —preguntó tímidamente al desconocido mientras le colocaba los almohadones con precaución por miedo a una posible agresión.

Por su parte, el extraño invitado no pudo más que sobresaltarse ante la sorpresiva aparición del pequeño a su lado.

—Necesito un caldero para vomitar, no quisiera ensuciar el suelo —respondió avergonzado, casi sin fuerzas.

Neco salió disparado de la habitación en busca de un cubo con agua y unos trapos de algodón con los que el forastero pudiera limpiarse, regresando en el momento justo para evitar que su hermana se enfadase al encontrárselo todo manchado, si el hombre finalmente decidía arrojar en el suelo el contenido de su estómago.

—Gracias, muchacho. ¿Puedo saber dónde estoy y lo que ha pasado? —Le interrogó con ansiedad una vez que se sintió recuperado, necesitaba descubrir dónde se encontraba y qué era lo que hacía allí, qué había sucedido. Desconocía aquel lugar y a la persona encargada de curarle las heridas e inmovilizarle el brazo.

—Estáis en mi hogar. Le encontramos tirado en la playa, calado hasta los huesos, herido e inconsciente —respondió Neco sin darle demasiada importancia al asunto—. Me gustaría saber cómo se llama —inquirió curioso, ansiaba obtener algún tipo de información y así poder sorprender a sus hermanos.

La pregunta del niño era sencilla y lógica, pero tremendamente complicada de responder para él. ¿Cómo se llamaba? ¿Quién era? ¿A qué se dedicaba?, eran las continuas preguntas que se estaba realizando a sí mismo una y otra vez desde que había despertado y a las que no era capaz de responder porque no recordaba absolutamente nada de lo sucedido. Su mente estaba en blanco, no conseguía rescatar ninguna imagen que fuese anterior al momento en el que había despertado junto a ese simpático niño. Todo lo que rodeaba a sus recuerdos estaba oculto por una tupida niebla que le impedía conocer la verdad sobre sí mismo, y eso le provocaba miedo y ansiedad. ¿Quién demonios era? ¿Sería un noble, un lacayo, un guerrero, o algo peor...un malhechor?

Asustado, finalmente respondió exteriorizando sus miedos.

—No recuerdo mi nombre, ni nada referente a mi vida. No sé quién soy.

El pequeño, imaginando su sufrimiento ante la dificultad que mostraba para responder, y con la claridad sencilla de las cosas que daba la visión infantil, decidió ayudarle.

—Supongo que hasta que recuerde su nombre podría llamarse Laro, que fue un guerrero Cántabro, y yo creo que se parece a él: grande, valiente y fuerte —respondió feliz, argumentando su solución al problema—. Espero que no le importe, total, no sabe cómo se llama —dijo con una enorme sonrisa en la cara y lleno de satisfacción por haberle dado una solución al dilema que parecía tener su nuevo amigo—. ¿Qué le parece?

—Pienso que has tenido una gran idea, me gusta —contestó sonriendo por

la resolución y la simpatía que desprendía ese pequeño que, por lo visto, era el encargado de cuidarle—. Pero, por favor, tutéame. —Le resultaba incómodo que le tratase con tanto respeto—. Por lo que cuentas de mi nuevo nombre, deduzco que me encuentro en las tierras del norte pertenecientes al Reino de Castilla. ¿Me equivoco?

—Sí, estás en territorio Cántabro, en un pueblo marinero que lleva por nombre Quejo, perteneciente a la Merindad de Trasmiera, en el año mil doscientos diez de nuestro Señor. Estoy seguro de que este lugar te va a gustar, yo soy muy feliz aquí viviendo con mi familia y algún día seré el mejor cazador de ballenas que exista.

Neco estaba orgulloso de su pueblo y de su vida, y lucharía con todas sus fuerzas para alcanzar sus sueños.

Por su parte, Rodrigo, recientemente bautizado con el nombre de Laro por un niño risueño y parlanchín, no podía dejar de sentirse cómodo junto a él. Era consciente de que por el momento se había convertido en su único amigo en un mundo totalmente desconocido para él. Se estaba percatando de que se encontraba solo; si no recuperaba sus recuerdos, toda su vida quedaría en el olvido y nada de lo que hubiese hecho anteriormente tendría sentido.

—Tengo bastante sed, ¿podrías darme algo para beber, por favor? — Sentía la boca reseca y una necesidad apremiante de ingerir algún líquido.

—Claro, ahora mismo te traigo un poco de vino, siempre hay una jarra preparada en la cocina para cuando llega Jorge.

—¿Y quién es Jorge? —preguntó intrigado, necesitaba saber quiénes eran las personas que le habían acogido y que entendía le estaban ayudando. Debía darles las gracias y compensárselo de alguna manera.

Neco, feliz de tener un nuevo amigo, no paraba de charlar y de responder inocentemente a todas sus preguntas, mientras le ofrecía una jarra con algo para beber.

—Jorge es mi hermano mayor, algún día seré tan fuerte como él, o como tú —dijo mirándole asombrado el brazo musculoso con el que sostenía el vaso mientras bebía—. Laro..., ¿a qué te dedicabas? —Neco se sentía cómodo en presencia del forastero y necesitaba conocerle más a fondo, por lo tanto no

dudó a la hora de hacerle preguntas, intentando comprobar si mentía o realmente decía la verdad.

—No tengo la más remota idea, es una sensación extraña y desagradable. No sé cómo explicártelo, realmente no recuerdo absolutamente nada de mi vida, creo que me gusta el mar porque he despertado con su olor, el sonido de las olas me es familiar y también siento que hay una persona importante en mi vida, pero no soy capaz de averiguar nada más.

—Seguro que te dedicabas a algo emocionante, a lo mejor eres un caballero. —Se hizo el silencio entre los dos. Neco estaba hablando más de la cuenta, sus hermanos le habían advertido muy seriamente que no le comentara a nadie que el desconocido había aparecido con una espada templaria. Habían decidido esconderla hasta que supieran quién era y qué se proponía. Podía ser peligroso, por lo tanto, sería mejor guardar en secreto el posible origen del forastero. Después de pensarlo rápidamente, continuó con su explicación intentando justificar su respuesta—. Lo digo porque tienes unos brazos robustos y fuertes, no pareces un hombre débil.

Laro no pudo evitar estallar en unas sonoras carcajadas por el sorprendente argumento y la imaginación de su pequeño custodio. Encontraba una posible solución a cuantos enigmas se le planteaban, realmente era rápido en sus pensamientos para ser tan joven. Sabía que se llevarían bien. Le quería recordar a una persona importante en su vida, pero era incapaz de saber a quien.

—También podría ser un campesino o un monje, quién sabe, hasta un artesano. Pero hasta que no recupere mis recuerdos no lo sabremos —respondió avivando la imaginación del niño.

Neco se le quedó mirando con intensidad y finalmente respondió intentando eludir una posible mentira.

—Prefiero imaginarte como un noble caballero, es más interesante —contestó divertido.

—Está bien, como desees —consiguió responder Laro entre carcajada y carcajada.

Deva, nerviosa y preocupada, entró en la casa como una exhalación. Había

escuchado unas varoniles risotadas en el interior de la casa y sabía de sobra que no pertenecían a su hermano. El extraño, y quizá peligroso, desconocido se había despertado y Neco había desobedecido. Empujando la puerta de la habitación, que hasta ese momento habían compartido sus hermanos, entró sin pedir permiso, con el rostro encendido por el enfado y los cabellos alborotados por el trabajo que hasta ese momento había estado realizando.

Apartando a su hermano pequeño del borde de la cama y alejándole del forastero de malos modos, se dirigió enfadada hacia él.

—¿Puedo saber por qué no me has avisado?, ¿acaso te has propuesto llevarme la contraria? —Deva estaba demasiado enojada como para darse cuenta de que dos pares de ojos la miraban fijamente, asombrados, cada uno de ellos por un motivo.

Finalmente Neco protestó airado y cortó de manera abrupta el discurso de su hermana.

—Se acaba de despertar y le he ayudado, ¿acaso está eso mal? Esa es mi misión, yo soy el encargado de socorrerle y vigilarle en vuestra ausencia —respondió furiosamente, sabía que había desobedecido sus órdenes pero no se merecía los gritos, y mucho menos que su hermana le zarandease bruscamente del brazo con tanta fuerza—. ¡Y suéltame, que me haces daño! —gritó molesto con ella.

Rodrigo, por su parte estaba totalmente maravillado, asombrado por la bella joven que tenía ante sí. Aunque no conservaba toda su memoria apostaría una moneda de oro a que nunca antes había contemplado algo tan hermoso en su vida. Era una mujer bonita y con carácter.

Deva apoyó parcialmente su cuerpo en el quicio de la puerta de la habitación, con los brazos cruzados fuertemente sobre su pecho, intentando controlar tanto la respiración como la furia que sentía en esos momentos. Su hermano no alcanzaba a comprender el sufrimiento que le provocaba imaginarse que le hubiera podido suceder algo malo.

—Está bien, lo siento. Pero me has desobedecido. —Se disculpó sinceramente con su pequeño, ignorando por completo al mudo espectador que les estaba observando divertido. Tan concentrada estaba mirando al niño que se sobresaltó al escuchar una voz masculina y serena cerca de ella.

—Con permiso, señora, su hijo ha estado ayudándome en todo lo que he necesitado y en ningún momento me ha importunado, y mucho menos le he ocasionado daño alguno, puede usted comprobarlo —intentó mediar entre ellos, le parecía muy injusto que, por su culpa, Neco tuviese problemas—. Además, jamás osaría ocasionaros daño alguno, mucho menos después de haber recibido vuestra inestimable hospitalidad y ayuda —contestó sinceramente.

Deva le miraba seria y extrañada: o no recordaba lo sucedido unos días atrás o era un mentiroso muy convincente.

—Ya, pues no estoy yo muy segura de lo que dice —afirmó de malas maneras a su interlocutor.

Fue Neco quien decidió tomar la palabra para informar a su hermana de todo lo que sabía y así darle tiempo para que se calmase un poco, ya que cuando estaba enfadada podía decir o hacer cosas de las que más tarde se arrepentía, aunque nunca lo reconociese.

—Verás, Deva, he decidido ponerle el nombre de Laro a nuestro invitado porque no recuerda nada de su vida anterior, tampoco sabe quién es. Y de alguna manera tendremos que llamarle, digo yo —comentó acompañando sus argumentos con gestos del todo expresivos, dando a entender que era lo más lógico y normal—. Se encontraba indispuerto y le he ayudado. He pensado que, quizá, cuando se halle un poco mejor y hasta que se recupere del todo, podía quedarse con nosotros y así ayudarnos. ¿Qué te parece, Deva? —Neco había reflexionado seriamente todas las opciones, le hacía ilusión que su inesperado amigo se quedase con ellos, era un hombre afable, además se acercaba la temporada de caza de ballenas, y cualquier ayuda sería bien recibida. Un par de brazos siempre venían bien, había demasiado trabajo que sacar hacia adelante.

—Ya veo que lo tienes todo bien organizado. ¿En algún momento pensabas contar con Jorge o conmigo? Porque digo yo que algo tendremos que decir al respecto. —Deva no daba crédito a las palabras del pequeño, había decidido por todos ellos, sin pensar en las consecuencias que podría acarrear dejar entrar a un desconocido en casa. Tenía sus dudas, cabía la posibilidad de que ese hombre fuese una mala persona, o no quisiera quedarse con ellos.

—No deseo ocasionaros ningún problema, comprendo que no me conocéis de nada y que no es fácil confiar en un desconocido, y mucho menos, dejarle entrar en vuestro hogar. Pero os doy mi palabra de que podéis confiar en mí, en cuanto termine de recuperarme me marcharé. Y mientras esté aquí intentaré ser útil, os echaré una mano en todo lo que pueda, no quiero ser una carga.

Rodrigo necesitaba tiempo para recuperarse de sus heridas y también para intentar rescatar algún recuerdo olvidado que le pudiese aclarar quién era y a lo que se dedicaba. Por el momento, ellos se habían convertido en su única opción para volver a reencontrarse consigo mismo, y esperaba que le dejaran hospedarse en su hogar. Debía convencer a aquella bella mujer que le hacía perder la concentración y que, estaba claro, era quien tomaba realmente las decisiones, de que le permitiese permanecer a su lado. Mirándola fijamente a los grandes y expresivos ojos de un azul intenso y mirada profunda que le estaban observando con temor y recelo, continuó la conversación después de un breve silencio.

—Sinceramente, os agradezco enormemente la ayuda que me estáis brindando en estos complicados momentos de mi vida, no puedo recurrir a nadie más. No sé a quién debo buscar. Soy consciente de que probablemente le esté pidiendo demasiado, y tan solo puedo rogarle que confíe en mí. Os intentaré compensar de alguna manera el esfuerzo que estáis realizando y espero que me permitáis quedarme, por favor. —Deseaba ser capaz de ablandar el corazón de aquella preciosidad de largos cabellos negros y mirada intensa que le observaba con desconfianza y que intuía sería capaz de doblegarle con una sencilla sonrisa. Independientemente de que realmente necesitase de su ayuda, sentía la necesidad de quedarse allí, no deseaba separarse de ellos, provocaban en él un instinto de protección que no podía evitar.

Deva tenía una tremenda lucha interior, por un lado no terminaba de fiarse de ese desconocido que había intentado agredirla, y por otro, sentía lástima de él. Era consciente de que debería contarle que había aparecido junto a una espada que, creían, era templaria. Su aspecto de hombre robusto y fuerte daba a entender que probablemente fuese un caballero, pero también podía no ser así, y no deseaba tener problemas. Había decidido que sería mejor ocultar aquella información y llegado el momento ya vería cómo salir airosa de la

situación. Si no recordaba nada, le daría igual saberlo en aquellos momentos. Esperaba haber tomado la decisión adecuada. No podía dejar de reconocer que sentía cierta curiosidad por ese hombre, y también por qué no decirlo, una fuerte atracción. Sin duda, en cuanto recuperase su salud y las heridas mejorasen se vería tremendamente atractivo. Pero esos eran unos sentimientos que mantendría ocultos y bien guardados para sí misma. Tenía asuntos mucho más importantes de las que preocuparse, como por ejemplo, arreglar la techumbre de la casa antes de que comenzase la temporada de lluvias. Además, tendría que pedir ayuda en el pueblo, algo que no le agradaba tener que hacer.

—¡Por favor, por favor!, di que sí, Deva. —Neco estaba entusiasmado con la posibilidad de que Laro se pudiese quedar con ellos una temporada, estaba convencido de que les vendría bien su presencia. Aunque era pequeño no le pasaban inadvertidos los problemas que tenían sus hermanos, estos no daban abasto con todo el trabajo. Desde que murió su padre la vida se había hecho un poco más dura para ellos, y Jorge, con dieciséis años todavía era demasiado joven para llevar el peso de todo. Necesitaban un hombre en casa durante un periodo de tiempo para que les ayudase. Su hermana, dos años más mayor que Jorge, aunque no lo quisiera reconocer, cada día que pasaba estaba más cansada y delgada. Ya había perdido a su madre, a la cual no había conocido, y no estaba dispuesto a perder otra.

Rodrigo, divertido por la expresión teatral y simpática de Neco con las manos en posición de oración no pudo evitar sonreír una vez más e imitando a su cómplice amigo le pidió lo mismo a la joven.

—¡Por favor, por favor! Su hijo tiene razón.

Neco empezó a reírse abiertamente, le hacía mucha gracia que un hombre tan grande y con tantas heridas en el cuerpo dibujara en su rostro un gesto de súplica para implorarle a su hermana un favor, y que además pensara que ella era su verdadera madre. Sentía que necesitaba sacarle de su error.

—Ella no es mi madre, es mi hermana —le dijo resuelto, mirándole fijamente y guiñándole un ojo con picardía. Algo que le valió un coscorrón por parte de Deva.

—Tengo que hablarlo con Jorge, si él está de acuerdo podrá quedarse,

pero bajo unas normas y alguna condición. No quiero ningún problema, de lo contrario le echaré a patadas de mi casa. ¿Entendido? —se sentía acorralada, eran muchas las dudas con respecto al forastero, pero no tenía corazón para dejarlo abandonado a su suerte en esas condiciones.

Rodrigo respiró aliviado. Casi no conocía a aquella mujer, pero sus palabras daban a entender que su respuesta era un sí. Por lo que podía deducir a base de la poca información que manejaba, presuponía que eran tres hermanos los que vivían solos en esa casa. Aprovechando que Deva se había marchado y estaba todo tranquilo decidió continuar hablando con Neco para que le pusiera al corriente de sus vidas, y así intentar encontrar la manera de ayudarles y devolverles el favor. No quería ser una carga o un problema para ellos.

—Neco, ¿y tus padres, no viven con vosotros? —preguntó intrigado.

—No, estamos solos los tres y hasta ahora no nos ha ido tan mal. Mi madre murió al poco tiempo de nacer yo, y mi padre desapareció en el mar durante una tormenta —respondió Neco tristemente.

—Cuánto lo siento. ¿Y tu padre, era pescador? —La curiosidad le tenía en vilo.

—Sí, y su barco ahora lo gobierna mi hermano, Deva le ayuda siempre que puede. Está enamorada del mar. En temporada de caza ella es una de las mejores arponeras, tiene una puntería increíble y siempre consigue buenas piezas. Cuando no está en el agua anda por la casa, en el huerto pequeño que tenemos en la parte trasera, y con los animales, el puerco la trae de cabeza —comentó de manera simpática. —Pero tenemos pocos, realmente vivimos de la pesca. Últimamente veo a mis hermanos un poco cansados, por eso he pensado que podías ayudarnos. ¿Hacemos un trato? —sintió la necesidad de ser sincero, no sabía por qué, pero intuía que podía confiar en él.

Rodrigo se sentía asombrado ante lo que le estaba relatando el pequeño. Era mucho más maduro de lo que le correspondía para la edad que aparentaba, y tenía muy claro lo que necesitaba de él. No pensaba dar la espalda a su nuevo amigo, si podía ayudarle lo haría. Además, entendía que tenía una deuda de vida con ellos. Y sentía una enorme curiosidad por todo lo que Neco le contaba.

—Por supuesto, trato hecho. Me quedaré el tiempo que haga falta y os echaré una mano en todo lo que pueda. Además, necesitaré de alguien que me ayude a refrescar la memoria, que me explique y me enseñe en qué consiste la caza de ballenas.

—Por supuesto —respondió satisfecho y feliz—. ¡Trato hecho!

Ambos se estrecharon la mano derecha firmando un acuerdo entre caballeros.

—Por cierto, mi hermana está un poco enfadada contigo. Fue ella quien te encontró tirado en la playa, y cuando intentó socorrerte casi terminas con su vida asfixiándola. ¿No se te dan bien las mujeres, eh?

—¿Eso hice?! Lo lamento. No..., no sé por qué lo hice. —Rodrigo, cabizbajo, no llegaba a comprender que podía haberle llevado a reaccionar de aquella manera tan brutal. Estaba avergonzado, y el no recordar nada de lo sucedido le hacía sentir aún peor.

—Bueno..., supongo que estabas asustado. No te preocupes, a mi hermana se le pasará el enfado y seguro que poco a poco recuperarás tus recuerdos. —Esto último lo dijo, especialmente, por las ganas que tenía de saberlo todo sobre ese hombre misterioso—. Aunque, que confíe en ti...Eso no será tan fácil.

—Veo que conoces mejor a las mujeres que yo.

Ambos comenzaron a reírse, divertidos por el comentario que acababa de hacer Rodrigo. Conectaban de una manera especial a pesar de la diferencia de edad. Este estaba seguro de que le recordaba a alguien que formaba o había formado parte de su vida, pero, de nuevo, era incapaz de evocar esos recuerdos.

Deva, desde la cocina, podía escuchar las risotadas procedentes de la habitación que se propagaban por el salón con rapidez, y no podía dejar de sentirse asombrada por lo bien que se llevaba su hermano con ese desconocido, que, por otra parte, no parecía tan fiero como cuando le encontró tirado en la playa. Sus heridas habían ido evolucionando favorablemente, le quedaba el brazo fracturado y el corte en la cabeza. Suponía que ese debía ser el motivo por el cual no recordaba nada anterior a esos momentos, pero

confiaba que, con algo de tiempo y tranquilidad, ese hombre recuperase su vida. Por el momento no podía dejar de reconocer, aunque le fastidiase darle la razón al pequeño Neco, que este había tenido una buena idea al proponerle que se quedase con ellos. Realmente necesitaban mucha ayuda, confiaba en que no le costaría mucho convencer a Jorge. Este llegó cansado a casa después de un duro y largo día de trabajo. Ante las novedades con respecto al huésped que tenían en casa se sintió sorprendido y al principio se negó rotundamente a aceptar aquella disparatada idea que habían tenido sus hermanos. Pero una vez que escuchó a Deva darle una buena razón para que se quedara, comprendió que la ayuda les vendría de perlas. No sería tan tonto de despreciar algo así. Tan solo esperaba no equivocarse con la confianza que estaban depositando en un desconocido.

Por su parte, Rodrigo, tumbado boca arriba en la cama, intentaba una y otra vez arañar algún recuerdo a su memoria. Algo le decía en lo más profundo de su ser que no era esa persona de la playa que había intentado hacer daño a un semejante. Seguía sin entender la reacción que había tenido con aquella preciosa mujer que no era capaz de quitarse de la cabeza. Estaba seguro de que el mar le atraía, percibía la sal correr por sus venas, y eso tenía que significar algo importante. Neco le quería recordar a alguien muy cercano e importante en su vida, por el que sabía que sentía cariño y respeto, tenía algo que le era familiar. Se sentía desolado y abatido, era tremendamente duro intentar encontrar respuestas dentro de su cabeza y no obtener ninguna, necesitaba saber quién demonios era. Al menos estaba rodeado de gente que parecía buena y a la que podría ayudar. Apenas les conocía y ya estaba desarrollando un tremendo deseo de protección hacía ellos. Era un sentimiento que no podía, ni quería, evitar.

Con los ojos cerrados aspiró profundamente ese adorado aroma a mar. Sabía que le gustaba vivir cerca de él y sentir la brisa marina en su vida, al igual que notaba las emociones y los sentimientos que esa muchacha provocaba en él cada vez que la miraba furtivamente. Inevitablemente su corazón se llenaba de inquietud y de miedo ante lo que estaba sintiendo, intuyendo que toda aquella desazón que le acompañaba últimamente era nueva para él. No deseaba importunarla más de lo necesario. Por lo que le había relatado Neco, sabía que casi acaba con su vida, y eso no se lo perdonaría jamás. Debía intentar ganarse su simpatía y su perdón. Se había quedado

maravillado ante la belleza serena y sencilla que poseía. Y, recordando sus preciosos ojos azules, sintiendo el viento del norte entrar por la ventana, se quedó dormido con la esperanza de iniciar una nueva vida y recuperar, al mismo tiempo, la anterior.



Habían transcurrido semanas desde que despertó desorientado y asustado en una cama desconocida. Sus heridas físicas estaban prácticamente sanadas, tan solo le quedaba el brazo que se había fracturado en algún momento antes de aparecer inconsciente en la orilla de una playa que era totalmente nueva para él. Pero calculaba que pronto lo tendría recuperado y podría moverlo sin dificultad o, al menos, eso era lo que esperaba que sucediese. Sentía una constante necesidad de moverse y de hacer ejercicio, aunque no recordaba exactamente qué era lo que debía hacer. Era plenamente consciente de que echaba en falta algo que había sido cotidiano y rutinario en su vida anterior. Aún no sabía quién era o de dónde venía, y todas esas dudas le estaban provocando una sensación de inseguridad e incertidumbre que no llevaba demasiado bien. No estaba seguro, pero creía comprender que todos esos sentimientos eran nuevos para él. Sospechaba que hasta ese momento había sido un hombre seguro de sí mismo y acostumbrado a dar órdenes, pero no se atrevía a comentar con nadie aquellas certezas que comenzaban a despejarse en su mente por temor a que le tomaran por un hombre arrogante o peligroso. Bajo ningún concepto deseaba tener que marcharse y alejarse de aquel lugar que por el momento se había convertido en su hogar y donde se encontraba a gusto con esa familia tan peculiar que le estaba proporcionando cobijo.

También intuía que había perdido algo valioso e importante para él, un objeto que llevaba siempre consigo y que le acompañaba allá donde iba. Sospechaba que, o bien eran unas herramientas de trabajo, o tal vez pudiera ser una espada. Había llegado a esa conclusión porque estaba constantemente ajustándose el cinturón e intentando colocar de manera correcta algo que no tenía. Acercaba insistentemente su mano derecha en busca de un apoyo que

presuponía sería la prolongación de su brazo. Esa podría ser la explicación para que sus extremidades superiores estuviesen tan desarrolladas y tuviera tanta fuerza en ellas. No paraba de darle vueltas al asunto; si llevaba espada debía estar acostumbrado a luchar, y le asustaba la idea de que pudiese ser un malhechor o un desalmado salteador de caminos, temía estar metido en problemas y relacionarse con gente de mala vida. Deseaba con todas sus fuerzas o bien ser un caballero noble y valiente, o un artesano honrado y trabajador. Pero, por más que lo intentaba, no alcanzaba a atravesar la niebla espesa que envolvía sus recuerdos, bloqueando cualquier tipo de información que le pudiera servir al respecto.

Estaba esperando a Neco. El crío se había convertido en su sombra, no le dejaba solo en ningún momento y aunque pudiera parecer una actitud molesta, realmente le gustaba disfrutar de su compañía y de las historias que le relataba. Con las conversaciones tan entretenidas que mantenían conseguía que, durante breves periodos de tiempo, se olvidase por completo de su ausencia de recuerdos, y disfrutase de todo aquello que le rodeaba. Esa mañana habían quedado en ir a dar un paseo por los alrededores de la casa y del pueblo. Necesitaba ubicarse y comenzar a reconocer el terreno por el que se tendría que desenvolver. Como ya se encontraba bastante mejor iba siendo hora de ponerse a pensar de qué manera podía ser útil y ayudar a sus anfitriones.

—Laro, siento haberte hecho esperar, pero es que Deva es muuuuy pesada —dijo Neco con el ceño fruncido mientras se alborotaba los rizos de mala manera, que hasta ese momento habían estado peinados, e inició la marcha incitando a su compañero para que hiciera lo mismo.

—¿Y eso?, ¿qué te ha sucedido, amigo mío? —Laro estaba intrigado, y al mismo tiempo le resultaba divertida la actitud de protesta del pequeño, algo inusual en él debido al buen humor que demostraba siempre.

—Se empeña en domesticar mis rizos, y yo prefiero dejarlos libres. Pero es imposible de convencer —comentó resignado, mirando fijamente a los ojos de su amigo—. ¡Es terca como una mula!

Laro no pudo evitar reírse ante el comentario sincero del pequeño. Tenía claro que ese niño adoraba a su hermana y, aunque estuviera quejándose, las

palabras de esa mujer tenían mucha importancia para él.

—Bueno, hombre, no será para tanto —respondió como pudo entre carcajadas.

—Tú ríete, verás cuando te toque a ti. Luego no vengas lamentándote, porque entonces te diré: ya te lo advertí. —Neco estaba seguro de que, en el momento en que a su hermana se le pasase el enfado con el forastero, así era como solía referirse a él en privado, se tomaría las mismas libertades con él, y este sufriría al igual que ellos la insistencia de su hermana.

—No creo que tenga motivos para quejarse de mi aspecto, ya que tengo el pelo demasiado corto y cuidado —manifestó seguro y distraído mientras se acariciaba la cabeza.

Neco se volvió rápidamente para observarle, mirándole con los ojos exageradamente abiertos, mostrando su asombro y aguantándose la risa por educación. Por lo visto, tenía que darle una explicación acerca de un hecho que era evidente para todos, menos para él.

—Verás, cuando te encontramos tenías el pelo muy, muy corto, pero en estos momentos... ¿Cómo te diría yo? Está hecho un asco. Lo sorprendente es que mi hermana no te haya dicho nada todavía. Pero estoy seguro de que lo hará, y te sugeriré que te lo arregles, porque pareces un pordiosero.

Al mismo tiempo que acariciaba su nueva y desconocida melena, escuchaba en silencio las palabras de Neco y comprendió estupefacto que el muchacho tenía razón: su pelo castaño oscuro estaba diferente. El tacto del cabello, algo más largo y suave entre sus dedos, le devolvió inesperadamente un nuevo recuerdo. Siempre había llevado el pelo corto y arreglado. Instintivamente se tocó la barba que en aquellos momentos estaba demasiado poblada y desaliñada. Sabía que su aspecto anteriormente debía haber sido todo lo contrario, estaba obligado a mostrar una apariencia cuidada, siempre presentable. Su aspecto físico debía ser impecable en todos los sentidos.

—Cierto —musitó perdido en sus propios pensamientos y olvidándose de todo lo que le rodeaba en aquellos momentos.

—Pareces extrañado. A mí me gustas más así, creo que te queda bastante bien, aunque con un pequeño arreglo estaría mejor. No te preocupes por eso,

estoy seguro de que a Deva no le importará hacerlo.

Con ciertas dudas y distraído en sus reflexiones, Laro respondió a su compañero de andaduras.

—Creo que de eso me encargaba yo mismo antes.

—Pues ahora lo hará mi hermana, y estoy convencido de que te verás mejor. No te preocupes tanto, que no es tan grave —contestó distraídamente intentado quitarle importancia, no pensaba que aquello fuese un problema. Sin dejar caer en el olvido las palabras que acababa de escuchar por boca de su amigo, Neco le preguntó directamente—. ¿Eso significa que ya recuerdas cosas de tu vida anterior? —Estaba ansioso por descubrir quién era realmente ese hombre, pero al mismo tiempo, le daba miedo que les abandonara una vez supiera su verdadera identidad. Laro se estaba convirtiendo en alguien especial e imprescindible para él, aunque por el momento, no se lo había confesado a nadie.

—Lo tendré en cuenta, si necesito ayuda, no dudaré en pedírsela —respondió más por educación que por otra cosa, ya que realmente estaba concentrado intentando decidir cómo proceder con Neco. Le parecía mal no ser sincero con ese niño que se había ganado su confianza y cariño, y al mismo tiempo, no tenía la valentía suficiente como para compartir con él algunas de las sospechas que comenzaban a forjarse en su interior sobre su identidad—. Veras, de vez en cuando me vienen pequeños recuerdos y algunas certezas de mi vida anterior, como por ejemplo, la de que llevaba el pelo corto. Pero no consigo averiguar el por qué. Es una situación muy rara y un tanto desalentadora, la verdad. Soy capaz de recordar cosas generales, pero no las concretas e importantes de mi vida —finalmente, se sinceró con el pequeño.

—Eso está muy bien, por lo tanto, no te preocupes demasiado por ello. Estoy seguro de que poco a poco irás recordando cosas y terminaremos descubriendo quién eres. Y ya sabes lo que dicen por ahí, que los males no duran eternamente. Por cierto, ya no te duele tanto la cabeza, ¿verdad? —Agradecía la confianza de Laro, sentía que se había ganado su lealtad y su respeto.

—No, ahora que lo dices, hace un par de días que no siento molestias, estoy convencido de es por culpa de los brebajes que me prepara tu hermana

—confesó agradecido por los cuidados que estaba recibiendo por parte de aquella bella mujer—. Debo admitir que tus palabras de ánimo y consuelo me sirven de mucho, además, estoy seguro de que en mi vida hay alguien muy importante, y tú me recuerdas constantemente a esa persona. —Seguramente ese chiquillo se parecía demasiado a alguien cercano a él, aunque aún no tenía claro si era un amigo, un hermano o un hijo. Realmente no tenía claro nada.

—No te angusties más de la cuenta, verás como pronto mejoras, estoy totalmente convencido de ello. He pensado que te gustaría conocer las tierras que rodean nuestra casa y los lugares que son importantes para nosotros. Luego podemos bajar al pueblo y te enseñe el puerto, y la playa donde has aparecido. Igual eso te ayuda a recordar algo más.

—Me parece un plan perfecto, porque realmente necesito caminar y moverme un poco. Despejarme me sentará bien.

Neco, entusiasmado, salió veloz en dirección al camino que les conduciría a los acantilados que estaba deseando mostrarle. Tenía tantas ganas de que conociese todos los lugares que eran importantes para él, que no se dio cuenta de que Laro, aunque recuperado, aún no podía hacer ciertas cosas como, por ejemplo, seguirle el paso.

—¡Venga, vamos! —le apremió con entusiasmo.

—Tranquilo, muchacho que no puedo ir tan rápido y ligero como tú, aún no — alzó cariñosamente la voz para hacerse escuchar en la distancia. Estaba feliz de poder salir al fin de aquella casa y respirar aire puro y fresco, se sentía en libertad.

Después de un largo pero tranquilo paseo en el que ambos habían permanecido en absoluto silencio, sumergido cada uno de ellos en sus propios pensamientos, llegaron a un punto en el que Laro no pudo más que quedarse asombrado por el maravilloso paisaje que tenía ante sus ojos. Mirara hacia donde mirara, se quedaba fascinado ante la grandiosidad de todo lo que le rodeaba. Lo que contemplaba era realmente espectacular.

Habían abandonado el camino central para acceder por un sendero angosto y empinado que les llevó directamente hasta el mismo borde de la costa, a una altura impresionante. Estaban en una elevación natural del terreno que les permitía otear el vasto horizonte. La altura era tanta, que las rocas que estaban

siendo bañadas por el mar se veían pequeñas, casi insignificantes, aunque en realidad no lo fuesen. La vista se perdía en la lejanía de una enorme extensión de agua en la que se podía contemplar la inmensidad del mar, confundándose la línea que perfilaba su final con el inicio de un cielo igual de extraordinario, compartiendo ambos una amplia gama de colores azules y esmeralda.

Un prado verde, alegre y extenso, cobraba vida propia, cubriendo todo el suelo que pisaban y el que se perdía en la distancia. Contemplaba un terreno abrupto que, al mismo tiempo, se asemejaba a un tapiz mullido y acogedor, a pesar de la apariencia hostil del entorno. La tierra y las rocas se fundían creando un único ser cargado de fuerza y magnetismo; ocre y marrones inundaban sus retinas. Acantilados imponentes que imprimían carácter a un territorio duro y bello al mismo tiempo. El sonido del agua rompiendo contra el litoral era música celestial para sus oídos. Se sentía pleno y feliz, formaba parte de todo aquello. Sospechaba que aquel era su lugar. Probablemente, no lo había sabido hasta ese preciso instante. Era una certeza que se iba abriendo camino en su nueva vida. Empezaba a darse cuenta de que adoraba aquellas tierras lejanas y desconocidas para él hasta ese momento.

La espuma blanca resultante de la lucha entre el mar y las rocas de los acantilados le tenía hechizado. Estaba siendo testigo de un baile calmado y suave en un principio, un ir y venir de fingida tranquilidad, que se tornaba en un abrazo fuerte y mortal a la hora de golpear el agua del mar con furia contra la costa, dejando un atronador estallido que, al mismo tiempo, provocaban un sonido sordo de paz. Las grandes olas al chocar contra los acantilados ofrecían un espectáculo único y peligroso.

—Se está terminando la temporada de calor, pronto llegarán las lluvias y con ellas los temporales y el viento del norte. Esto que estás contemplando no es nada comparado con lo que puede llegar a suceder —informó Neco, feliz por poder compartir con alguien sus conocimientos. Era evidente que Laro estaba disfrutando de todo lo que le rodeaba.

—Realmente estoy impresionado, debo reconocer que me has sorprendido. Creo estar descubriendo que me gusta mucho tu tierra, muchacho.

—Y eso que no has visto nada todavía. Cuando el mar está agitado, y las olas son realmente grandes, hay algunos lugares entre las rocas, en cuevas de

difícil acceso, que tienen unas grietas naturales por las que sale el agua impulsada fuertemente a chorro desde abajo, con una potente brisa marina. Se puede escuchar el sonido del mar al impactar contra los rompientes de la costa, el batir de las olas es tremendamente violento, y te da la sensación de estar metido en medio de ellas —explicó entusiasmado a Laro. Se sentía orgulloso de su tierra y sabía que a alguien tan fuerte y valiente como él aquello, aunque fuese peligroso, no le asustaría. Se giró para mirarle directamente a los ojos y dejarle claro que pensaba llevarle hasta ese lugar tan especial para él—. Estoy seguro de que te va gustar, pero eso te lo enseñaré otro día, para que suceda, el mar tiene que estar embravecido. Prometo llevarte a ver la Ojerada de Asío, las vistas son increíbles. En mitad de los acantilados hay una cueva que se asemeja a los ojos de una persona, y desde allí se puede divisar una gran cantidad de costa, y de mar, por supuesto. Pero es peligroso, debemos tener cuidado. Y, bueno..., necesito que me acompañes porque está en el pueblo vecino —confesó finalmente, apenado. Necesitaba de su ayuda.

—De acuerdo, tú mandas —exclamó Laro divertido y relajado—. No pienso olvidarme de ello, ya encontraremos una ocasión propicia para ir. ¿Hacia dónde nos dirigimos ahora? —El paisaje le había seducido por completo y estaba entusiasmado por poder conocer todo lo que les rodeaba, necesitaba estar preparado para cualquier eventualidad que se les pudiera presentar. Deseaba cuidar de ese muchacho y de sus hermanos. No comprendía el porqué de esa necesidad de protección hacia ellos, pero no pensaba oponerse a aquellos sentimientos que le hacían sentir tan bien.

—Quiero que conozcas la atalaya, es el puesto de vigilancia ballenero y uno de los lugares preferidos de la pesada de mi hermana, está localizado en el Cabo de Quejo —desveló de manera descuidada, compartiendo con él aspectos importantes en la vida de Deva.

—Realmente siento mucha curiosidad por conocer todos los detalles sobre la caza de ballenas, si bien es cierto que he escuchado contar historias sobre ello, desconozco la realidad. Y, sinceramente, no me imagino a una mujer frente a una ballena en el mar. —Miró a Neco con cara de sorpresa e incredulidad mientras exponía abiertamente sus dudas al respecto.

—Te puedo garantizar que es emocionante, pero también muy peligroso.

Nosotros somos muy buenos. —Se le veía eufórico hablando del tema—. Y mi hermana... Lo mejor será que la veas en acción. No la subestimes, porque es una experta arponera, tanto, como para que la dejen trabajar con los hombres. —Sus palabras estaban cargadas de emoción. Se notaba que Deva era un ejemplo a seguir por él, estaba orgulloso de ella.

Continuaron subiendo relajadamente por un sendero que transcurría bordeando la línea de los acantilados, de tal manera que no solo podían contemplar la belleza del paisaje, sino que también podían sentir el cálido viento que soplaba esa mañana y acariciaba sus rostros.

—Cuéntame cosas sobre la atalaya: para qué sirve exactamente y todo lo que creas que es importante saber. —Laro estaba sumamente intrigado, necesitaba conocer todos los detalles para poder comprender mejor todo lo que hacían. Aquella inquietud que sentía continuamente por aprender debía formar parte de su personalidad. Empezaba a ser consciente del incansable interés que sentía por todas las cosas y la curiosidad que le provocaba la ignorancia; disfrutaba escuchando y aprendiendo cosas.

—En cuanto lleguemos comprenderás la importancia que tiene. Se llaman puestos balleneros, este es el de Quejo, uno de los más importantes. Están colocados en montículos y elevaciones naturales del terreno desde donde poder observar el mar, en realidad son puestos de vigilancia. Antiguamente nos servían para alertar del ataque e invasión de algún enemigo, que han sido muchos, la verdad. Por si no lo sabes, el pueblo cántabro es guerrero, somos fieles a nuestra independencia y nuestras tradiciones, hemos sido temidos por numerosos ejércitos debido a nuestra resistencia. Tanto el mar, como nuestros bosques y montañas, nos han dado cobijo y ha sido sumamente complicado doblegarnos. Pero ahora corren tiempos algo más tranquilos y se utilizan para dar aviso del avistamiento de las ballenas o de la llegada de algún temporal. El *atalayero* nos informa, y es ese el momento exacto en el que comienza la lucha del hombre contra el mar y la bestia. En realidad las atalayas nos permiten ejercer cierto dominio sobre los elementos de la naturaleza, nos proporcionan sustento, y al mismo tiempo podemos estar prevenidos ante algunos peligros.

—Interesante. Me tienes totalmente asombrado. ¿Y tú, cómo sabes tanto?
—Las explicaciones del muchacho eran claras, precisas y exactas. Estaba

gratamente sorprendido.

—Porque provengo de una familia que se dedica a la caza de ballenas desde hace unas cuantas generaciones. Sucede lo mismo que con los artesanos. Lo llevo en mi interior, es algo que forma parte de mí, además estoy deseando convertirme en uno de ellos, en un *Señor del Mar*. —Feliz de sus orígenes, volvió a hacer hincapié en la sangre que corría por sus venas—. También lo sé porque soy cántabro, es importante conocer nuestras raíces.

—Comprendo. Estoy totalmente de acuerdo contigo, ciertamente es imprescindible saber de dónde venimos —musitó Laro, emocionado y entristecido al mismo tiempo. Por el momento él desconocía su procedencia. Se sentía tremendamente orgulloso de aquel pequeño que poco a poco le iba robando el corazón—. Y, ¿cómo os avisáis del avistamiento de ballenas?

—Cuando el *atalayero* ve resoplar a algún animal, enciende un fuego y así se da la voz de alarma. Usamos el mismo método para avisarnos en caso de peligro entre nosotros y para comunicarnos con los pueblos vecinos. —Neco podía observar el interés en el rostro de su amigo, y eso le alentó a continuar explicándole más detalles de su vida y sobre el trabajo de su familia—. El pueblo de Asío está rodeado por acantilados que son impresionantes, sus costas son bastante más escarpadas que estas. Ellos nos alertan en caso de peligro, y nosotros a su vez prevenimos a Noja, que está al otro lado de la ría, y así sucesivamente, vamos haciendo una cadena. Cada uno, desde su punto de observación y vigilancia busca poder otear el máximo espacio de mar posible y, al mismo tiempo, procuramos que las atalayas no sean demasiado visibles. Es una manera de estar algo más seguros y protegidos. Son importantes también cuando sufrimos un temporal y hay algún barco al que no le ha dado tiempo de regresar a puerto. Con antorchas y fuegos intentamos que pueda calcular el espacio que le separa de la costa, para procurar evitar que colisione contra las rocas y encalle. Cuando hay niebla utilizamos campanas. Es sencillo, todos conocemos su significado, comprendemos rápidamente lo que sucede y sabemos lo que debemos hacer.

—Me tienes fascinado. Espero sinceramente poder ser testigo directo de ello, e incluso participar en todo lo que me estás contando. Quizá, si tus hermanos están de acuerdo, podría acompañarlos. Soy rápido aprendiendo y tengo fuerza. —Laro sentía la necesidad de enfrentarse a un nuevo reto y poder

ayudar a la que en esos momentos era su familia—. Creo recordar que me dijiste que el barco era vuestro, ¿cierto?

—Sí, lo es. Después de desaparecer mi padre en el mar la cofradía nos ofreció su ayuda y apoyo, permitiéndonos continuar con la tradición familiar. Pero Jorge aún es joven y Deva no puede con todo ella sola.

—Lo comprendo perfectamente. Sabes que estoy dispuesto a hacer todo lo posible por ayudaros. Te doy mi palabra, que es firme y sagrada para mí, de que podéis contar conmigo. Puedes estar seguro de que nunca faltó a ella, jamás rompo un juramento. —Tenía claro que cuando hacía una promesa, la cumplía pasara lo que pasase.

—Gracias, si te soy sincero, has aparecido en el momento adecuado. Necesitamos un par de brazos fuertes, como los tuyos, porque yo todavía no puedo salir a la mar. Anoche escuché a mis hermanos hablar, el tejado está en mal estado y hay que arreglarlo antes de que lleguen las lluvias. —Neco, aunque pequeño, era muy consciente de los problemas que acuciaban a su familia. Esperaba no equivocarse al poner todas sus esperanzas y su confianza en ese hombre grande y fuerte, de mirada penetrante y palabras pausadas, que parecía querer cuidar de ellos.

Tan distraídos estaban hablando sobre la caza de ballenas que llegaron casi sin darse cuenta a su destino. Neco, acostumbrado a verlo casi a diario, no se sorprendió por las maravillosas vistas que se podían disfrutar desde aquella privilegiada posición, pero para Laro fue un nuevo descubrimiento.

Se encontraban frente a una torre de piedra circular situada en un montículo de tierra natural. Oculta a la vista de los demás por el ramaje de los árboles que les rodeaban, quedaba protegida de los vientos gracias a que su orientación había sido estratégicamente elegida. Se accedía a su interior por una pequeña abertura hecha en la parte baja, pudiendo subir a la zona superior por unas estrechas escaleras que permitían alcanzar una plataforma oculta desde la que se oteaba el horizonte. El paisaje, desde aquella posición, efectivamente era espectacular, se podía observar un amplio espacio de mar y casi toda la línea de costa, por la que discurrían las playas y los diferentes pueblos que lindaban con ellos. No era de extrañar que ese fuese uno de los lugares preferidos de Deva. Se identificaba totalmente con ella, entendía que

fuera así.

—Gracias, Neco, agradezco tu confianza y sinceridad, estoy impresionado. Has logrado sorprenderme. —Se encontraba a gusto con ese niño de mirada vivaracha y resolutiva. Era consciente de que llevaban mucho tiempo fuera de casa, él comenzaba a estar fatigado y suponía que Deva estaría preocupada por su polluelo—. Creo que va siendo hora de regresar a casa. Estoy un poco cansado y me gustaría poder hablar con tus hermanos del tema del arreglo del tejado y de varios asuntos más, Jorge ya me ha puesto al corriente de ello. Tus hermanos pueden estar orgullosos de ti.

Neco sintió cómo su rostro se encendía por la emoción de las palabras que le estaba dedicando Laro.

—Gracias. Intento ser un buen chico, ellos me preocupan, lo son todo para mí —dijo seguro de sí mismo, y aceptó de buen grado la propuesta de regresar a casa—. Está bien, volvamos. Además, estoy seguro de que va a cambiar el tiempo. Probablemente se ponga a llover de un momento a otro. Será mejor que nos demos prisa, no me apetece calarme hasta los huesos. Y a Deva no le gusta que nos retrasemos a la hora de comer.

Laro, extrañado por lo bueno que hacía y la temperatura cálida que estaban disfrutando, preguntó intrigado a su improvisado mentor.

—¿De verdad piensas que se vaya a poner a llover?, estamos gozando de una mañana calurosa y soleada.

—Sí, estoy seguro de ello. ¿No percibes el tenue olor a humedad? —Neco podía distinguir ese aroma a tierra mojada aún antes de que apareciesen los primeros indicios de lluvia—. Además, tan solo tienes que observar a las aves. Cuando gaviotas y cormoranes entran al interior de la costa, significa que tarde o temprano el cielo descargará agua y sufriremos un chaparrón; entra algún temporal por el mar.

—Pero si hace muy bueno. —Laro se sorprendía de la sabiduría que ocultaba ese pequeño muchacho que le acompañaba. Había descubierto que, como era de esperar, no sabía ni leer ni escribir, pero poseía una inteligencia brillante y sobrados conocimientos de todo lo que le rodeaba, necesarios por otra parte para poder sobrevivir.

—No debes temer nada. Estamos en verano y aquí lo realmente duro es el invierno. Seguramente suframos alguna tormenta sin importancia. Llevamos bastantes semanas sin que caiga una sola gota de agua, exactamente desde que se produjo la galerna el mismo día en el que apareciste tú.

Galerna. Esa palabra hizo reaccionar a Laro, parte de sus recuerdos acudieron a él de golpe, obligándole a quedarse clavado en el sitio, incapaz de poder continuar avanzando. Llegaron multitud de imágenes y recuerdos a su cabeza; podía verse en un barco intentando sobrevivir, luchando contra un feroz temporal en el mar. Recordaba a su hermano junto a él, y aunque no podía distinguir sus facciones estaba casi seguro de saber quién era. Podía revivir perfectamente el momento, cómo gritaba con desesperación mientras él, en el agua, intentaba no sucumbir al abrazo gélido del mar.

Neco retrocedió hasta ponerse a su altura, y con cara de preocupación le sujetó cariñosamente por el brazo que tenía sano para preguntarle, asustado, qué era lo que le sucedía; estaba demasiado pálido y se había callado de repente.

—¿Te encuentras bien? ¿Ocurre algo? —insistió realmente angustiado por la expresión de asombro que mostraba Laro en su rostro.

Centrando la mirada en su joven compañero, le sonrió cariñosamente para intentar tranquilizarle, ya que su gesto reflejaba preocupación.

—Sucede, amigo mío, que al escucharte pronunciar la palabra galerna han vuelto a mí algunas imágenes olvidadas. Creo recordar que tengo un hermano que gritaba desesperadamente desde un barco, mientras yo me hundía en el mar. Estoy seguro de que fue aquello lo que realmente sucedió el día en el que aparecí medio muerto en la playa.

—Eso está bien, que empieces a recordar es una buena noticia. Lo que no entiendo es la cara triste y preocupada que tienes.

—Si tengo un hermano, debo encontrarle y decirle que estoy vivo —respondió apenado Laro al ser consciente de la situación en la que se encontraba, y comprendiendo el desconsuelo y la pena que estarían sintiendo sus seres queridos ante la creencia de que estuviese muerto.

Aquellas palabras pronunciadas con tristeza eran las que tanto temía Neco

escuchar, le asustaba la idea de que Laro se marchara en busca de su vida anterior y se alejase de ellos para siempre.

Intuyendo lo que debía estar pasando por la cabeza de ese pequeño al que quería como si fuese su hermano menor, se decidió a ser sincero una vez más con él. No pudo evitar sentir un pellizco en el corazón por la cara de desolación que mostraba en esos momentos y que era incapaz de disimular.

—Neco, no voy a alejarme de vosotros. Pienso quedarme junto a ti y ayudaros en todo lo que sea posible. Tengo ganas de ver a las ballenas, e incluso de poder ser yo quien intente cazarlas, pero eso no significa que no necesite encontrar a mi hermano. ¿Lo entiendes? —Le preguntó acariciando el rostro del pequeño con la mano que tenía sana, intentando infundirle ánimos.

—Sí, lo comprendo. Supongo que en caso de verme en tu misma situación, también a mí me gustaría poder reencontrarme con mis hermanos.

—Entonces, no te preocupes por este asunto, mi mente se irá aclarando poco a poco, e iremos resolviendo el enigma de mi persona, mientras tanto, disfrutemos de nuestra amistad. Volvamos. Se nos está haciendo demasiado tarde y seguramente tu hermana esté preocupada. Puedes echarme la culpa a mí del retraso —comentó con una sonrisa dibujada en sus labios para que Neco se sintiese más tranquilo.

El camino de regreso se les hizo largo y pesado. Tal y como auguró Neco, no tardó demasiado tiempo en cubrirse el cielo de nubarrones oscuros y ponerse a llover. Las primeras gotas de agua comenzaron a caer, diminutas, casi imperceptibles, transformando progresivamente la sutil llovizna inicial, en un aguacero fuerte e intenso, embarrando los senderos y dificultando su vuelta a casa.

En un descuido, Neco tropezó con las piedras resbaladizas del camino que daban acceso a la vía principal que necesitaban coger para volver al hogar del muchacho. Este cayó de mala manera, torciéndose un tobillo e impidiéndole el intenso dolor que sentía volver por su propio pie. Laro no lo dudó ni un solo momento. Se despojó de la madera y de los vendajes que le impedían mover el brazo roto, y cogió en vilo al pequeño que en esos momentos estaba lloroso y tiritando de frío. Fue en aquel preciso instante en el que se dio cuenta de lo verdaderamente pequeño que era y de lo mucho que le importaba. Debía darse

prisa, aún le faltaba un largo trecho para llegar a su destino.

Cuando Deva, preocupada por la tardanza de su hermano y del forastero, divisó en la lejanía el cuerpo de su pequeño en brazos de aquel hombre grande y fuerte que casi termina con su vida, se sintió desfallecer. Algo había sucedido y esperaba que no fuese grave, porque de ser así, juraba por su sangre que le mataría con sus propias manos. Salió corriendo a su encuentro, ignorando el agua que caía y que lo mojaba todo.

—¡Neco!, por Dios, contéstame. ¿Estás bien? —Deva estaba preocupada y no atendía a explicaciones, escuchaba al hombre hablar pero no era capaz de entender nada de lo que decía, tan sólo quería que le devolviera a su pequeño y comprobar qué era lo que le había sucedido.

—¡Mujer, atiende! —bramó Laro enfurecido y desesperado ante la actitud de la joven—. El niño está bien, tan solo necesita que nos dejes entrar en la casa para poder curarle el tobillo y secarle. ¿Acaso no ves qué está muerto de frío?

Deva reaccionó avergonzada, ¿cómo era posible que no se hubiera dado cuenta de los cuidados que precisaba su pequeño? No necesitó ninguna llamada más de atención para saber lo que debía hacer. Entraron en el interior del hogar que en aquellos momentos se encontraba caldeado por el fuego de la chimenea que estaba encendida. Laro depositó con cariño el cuerpo del pequeño sobre la cama que le había indicado Deva, y la dejó hacer. Él iría a cambiarse de ropa, le habían dejado la de su padre, que al parecer tenía una constitución parecida a la suya. El brazo le dolía una barbaridad, era consciente de que lo había movido antes de tiempo y suponía que aquello había sido una imprudencia por su parte, pero no tuvo otra alternativa. Se apresuró a cambiarse lo antes posible para no enfermar a causa de la humedad que tenía en el cuerpo; quería estar preparado para cuando regresase el miembro de la familia que faltaba. Desde su llegada a la casa habían decidido que él compartiera habitación con Jorge, y Neco dormiría con su hermana.

Cuando Deva terminó de atender a su hermano, dejándolo acomodado en su lecho, durmiendo plácidamente, fue en busca del forastero para darle las gracias por haber ayudado a Neco, y disculparse por su inusual e inapropiada actitud cuando llegó con él en brazos.

—Laro, me gustaría hablar con usted. —Cada vez que tenía que conversar con ese hombre se ponía nerviosa y perdía el hilo de sus pensamientos.

—Claro, pero te agradecería que nos tuteásemos. —Esperó pacientemente su respuesta para continuar hablando, y cuando esta hizo un gesto afirmativo con la cabeza se sintió bastante más tranquilo, aquello era una buena señal—. Lo primero que deseo hacer es disculparme por el grito que me vi obligado a darte cuando llegamos, no era mi intención hacerlo, espero que sepas perdonarme. —No deseaba que Deva pensase que era mal educado o desconsiderado con ella.

—Tranquilo, la culpa ha sido mía. Me he puesto muy nerviosa cuando he visto a Neco en tus brazos, y he pensado que había sucedido algo grave. —No finalizó la frase, tuvo que morderse los labios para no terminar de decir lo que realmente estaba pensando.

—Creías que yo le había hecho algún daño, ¿verdad? —Los pensamientos de la mujer eran un libro abierto para él, podía comprender perfectamente lo que se había imaginado—. Puedes estar tranquila, no voy a ocasionaros daño alguno. Lo que sucedió el día que me encontraste en la playa no volverá a ocurrir jamás. Lamento sinceramente lo acontecido. No puedo darte una explicación de por qué actué de aquella manera, pero sí una garantía de que no volverá a pasar.

Laro sentía una necesidad apremiante de abrazarla, y le estaba costando un verdadero esfuerzo no acariciar el rostro angelical que tenía en frente, observándole con unos enorme ojos claros. Cuando la vio morderse el labio, creyó enloquecer. Sintió cómo se despertaban en él unos instintos que estaba seguro llevaban demasiado tiempo dormidos; aquellos labios carnosos y sonrosados pedían a gritos ser besados. Esos sentimientos eran nuevos y desconocidos para él, todos provocados por una hermosa e inteligente mujer. Para evitar tocarla, se vio obligado a cruzar los brazos fuertemente a la altura del pecho, ejerciendo un férreo control sobre sus deseos.

Deva, nerviosa y asombrada por la facilidad que tenía ese hombre para adivinar lo que pensaba, intentó alejarse de él, poniendo como disculpa la necesidad de buscar nuevamente algo que pudiera utilizar para inmovilizarle el brazo roto que movía con demasiada vehemencia.

—Debe dolerte bastante, lo has utilizado antes de tiempo, no debías haberte quitado el vendaje. —Deva lamentaba que por aquel gesto protector hacia su hermano el brazo pudiese quedar dañado.

—No pasa nada, estoy seguro de que terminará curándose bien, soy fuerte.

Mientras volvía a inmovilizarle el brazo fracturado, sentía cómo la mirada intensa de ese hombre moreno y fuerte estaba fija en ella. No quería levantar la cabeza para no quedarse prendada de unos ojos verdes que la tenían hechizada. Por su parte, Laro no pudo evitar acariciar con devoción un mechón de pelo rebelde que se había escapado de su trenza, húmeda por la lluvia que continuaba cayendo en el exterior. Lo llevaba recogido con una cinta de color rojo que resaltaba sobre su sedoso cabello negro. Acariciándolo con ternura, lo colocó detrás de su oreja y aprovechando ese íntimo momento entre los dos deslizó su mano delicadamente por un cuello fino y esbelto que pedía a gritos ser besado.

Aquella ligera caricia provocó en ella un estremecimiento que no le pasó desapercibido a Laro. Este, avergonzado y enfadado por su inapropiada actitud, salió apresuradamente de la sala que compartía con Deva sin dar ninguna explicación, para ocultarse en la habitación de la que había salido e intentar aclarar sus sentimientos. Sabía que Jorge no tardaría demasiado en regresar, y debían hablar seriamente sobre el problema del tejado y de cómo podría ayudarles.

Era consciente de que esa muchacha estaba metiéndose bajo su piel, y sabía que probablemente ella sería su hogar. Al tocarla había sentido cómo su cuerpo vibraba, y reaccionaba ante un leve contacto. Aquello le estaba volviendo loco.

Deva, sobresaltada, pudo comprobar cómo se marchaba enfadado y molesto sin llegar a comprender el motivo de su reacción. Nada había dicho que pudiera incomodarle u ofenderle. Si bien era cierto que se había tomado una pequeña licencia a la hora de colocarle el cabello rebelde que siempre se escapaba de sus trenzas, no había sucedido nada más, y en lo más profundo de su corazón aquella actitud producía en ella una profunda tristeza. Había sufrido un escalofrío involuntario que atravesó todo su cuerpo al sentir el tacto de su cálida piel sobre la suya, pero suponía que había sido provocado por el

frío que probablemente había cogido al salir y mojarse. Todavía no se había cambiado de ropa y permanecía empapada, aunque lo que realmente sentía era un fuego abrasador en su interior.

Jorge llegó a casa, obligándola a olvidarse momentáneamente de esos pensamientos. Había llegado el momento de reunirse los tres y de mantener una conversación seria. Su hermano y Laro lo habían acordado la noche anterior. Después de comer aclararían su futuro. Tenían algunos problemas que debían solucionar antes de que se les echaran el invierno y las lluvias encima. Neco confiaba ciegamente en el forastero, y notaba lo bien que se llevaba con Jorge. Ella era la única que se mostraba reticente y esquiva ante su compañía, pero sabía que sus verdaderos motivos no eran los que realmente pensaban sus hermanos: no le tenía miedo. Era algo totalmente distinto y nuevo para ella. Se estaba enamorando.

Esperaba secretamente que él formara parte de su destino.



Velasco estaba desesperado. Habían transcurrido tan solo un par de días desde que sufrieron aquella fatídica tormenta en el mar, a consecuencia de la cual había desaparecido Rodrigo, y aún no tenía ninguna noticia de él. Fue testigo directo de cómo caía al mar impulsado por la borda debido a una fuerte sacudida provocada por las olas, que hizo que el barco zozobrara. Todavía recordaba horrorizado la sensación de rabia e impotencia que sintió en aquellos complicados momentos por no haber podido evitar lo sucedido. La embarcación estuvo en peligro por la fuerza de los vientos y el ataque constante del agua. Era consciente de lo evidente de la situación. Todo indicaba que, irremediablemente, su amigo había desaparecido y probablemente estuviese muerto, ahogado en el mar, pero esa era una realidad que no terminaba de aceptar; estaba convencido de que las corrientes le podían haber llevado lejos, hasta algún punto desconocido de la costa que tanto le había gustado.

Milagrosamente, parte de la tripulación, y él mismo, habían conseguido sobrevivir a aquella pesadilla. El barco resultó seriamente dañado, pero a pesar del feroz ataque sufrido, resistió estoicamente las embestidas del mar, y con ayuda de otras embarcaciones que acudieron en su auxilio consiguieron remolcarles una vez amainado el temporal hasta alcanzar el puerto. Sin la ayuda recibida estaba seguro de que no habrían podido llegar a tierra. Algunos de los marineros perecieron aquel terrible día, por lo tanto, lo más razonable era aceptar la muerte de su hermano como un suceso natural. Hecho que le llenaba de dolor y tristeza al pensar en la posibilidad de que jamás volvería a verle.

Él era incapaz de aceptar con tanta facilidad la desaparición de su amigo,

no se resignaba a admitir su pérdida, aún no había aparecido el cuerpo y necesitaba encontrarlo para confirmar la noticia de su muerte y poder así darle una cristiana sepultura, tal y como se merecía. Tenía el firme convencimiento de que no había muerto, un sentimiento de esperanza brotaba insistentemente de su interior. Su instinto no le permitía darse por vencido, le hacía pensar que Rodrigo podía estar vivo. Con que existiese una única posibilidad, por muy remota e improbable que fuese, esta le servía para mantener la esperanza de que Rodrigo pudiera salir indemne de todo aquello. Era un motivo más que suficiente para intentar iniciar su búsqueda. Se negaba rotundamente a dar por bueno lo que todo el mundo asumía como una verdad absoluta. Conocía demasiado bien a su amigo, tanto como para saber que era fuerte y tozudo. Había conseguido sobrevivir a multitud de batallas y superar situaciones peligrosas a lo largo de su vida como soldado de Dios. Poseía conocimientos más que suficientes de supervivencia en el mar, nadaba perfectamente y tenía una voluntad de hierro. Estaba seguro de que habría hecho todo lo humanamente posible para no perder la vida. No había llegado su momento.

Tenía la firme convicción de que todos estaban equivocados, su inseparable compañero había podido salvarse. Era consciente de lo poco probable de su teoría, ya que la última vez que le vio estaba luchando con bravura contra las olas del Cantábrico y tenía un fuerte golpe en la cabeza que le sangraba abundantemente. Pero a pesar de todo aquello, estaba convencido de que había podido sobrevivir y alcanzar la costa. Lo que más le preocupaba eran las condiciones físicas en las que se podría encontrar. Probablemente habría resultado herido de gravedad y eso sí que le generaba dudas con respecto a la resistencia física de su hermano. Temía que no pudiera superar sus lesiones y, por ello, perder aquella batalla. Sabía que intentaría resistir hasta el último aliento de vida, pero todos tenemos un límite y Rodrigo había iniciado el viaje a esas tierras lejanas buscando una paz que no terminaba de encontrar. Confiaba en su capacidad de aguante y superación.

Había enviado dos escritos, uno al padre de Rodrigo, en el que le narraba lo sucedido y le explicaba sus esperanzas de encontrar con vida a su hijo. Sabía que este no le abandonaría si existía alguna posibilidad de hallarlo. Le ayudaría en todo lo necesario, le encubriría ante sus superiores templarios y sufragaría los gastos necesarios que ocasionase la búsqueda. Eran muchos años los que llevaba al servicio de la familia de Ledesma, se conocían y

respetaban, ambos querían a Rodrigo y no le abandonarían. El segundo escrito iba dirigido al Maestre de la Orden, para que estuviese al tanto de lo sucedido, pero a él no le contó la verdad de sus intenciones, tan solo le había comunicado que necesitaba algo más de tiempo antes de regresar debido a las heridas que sufría. Había omitido información y exagerado sobre su situación personal para poder disponer de tiempo y de libertad en aquellas lejanas tierras antes de iniciar el viaje de regreso. Había mentido conscientemente. Intentaría con todos los medios disponibles a su alcance averiguar el paradero de su hermano. Si había muerto, su cuerpo debería aparecer en algún pueblo de la costa, y si aún estaba con vida, daría con él, le encontraría y se sentiría en paz. Esa era la misión a la que pensaba encomendar todos sus esfuerzos y recursos.

Ambos se habían hecho un juramento cuando eran pequeños y no pensaba faltar a su palabra. Sus espadas infantiles de madera sellaron un pacto que hasta ese momento no habían quebrantado: se prometieron luchar, salir con vida y continuar hacia adelante, ayudándose el uno al otro. Siempre había sido así y confiaba que en aquella ocasión sucediese lo mismo.

Desde niños mantenían una conexión especial entre ellos, una comunicación interna que les permitía saber, casi con seguridad, dónde podían encontrarse el uno al otro cuando estaban separados, e interpretar sus pensamientos, aunque estos no hubiesen sido pronunciados. Esos sentimientos provocaban en él la seguridad necesaria como para pensar que continuaba con vida, estaba convencido de ello, lo sentía en el estómago, tal y como había ido sucediendo en multitud de ocasiones, él seguía sintiendo que aquella unión existía.

Hasta que recibiera el beneplácito y la ayuda de su Señor, terminaría de curar las heridas sin importancia que sufría. Estaba alojado en la torre militar que poseía la Orden del Temple en Castro Urdiales, villa marinera perteneciente a Castilla, la cual se había convertido en uno de sus puertos y por lo tanto era un enclave importantísimo para la comunicación y el comercio con Inglaterra y Francia. De ahí que el Temple ostentara una imponente fortificación para controlar los negocios marítimos que poseían, intervenir en importantes intercambios comerciales y controlar un punto estratégico defensivo. También se había convertido en una ruta relevante en la

peregrinación hacia Santiago desde ultramar. Era un camino que servía de nexo de unión entre los cristianos peninsulares y los devotos que venían de otros países siguiendo el camino de la costa, que era bastante más seguro y despejado que las veredas de interior. El puerto de Castro Urdiales recibía a los peregrinos que poco a poco se encomendaban a Dios para llegar a su destino, después de atravesar multitud de pueblos. Y eso era lo que tenía pensado hacer: recorrer sendas costeras y villas marineras hasta dar con él, mejor vivo que muerto.

La torre situada en la ladera de una montaña presidía con majestuosidad y poderío su supremacía sobre el terreno. Allí se encontraba a gusto, casi como si estuviera en casa. El entrenamiento, las oraciones, sus normas y costumbres; estaba rodeado de todo aquello que le era familiar. Fue acogido sin problemas y le acomodaron en una pequeña celda de descanso que tenían asignada para la recuperación de los enfermos y los heridos en combate. Impaciente, esperaba recibir pronto noticias de su señor y poder así emprender la búsqueda de su amigo.

Mientras aguardaba a que aquello sucediese no pensaba quedarse ociosamente de brazos cruzados, sin hacer nada, lamentándose de la situación que le había tocado vivir. Comenzó a reconocer el terreno, los pueblos y las aldeas que rodeaban el lugar en el que se encontraba. Tuvo que pedir permiso para estudiar las anotaciones y los testimonios realizados por sus compañeros sobre acontecimientos similares sucedidos en aquellas tierras. La información existente en la biblioteca de la fortificación era propicia para cumplir su objetivo; también necesitó la ayuda de un hermano para que le enseñara a interpretar la posición de las estrellas en el firmamento y el relieve costero existente en la zona. Él carecía de todos aquellos conocimientos. Era importante descubrir la posición exacta en la que habían padecido la tormenta, para así intentar presuponer el posible rumbo que habría tomado el cuerpo de Rodrigo, sometido a las constantes corrientes marinas y a los vientos existentes en la zona. Necesitaba conjeturar los destinos en los que podría aparecer. Todos aquellos datos eran un mundo totalmente nuevo y desconocido para él, pero le resultaba interesante y sumamente útil poseerlos para poder sobrevivir allí. El conocedor de toda aquella información era Rodrigo, él en cambio, dominaba otras sapiencias.

Se hallaba en el lugar adecuado para poder llevar a cabo sus averiguaciones. Estaba en una villa marinera importante, podría aprender todo lo necesario para enfrentarse a su búsqueda, y pensaba obtener el máximo de información para alcanzar su objetivo lo antes posible.

Con las primeras luces del día, muy temprano, salía a pasear por el puerto. Era una manera como cualquier otra de empezar la jornada y de compartir la vida con los lugareños. El olor a mar y a pescado era tan intenso y característico que impregnaba sus ropas y anulaba la percepción de cualquier otro aroma. Se maravillaba ante el trasiego de los pescadores: unos preparando sus embarcaciones para salir a la mar y otros dispuestos a vender las piezas frescas capturadas que llegaban a tierra. El sobrevolar de las gaviotas y los cormoranes alrededor de todos ellos era un auténtico espectáculo que disfrutaba todas las mañanas. Aquellas imágenes provocaban una estampa digna de admirar. Aquellos hombres se enfrentaban diariamente a dificultades y peligros que no podían predecir, y las mujeres, incansables, reparaban con sus manos endurecidas por el trabajo las redes estropeadas que posteriormente serían utilizadas una vez más para faenar. Ante él se presentaba una escena peculiar e inédita, nunca antes había presenciado algo similar. Debía reconocer que todo aquello era nuevo para él y nada tenía con ver con lo vivido hasta ese momento. En los territorios secos de Castilla aquellas labores no se podían contemplar, y aunque prefería pisar tierra firme, era innegable la belleza tranquila y serena que ofrecía el mar.

Había conseguido recuperar los caballos y las ropas que habían dejado al cuidado de un muchacho en el puerto, al que habían pagado para ello. Era importante para él conservar sus pertenencias y las de su señor. Las llevaría siempre consigo para no perderlas y devolvérselas a Rodrigo en cuanto se reencontraran. Lamentaba profundamente la posible pérdida de la espada de su hermano, era un ejemplar único y un objeto de mucho valor para él. No solo la utilizaban para atacar o defenderse de sus enemigos, sino que realmente era una fiel compañera que nunca abandonaba al templario. Caballero y espada se convertían en un único ser. Pero ya habría tiempo de solucionar ese percance más adelante. Volverían a encargarse otro ejemplar lo más parecido posible a la que había tenido desde que tomó el camino de la religión y las armas con fines altruistas. La protección de los débiles y la defensa de los cristianos había sido siempre su objetivo. Todo ello en medio de un camino de sacrificio y

renuncia, pero eso era algo que tan solo comprendían monjes y guerreros. El valor y el espíritu de lucha por los demás eran sus señas de identidad.

La rutina que se había impuesto de entrenamiento, oración y estudio, le permitió recuperarse rápidamente y estar perfectamente preparado para enfrentarse a la ardua misión que se había impuesto. De cara a los demás era un simple escudero, pero en su corazón sabía que era un igual a Rodrigo, tal y como se lo había hecho sentir en multitud de ocasiones su amigo. Había aprendido de él y compartido situaciones de todo tipo, por lo tanto, estaba preparado para partir en su busca. No podía fallarle.

En cuanto recibió contestación por parte del padre de Rodrigo lo dispuso todo para emprender su partida lo más rápidamente posible. Iría solo, con los conocimientos adquiridos y un pequeño mapa sencillo y rudimentario que se había elaborado él mismo para no olvidar los pueblos y villas por los que debía pasar. Si había sobrevivido, probablemente intentaría volver al punto de partida para encontrarse con él, o bien procuraría alcanzar su objetivo final, terminar la peregrinación a Santiago. Allá donde estuviera lo encontraría.

Llevaría consigo los caballos, dos magníficos ejemplares que les había regalado el padre de Rodrigo cuando ingresaron en la Orden. Sabía el valor sentimental y la importancia que tenían para su hermano de armas. Los utilizaría para cargar y transportar, de una manera más cómoda, todas sus pertenencias. Lo primero que tenía pensado hacer era desplazarse hasta el puerto de Laredo, y atravesar la gran ría en pequeñas embarcaciones para poder entrar en Puerto. Una vez allí, descansaría en el hospital de peregrinos, porque esa sería la excusa que pensaba utilizar para encubrir su búsqueda: sería un fiel devoto más, y así sucesivamente, iría cumpliendo con las etapas del camino hasta llegar a la villa de Santander, posteriormente a Oviedo y de allí a Compostela. Esa era la dirección que le habían indicado hasta llegar a su objetivo. Sabía que le quedaba un largo viaje por recorrer, pero también confiaba en encontrar a Rodrigo antes.

Iniciaba un dudoso recorrido en busca de su hermano, con la esperanza de encontrarle con vida. Daría con él, costara lo que costase, y no pensaba cesar en su empeño hasta conseguir indicios fiables de lo que le había sucedido.

Finalmente disponía tanto de tiempo como de recursos suficientes para

emprender su viaje y tenía el respaldo del señor Rodrigo de Ledesma, padre de su mejor amigo, por lo tanto nada malo podía suceder. Además se había encomendado a Dios y estaba convencido de que todo saldría bien.

Sin mirar atrás, comenzó a caminar en busca de lo desconocido para reunirse con su hermano. Estaba seguro de que tarde o temprano se encontrarían.



Se escuchaba a lo lejos el repicar de las campanas de la iglesia que tocaban a *Laudes*. Ese sonido rítmico y constante anunciaba que la noche tocaba a su fin. Deva, asomada a la ventana de su dormitorio, podía contemplar cómo poco a poco las primeras luces rayaban el alba y rompían el dominio de la oscuridad para dar paso a un nuevo día. Faltaba poco tiempo para que amaneciese por completo y tuviera que despertar a su pequeño, el cual dormía acurrucado plácidamente en la cama que compartían. Desde aquella posición privilegiada podía observar el mar, era uno de los instantes del día que más le gustaban. Todo permanecía tranquilo y en silencio. Sus vecinos aún no se habían levantado para enfrentarse a los quehaceres diarios, y la calma que estaba disfrutando en soledad sería sustituida, sin tardar demasiado, por el bullicio y el trabajo cotidiano.

La visión que tenía ante sus ojos y que podía disfrutar tranquilamente de la naturaleza, era sumamente bella. No dejaba de maravillarse ante la perfección de lo que tenía delante. La luz del sol comenzaba débilmente a iluminar el firmamento y ofrecía una amplia variedad de colores que sutilmente lo invadían todo, proporcionando una cálida sensación de bienestar. Podía ver el sol naciente reflejado en el horizonte, en unas aguas azuladas que contrastaban con las nubes violáceas que decoraban el cielo con timidez. Admirar el paisaje la relajaba, y al mismo tiempo le proporcionaba las fuerzas necesarias para poder afrontar los problemas con entereza.

Apenas había podido descansar, le resultaba del todo imposible dormir ya que los acontecimientos que estaban asaltando su vida se sucedían uno tras otro sin que ella pudiese hacer nada por evitarlo. Tenía la extraña sensación de que su sencilla existencia hasta ese momento, había dejado de serlo. Desde

la aparición de Laro, su vida había dado un giro radical y se encontraba perdida. Ese forastero provocaba en ella sentimientos encontrados y emociones desconocidas hasta ese momento. Nunca antes había estado nerviosa e insegura en presencia de un hombre, y desde que él apareció, todo a su alrededor se había vuelto inestable. Se sentía inquieta y con una tremenda necesidad de verle continuamente, aunque también suscitaba en ella cierto temor y algo de recelo.

A pesar de sus miedos con respecto a él, en el fondo sabía que debía confiar en su palabra, así se lo había prometido durante la conversación que mantuvieron unos meses atrás, en la que se comprometió a ayudarles en todo lo necesario. Hasta ese momento, siempre había cumplido con lo pactado. Para empezar, puso sobre la mesa el dinero que llevaba encima el día que le encontraron herido e inconsciente en la orilla de la playa.

Junto a la espada que no le habían entregado aún, hallaron un práctico y manejable puñal oculto dentro de una de sus botas y un pequeño saco de cuero repleto de monedas. Tan solo portaba aquellas escasas pertenencias, no llevaba nada más. Lo único que no le habían devuelto había sido la gran espada con la que apareció en aquellos momentos. Tenían miedo de lo que pudiera suceder cuando recordara quién era. Sentía inevitablemente temor ante la posibilidad de que al descubrir su verdadera identidad, esa espada les pudiera ocasionar serios problemas.

Realmente tenía pocos conocimientos acerca de la vida de los templarios, pero sí los suficientes como para entender que era un soldado de Dios, un auténtico guerrero. Lo supo en cuanto sostuvo entre sus manos la pesada arma que le acompañaba. Poseía una empuñadura en forma de cruz, y en el centro, incrustada, la imagen de la orden, esa que era reconocible por todos, una cruz roja con cuatro lados iguales que se abrían en los extremos finales. Era demasiado pesada para ella, de ahí que él tuviese los brazos tan desarrollados. Lo que no terminaba de entender era, por qué no llevaba puesta la ropa que les era obligatorio vestir. Carecía del manto blanco con la cruz roja en el pecho, y tampoco llevaba encima ninguna insignia, sello o emblema identificativo. No poseía absolutamente nada más, e irremediablemente aquel hecho le generaba dudas e incertidumbre. Estaba convencida de que detrás de la ausencia de símbolos había escondido un secreto o una amenaza para ellos.

Lo habitual, no era encontrarse con un caballero de semejante categoría sin sus vestiduras y tan alejado de las tierras de los infieles. Continuaría a la expectativa, esperando a ver cómo se iban sucediendo los acontecimientos y qué recuerdos conseguía recuperar. Debían actuar con cautela. Por el momento no parecía que hubiese recordado nada nuevo, tan solo que le gustaba el mar, que poseía conocimientos de navegación y que tenía un hermano al que no terminaba de poner rostro, o al menos eso era lo que decía. Había asumido su nuevo nombre con naturalidad y no se separaba de Neco, creándose un fuerte vínculo entre los dos. Comenzaba a darse cuenta de que aquellos sentimientos de su hermano eran más importantes de lo que ella se había imaginado en un principio. Nunca pensó que su pequeño pudiese llegar a quererle tanto, y esos pensamientos producían cierto malestar en ella. No quería reconocerlo, pero sabía en el fondo de su corazón lo que significaba todo aquello, sentía celos de él.

No había transcurrido tanto tiempo desde que se produjo su hallazgo, pero tenía la sensación de que llevaba viviendo con ellos toda la vida. Su hermano Jorge y ella estuvieron de acuerdo en hacerse cargo de él antes de hablar con el Concejo del pueblo y justificar así su presencia en la casa. No les costó demasiado convencerles de su decisión, eso sí, también a ellos les ocultaron las sospechas que tenían sobre su posible identidad. Se sentía responsable de él al haber sido ella quien se lo encontró, y prefirió que sanara las heridas tranquilamente a su cargo y bajo sus cuidados. Los hospitales de peregrinos estaban bien para el descanso del viajero, pero para los enfermos no tenía tan claro que fuese así. Eran construcciones muy rudimentarias, con salas espaciosas en las que el suelo estaba cubierto de paja y donde se amontonaban los enfermos y los desvalidos para ser atendidos. El interior se dividía en dos partes iguales, en una se daba cobijo al peregrino y en la otra se atendía a los enfermos que necesitaban restablecer su salud. Y ella prefirió cuidarle personalmente.

Era evidente que las atenciones recibidas durante aquel tiempo bajo su tutela le habían sentado bien a Laro, dado que parecía estar completamente recuperado. Tan solo sentía alguna molestia en el brazo que había tenido roto y por supuesto, lo más importante de todo, le faltaba recuperar la memoria. Jorge estaba convencido de que su falta de recuerdos era una prueba que le había impuesto Dios para acercarse más a él y poder así cumplir con alguna

misión divina. Creía que era un peregrino más del Camino de Santiago en busca de su redención. Ella en cambio pensaba, que la ausencia de sus recuerdos estaba provocada por el fuerte golpe que se había dado en la cabeza, pero era inútil y peligroso compartir su teoría, por lo tanto se lo callaría como tantas otras veces.

Finalmente habían podido reparar el tejado gracias a la inestimable ayuda de Laro, quien no solo sufragó todos los gastos ocasionados por la compra del material para el arreglo, sino que también ayudó a su hermano a la hora de ejecutar la obra. Si lo hacían ellos mismos, saldría más ventajoso en cuestión de dinero y siempre quedaría mejor realizado. Él confiaba plenamente en sus capacidades y les convenció rápidamente. Había resultado ser un hombre decidido, que sabía lo que se hacía, y con gran dominio y manejo en el uso de las herramientas. Decía no recordar quién era o a lo que se dedicaba, pero era toda una caja de sorpresas.

Siempre se mostraba seguro y firme en sus decisiones, y aunque no daba órdenes directas, denotaba en su actitud que debía estar acostumbrado a solucionar problemas con rapidez. También se podía apreciar que poseía amplios conocimientos de muchos temas, sobre los que ella jamás había oído hablar. Sus gestos, aunque masculinos y viriles, eran al mismo tiempo delicados y elegantes. Le admiraba y envidiaba a partes iguales, ella era una insignificante mujer a su lado.

Cuando él apareció en sus vidas, estaban pasando por un momento delicado, no tenían dinero suficiente para afrontar los gastos de las reparaciones necesarias que debían llevar a cabo, y les ayudó desinteresadamente, compartió todo lo que tenía con ellos, y le estaría eternamente agradecida ya que estaba ayudando a su familia. A lo mejor, Jorge tenía razón y su llegada había sido providencial. Al menos habían conseguido arreglar el tejado y reparar las chalupas a tiempo, ya lo tenían todo listo para enfrentarse a la temporada de lluvias y comenzar con la caza de ballenas.

Se sentía realmente cansada, los quehaceres diarios del hogar, el pequeño huerto y los pocos animales que tenían ocupaban la mayor parte de su tiempo, y no disponer de libertad para bajar al puerto o salir a dar un paseo por los acantilados la estaba entristeciendo. El día siguiente sería festivo y lo dedicaría a pasar más tiempo con Neco y a intentar descansar, si es que

aquello era posible. Jorge y Laro pasaban la mayor parte del día en el puerto preparando el barco para el invierno. También había sido necesaria una pequeña restauración, tuvieron que cambiar algunas de sus maderas viejas y podridas por unas nuevas y resistentes. Incluso salía en la embarcación con su hermano y le ayudaba con la pesca, que últimamente era más bien escasa. Esperaba que la próxima temporada de ballenas fuese propicia, porque de lo contrario tendrían serias dificultades para salir adelante. Sabía que una posible solución sería su matrimonio con alguno de los hombres del pueblo, pero eso era algo que la entristecía y enfurecía al mismo tiempo. Si no era por amor, prefería quedarse sola, aunque el bienestar de su familia era lo primero y por todo ello, comprendía que debía empezar a plantearse esa desagradable e inevitable posibilidad. Era consciente de que tenía varios pretendientes, pero ninguno había conseguido llegarle al corazón, no sentía nada por ellos.

Deva estaba tan enfrascada en sus pensamientos que se sobresaltó al escuchar ruidos en el exterior, en la parte delantera de la casa. No era habitual que tan temprano estuviese alguien merodeando por los alrededores. Intentó agudizar la vista para distinguir quién o quiénes eran los que estaban en su propiedad para dar así la voz de alarma y defenderse en caso de fueran salteadores. Era consciente de lo imprudente de sus actos, pero no pudo evitar salir fuera para averiguar qué era realmente lo que sucedía. Con el máximo sigilo del que fue capaz, se ocultó detrás de unos árboles que estaban en la entrada de la casa para poder observar mejor al intruso. Llevaba fuertemente sujeto uno de los arpones a los que habían estado afilando la punta el día anterior para defenderse, con su familia no se metía nadie. Decidida, salió de su escondite para sorprenderle por detrás y propinarle un fuerte golpe en la cabeza. Sin pensárselo dos veces, elevó su arma improvisada para asestarle un estacazo con el mango del arpón. Tan solo pretendía dejarlo aturdido y sin sentido, para que los hombres fuesen después lo que se hicieran cargo de él.

En ningún momento se imaginó que sería ella la que iba a terminar en el suelo, inmovilizada boca abajo y sin poder gritar. Su atacante había sido extremadamente rápido y silencioso, con unos movimientos seguros y decididos la había desarmado y dejado indefensa, a merced de lo que quisiera hacer con ella. Intentó zafarse de su fuerte agarre, pero le resultó imposible. Tampoco podía emitir sonido alguno ya que tenía la boca cerrada por una mano fuerte y poderosa. Estaba enfadada consigo misma por lo imprudente que

había sido, y al mismo tiempo, se sentía indefensa y derrotada. Aunque intentó con todas sus fuerzas no hacerlo, no pudo evitar que las lágrimas bañasen su rostro. Sentía mucho dolor allí donde la estaba presionando, su agresor ejercía demasiada fuerza contra ella. En un último esfuerzo por liberarse de su agarre y aprovechando que el hombre la estaba levantando del suelo sin ningún esfuerzo, le asestó una fuerte patada entre las piernas, golpe que una vez más, este supo esquivar sin dificultad.

—¡Para, mujer!, ¿acaso te has vuelto loca? —Laro no daba crédito a lo que estaba sucediendo. Tenía entre sus brazos a la mujer que se había adueñado de todos sus pensamientos, a la que se imaginaba junto a él en unas circunstancias muy distintas de aquellas, no tal y como se encontraba en esos momentos, llorosa, asustada y agresiva, intentando atacarle y hacerle daño. Realmente no comprendía nada de lo que estaba ocurriendo.

Deva, aterrorizada, reaccionó inmediatamente al escuchar aquella voz que era inconfundible para ella y aunque no lo quisiera reconocer, tranquilizadora. Frente a él, intentando mantener la compostura y limpiándose las lágrimas que bañaban su cara, miró desafiante el rostro del hombre que ocupaba sus sueños cada noche desde que había aparecido en su vida, y nerviosa le gritó.

—¡Suéltame! Me estás haciendo daño y me has dado un susto de muerte. ¿Puedo saber qué haces a estas horas deambulando por los alrededores de la casa? —Se sentía avergonzada y molesta. Se apartó bruscamente de su lado, sintiendo de golpe la ausencia que provocaba la cercanía de su cálido y robusto cuerpo, y aunque se sabía a salvo de malhechores y ladrones, se sentía en peligro estando tan cerca de él, que continuaba en tensión. Su aroma, inconfundible para ella, impregnaba todos sus pensamientos provocando demasiadas distracciones, las cuales no se podía permitir.

Laro se distanció de ella, dejando algo de espacio entre ambos y mirándola con intensidad a los ojos, ofreció respuestas a sus preguntas.

—Tengo por costumbre, o al menos eso creo, levantarme temprano para cumplir con mis obligaciones, orar y realizar mis ejercicios. Después he dado un paseo para intentar recordar quién soy y así poder encontrar a mi hermano. No puedo evitar buscar continuamente en mi memoria todos los recuerdos que me son esquivos. Siento mucho, tanto el disgusto, como el susto que te haya

podido provocar, y espero no haberte ocasionado daño alguno.

No soportaría que esa mujer pensara que quería matarla. Era el segundo incidente que tenía con ella. Y aunque deseaba tenerla entre sus brazos, había algo en su interior que le decía que no debía.

—No te preocupes, me encuentro perfectamente bien. En esta ocasión la única responsable he sido yo, por imprudente y lo único herido ha sido mi orgullo. No te sientas mal por lo que ha sucedido. No debería haber salido al exterior. —Estaba avergonzada e incómoda por su impulsivo comportamiento. Había salido corriendo de la casa sin percatarse de que vestía únicamente la camisola de hilo fino que usaba para dormir. Todavía se podía percibir el frío de la mañana, y se sentía expuesta y desnuda frente a él con tan poca ropa. No pudo evitar sufrir un escalofrío y ponerse a temblar. Las temperaturas a esa altura del año ya no eran tan cálidas.

—Tienes frío. Acepta por favor mi chaqueta, no quisiera que enfermaras por mi culpa. —No soportaba verla desvalida, estaba acostumbrado a observarla, y era una mujer fuerte, decidida y valiente.

—Gracias. Entremos, será lo mejor —respondió azorada.

Deva aceptó su ayuda y rápidamente regresó al interior de la casa para subir directamente a su habitación, que se encontraba en la planta superior. No quería que notase su nerviosismo o su turbación. Le era imposible dejar de imaginarse el pecho musculoso y bien torneado que tenía Laro debajo de la camisa, esta se había pegado a su cuerpo debido al sudor provocado por los ejercicios que había estado realizando y le fue imposible no contemplarle con detenimiento. Recordaba perfectamente cómo era su torso desnudo, jamás olvidaría el suave tacto de su cálida piel, esa que recorrió con sumo cuidado cuando estuvo inconsciente. No pudo evitar estremecerse con aquellos recuerdos de cuando se vio obligada a lavar y a coser las heridas de su forastero. Sus finos dedos habían acariciado las líneas irregulares que adornaban sus brazos, cicatrices de un pasado que desconocía. Se sentía culpable por los pensamientos impuros que ese hombre provocaba en ella, y al mismo tiempo, se odiaba por no compartir con él los conocimientos que tenía sobre su posible origen. Había pasado parte de la noche contemplando la magnífica espada que tenía oculta en un baúl, envuelta entre sus ropas. Creía

haber reconocido una letra grabada, muy pequeña en la empuñadura, pero como no sabía leer no podía identificarla. No pudo evitar aspirar el aroma inconfundible de su cuerpo que se había quedado impregnado en la chaqueta que en aquellos momentos cubría sus hombros. Cada día que pasaba era más consciente de los sentimientos que aquel hombre suscitaba en ella.

Laro caminaba cabizbajo de regreso al interior de la casa, debía admitir que esa muchacha le estaba volviendo loco, ocupaba sus pensamientos a partes iguales con la preocupación que sentía con respecto al futuro. Tenía claro que allí era feliz, había encontrado una familia que le aceptaba tal y como era, a pesar de las muchas incógnitas que le rodeaban. Quería a Neco mucho, más de lo que se hubiese imaginado nunca que podría suceder, y era consciente de que Jorge era demasiado joven todavía como para poder hacerse cargo de todo él solo, y Deva... Esta, silenciosamente se había metido debajo de su piel y no quería separarse de ella. En una de las muchas conversaciones que había mantenido con Jorge durante la reparación del tejado, este le había confesado lo preocupado que estaba por su hermana. Debía casarse por su bien y por el de la familia, y sabía que era una idea que a ella no le agradaba. No quería obligarla a hacer nada en contra de su voluntad, pero temía que tuviese problemas en un futuro, especialmente si le sucedía algo a él. En ese caso sus hermanos se encontrarían solos. Aquellas palabras no tan lejanas del muchacho se le quedaron grabadas a fuego en la memoria. No soportaba la idea de que algún otro hombre pudiese besar aquellos labios que consideraba suyos, y en los que no podía de dejar de pensar. Y a todo aquello, debía sumar la angustia que le producía no saber con exactitud quién era y cómo poder encontrar a su hermano.

Jorge apreciaba sinceramente al nuevo miembro de la familia, eran muchos momentos los compartidos y sabios consejos los que le había dado. Realmente se había granjeado tanto su respeto como su confianza. Por todo aquello se sentía mal consigo mismo por no poder sincerarse con él acerca de la existencia de su espada y de las suposiciones sobre su posible origen. Pero le había dado su palabra a Deva y no quería romper el juramento realizado. Era consciente de que se estaba ganando el cariño de todos ellos, incluido el de su hermana. Aunque ella pensara que ninguno se había dado cuenta, él la conocía mejor que nadie, y sabía de sobra cuáles eran sus reacciones. Siempre que estaba Laro presente, se ponía nerviosa y eso no era algo habitual en ella. Se

había percatado también de que intentaba evitarle siempre que le era posible y no le miraba de la misma forma que a los demás. Hasta se había empezado a preocupar de su aspecto. Procuraba llevar el pelo bien recogido en una trenza adornada con lazos de colores, algo inusual en ella, ya que su melena siempre andaba recogida de mala manera para su comodidad.

Recordaba continuamente la conversación mantenida con Laro el día anterior, cuanto se quedaron solos los dos. Le pidió un favor y estaba casi seguro de que su nuevo amigo y confidente no le pondría ningún reparo a la hora de llevarlo a cabo, pero aún no le había dado una respuesta.

El desayuno estaba listo. Era el momento del día en el que se reunían todos en torno a la mesa y repartían las tareas pendientes. Entre cuatro era mucho más llevadero el trabajo. Había pensado liberar a su hermana de las labores diarias para que pudiera escaparse y disfrutar de los momentos de libertad que eran tan importantes para ella. La mar estaba enfurecida y las olas tenían una altura considerable; además de todo aquello, el *talayero* les había comunicado que se avecinaba el primer temporal de la temporada, por lo tanto él se quedaría ayudando en el puerto. Había llegado el momento de preparar la casa de las ballenas. Debían colocar cada uno sus aparejos y utensilios de caza en la zona habilitada para ello. Era necesario e imprescindible dejar las chalupas listas y bien amarradas para cuando les diesen el aviso de avistamiento. Era sumamente importante tenerlo todo preparado para ese momento, allí permanecerían mucho tiempo. Neco podía hacerse cargo perfectamente de los animales que tenían en el establo, sabía todo lo que tenía que hacer ya que había ayudado a Deva en multitud de ocasiones. Laro se había ofrecido el día anterior para subir al pueblo el pescado que habían vendido y así recoger unos encargos de su hermana. Al día siguiente no tenían que trabajar al ser fiesta y celebrarse la boda de uno de los hijos de un miembro de la cofradía, así tendría la oportunidad de coincidir con Cantia. Hacía mucho tiempo que no se veían y tenía miedo de que se hubiese olvidado de él.

—Deva, puedes tomarte el día libre, pero por favor ten cuidado con lo que haces y a dónde vas. Hoy no puedes bajar a la playa —aclaró con rotundidad aquel asunto, aunque sabía de sobra que ella era consciente del mal estado de la mar—. Yo estaré en la casa de las ballenas preparándolo todo, Laro se marchará al pueblo y Neco se queda en casa, con los animales. —Con la boca

llena por la deliciosa sopa de migas de pan que había preparado su hermana, les comunicó lo que debían hacer. Fijaron el momento de la comida para reencontrarse y dejarlo todo listo para el día siguiente. No podían demorarse mucho más en comenzar la jornada de trabajo.

—Tranquilo, tendré cuidado. Muchas gracias por darme este respiro. — Deva se sentía feliz y agradecida, en un gesto habitual en ella le dio un beso cariñoso a su hermano en la mejilla.

—Anda, zalamera. Haz que no me tenga que arrepentir de mi decisión. — Jorge siempre que podía la permitía que se alejase de la casa y que disfrutase de aquellos momentos de paz y soledad que tanto necesitaba. Era feliz al verla alegre y contenta, pero al mismo tiempo no podía evitar sentir miedo y preocupación por ella. El pueblo cada vez era frecuentado por más marineros y peregrinos. El comercio estaba siendo importante, y en aquellos momentos en los que estaba a punto de comenzar la época de caza, con más motivo. Aquello provocaba un aumento de visitantes y desconocidos, prueba de ello era la aparición de Laro por aquellas tierras.

Neco, que atendía divertido a la conversación entre sus hermanos comprendía los sentimientos de los dos, pero debía reconocer que compartía la preocupación de Jorge. Deva perdía la noción del tiempo y se creía segura de todo peligro.

—Jorge tiene razón, debes ser más cuidadosa. Hoy creo que no deberías darte tu baño. La mar parece furiosa y dispuesta a engullirse todo lo que se ponga a su alcance, no te metas en ella. Aunque parezcas una sirena no lo eres, recuérdalo. —El pequeño apoyó a su hermano mayor en las advertencias del peligro que podía correr Deva.

—Sabéis que sois unos pesados. Si me baño o no, no es de vuestra incumbencia. Os prometo que tendré cuidado, sé defenderme sola. —Lo dijo fingiendo el máximo de seguridad en sí misma, ya que aquella madrugada se habían encargado involuntariamente de demostrarle lo contrario.

Miró a Laro esperando algún comentario jocoso o hiriente para dejar claro que ella estaba equivocada. Pero el tiempo pasaba y este no había abierto la boca, permanecía callado y pensativo mientras saboreaba el delicioso desayuno del que estaba dando buena cuenta.

Rápidamente se organizaron y se dirigieron cada uno de ellos a las tareas que les habían sido encomendadas. Los hermanos se despidieron de Deva con un cariñoso beso, mientras Laro, disimuladamente, los observaba. Sentía envidia de aquel gesto casto y puro que acababan de realizar, echaba de menos abrazar a alguien y anhelaba poder besar a esa mujer valiente. Se demoró más de la cuenta en preparar al caballo que le habían dejado para su corto trayecto e intentar así coincidir a solas con ella.

—Deva. —Pronunció su nombre con cautela, no quería asustarla una vez más.

Ella, al escuchar su nombre en los labios de Laro, se volvió sorprendida, creía que todos estaban ya ocupados en sus tareas y que estaba sola en la casa.

—Te hacía de camino al pueblo. ¿En qué puedo ayudarte?

—Verás... Me gustaría que llevases este puñal. Es pequeño, manejable y sumamente ligero. Estaría más tranquilo si lo llevas contigo. —Las palabras de Jorge cargadas de preocupación aún resonaban en su cabeza y le habían generado un gran desasosiego.

—Gracias, pero no es necesario, siempre me acompaña un cuchillo que me regaló mi hermano. —Se sentía abrumada y sorprendida por su inquietud, aunque después del vergonzoso espectáculo que le había ofrecido de madrugada, no la extrañaba que pensase que corría peligro constantemente.

—Insisto, el puñal es especial. No me preguntes por qué, ya que ahora mismo yo no sabría decírtelo, pero sé que te será de gran utilidad. Está muy afilado, por lo tanto ten cuidado, no te vayas a hacer daño.

Sin decir nada más se alejó, dejándola asombrada y sin palabras, con el pequeño puñal entre las manos. Había quedado claro que en esos momentos eran tres varones los que pretendían cuidar de ella.

Deva se sentía segura. Nunca había tenido problemas y estaba convencida de que no necesitaría nuevamente de su ayuda, porque no iba a sucederla nada. Además no pensaba irse demasiado lejos de la casa.

Laro, intranquilo por tener que alejarse de ella y dejarla sola con el pequeño, iba pensando en la propuesta que le había planteado Jorge. Realmente era un joven que quería lo mejor para sus hermanos. Él había

recibido de mano de su padre los conocimientos básicos y suficientes para saber reconocer las letras y los números. Debía saberlos para que no le engañasen a la hora de vender el pescado, pero poco más. Le había pedido que enseñara a sus hermanos a leer y a escribir, deseaba que supieran más que él. Ambos habían coincidido en la mente despierta y en la agilidad de pensamientos del pequeño, y era una pena desaprovechar aquel potencial. Pero lo que realmente le había sorprendido, había sido descubrir que Deva era una mujer inquieta, que se interesaba por el conocimiento y que cuestionaba casi todo lo que se le planteaba sin un razonamiento lógico. Jorge le advirtió de los peligrosos pensamientos que tenía su hermana con demasiada frecuencia sobre numerosos asuntos.

Para él era un honor y un privilegio poder compartir parte de sus conocimientos con ellos, pero debían ser discretos e intentar mantenerlo en secreto.

Últimamente estaban volviendo a él imágenes de luchas cruentas que le estaban provocando pesadillas. Sentía pánico ante la posibilidad de no ser quien se creía que era. Tenía claro que como mínimo había sido un caballero, iba siendo consciente de la gran cantidad de conocimientos que poseía sobre muy diversos temas. Entendía el latín perfectamente, sabía leer, escribir y hacer cálculos. La navegación no era un misterio para él y además de aquello, era consciente de que sabía luchar. Los ejercicios que realizaba todas las mañanas, antes de que saliese el sol, formaban parte de su entrenamiento como soldado, de eso estaba seguro. Por todos aquellos indicios, debía pertenecer a una familia noble, porque de no ser así, no entendía los estudios que poseía y las habilidades que mostraba. Las cicatrices de su cuerpo tenían que ser las secuelas que le habían dejado las batallas en las que debía haber participado. ¿Pero quién era? ¿Cómo se llamaba? No se atrevía a compartir sus nuevos recuerdos con la que en esos momentos sentía como su familia, por miedo al rechazo que pudiera provocar en ellos. Confiaba en no tener cuentas pendientes con la justicia y no ser un prófugo. Deseaba sinceramente, resolver todas aquellas incógnitas de su vida para poder tomar una decisión sobre su futuro. Y siempre que se planteaba aquella disyuntiva, le daba la sensación de encontrarse en un mismo punto de partida.



Después de una larga semana de duro trabajo, había llegado el tan merecido día de descanso y con él, una celebración que era motivo de alegría. Se casaba el hijo de uno de los miembros de la cofradía de la que formaban parte. Entre todos ellos habían creado una pequeña pero gran familia. Intentaban ayudarse y protegerse, cuidaban los unos de los otros velando siempre por los intereses del bien común y luchando contra los abusos de poder que, de una manera o de otra, intentaban ejercer sobre ellos.

Jorge se sentía especialmente nervioso. Hacía mucho tiempo que no se reunían y disfrutaban de una fiesta, era el momento perfecto para volver a encontrarse con Cantia y hablar con ella. No había podido olvidarla. Era una de las pocas amigas que tenía Deva, y hacía demasiado tiempo que no se veían. Era una joven delicada y dulce, de mirada serena, que le había robado el corazón. Esperaba encontrar el momento adecuado para sincerarse con ella y confesarle todo lo que sentía desde hacía mucho tiempo. Confiaba en ser correspondido. Le pediría permiso a su padre para cortejarla antes de entrar a la reunión que la cofradía había fijado previa al baile de la fiesta, en la que estarían todos los miembros varones con embarcación y posibilidad de votar a la hora de tomar decisiones.

Era necesario concretar algunos temas referentes a la pesca y caza de ballenas previos al inicio la temporada. Debían decidir el precio de su carne antes de trocearla y prepararla para la venta, según fuese el tamaño y la especie del animal. Lo mismo sucedía con la grasa y el aceite que obtendrían. Esperaban que desde el fuero de las cuatro villas, no les pusieran demasiadas objeciones a la hora de aceptar las cuantías aprobadas por ellos. La temporada anterior fue sumamente complicado acercar posturas para ponerse

de acuerdo sobre el precio de las piezas obtenidas, cada vez eran más demandados el aceite y la grasa, lo que provocaba el incremento de su precio, y las pujas para permitirles cazar, cada vez eran más tensas. Además a todo aquello, debían añadir las cuantías y las «Primicias», rentas que estaban obligados a pagar al Prior y a los clérigos de Santa María del Puerto.

Temía que en aquella ocasión, no le quedaba más opción que acudir al pueblo del monte Buciero, en Puerto, del que dependían directamente, para dar fe de la desaparición de su padre y dejar arreglados los documentos necesarios que acreditaban su identidad, terminando así con los formulismos pendientes para realizar el traspaso legal del barco y las propiedades familiares. Confiaba en poder solucionarlo allí de una manera rápida y sencilla, ya que los asuntos importantes debían arreglarse bajo la jurisdicción marítima de la Villa de Laredo, y evitar de aquella manera tener que desplazarse más lejos, que era donde debían dirigirse como máxima autoridad portuaria, en caso de ser necesario. No le agradaba la idea de tener que ausentarse y abandonar a su familia durante unos días, pero era consciente de que no podía aplazarlo por más tiempo. Los asuntos que debía arreglar eran sumamente importantes para ellos, y aunque su hermana era la mayor, como mujer no tenía ningún derecho: todas las responsabilidades recaían sobre él. En esos momentos se sentía aliviado y agradecido por la presencia de Laro en casa. Que estuviese viviendo con ellos le permitía marcharse más tranquilo sabiendo que en su ausencia tanto Deva como Neco no estarían solos, y él velaría por su seguridad. Esperaba poder dejarlo todo solucionado en un par de días, al fin y al cabo, Puerto no estaba tan lejos.

Todos estaban preparados, esperando pacientemente a que Deva terminara de arreglarse para marcharse al pueblo y disfrutar de los manjares y la música, una vez hubiese finalizado la ceremonia matrimonial. Neco estaba especialmente contento, hacía mucho tiempo que no compartían risas todos los vecinos juntos, y aquella ocasión era importante para él ya que podía presumir de la compañía de su imponente y enigmático invitado. Se sentía orgullo de Laro; alto, fuerte, moreno, con su sola presencia intimidaba, y su mirada intensa y penetrante de color verde, parecía leerle el alma. Su aspecto físico destacaba por encima de los demás, sin duda alguna llamaba la atención. Junto a él se sentía seguro y feliz. Deseaba fervientemente que se quedase allí con ellos para siempre, hasta se había permitido el lujo de fantasear

imaginándoselo casado con Deva. Había perdido a su madre nada más nacer y nunca llegó a conocerla. Para él, ella realmente era más que una hermana, y su padre desgraciadamente tampoco estaba. Le parecía que ambos formaban la pareja perfecta, y no le importaría aceptarle como padre, contando siempre con el beneplácito de Jorge. Intentaría dejarlos solos en algún momento de la fiesta para que pudiesen conversar tranquilamente, porque en su casa era complicado verles a solas; tenía la extraña sensación de que se evitaban. Seguro que Deva se relajaría con la música, y no sería tan brusca y esquiva con él. Durante el tiempo que llevaban conviviendo, había podido conocerle bastante mejor y estaba seguro de que sabría darle a su hermana todo lo que necesitaba. A pesar de su apariencia fiera y adusta, era un hombre noble y cariñoso, con su fuerte carácter podría frenar el indómito espíritu de su hermana.

Los hombres mantenían una conversación relajada y distendida en el exterior de la casa, disfrutando de la mañana soleada que les ofrecía el nuevo día. Intentaban organizar los trabajos pendientes y que más urgían para poder sacar algo de tiempo y que Laro pudiese así enseñarles a leer y escribir, sin que aquello interfiriese en las labores cotidianas. Jorge aprovechó ese momento de tranquilidad y confidencias entre los dos para compartir con él la noticia de su marcha, que estaba seguro tendría que realizar. Confiaba plenamente en Laro y en que se encargaría de todo en su ausencia, especialmente de la seguridad de su familia.

—Hasta ahora he hecho todo lo posible por ir retrasando mi viaje a Puerto, pero ya no puedo posponerlo por más tiempo. Espero que aceptes hacerte cargo de todo en mi ausencia, así lo voy dejar dicho en la reunión de hoy. Me gustaría que estuvieses presente en el momento en el que lo comunique, así aprovecho la ocasión y te presento oficialmente a la gente relevante del pueblo y a nuestros vecinos más queridos.

Jorge llevaba varios días dándole vueltas a la cabeza. Lo mejor para su familia era que se quedase él como responsable de su hogar. Quería evitar cualquier tipo de problema durante su ausencia. Era consciente de que su posición era un tanto delicada dentro de la cofradía debido a su juventud, pero estando Laro a su lado las cosas cambiaban. En cuanto regresase de aquel viaje pensaba sincerarse con él y entregarle su espada. Era lo justo.

—Espero que te complazca la idea, me gustaría que me acompañases y les conocieras a todos.

Laro se quedó sorprendido ante la petición de Jorge, pero también se sintió halagado. Sus palabras tan solo podían significar una cosa, que confiaba en él, y aquel detalle por su parte era algo que le llenaba de satisfacción y tranquilidad.

—Por supuesto que puedes contar conmigo para lo que necesites, y especialmente si tiene que ver con la protección de tu familia. Ten presente que ahora también es la mía. Juro defender este hogar con mi vida si fuese necesario. Daría lo que fuera por vosotros, no lo olvides jamás. —Las palabras de Laro sonaban profundas y seguras, envueltas en la emoción que todo aquello provocaba en él—. Puedes marcharte tranquilo, aquí estaremos bien. Tienes mi palabra.

Jorge sabía que el juramento de su amigo era sagrado, no lo rompería bajo ningún pretexto. Laro todavía no era consciente de ello, ya que desconocía por completo su origen, pero él, sí sospechaba la realidad que podría envolver su vida, y en ella, realmente su promesa era inquebrantable. Además de todo aquello, estaba convencido de que era un excelente guerrero, se notaba que tenía algo especial que le hacía diferente, tan solo su presencia imponía respeto, y oponerse a sus opiniones generaba nerviosismo. Su familia no podía estar en mejores manos. Tampoco había pasado por alto el cariño que le profesaba a Neco, que no se separaba de él en ningún momento.

—Deberíamos sellar nuestra amistad con un apretón de manos —sugirió Jorge convencido de que era la manera correcta de proceder.

—De eso nada, dame un abrazo. Esto es algo personal. —Laro no tenía por qué cerrar ningún trato, aquello no era necesario.

—Mira, Neco, no te pierdas esta estampa tan bonita. Nunca pensé que me encontraría a Jorge abrazado a tu idolatrado amigo. —Las palabras de Deva salieron cargadas de sarcasmo y diversión, teniendo que hacer un gran esfuerzo por aguantarse un tremendo ataque de risa al contemplar las caras azoradas y molestas de aquellos dos hombres que eran tan importantes para ella, y que en esos momentos se sentían incómodos. Le resultaba graciosa la situación, y por ello, decidió continuar con la chanza para fastidiarles un poco

— Jamás imaginé que llegaríais a mantener una relación tan estrecha, yo que vosotros tendría mucho cuidado con las muestras de cariño en público, por si no lo sabéis..., no está bien visto.

Sumamente molesto, su hermano se giró hacia ella con la clara intención de encararse e iniciar una acalorada discusión, pero no logró intimidarla con la mirada, tal y como sucedía habitualmente entre ellos, al fin y al cabo eran hermanos y se conocían demasiado bien. Estaba claro que se estaba divirtiendo a su costa, se podía apreciar el regocijo en su mirada y en el gesto relajado que mostraba su rostro. En aquel pequeño instante se dio cuenta de lo que realmente sucedía. Quería molestar a Laro, intentaba provocarle. Pero este tenía un carácter templado, forjado en el control y el dominio de sus sentimientos, y por algo tan trivial, no perdería ni los nervios, ni la compostura. Había tenido oportunidad de demostrarlo en más de una ocasión.

Neco acudió corriendo a la llamada de su hermana, se sentía dichoso por tenerlos a todos reunidos y sonriendo.

— Jorge, ¿hoy verás a Cantia? — El niño conocía perfectamente los sentimientos de su hermano hacia la amiga de Deva, y estaba seguro de que haría todo lo posible por encontrarse con ella. Y de aquella manera tan sencilla desvió la atención hacia otro asunto.

— Sí, espero verla y que por una vez, me dejéis tranquilo. Entreteneos, bailad, comed y disfrutar de la fiesta, porque se acercan momentos muy duros y de bastante trabajo. — El rostro de Jorge se iluminaba cada vez que hablaba de la mujer que le había robado el corazón.

— Como si eso fuese una novedad. ¿Cuándo dejamos de hacerlo? — A Neco le resultó muy graciosa la advertencia de su hermano. Desde que tenía uso de razón, lo único que recordaba era a toda la familia trabajando desde la salida hasta la puesta del sol.

Mientras los hermanos se enzarzaban en una discusión trivial, Laro pudo admirar sin ningún disimulo lo bonita que estaba Deva en aquellos momentos. Nunca antes, en el tiempo que llevaba conviviendo con ellos, la había contemplado de aquella manera. Llevaba puesto un vestido largo y ligero, que parecía una segunda piel cubriendo su cuerpo con suavidad. El azul tormenta de la tela de sus ropas hacía resaltar su figura. Una fina y discreta cinta de

color plata rodeaba su cintura, descansado sutilmente a la altura de las caderas, realzando así sus voluptuosas curvas. Los brazos estaban cubiertos por unas mangas de tejido vaporoso, que permitían intuir una piel cálida y tostada por el sol del verano que había quedado atrás. Un discreto escote de forma redondeada dejaba al descubierto un cuello fino y delicado que deseaba acariciar, y la tela insinuaba unos pechos turgentes que le estaban volviendo loco. Llevaba el pelo suelto, adornado con unas trenzas hechas de sus propios mechones de pelo y unas pequeñas florecillas blancas que la favorecían, resaltando el azul intenso de unos enormes ojos expresivos, que lo miraban todo con pasión. Sabía que no debía ser tan indiscreto, pero le era del todo imposible apartar su mirada de aquella mujer. Deseaba confesarle sus sentimientos, pero algo en su interior le decía que no debía, que tenía que controlar ese impulso animal que sentía por ella.

Deva se sentía intranquila bajo la ardiente mirada de Laro, y aunque intentaba mantener las formas para que ninguno de ellos notase su nerviosismo, le era imposible actuar con normalidad. Necesitaba alejarse de él. Sus sentimientos cada día que pasaba eran más intensos y se alteraba demasiado cada vez que le tenía cerca.

—No me gustaría llegar tarde —respondió enérgicamente Deva, deseando llamar la atención de sus hermanos, que continuaban hablando ajenos a lo que estaba sucediendo entre ellos dos. Laro la estaba devorando con la mirada, era tal su intensidad que parecía que la estuviese desnudando, sintiendo como aquellos preciosos ojos verdes la querían acariciar —Será mejor que nos pongamos en marcha. Neco por favor, intenta no mancharte, estaría bien que por una vez llegases limpio y peinado, aunque luego dejes los rizos a su aire. —Entendía que a su pequeño le era complicado ir en contra de su propia naturaleza, no dejaba de ser un niño risueño con ganas de jugar.

Neco puso los ojos en blanco. Era imposible que su hermana estuviese relajada, le gustaba tenerlo todo bajo control. No deseaba disgustarla, haría todo lo posible por mantener el aspecto que ella deseaba, al menos hasta que finalizase la ceremonia. Ya tendría tiempo de hacer lo que tanto le gustaba, ir con sus amigos y hacer alguna que otra travesura. Finalizada la misa, empezaba la verdadera diversión.

Laro por su parte se sentía excitado y angustiado al mismo tiempo, algo en

su interior le decía que debía tener cuidado con ella, pero le era del todo imposible luchar en contra de sus sentimientos. Aquel iba a ser un día demasiado largo para él.

Aunque muy justos, llegaron a tiempo para poder sentarse en la pequeña ermita del pueblo y asistir a la ceremonia. No faltaba nadie. Estaban todos los parroquianos al completo, ataviados con sus mejores ropas. Deva se sentó en el banco más alejado de todos, junto a su amiga Cantia. Siempre que podían, se reunían para contarse sus secretos y ponerse al día con los chismes y cotilleos que circulaban por el pueblo.

—Se te ve preciosa —susurró Cantia para que nadie más escuchase su conversación.

—No digas tonterías, este vestido ya me lo he puesto en otras ocasiones. Y, ¿qué me dices de ti? —Era evidente que su amiga no dejaba de mirar furtivamente a su hermano, que estaba colocado varios bancos por delante de ellas, acompañado por Laro. Viéndolos desde aquella distancia se podía apreciar la imponente figura de este. Intentaba que la mirada no se le escapase hacia donde se encontraba él, pero no podía evitarlo. Ejercía un poder de atracción sobre ella que le era difícil de controlar.

—¿Entonces estoy guapa? Espero que hoy sea el día en el que tu hermano se decida por fin a declararse, llevamos bastante tiempo sin vernos y temo que se haya olvidado de mí —susurró Cantia intranquila ante la posibilidad de que Jorge no se atreviera a dar el paso definitivo de pedirle matrimonio.

—Imposible. Continuamente me pregunta por ti, y hoy estaba especialmente nervioso. Creo que ha llegado el momento de empezar a considerar seriamente la posibilidad de que vayamos a ser familia. —Sus palabras eran sinceras y estaban cargadas de cariño, realmente era un regalo compartir su vida con ella. Afectuosamente apretó su mano, la cual descansaba inquieta sobre el regazo de su falda.

—¿Y qué hay de tu apuesto forastero? No me digas que no te sientes atraída por él, porque no lo creo. Hay que reconocer que es imponente. —Las reacciones de su amiga eran demasiado conocidas por ella y sabía perfectamente lo que sentía por él.

—Sí, creo que hay algo, no te lo voy a discutir, pero... es un amor

imposible. Aún no ha recuperado la memoria, y en cuanto pase algún tiempo, estoy segura de que se marchará en busca de su destino. Además, podría estar comprometido. Lo mejor es dejar las cosas como están.

Deva era plenamente consciente de su situación, y por lo tanto, era absurdo negar lo evidente. Se había enamorado perdidamente de ese hombre seguro de sí mismo y callado, de mirada profunda, que tarde o temprano se marcharía de su lado. Además, estaba el asunto de su identidad. Si se confirmaba que era un caballero templario, tenía voto de castidad. Era ilógico pensar que pudiesen llegar a labrar un futuro juntos algún día. Había estado dándole muchas vueltas al asunto, y una nueva idea surgió en sus pensamientos: también podía ser que se hubiese encontrado la espada y no fuera de su propiedad, aunque aquella posibilidad se le antojaba improbable.

—Siempre tan pesimista, Deva. Eso no lo sabes, es una suposición tuya. Sinceramente pienso que deberías disfrutar un poco más de la vida. Relájate y en la fiesta de hoy, hazme un favor y diviértete. Habla con él y acércate, estoy segura de que no muerde —animó a su amiga guiñándole un ojo con picardía.

—Me pongo nerviosa cada vez que me encuentro a su lado, no creo que pueda. Además nos estarán todos observando. —Deseaba de verdad poder ver cómo se comportaba rodeado de gente. Sabía que era un hombre de mundo y le gustaba escucharle.

Cantia, divertida, intentando contener un ataque de risa, continuó hablando entre susurros.

—¡Menuda pesca hiciste! Has capturado a la mejor pieza que podía ofrecerte el mar.

—Pero mira que eres...

El comentario les hizo mucha gracia y las risas fueron inevitables, ganándose una dura reprimenda por parte de su hermano, que se tuvo que volver hacia ellas en mitad de la ceremonia para mandarlas callar por su irresponsable actitud.

La ceremonia finalizó sin que ellas se hubiesen dado cuenta de casi nada de lo que había sucedido a su alrededor. El tiempo había pasado volando, quizá por el hecho de compartir sus inquietudes durante unos momentos de

intimidad entre ellas en el interior de aquella pequeña y recogida ermita que guardaría bajo secreto de confesión sus anhelos e ilusiones. El fuerte olor a incienso las devolvió a la realidad, y entre aplausos, desearon felicidad a los novios.

Posteriormente, se había organizado una comida comunitaria en los prados verdes y serenos que rodeaban la Casa, que estaba adosada a la Ermita de San Sebastián, santo al que se encomendaban para que les protegiese de todo mal, ya que eran considerados los Señores del mar. Hombres aguerridos que se enfrentaban contra una bestia descomunal en una lucha complicada y desigual, soportando las inclemencias y los peligros de la mar. Realmente eran devotos de la virgen María, «estrella de los mares», a la que invocaban cada vez que se echaban a la mar, para que les protegiese ante los posibles naufragios y las tempestades. Pedían que iluminase su camino de regreso a casa, mostrando la dirección en las estrellas del firmamento, y marcar de esa manera, su rumbo hacia un puerto seguro en el que arribar. Como era considerada Estrella de mar, «les guiaría por las aguas difíciles de la vida, hacia el puerto seguro de Cristo». Esas habían sido las últimas palabras del padre, antes de finalizar la misa en el sermón que no habían escuchado. Ella se había encomendado también, pidiendo ayuda y protección para su familia; confiaba en que no la abandonase y permitiera salir airoso de la nueva campaña ballenera, aunque en el fondo de su corazón pensaba que aquellas súplicas no servían de nada en mitad de una galerna, tal y como le había sucedido a su padre.

Se encontraban en una pequeña elevación del terreno, pegada al puerto, y desde donde se podían contemplar los barcos amarrados y la mar. Dentro estaba todo preparado para dar comienzo a la temporada de caza. Las mujeres se habían encargado de adecentar y preparar el interior de la pequeña vivienda en la que los hombres convivirían por turnos los siguientes meses. Allí tendrían que hacer vida para estar preparados a la señal de avistamiento dada por el *talayero*. Deva la conocía demasiado bien. Allí compartía sus días con los pescadores. Ella era la única excepción, gracias a su magnífica puntería. Finalmente, durante la campaña anterior la aceptaron oficialmente como arponera. Sabía que no era lo habitual, pero se había ganado su puesto a pulso y con mucho sacrificio. Siempre tuvo que demostrar su valía por encima de los hombres. Todo aquello lo recordaba como algo lejano. Era agua pasada. En esos momentos, podía disfrutar del nuevo estatus conseguido

dentro de la cofradía, y eso que a pesar de ser uno de ellos, nunca podría dar voz a sus opiniones y tampoco ejercer el voto, sería su hermano Jorge el encargado de hacerlo en su lugar, él era quien había asumido el puesto de cabeza de familia, y si llegaba a casarse algún día, sería su marido el que hablase por ella.

Deseaba que diera inicio la reunión que habían fijado para ese día, ansiaba que su hermano le contara los acuerdos que habían adoptado y las cuantías que recibirían por la venta de los productos que obtendrían de las ballenas. Esperaba que esa temporada fuese fructífera, porque el resto del año su familia viviría prácticamente de aquellas ganancias. Lamentaba profundamente no ser ella quien estuviese presente en la reunión, pero suficientes eran ya los logros alcanzados. No había sido nada fácil conseguir que la permitiesen formar parte de aquel selecto y reducido grupo para la caza de ballenas. Vivía irremediabilmente en un mundo de hombres, y ella era mujer.

El tiempo había avanzado rápidamente, y casi sin darse cuenta, estaba anocheciendo. Las viandas habían sido muchas y variadas, cada uno de los vecinos aportaba lo que tenía. Entre todos estaban consiguiendo pasar un día distendido y feliz. Las risas de los más pequeños animaban el ambiente, dándole un toque de alegría a un día que poco a poco tocaba a su fin. Aunque la noche anunciaba su llegada tiñendo el cielo de oscuridad y dejando sentir su frescor, continuaban disfrutando de la música y la buena compañía. Neco, divertido, pudo observar desde su escondite cómo finalmente Laro había reunido el valor necesario para acercarse con cautela hasta el lugar en el que se encontraba su hermana sentada, moviendo sus pies al ritmo del compás de los acordes musicales que todavía se podían escuchar.

—¿Me concederías este baile?

Estaba preciosa allí sentada con los ojos cerrados, sintiendo fluir la música a su alrededor. Tuvo que hacer un esfuerzo titánico para no acariciarle el rostro, que resplandecía bajo los reflejos rojizos de los fuegos que les rodeaban e iluminaban el lugar.

Lo inesperado de la pregunta y la voz ronca y pastosa de su dueño hicieron que Deva se sobresaltase. No espera a aquellas alturas de la jornada, la cual

estaba a punto de terminar, que finalmente se decidiera a acercarse a ella. Había estado todo el día provocando un encuentro fortuito con él, pero había sido imposible. Nada más acabar la misa, acompañó a su hermano a la reunión de la cofradía para posteriormente presentarle oficialmente al Concejo, y que estos dieran el visto bueno a su permanencia entre ellos. Su hermano les había contado de una manera rápida y escueta, que debía marchar a Puerto y que durante su ausencia sería Laro quien tomaría las riendas de la casa y sería el responsable de su seguridad. Este había sido el centro de atención durante toda la fiesta, no quedaba ningún hombre, mujer o niño que no hubiese estado hablando con él. Neco se había sentido pletórico durante todo aquel día, había podido observarle en la distancia y comprobar lo orgulloso que estaba de ese maldito forastero.

—¡Me has asustado! —exclamó algo aturullada.

—Lo siento, no era mi intención. He tenido un día bastante complicado, demasiadas presentaciones en sociedad para mi gusto, y no he tenido ni un momento libre para poder decirte lo preciosa que estás esta noche. —Nada más terminar de pronunciar sus palabras y sin darla tiempo a reaccionar, la cogió suavemente, pero con firmeza, por el brazo, atrayéndola hacia él, y sostuvo su mano entre las suyas—. Creo que ha llegado el momento de que disfrutemos nosotros del festejo.

Deva estaba sorprendida por sus palabras. Inevitablemente, sintió cómo su rostro se encendía, provocando en ella un inmediato calor y una vergüenza que no tuvo tiempo de disimular. Las palabras pronunciadas con dulzura y emitidas por boca de ese hombre, eran halagos para sus oídos, estaba encantada de escucharlas, el problema radicaba en el estado de embriaguez en el que se encontraba Laro. Era más que evidente la ligera dificultad que mostraba para conversar con fluidez, el intenso brillo de sus ojos hablaba por sí solo, al igual que el olor dulzón que desprendía su aliento. A pesar de las circunstancias excepcionales en las que se encontraba, nunca antes le había visto de aquella manera, relajado y sonriente. Fue inevitable que sus miradas quedasen entrelazadas por un hilo invisible de pasión y deseo que les impedía dejar de moverse al ritmo de una música suave y melodiosa que parecía proceder de algún lugar lejano, ajeno a ellos.

—Creo que te has excedido un poco con el vino. —Sentía que debía poner

distancia entre los dos si no quería estar en boca de todos los vecinos por su actitud.

—Es que los parroquianos de este pueblo son demasiado acogedores, y cada uno de ellos, al tiempo que me hablaban, me ofrecían una jarra de buen vino, y es de mala educación rechazar semejante ofrecimiento. Además, creo que hacía mucho tiempo que no bebía. La última vez fue estando con mi gran amigo y hermano Velasco, mientras descansábamos de un largo día en una contienda contra los infieles. Creo que aquella noche se nos fue la mano y bebimos demasiado. Me gustaría que le conocieses, estoy seguro de que os haríais buenos amigos.

Deva se sintió desfallecer. Laro estaba recuperando sus recuerdos y parecía no ser consciente de ello. Aquella situación era sumamente complicada y dolorosa para ella, el momento de conocer la verdad había llegado y con él, su marcha. Estaba recordando un episodio concreto de su vida pasada sin ser consciente de que estaba sucediendo. Sorprendida y enfadada por la situación en la que se encontraba, intentó zafarse de su abrazo. Se sentía abatida y dolida por una sinceridad absoluta, ahogada en alcohol, que le estaba revelando verdades que no quería escuchar. Él se alejaría de ella dejándola con el corazón roto, era imposible que se cumplieran sus deseos, ellos nunca podrían estar juntos. Las dudas que había albergado acerca de su identidad quedaron despejadas de golpe al escuchar aquellas palabras enredadas que cobraban sentido, todas las piezas comenzaban a encajar. Sin prisa, con ella fuertemente sujeta por la cintura y siguiendo el compás de la música, fueron alejándose del bullicio buscando intimidad y evitando de aquella manera miradas indiscretas.

—¡Suéltame, Laro! Déjame marchar. No estás en condiciones de decir nada, ni tan siquiera eres consciente de lo que me estás contando —respondió enfurecida, intentando contener unas lágrimas que pugnaban por salir debido al sufrimiento que aquella situación estaba provocándola.

—Para lo que quiero decirte no son necesarias las palabras.

Y sin más, la acercó con un gesto posesivo a su cuerpo y la besó con pasión, deleitándose con aquellos labios suaves y carnosos que respondían con ímpetu a su beso. Era consciente de que quizá estaba siendo demasiado

brusco, pero no podía contener por más tiempo sus sentimientos. Ella en un principio intentó resistirse, pero finalmente se entregó a él, respondiendo fogosamente a sus caricias. Consiguiendo de aquella manera acallar la diatriba nerviosa y sin sentido para él que Deva había iniciado, excitándola y haciéndola sentir un estremecimiento que no le pasó desapercibido.

En esos momentos, Deva no deseaba encontrarse en ningún otro lugar que no fuese entre los brazos de ese hombre, que irremediamente le había robado el corazón. Aquel beso intenso y pasional dio paso a una serie de caricias que no deseaba que terminasen nunca. Jamás la habían besado de aquella manera. Con pereza, consiguió separarse de aquel cuerpo robusto y fuerte que la tenía abrazada, y poniendo su delicada mano sobre el musculoso pecho de Laro, logró apartarle delicadamente para decirle que lo mejor sería que la acompañase a casa, que necesitaba descansar.

—Regresemos, por favor —dijo con tristeza, implorándole con la mirada.

Tiró de él sin miedo, animándole a que la siguiera y recogiendo a Neco de camino para dirigirse los tres juntos a su hogar. Laro no se resistió, a pesar del estado de embriaguez en el que se encontraba, entendía que aquello era lo correcto. Al menos uno de los dos conservaba la sensatez necesaria como para no cometer una tontería.

Neco, junto a su nuevo mejor amigo, inició una divertida conversación sobre los invitados a la fiesta, ajenos a los sentimientos de Deva, riéndose despreocupadamente. Lo sucedido apenas unos momentos antes, parecía haber quedado en el olvido de aquel hombre que decía sentir por ella algo más que una sincera amistad. Deva iba maldiciendo su mala suerte, cuando finalmente encontraba a la persona adecuada de la que poder enamorarse, resultaba ser un maldito templario. Todavía conservaba en sus labios el dulce saber masculino de su boca, su cuerpo había vibrado y sabía que jamás podría olvidarlo.

Cuando pensaba que ya no tenían nada más que hablar sobre lo sucedido y que todo estaba dicho, entre susurros Laro la llamó antes de entrar en la casa.

—Deva...

Ella, insegura, se giró hacia él y armándose de valor, le sostuvo la mirada. Enfadada y disgustada al mismo tiempo, le respondió bruscamente.

—Dime, ¿qué es lo que quieres ahora?

—Tengo que confesarte que te amo como nunca antes he amado a nadie. Y aunque no conservo todos mis recuerdos, sospecho que esto que estoy sintiendo es único y verdadero. Lo demás carece de sentido para mí.

Sus palabras cargadas de emoción provocaron en ella las lágrimas una vez más. En otras circunstancias habría salido a su encuentro abrazándose a él, pero la realidad desgraciadamente era otra.

—Laro, esto no es posible. No recuerdas quién eres. —Y dejándole con la palabra en la boca desapareció de su vista. Necesitaba estar a solas para poner un poco de orden a sus pensamientos y hablar con Jorge, le urgía contarle todo lo que había sucedido. Él probablemente sabría aconsejarla mejor que nadie. Tan solo confiaba en su hermano. Ella estaba muy confundida y no podía pensar con claridad. Sus sentimientos eran contradictorios y a punto había estado de cometer una estupidez sucumbiendo a sus emociones. Debía ser fuerte por los dos, porque temía seriamente las consecuencias que podrían acarrear sus actos una vez que Laro confirmase su identidad.

Sentada en la oscuridad, velando el sueño de las dos personas que estaban durmiendo en el interior de su hogar y por las que daría la vida, esperaba pacientemente la llegada de su hermano. Sabía que se retrasaría. Habían sido muchos los asuntos a tratar en la reunión y a todo aquello debía añadir la conversación pendiente con el padre de Cantia, suponía que estarían juntos disfrutando de su amor y haciendo planes de futuro. Estaba segura de que todo había salido bien y probablemente en poco tiempo podrían celebrar otro enlace matrimonial. Aunque se alegraba mucho por su hermano y su amiga, se entristecía ante su lamentable situación. La vida había marcado su camino y no le quedaba más remedio que recorrerlo, aunque no le agradase lo que le tocaba vivir. Al fin y al cabo, lo importante era conseguir seguir hacia adelante.

Oculto por una manta que la protegía del frío y la humedad de la noche, bajo las estrellas de un cielo completamente despejado, contempló cómo se aproximaba su hermano, feliz y contento, ajeno al dolor y la preocupación que sentía ella.

Jorge, nada más verla, comprendió que algo malo podía haber sucedido y

que necesitaba de su cariño y comprensión. Ya desde pequeños, cuando tenía dudas o algún problema recurría a él para que la abrazase y animase. Su rostro estaba bañado en lágrimas y enrojecido por el disgusto que tenía, sus ojos se veían tristes y apagados.

—¿Qué ha sucedido? ¿Está todo bien? —Probablemente el motivo por el cual su mirada había perdido el brillo, fuese Laro. No era tonto y se había fijado en que la actitud de su hermana había cambiado durante los últimos días. Estaba seguro de que el causante de todo aquello tan solo podía ser él.

—Laro me ha besado, y le he correspondido. Le quiero, Jorge, pero no podemos estar juntos. Él no lo sabe, pero es un soldado de Dios. Deberíamos devolverle su arma. —No soportaba más la pesada carga de tener oculta aquella espada y con ella, el secreto de su identidad—. Está comenzando a recordar —confesó dolosamente.

—Tranquilízate, y cuéntame más despacio que es lo que realmente ha sucedido para que te encuentres en este estado, porque no soy capaz de entenderte.

Deva le hizo un resumen rápido de lo acontecido, haciendo hincapié en los momentos de su vida evocados inconscientemente por Laro.

—Está bien, no te preocupes. A mi regreso se lo contaremos todo y le devolveremos lo que es suyo. Cálmate, soy consciente del ligero estado de embriaguez en el que se encontraba cuando le dejé, por lo tanto, no creo que mañana recuerde demasiadas cosas de las sucedidas esta noche. Actúa con naturalidad. —No le sorprendían los hechos que le estaba narrando su hermana. Tampoco a él le habían pasado desapercibidas las miradas y la admiración con la que Laro hablaba de ella; era evidente que se deseaban—. Nos ha jurado lealtad y ayuda, no faltará a su palabra y yo debo ausentarme sin falta en unos días. Confía en mí, lo solucionaremos y me quedo más tranquilo sabiendo que él se encuentra con vosotros. Hoy han querido averiguar muchas cosas sobre ti durante la reunión, algunos de nuestros vecinos están pensando en pedirme tu mano. Ándate con ojo y no te separes demasiado de Laro, él te protegerá. Piensa que va siendo hora de que vayas buscando marido.

Jorge estaba realmente preocupado por la situación en la que se podría encontrar Deva. Esperaba que no sucediese nada grave durante su ausencia, ya

que era plenamente consciente de la belleza de su hermana, y aquel era un asunto que comenzaba a perturbar su sueño.

—Sé defenderme sola, y no necesito a ningún hombre para que cuide de mí.

Indignación y asco era lo que sentía en aquellos momentos. No pensaba casarse con ningún hombre. Su corazón ya tenía dueño y no deseaba depender de nadie, ya buscaría alguna solución.

—No debes precipitarte —le aconsejó intentando calmar sus ánimos—, este es el tiempo en el que nos ha tocado vivir. No puedes luchar contra un imposible. Tendrás que adaptarte a las circunstancias. Vete pensándolo porque no te queda mucho tiempo antes de que tengamos que tomar una decisión.

Deva puso los ojos en blanco, odiaba encontrarse en una situación como aquella por el mero hecho de ser mujer.

—Por cierto, Laro ha mencionado a un tal... Velasco. Alguien importante en su vida y con el que ha luchado contra los infieles —recodó con dificultad el nombre que este había dado sin ser consciente de ello.

El silencio de la noche les envolvió, provocando aquellas palabras un estremecimiento que acusaron al frío que se estaba metiendo bajo su piel, definitivamente debían mantener una conversación con él y desvelarle lo poco que sabían acerca de su identidad. Ya no lo podían posponer por más tiempo.

—Descansa, ya nos ocuparemos de ello en cuanto regrese de mi viaje. No te preocupes, todo se solucionará —dijo con tranquilidad mientras besaba en el rostro a su hermana antes de irse a dormir—. Todo saldrá bien.

Laro mientras tanto, incapaz de conciliar el sueño, no podía dejar de recordar el brillo de aquellos ojos azules iluminados por la pasión, y el sabor dulce de unos labios que una vez probados sería imposible olvidar. Lo más doloroso de aquella noche habían sido sus palabras. «*Laro, esto no es posible. No sabes quién eres*». Lo demás estaba envuelto en una nebulosa producida por el exceso de vino que le impedía recordar con claridad lo sucedido. Averiguaría quién era para poder estar junto a ella. Había vuelto a nacer y era un hombre nuevo, aquello era lo único de lo que estaba seguro.

Ella era su destino.



Tres días más tarde, al amanecer, Jorge y Laro se despidieron donde comenzaba el estrecho y empinado sendero, un camino que ascendía hasta el pueblo, lugar en el que había quedado con otros miembros de la cofradía. Formaban un reducido grupo de cuatro hombres dispuestos a regresar lo antes posible y dejar solucionados los asuntos que les obligaban a marcharse.

Jorge, envuelto en una gruesa capa, con el semblante triste, lanzaba miradas al cielo, pidiendo al Señor que bendijera aquel viaje y le proporcionase el valor necesario para enfrentarse a los problemas que pudieran surgir. No le gustaban demasiado los momentos de soledad, pero en aquellas circunstancias agradecía enfrentarse consigo mismo a sus miedos y temores. Laro parecía no recordar absolutamente nada de las alusiones realizadas por él sobre su pasado la noche de la fiesta, por lo tanto, era un problema que podía dejar aplazado hasta su regreso.

De un tiempo a esa parte, había comenzado a preocuparse por la situación y el futuro de sus hermanos. Neco todavía era pequeño y estaría bajo su protección durante bastante tiempo, aunque en realidad, él no era quien le quitaba el sueño, a fin de cuentas era un varón. Por la que se sentía verdaderamente intranquilo era por su hermana. Necesita hacer las cosas bien. Por nada del mundo quería verla sufrir o que fuese infeliz, ella era su responsabilidad como cabeza de familia. En multitud de ocasiones creía no poseer la fortaleza necesaria para enfrentarse a todo lo que se avecinaba. Además, se acababa de comprometer con la mujer más hermosa y maravillosa que pudiera desear, por lo tanto, debía ser fuerte y proteger a todos los suyos, ellos dependían de él.

Laro y Jorge se abrazaron brevemente. Esperaban verse pronto, suponían

que dicho viaje no debería durar más de dos o tres días, tiempo más que suficiente para solventar los asuntos pendientes lo antes posible.

—Cuídate amigo, ten cuidado. Evita los callejones oscuros y las tabernas de mala reputación. —Laro no tenía muy claro por qué lo sabía, pero tenía la certeza de que sus palabras estaban cargadas de verdad—. Rehúyete en la medida de lo posible los problemas, porque aquí te está esperando tu familia. —Se sentía intranquilo. Hubiese preferido ser él quien se marchara. Estaba seguro de que sabría defenderse mejor en el cuerpo a cuerpo con los ladrones y los maleantes.

—Gracias por tus consejos, los tendré en cuenta. Debo ponerme en marcha cuanto antes, no quiero hacerles esperar demasiado. —Emocionado, le pidió una vez más que velara por su familia—. Cuidaos amigo mío. A mi regreso necesito hablar contigo y mantener una seria conversación, debo contarte algo de suma importancia. Espero que sepas perdonarme.

Laro no quiso saber nada al respecto antes de tiempo, no deseaba que el hombre que le había dado cobijo y una familia, llegase tarde por su culpa, él podía esperar. A su regreso ya tendrían tiempo más que suficiente para hablar, y entonces descubriría de qué asunto se trataba, no creía que fuese tan importante.

—Vete tranquilo, y que el Señor te proteja.

Los experimentados pescadores ya estaban en el lugar acordado como punto de encuentro, desde la distancia que los separaba se podían distinguir sus siluetas en la tenue claridad que les iba regalando la mañana.

Laro esperó pacientemente hasta que la figura de Jorge apenas se convirtió en un punto en la lejanía. Aterido por el frío de la húmeda mañana, regresó sin prisa sobre sus pasos para cuidar a quienes más quería en el mundo en esos momentos. Había conseguido recordar a su querido hermano Velasco, pero no había contado nada acerca de ello. También él tenía asuntos importantes de los que hablar con Jorge. Se encontraba en una encrucijada personal, empezaba a sospechar quién era en realidad, pero las lagunas que aún asolaban su memoria le tenían un tanto perdido y desorientado. No había logrado descubrir su verdadero nombre, aunque realmente se sentía cómodo con el que le habían puesto. A pesar de todas las incógnitas que le rodeaban y con las que debía

convivir a diario, era consciente de que aquel era su lugar y Deva su destino. No se imaginaba en ningún otro hogar sin ella y sin el pequeño Neco. Tenía el extraño presentimiento de que no le esperaba nadie allí de dónde provenía.

Inevitablemente, esbozó una sonrisa al recordar el beso que le había robado aquella noche de fiesta a su amada; lo atesoraba como el bien máspreciado que poseía. No volvería a suceder algo parecido hasta que supiese la verdad sobre su persona y pudiera demostrarle que él era el hombre que la haría feliz, que le daría un hogar cálido, repleto de amor e hijos. Debía conquistar su corazón. La tristeza que contempló en sus bellos ojos aquella noche le acompañaba constantemente, se había grabado a fuego en su alma.

En cuanto finalizase la temporada de caza de ballenas partiría en busca de sus orígenes para poder luchar por su destino. Era una decisión firme que comunicaría a Jorge en cuanto regresase de su viaje.

Según se iba acercando a la casa, se instaló un sentimiento nuevo y persistente en su interior, una mezcla de inquietud y desasosiego. La humedad de aquellas tierras lo impregnaba todo y la sentía calando sus huesos, provocando un extraño presentimiento en él. Tomó todas aquellas sensaciones como un presagio de que algo malo podía suceder, pero era incapaz de adivinar el qué, y todas esas impresiones le provocaban intranquilidad.

Una vez en el interior del hogar se sintió aliviado al comprobar que ambos se encontraban bien. El tiempo estaba revuelto, llovía a intervalos, descargando el cielo gris un agua fina que se asemejaba a una cortina invisible de humedad, que conseguía impregnarlo todo. El viento soplaba cada vez más fuerte. Los barcos estaban amarrados en el puerto, ya que con ese tiempo no podían salir a faenar, algo que agradecía infinitamente ya que de esa manera permanecería en la casa ayudando en las tareas cotidianas y estando cerca de los suyos. Los tendría controlados. Diferente era la situación de Jorge, viajar en aquellas condiciones era desagradable. El trayecto que debía realizar le llevaría más tiempo del necesario, alcanzar su objetivo sería una ardua tarea con los caminos embarrados, porque indudablemente se avanzaba bastante despacio con mal tiempo. Tenía el insólito convencimiento de saberlo por experiencia.

Decidió que podían aprovechar ese tiempo de relativo descanso para

continuar con las lecciones que llevaba impartiendo a Neco desde hacía unos días. Este había resultado ser un niño despierto que aprendía rápido. Deva no lo hacía mal tampoco, pero disponía de menos tiempo para instruirse con ellos, por lo tanto sus avances eran menos significativos.

Había logrado en poco tiempo que Neco reconociese las letras y se sentía orgulloso de él. Este a cambio le estaba informando sobre costumbres y hechos importantes de su cultura. Lo que más impresión le causó de todas las cosas que el niño contaba, había sido la existencia de unas semillas y unas hojas de tejo, un árbol por el que sentían verdadera devoción. Deva las guardaba celosamente en un saquito de tela, cerrado con un cordón de color marrón. Según la explicación recibida por parte de Neco, eran venenosas y se podía preparar con ellas una infusión mortal que acababa rápidamente con la vida de la persona que lo tomaba. Las semillas deberían ser ingeridas únicamente en caso de peligro de muerte, tal y como hicieron sus antepasados cántabros frente a los invasores romanos. Preferían morir antes que caer en manos del enemigo. Pero claro, nadie debía saber que ellos las tenían en su poder, y mucho menos los monjes del pueblo, porque lo considerarían una herejía al ser una tradición pagana.

Le encantaba escuchar al pequeño, quizá fuese la forma de expresarse, o tal vez, el brillo que mostraban sus ojos cargados de pasión al hacerlo. Mirándole atentamente y sin interrumpirle, Neco prosiguió con su diatriba y en aquella ocasión le contó con entusiasmo cómo ese árbol longevo y grande se convertía en protagonista de la toma de decisiones importantes de los Concejos, ya que bajo su abrigo se realizaban las reuniones.

Sentado al calor del hogar, se sentía a gusto. Aquella sensación evocaba en él recuerdos agradables que no terminaba de comprender, todavía no tenían sentido para él, pero estaba seguro de que tarde o temprano lo tendría. Tenía claro que no deseaba estar en ningún otro lugar. Acostumbrado como estaba de manera innata a controlarlo todo a su alrededor y detectar la más mínima diferencia que se produjera en su entorno más cercado, le extrañó el absoluto silencio que de golpe lo inundaba todo. Deva normalmente hacía bastante ruido al atender a los animales o incluso al entrar y salir de la casa. Siempre andaba canturreando, pero en aquella ocasión no podía escucharla. De improviso, el nefasto presentimiento de que algo malo podía estar sucediendo

le golpeó de nuevo e hizo que instintivamente buscara un arma con la que defenderse. Pero su mano rápida y segura no halló lo que esperaba encontrar. Sin perder tiempo le hizo un gesto claro y sencillo a Neco para que este entendiera rápidamente lo que podía estar sucediendo, necesitaba que se mantuviese alerta y en silencio, era imprescindible que se escondiese en algún rincón seguro. Con sigilo salió de la casa, dispuesto a revisar el exterior y buscar a Deva, la cual, se suponía que debía estar en el establo.

No le hizo falta buscar demasiado para averiguar rápidamente lo que ocurría. Escuchó unas voces y eso le puso alerta. No había ninguna duda de que había alguien en la propiedad. A medida que avanzaba, los susurros se hacían más audibles para él. Todos sus sentidos se pusieron en alerta: unos rufianes habían entrado en la casa por el establo. Era un grupo reducido, formado únicamente por tres hombres que portaban espadas en las manos y un hacha de mango largo de aspecto pesado. Tan solo uno de ellos era lo suficientemente corpulento como para hacerle frente en una lucha cuerpo a cuerpo. Los otros dos, no creía que pudiesen ocasionarle demasiados problemas. Estaba convencido de que podría deshacerse de ellos fácilmente, lo que le preocupaba realmente era la situación en la que se encontraba Deva en esos momentos. Podía resultar herida. Esa posibilidad nublaban sus pensamientos e impedía que conservase la sangre fría que necesitaba para poder solventar el enfrentamiento satisfactoriamente.

El escenario que se mostró ante sus ojos era preocupante. El más fuerte de los tres tenía sujeta a Deva por la espalda, acercándola a su asqueroso cuerpo y amenazándola con un cuchillo de hoja grande y afilada que estaba ejerciendo demasiada presión en su delicado cuello. Tenía la boca cubierta por una manaza mugrienta que pertenecía a aquel facineroso que pretendía propasarse con ella. De eso estaba seguro, podía interpretar claramente cuáles eran sus intenciones en la sucia mirada que era incapaz de quitar del pecho de Deva, que en aquellos momentos subía y bajaba con movimientos demasiado rápidos, muestra inequívoca de que estaba nerviosa y de que probablemente no pudiese respirar con facilidad.

Los dos compinches que acompañaban al que parecía llevar la voz cantante, estaban riéndose a mandíbula abierta de la situación en la que se encontraban y frotándose las manos pensando en el festín que se iban a dar con

ella. Tan distraídos estaban jaleando a su amigo mientras se bajaba los calzones y empujaba a Deva sobre una pila de heno amontonada en una esquina del establo, que no se percataron de su presencia en la entrada.

Echando un vistazo rápido a su alrededor para encontrar algo con lo que poder hacerles frente, además de con sus puños, localizó varios arpones de Deva cuidadosamente colocados. Tenía que dar gracias a Dios por que estuviesen allí y no en la casa de las ballenas. Era especialmente supersticiosa con sus herramientas, se encargaba personalmente de su mantenimiento y cuidado, por lo tanto sus lanzas no eran abandonadas en cualquier sitio, y tampoco las dejaba de mala manera, siempre la acompañaban. Y en aquella ocasión no había sido diferente. Le serviría perfectamente, era un arma adecuada para derribar a uno de esos rufianes desde la distancia.

No se lo pensó demasiado, el tiempo corría en su contra, aquel asqueroso y repugnante ser estaba levantándole las faldas a Deva con la clara intención de forzarla, y a pesar de que ella se defendía con ímpetu, aquella repugnante sabandija estaba consiguiendo doblegarla. Desde la posición que ocupaba, apuntó al corazón de uno de los atacantes que estaban distraídos jaleando al que estaba propasándose con Deva, y lanzó el arpón con todas sus fuerzas, cayendo este fulminado al momento. La sorpresa producida por la agresión recibida, unida al hecho de haber matado a uno de los sinvergüenzas que les estaban asaltando sin que ellos se lo esperasen, le dio a Deva la oportunidad de darle una patada en la entrepierna a su agresor, que en aquellos momentos se encontraba hinchada y sensible debido a la excitación del momento, provocándole un dolor terriblemente intenso, obligándole a doblarse sobre sí mismo y a aullar desesperado por el sufrimiento que estaba padeciendo. De ese modo, cayó al suelo maldiciendo y soltando juramentos de todo tipo. Ella se escabulló rápidamente de allí, necesitaba poner a salvo a Neco y buscar algo con lo que poder ayudar a Laro.

—¡*Hideputa*, zorra asquerosa! ¡Me las vas a pagar en cuanto te pille, maldita mujer! —gritó enfurecido a Deva que rápidamente había desaparecido de su vista—. ¡Tú, malnacido! ¡Maldito cabrón, *hideputa*!, has matado a mi hermano y lo vas a pagar con tu vida —bramó enloquecido el hombre grande que intentaba ponerse en pie y sujetarse los pantalones, mientras recuperaba el cuchillo y recogía el hacha que había dejado reposando en el suelo, cerca de

él. Aquella delicada mujer le había propinado un buen golpe.

—¡Inténtalo si puedes! Has entrado en mi propiedad sin permiso, y has intentado tomar algo que no es tuyo por la fuerza. Estoy en todo mi derecho de defenderme —tronó Laro totalmente fuera de sí. Sentía la tensión y el peligro en todo su cuerpo, estaba preparado para una lucha que se iba complicando por momentos. Tan solo disponía de sus puños, ya que el arpón utilizado se había quedado clavado en el cuerpo inerte del salteador, y no había tenido tiempo de coger el otro al verse obligado a guardar una distancia prudencial con el sinvergüenza que le estaba amenazando, y que hasta ese momento había permanecido callado. De improviso se abalanzó sobre él, iniciándose una dura pelea, este llevaba una espada corta que intentaba clavarle en el cuerpo, pero se podía apreciar que no dominaba el arte de la lucha, por lo tanto, le estaba siendo sencillo esquivar sus embestidas. Los golpes les estaban llevando hacia el exterior de la casa, que se encontraba embarrado a causa de la lluvia que caía torrencialmente sobre ellos en aquellos momentos. En uno de los lances del cuerpo a cuerpo, pudo propinarle un empujón que inevitablemente ocasionó la caída de su contrincante.

—¡Déjame a mí!, yo me encargo —vociferó groseramente el indeseable que había intentado abusar de su amada—. De este fanfarrón me deshago yo en un momento. Pienso reducirte e inmovilizarte para que puedas contemplar cómo disfruto de tu mujercita, y cuando me haya cansado de ella, entonces y solo entonces, te torturaré despacio para que sufras y me pidas de rodillas que acabe contigo. —Los ojos del bandido que se acercaba a él estaban inyectados en sangre y reflejaban odio y crueldad.

—Ten cuidado con lo que dices, no debes desear lo que no es tuyo. No te tengo miedo, serás tú quien termine con los huesos bajo tierra. Yo mismo me encargaré de cavar tu propia tumba. —Laro adoptó una posición ofensiva, era consciente de que se le estaba volviendo en contra el enfrentamiento. Si tan solo hubiera conseguido quitarle la espada al otro forajido, tendría más posibilidades de salir indemne de aquella situación. Se sentía angustiado, no tenía miedo por él, tan solo le preocupan Deva y Neco. Esperaba darles el tiempo suficiente como para que pudiesen escapar y pedir ayuda.

Rodeado por aquellos dos indeseables individuos, intentaba sopesar cuáles serían sus próximos movimientos para intentar anticiparse a ellos, y al

menos, así poder reducir a alguno de sus contrincantes. En ese trance estaba cuando desde lejos escuchó un silbido que le era familiar. Instintivamente se agachó, esquivando un posible ataque. El salteador que estaba a su espalda fue derribado sin que le diera tiempo a saber lo que sucedía, un nuevo arpon le había segado la vida.

Laro se sentía orgulloso de aquella mujer valiente de la que estaba totalmente enamorado, no solo no se había marchado abandonándole a su suerte, sino que le estaba ayudando, se enfrentaba a los problemas con agallas y arrojo. Acababa de proporcionarle una nueva oportunidad para salir victorioso de aquella contienda. Debía reconocer que poseía una puntería extraordinaria, había acertado a darle en la frente, exactamente entre ceja y ceja, desde una distancia considerable.

Inmediatamente después, se inició una lucha encarnizada entre los dos. Sus fuerzas eran similares, con la única diferencia de que Laro, por lo visto, estaba acostumbrado a pelear. Sabía exactamente lo que debía hacer, por lo tanto, estaba casi seguro de que debía llevar numerosas batallas a sus espaldas. Intentaba esquivar los envites de la enorme y pesada hacha que manejaba con soltura su contrincante, golpes que producían un sonido inquietante cada vez que pasaban rozando su cabeza. Al mismo tiempo que evitaba ser golpeado, procuraba herirle con la espada corta que le había arrebatado al hombre que acababa de matar Deva. Entre empujones y codazos, iniciaron una danza mortal de ataques que iban salvando el uno y el otro. El lugar en el que se encontraban se había convertido en un lodazal, propiciando patinazos y caídas al suelo; la lluvia no dejaba de caer incesantemente sobre sus cuerpos magullados. Las cortinas de agua que se formaban por encima de sus cabezas evitaban que pudiesen ver con claridad. Sus ropas y las armas que portaban, comenzaban a pesarles, tanto por el frío como por el cansancio que les estaba empezando a afectar. Manchados de barro, continuaban tanteándose mutuamente para intentar ser el primero en causar una herida mortal a su oponente. Tan absortos estaban en su enfrentamiento que ninguno de los dos reparó en la figura esbelta y delgada que les estaba observando a corta distancia.

Sujeta con firmeza y valentía, Deva llevaba la pesada espada que pertenecía a Laro. Realizando un gran esfuerzo y acompañado por un grito

liberador, pretendió asestarle un corte mortal al malnacido que había osado intentar mancillar su cuerpo y meterse con ella. Levantó la maciza espada con ambas manos, tenía la clara intención de propinarle un golpe letal en la cabeza. Pero el lamentable estado del suelo, unido a la gran cantidad de agua que caía y al frío que sentía, provocaron que se escurriera al pisarse los bajos del vestido, ocasionando su inevitable caída, desplomándose aparatosamente en el suelo. Alertado por el grito de la mujer, el bandido deslizó de su cinturón un cuchillo fino y alargado que lanzó directamente al cuerpo de Deva, clavándose en su costado.

Laro enloquecido por lo sucedido no se lo pensó dos veces, se precipitó bruscamente contra el cuerpo de aquel desalmado que había herido a su amada. No podía ser verdad todo lo que estaba sucediendo. Empleó tanta fuerza al arremeter contra aquel indeseable, que el impacto sufrido al chocar un cuerpo contra otro hizo que ambos rodasen por el suelo. Le asestó puñetazos intentando noquearle, pero su oponente se defendió con brutalidad, propinándole numerosos golpes, tanto en los costados como en el rostro, ocasionándole multitud de moratones y de cortes que no paraban de sangrar. En el devenir de la contienda se fueron acercando hasta el lugar en el que se hallaba inmóvil el cuerpo de Deva. Diestramente, Laro consiguió apoderarse de aquella espada, esa que sentía como parte importante de su ser, y con una habilidad increíble, ejerciendo movimientos gráciles y precisos, sujetó la empuñadura con seguridad y con ambas manos, sin ningún tipo de remordimiento, la hundió con todas sus fuerzas, clavándosela en el tórax a aquel infeliz que había osado dañar a los suyos, y que no volvería a causar daño alguno.

Arrodillado junto al cuerpo inerte de Deva, sin parar de rezar, examinó rápidamente la herida ocasionada en el costado. En un primer análisis de la situación pudo constatar que el corte era profundo y sangraba abundantemente. Necesitaba limpiarla y examinarla con detenimiento para poder salvarle su vida. Las lágrimas caían involuntariamente y sin control por su rostro, ¿qué había hecho para merecer aquel castigo? Ella era un ser puro y valiente, no era justo nada de lo que estaba sucediendo. No podía morir. Otra vez no podía pasar por la misma situación. Contemplaba el cuerpo de Deva con la mirada nublada por el dolor y por un montón de recuerdos que comenzaron a acudir a su memoria sin control, bloqueándole por completo; la mayoría de ellos

estaban cargados de sufrimiento.

Con el rostro manchado de sangre y barro, levantó su cabeza hacia un cielo oscuro e inmisericorde que no dejaba de castigarles con su lluvia, y lanzó un grito desgarrador. Aquello no podía suceder.

—¡Dioooooooooos! ¡No me arrebatas otra vez lo que más quiero en esta vida!

Neco acudió a su encuentro corriendo y asustado. La última vez que había visto a su hermana estaba apoderándose de la espada de Laro, que continuaba escondida en su baúl. En el mismo en el que él se había refugiado siguiendo las órdenes de su amigo y protector. Lo que nunca imaginó fue que sería ella la que terminaría herida por blandir una espada que debería haber sido devuelta a su legítimo dueño, él.

El estado que presentaba Laro era verdaderamente lamentable, pero la que realmente le preocupaba era su hermana, ya que su herida no paraba de sangrar abundantemente. Observando el dolor y la desesperación en el semblante de su amigo, y comprobando que este era incapaz de actuar por algún motivo desconocido para él, decidió ser valiente y poner un poco de cordura a todo aquel sinsentido. Espontáneamente se abrazó al robusto cuerpo del hombre que se había convertido en su salvador.

—¡Laro, Laro! ¡Reacciona! —Acarició el rostro manchado y angustiado de su amigo con sus dos pequeñas manos, intentando atraer de aquel modo su atención, parecía haber entrado en un estado de abstracción que le mantenía ajeno a lo que realmente estaba sucediendo a su alrededor—. ¡Ayúdame, tenemos que salvarla!, ¡Laro! ¡Deva no puede morir!

Laro, por su parte, después de asimilar de golpe toda una vida olvidada, tomó consciencia brutalmente de quien era. Y gracias al grito desesperado de Neco, reaccionó, volviendo a tomar las riendas de la situación en la que se encontraban. Ellos dependían de él y efectivamente, la vida de Deva corría peligro.

—Entremos, prepárame trapos limpios y algo con lo que poder taponar la herida. También necesitaré coserle la carne. —El caballero templario impartió las órdenes seguro de sí mismo, sabiendo que se iban a cumplir.

Mientras indicaba a Neco lo que tenía que hacer, cogió con facilidad y suma delicadeza el cuerpo de Deva entre sus brazos, para introducirlo en el interior de la casa e intentar arrebatársela a la muerte, que peleaba por llevársela con ella. No necesitaba ayuda, sabía perfectamente lo que debía hacer. Por desgracia tenía sobrada experiencia con las heridas producidas en el campo de batalla.

El tiempo que tardó en cortar la hemorragia y curar el tajo que tenía Deva en el costado se le hizo eterno, pero una vez finalizado el trabajo, se sintió algo más tranquilo. Al poder observar el corte con detenimiento, pudo apreciar que no tenía tan mal aspecto como él creyó en un principio. Habían tenido mucha suerte, la cuchillada, aunque profunda, no había dañado ninguna parte importante dentro de su cuerpo. La incisión había sido limpia y no desgarró nada a su paso. Deva entraba y salía constantemente de un estado de semiinconsciencia que la mantenía alejada de la realidad, pero poco a poco, su rostro fue recobrando el color y su cuerpo entrando en calor, siendo evidente su mejoría. Pasaría toda la noche velando sus sueños por si le necesitaba, así se quedaba más tranquilo. No tenía el valor suficiente como para alejarse de ella.

Neco no se había separado de él en ningún momento. Cumplió con creces las indicaciones recibidas y no mostró síntomas de flaqueza o debilidad. Sus ojos no habían derramado una sola lágrima y se había comportado como un auténtico valiente. Finalmente, decidieron que el pequeño dormiría junto a su hermana y él se quedaría sentado a su lado, asegurándose de que todo marchaba bien. Con los ojos cerrados, fingiendo un sueño que no lograba conciliar, intentaba apaciguar el miedo que había sentido momentos antes, curando las heridas de aquella valiente mujer de la que estaba perdidamente enamorado.

—Laro, ¿estás dormido? —preguntó Neco a sabiendas de que no lo estaba.

—No, no soy capaz de hacerlo. ¿Qué te sucede, pequeño?

—¿Puedo saber qué es lo que te ha pasado antes? Eras incapaz de reaccionar y me has hecho sentir mucho miedo —preguntó Neco deseando saber los motivos que tenían a aquel hombre tan preocupado.

—Has sido muy valiente, y estoy orgulloso de ti —dijo pausadamente,

buscando las palabras adecuadas para explicarle lo sucedido—. Cuando he tenido a Deva sangrando entre mis brazos, pensando que había muerto, han acudido a mí todos los recuerdos que estaban olvidados, y me han trasladado a unos momentos muy duros y complicados de mi vida.

—Entiendo. Entonces, ¿ya sabes quién eres realmente? —La pregunta salió sola por su boca.

—Sí, ya sé quién soy.

—La R de la espada. ¿Qué significa? —Gracias a los conocimientos que le estaba enseñando Laro, Neco había podido identificar la letra que estaba grabada delicadamente en su empuñadura.

—Estoy satisfecho con tus avances, eres un alumno aventajado. —Había llegado el momento de enfrentarse a la realidad de su vida—. La R es la inicial de mi verdadero nombre. Me llamo Rodrigo de Ledesma, y soy un soldado de Dios, un caballero templario.

—¡Guauuuu! ¡Tienes dos nombres! Ambos me gustan, suenan bien. Lo de que eres un caballero, me lo he imaginado siempre, desde el momento en el que descubrimos que llevabas esa espada tan grande con la cruz labrada. ¡Yo lo sabía! —respondió feliz y satisfecho por haber guardado durante tanto tiempo aquel secreto compartido con sus hermanos.

—Me la regaló mi padre cuando entré en la Orden, y otra muy parecida a mi gran amigo Velasco. —Rodrigo necesitaba sincerarse con Neco. Era absurdo esconder por más tiempo la realidad.

—Yo pensaba que era tu hermano —Su curiosidad era insaciable.

—Bueno, en realidad no es mi hermano, pero yo le considero así, como si lo fuera. Hemos crecido y vivido juntos multitud de situaciones peligrosas y divertidas también, uno al lado del otro. Es alguien muy importante en mi vida.

—¿Y yo? —Neco tenía miedo de que ahora que él había recuperado sus recuerdos, y a sus seres queridos, quisiese volver a su vida anterior y les abandonara. Necesitaba saber si también era importante para él.

—Tú eres igual de imprescindible para mí, no lo dudes ni por un momento. Daría mi vida por vosotros.

—¿Y qué sientes por Deva? —La pregunta se le escapó sin querer, aunque necesitaba conocer su respuesta. No pensó que la había formulado en voz alta hasta que ya era demasiado tarde.

—Deva lo es todo para mí. Haré lo imposible por no separarme de su lado y estar junto a ella. Pero supongo que es algo complicado, primero debo solucionar unos asuntos que tengo pendientes. —Era absurdo ocultar sus sentimientos por más tiempo, además, con Neco se sentía a gusto y se merecía todo su respeto después de los duros momentos que habían compartido.

—¿Te marcharás entonces, y nos dejarás? —La voz de Neco temblaba por la emoción, hasta ese momento no había derramado ni una sola lágrima, pero los sentimientos que provocaban en él las palabras de su amigo eran demasiado intensos.

—Sí, llegará un día en el que me tenga que marchar, pero volveré. Te lo juro. —Intentaría no separarse de ellos demasiado tiempo, no lo soportaría—. Anda, ven aquí conmigo.

Caballero y niño se fundieron en un cariñoso abrazo.

—¿Qué nombre debo utilizar ahora para referirme a ti? —Al pequeño se le hacía raro no llamarle por su nombre cántabro.

—Laro. Para ti, siempre seguiré Laro.

Transcurrido un tiempo, logró finalmente que Neco se quedase dormido y tranquilo entre sus brazos. Consiguió que no sintiese miedo con respecto a la nueva información que tenían sobre su vida y lo que pensaba hacer. Deva parecía estar calmada, la temperatura de su cuerpo había bajado y eso era una buena señal. A pesar de que la conocía desde hacía muy poco tiempo, su cuerpo y su mente reaccionaban como si se conociesen de toda la vida, como si fuesen viejos amantes.

Ahora que sabía quién era, se sentía más tranquilo. Tenía claro cuál era su destino y lucharía por él, pero también era consciente de que le quedaba un largo camino por recorrer. Tal y como decidió antes de recuperar todos sus recuerdos, se quedaría con ellos hasta que terminase la temporada de caza de ballenas. Una vez finalizase, se marcharía en busca de su hermano y aclararía aquella situación. Había encontrado el mejor motivo para vivir. El Señor

había escuchado sus plegarias, aunque sabía que estaba en una situación compleja y peligrosa.

Él no era cualquier persona.

Era un caballero templario que ostentaba un alto cargo en la cadena de mando.

Era Rodrigo de Ledesma.



El tiempo empleado por Velasco para trasladarse de un pueblo a otro había sido superior al que él había estimado, llevaba demasiadas semanas de retraso con respecto a la idea original que se planteó antes de partir. Eran muchas las paradas que debía realizar y numerosos los pueblos que tenía que visitar. El mal tiempo se había convertido en un inesperado e inoportuno compañero de viaje. Llevaba varios días sufriendo la incomodidad y el malestar provocado por él. No paraba de llover. En algunas ocasiones el agua caía con mayor intensidad que en otras, pero no cesaba, era persistente y constante. Además, por si todo aquello fuese poco, el viento había hecho acto de presencia provocando en él una mayor sensación de frío, porque realmente las temperaturas no eran excesivamente bajas como para sentirse tan entumecido por la frialdad del ambiente. Tenía la impresión de que terminaría congelado en cualquier momento. Sus manos estaban insensibles y rígidas, impidiéndole sujetarse con seguridad a las riendas de su montura. Los caminos se hallaban llenos de barro y estiércol procedente de peregrinos que, como él, iban acompañados por sus caballos, y de los lugareños que utilizaban aquellos senderos angostos y de complicado transitar. Los socavones y las piedras de las veredas, por muy grandes que fuesen, no conseguirían desanimarle y hacerle cambiar de objetivo. Una voz en su interior le empujaba para continuar hacia adelante y no caer en el desánimo.

Ese día había amanecido gris. Una niebla espesa y cegadora lo cubría todo con su manto blanco, provocando en él dudas en algunos momentos del trayecto. Desconfiaba sobre las últimas decisiones tomadas con respecto a la dirección elegida para poder avanzar con su marcha y llegar sin perderse a su nuevo destino.

Era mucho el tiempo que Velasco había tenido para meditar y hablar con su yo interior. Debido a su condición templaria era un hombre temeroso de Dios, pero valiente, y en aquellos momentos inciertos de su vida, tan solo tenía miedo de no encontrar a su hermano, lo demás carecía de importancia para él. La soledad que le acompañaba esos días le había permitido reflexionar sobre todo lo sucedido. Se sentía con fuerzas suficientes para afrontar lo que estuviera por venir. Hasta ese momento, no había obtenido ningún resultado positivo de su búsqueda, esta estaba siendo sumamente complicada e infructuosa. Eran demasiados pueblos y aldeas pequeñas las que tenía que inspeccionar. Había decidido no abandonar la línea de la costa, abrupta, escarpada y salvaje, que todo lo dominaba y que poco a poco le iba encandilando. Aunque admiraba aquella indomable belleza, sus pensamientos no habían variado demasiado; continuaba sintiéndose más seguro pisando tierra firme que navegando por las inquietantes aguas del mar.

Una húmeda quietud lo envolvía todo, provocando en él un sentimiento de nostalgia que era imposible apartar de su corazón. ¿Quién le iba a decir, cuando eran niños, que sus caminos se separarían de una manera tan extraña y diferente a la que habían imaginado? En las alforjas, obsequio de un compañero templario antes de partir, llevaba distribuidas sus pertenencias y las de Rodrigo, a cada uno de los laterales del lomo de su caballo. Así repartía el peso de una manera cómoda y se aseguraba mayor control sobre sus posesiones. Habían resultado ser unas bolsas de cuero marrón resistentes y de excelente calidad, en las que llevaba a buen recaudo sus ropas y las de su amigo, algo de comida y las anotaciones que se había realizado a sí mismo para orientarse mejor y no olvidar la ruta señalada como la más probable para hallar alguna información objetiva y veraz de Rodrigo. La espada siempre le acompañaba, bien asegurada y pegada al cuerpo, para poder disponer de ella lo más rápidamente posible en caso de necesitarla. Los días previos a su partida, en los que estuvo de reposo y estudio en la torre, se había dedicado a ocultar a la vista de todo el mundo la cruz templaria que llevaba tallada en el centro de la empuñadura. Con unas correas gruesas negras y flexibles había conseguido cubrir aquel símbolo identificativo de la Orden. El mango estaba cuidadosamente envuelto, de tal manera que lo único que se podía apreciar era ese delicado material, que al tacto resultaba suave y agradable. No deseaba llamar la atención más de lo estrictamente necesario. Finalmente, tuvo que

reconocer que Rodrigo tenía razón en sus palabras cuando le explicó por qué no quería ir luciendo su ropa habitual: era demasiado llamativa.

Hasta ese momento no había aparecido ningún hombre, vivo o muerto, que coincidiese con la descripción de su amigo, pero estaba convencido de que terminaría resolviendo el enigma de su paradero. ¡No se lo podía haber tragado la tierra!, aunque era lo que parecía. Los duros y fuertes hombres de mar, que estaban acostumbrados a contemplar cómo los temporales lo arrasaban todo a su paso, le aseguraron que el agua no se quedaba con nada que no fuese suyo; tarde o temprano lo devolvía todo a la orilla. Pero también le habían comentado que aquellas aguas tenían fuertes corrientes, y estas le podían haber trasladado sin dificultad alguna hasta algún lugar bastante alejado del punto de la costa en el que se encontraban. También cabía la posibilidad de que su cuerpo se hubiese quedado atrapado en las rocas o grietas ocultas en las cuevas existentes bajo las aguas del mar. Tendría que ser paciente, aún disponía de tiempo, aunque este se iba agotando. Todavía tenía margen para poder continuar con su búsqueda.

Lamentaba profundamente no haber actuado de otra manera aquel fatídico día. Estaba convencido de que si hubiera reaccionado más rápido, quizás hubiese podido sacar del agua a Rodrigo, lanzándole un cabo de los que estaban sueltos y esparcidos sin control por la cubierta del barco. La imagen de su amigo luchando contra un enemigo tan complicado de vencer, le causaba un gran pesar. Nada era tan horrible como el recuerdo permanente de su hermano alejándose entre las olas que le querían ahogar, era una imagen que se repetía sin cesar cada vez que cerraba los ojos.

Tenía ganas de llegar a Puerto y descansar. Le habían indicado la dirección aproximada en la que estaba el hospital del peregrino, lugar en el que podría reposar y cambiarse las ropas sucias y mojadas que llevaba puestas desde hacía varios días, y que se mantenían pegadas a su cuerpo, dificultando la libertad de movimientos. Se habían convertido en una segunda piel para él. En numerosas ocasiones elevaba la vista al cielo en busca de un sol que parecía haberse olvidado de aquellas tierras verdes y agrestes que, a pesar de lo que pudiera parecer, le habían acogido con los brazos abiertos. Sus gentes siempre habían sido amables con él y, hasta ese momento, no había sentido ningún peligro inminente que le hiciese temer por su vida. En contra de todo

pronóstico, el Mar Cantábrico, con toda su hermosura, resultó ser mucho más preocupante e impredecible que cualquiera de los simples mortales con los que se había cruzado. Se había convertido en un enemigo invisible e inesperado.

Llevaba bastante tiempo sintiéndose exhausto y debilitado. Era consciente de que necesitaba reponer fuerzas. Un poco de descanso y algo de comida, acompañada por una deliciosa cerveza o un vino, le sentarían bien. Debía reconocer que por aquellas tierras altas se elaboraban unos buenos caldos. Mejores que la cerveza caliente y de color demasiado oscuro que le habían ofrecido en algún que otro lugar. Se fiaba más de la calidad de esa bebida que de ninguna otra, porque el agua era imposible consumirla sin sufrir algún contratiempo. La última vez que se aventuró a beberla, lo hizo de un manantial que había encontrado junto al camino, y estuvo sintiendo náuseas y retortijones de tripa durante tanto tiempo que llegó a pensar que no saldría con vida por el simple hecho de saciar su sed. Desde aquel día no se fiaba demasiado de lo que bebía o comía, se había vuelto sumamente cuidadoso, no pensaba arriesgarse otra vez. Un acto tan común y cotidiano como aquel se había convertido en una obsesión para él. Le preocupaba ingerir algún alimento que estuviese en mal estado y que eso pudiera echar al traste su misión.

Después de unos días duros de viaje, finalmente llegó a su nuevo destino. Lo primero que hizo fue dirigirse lo más rápidamente posible al hospital del peregrino para pedir asistencia, reponer fuerzas y recuperarse de los rigores sufridos durante camino. Esos días resultaron ser los más pesados y complicados de los que llevaba de recorrido.

A lo largo del trayecto se había percatado de la gran afluencia de peregrinos que llenaban los caminos. Muchos llegaban en barcos hasta los puertos importantes y desde ellos continuaban su peregrinación. Según estaba descubriendo, existían tres rutas y no dos, tal y como él pensaba. Estaban la marítima, la terrestre y una mixta. En el itinerario marítimo los barcos de peregrinos hacían el trayecto de puerto a puerto. En el terrestre dos caminos discurrían paralelos a la costa; uno ceñido al litoral, el que estaba siguiendo él, y otro que iba más por el interior. Finalmente quedaba la tercera opción, en la que tras el viaje en barco, al llegar a los puertos de importancia por su comercio, se seguía por las tierras del interior hasta alcanzar la parte del

camino de Castilla.

A lo largo de la ruta que estaba siguiendo se había ido encontrado con monasterios, capillas y ermitas que, además de satisfacer sus necesidades y obligaciones religiosas, le facilitaban aprovisionamiento y descanso. Por eso encaminó sus pasos sin ningún tipo de vacilación hacia donde sabía que sería bien recibido.

Después de hablar con uno de los monjes que atendían el hospital, este, muy amablemente, le comunicó que allí era imposible quedarse al estar completo. En los últimos meses eran demasiados los peregrinos que llegaban hasta allí, y no daban abasto. Pero le indicó una hospedería de fiar en la que podría quedarse sin ningún problema. Una vez solucionado el inconveniente del alojamiento, pagó, quizá una cantidad demasiado elevada de monedas, para conseguir unos cubos llenos de agua templada y poder de esa manera lavarse y adecentarse un poco. Ya tendría tiempo de meterse en el frío mar para purificar su cuerpo. Por el momento se conformaba con lo que tenía. Deseaba cambiarse de ropa lo antes posible y así acudir a tiempo para realizar sus oraciones al monasterio de Santa María del Puerto. Necesitaba pedir protección espiritual y fuerza moral para continuar con la búsqueda de Rodrigo. Tendría que fiarse de la buena voluntad de los responsables del hospedaje, ya que no le quedaba más remedio que dejar allí los caballos. Lamentaría profundamente su pérdida, y mucho más que les sucediese algo malo. Tenían un alto valor sentimental tanto para él como para su amigo, pero además, le eran de gran utilidad a la hora de realizar su viaje. No era lo mismo ir a pie que montado a caballo.

En el monasterio todo era silencio y recogimiento. La humedad y la tenue claridad que ofrecían las velas que estaban diseminadas por el interior del santuario le daban un aspecto intimidante. Sus anchos y sólidos muros de piedra se alzaban con sobriedad, sabedores de la importancia que tenían. Se podía apreciar cómo se estaban llevando a cabo obras en los muros del exterior y en las puertas laterales del templo. Los canteros y escultores debían haber estado trabajando hasta tarde, porque aún se les podía escuchar recogiendo parte de sus herramientas en las inmediaciones de la casa de Dios. Estaba claro que el antiguo y sencillo monasterio se terminaría convirtiendo en una edificación regia e importante. Lo que más le llamaba la atención era la

pila bautismal, gallonada y tallada en piedra, que ejercía una atracción mágica sobre él. Con seguridad y sigilo se acercó hasta ella, y allí, de manera solemne, humedeciendo sus dedos en el agua bendita, se santiguó, esperando que todo saliese tal y como él deseaba. Sus dedos, ásperos y cansados, acariciaron con admiración los relieves delicadamente tallados en una piedra blanca y pulida que no podía dejar de admirar.

El tiempo transcurrió con demasiada rapidez. Sus rezos y oraciones habían conseguido abstraerle por completo de casi todo lo que le rodeaba, olvidando momentáneamente dónde se encontraba y cuáles eran sus objetivos. Fueron las protestas de su estómago las que le hicieron reaccionar. Llevaba mucho tiempo sin probar bocado alguno, y su cuerpo reclamaba atención y cuidados. Echó un último vistazo a aquel monasterio que había levantado un humilde abad años atrás y que en esos momentos comenzaba una nueva etapa, no por ello menos importante. El pueblo se había ido construyendo al abrigo del monte Buciero y había crecido lo suficiente como para tener un puesto importante en los asuntos de comercio. Las gentes que allí vivían se dedicaban a la agricultura en las faldas del monte y a la pesca en las orillas del mar. El prior del monasterio tenía bajo su tutela gran cantidad de posesiones, gozaba de cierta inmunidad y daba refugio a los peregrinos. Se había convertido en un punto importante para el comercio, especialmente para el de los productos procedentes de la carne de ballena. Todo el mundo debía pagar su parte correspondiente. Aquella información se la facilitó muy amablemente uno de los monjes que estaba al cuidado del templo.

Antes de irse a dormir y descansar, debía comer algo. Creía recordar haber visto de camino al monasterio una taberna que no parecía tener muy mal aspecto. Le apetecía distraerse un rato, se haría acompañar por una buena jarra de vino, ese del que tanto disfrutaba, y de una sabrosa comida, aprovechando esos momentos para intentar enterarse de lo que se hablaba y rumoreaba por el pueblo. Siempre se podía obtener alguna información interesante de las conversaciones distendidas y relajadas de los hombres mientras refrescaban sus gargantas.

Jorge, cansado del duro viaje que les había tocado realizar, se sentía exhausto. No había parado de llover durante todo el trayecto, ese otoño estaban comenzando las lluvias demasiado pronto, si el tiempo continuaba así,

el invierno se les terminaría haciendo muy pesado. Los días eran cortos, grises y oscuros. El frío comenzaba a enseñar sus dientes, avisando de aquella manera de lo que estaba por venir.

Habían dejado las pocas pertenencias que llevaban consigo en la hospedería donde se alojaban siempre que se veían obligados a acudir a Puerto para solucionar las cuestiones legales y comerciales que debían atender. Después de cambiar sus ropas por unas secas, decidieron dirigirse a la taberna que estaba próxima al monasterio para comer algo. Esos días eran un regalo para los hombres casados, se alejaban de sus responsabilidades y podían disfrutar a su manera del tiempo libre del que disponían, olvidándose de las obligaciones y, en cierta medida, de las buenas formas.

Él no estaba acostumbrado a alternar en lugares como aquel. Normalmente no acudía a las reuniones que se organizaban en tabernas porque no le gustaba demasiado el ambiente que se generaba. No obstante, en el pueblo, era todo bastante más tranquilo. Se sentía un tanto desubicado, no era un entorno en el que se pudiera sentir cómodo, en cambio, sus compañeros de viaje parecían estar encantados, bebían más que comían y eso estaba provocando una situación que comenzaba a ser peligrosa y desconocida para él.

Incómodo y preocupado, intentaba pasar desapercibido en aquel ambiente hostil. Estaba sentado al fondo del local, un tanto apartado de sus compañeros, en una mesa retirada de la entrada de la taberna. Intentaba terminar su cerveza con la mayor celeridad posible para poner una disculpa y marcharse a descansar, evitando así lo que estaba casi seguro que terminaría sucediendo. Sus vecinos estaban subiendo el tono de las conversaciones que comenzaban a ser ofensivas. No compartía la vehemencia con la que defendían sus posturas en un lugar como aquel, rodeados por desconocidos, muchos de ellos con aspecto peligroso.

De repente, la puerta de la taberna se abrió con demasiada fuerza, sobresaltando a Velasco, que se encontraba tranquilamente disfrutando de sus viandas y observando divertido el espectáculo que estaban dando un grupo de hombres que llevaban un rato llamando la atención de los allí presentes. Estaban bebiendo demasiado y poniéndose en evidencia. Le llamó la atención la presencia de un joven muchacho que les acompañaba. Se había sentado un tanto apartado del grupo, parecía no querer tener nada que ver con esos

individuos en aquellas circunstancias, incluso se atrevería a decir que estaba incómodo.

Él, en aquellos momentos, estaba disfrutando tranquilamente de su comida. Se estaba acercando una jarra de vino a la boca cuando, por el sobresalto sufrido, dio un respingo que le hizo derramar el líquido de su bebida, que cayó sobre las ropas limpias y secas que se había cambiado no hacía tanto tiempo. Aquel hecho le puso en alerta. Abrir la puerta con tanto ímpetu no era lo habitual. Sospechaba que se cernían sobre ellos momentos difíciles. Instintivamente tocó la empuñadura de su espada, camuflada bajo las ropas gruesas de abrigo, preparada para entrar en acción. Reconoció enseguida la situación en la que se encontraban. El rostro de aquellos facinerosos no auguraba nada bueno, estaba seguro de que andaban buscando problemas, y allí los iban a encontrar.

Echando un vistazo rápido a su alrededor, intentó formarse una idea clara y precisa de quiénes estaban allí, y de las opciones que tenía de salir airoso de aquella situación que le había pillado por sorpresa. En aquellas circunstancias, tensas y peligrosas, tanto Velasco como Jorge se observaron en silencio, cruzando sus miradas unos instantes antes de que comenzase una auténtica batalla campal allí dentro, y entendiendo que aquello pintaba mal.

Jorge no había mantenido un enfrentamiento directo con nadie, pero en más de una ocasión se había visto obligado a intervenir para mediar y evitar que llegaran a las manos en alguna disputa sus amigos, pero nada parecido a lo que estaban viviendo en esos momentos. Delgado y fibroso, empleó un tono bronco, quiso imponer sus razonamientos frente a aquel sinsentido para evitar un desastre. Pero sus argumentos resultaron del todo inútiles; aquellos individuos estaban buscando problemas y los habían encontrado en sus amigos, borrachos y alterados por la euforia provocada por el momento peligroso que estaban viviendo. Él era un incauto muchacho que se enfrentaba a su destino, ajeno al peligro que se cernía sobre él.

Rápidamente la taberna se convirtió en un auténtico campo de batalla. Las sillas y las mesas volaban por encima de las cabezas de los allí presentes. Puños, espadas y cuchillos cortaban el aire y la carne de algún pobre ingenuo al que no le había dado tiempo de huir o de defenderse. Jorge, como era de esperar, recibió puñetazos en el rostro y en el abdomen, provocándole feos

moratones y un dolor agudo que le obligó a doblarse sobre sí mismo para intentar aliviarlo y recuperar así el aire que tanto le costaba respirar. Velasco, acostumbrado a luchar, sorteó sin ningún problema a los maleantes que estaban provocando todo aquel destrozo, no obstante, llevaba su espada en la mano, de esa manera avisaba de que pensaba defenderse y no tendría ningún problema en arrebatarse la vida a cualquiera que osara meterse con él. No pudo evitar sentir empatía por aquel muchacho que había intentado, de buena fe, evitar todo aquello, y viendo el lamentable estado en el que se encontraba decidió ayudarlo y sacarlo de allí antes de que fuese demasiado tarde. Pero no le dio tiempo; uno de aquellos hombres, empuñando un cuchillo largo, se dirigió ferozmente hacia él, clavándole la hoja afilada en el costado, provocando una herida profunda de muy mal aspecto.

Indignado por la cobardía de aquel indeseable que había atacado por la espalda al joven desarmado, actuó decidido y sin pensárselo dos veces.

—¡Tú, asquerosa sabandija! —Velasco sabía que debía defender a ese muchacho que necesitaba de su ayuda, de lo contrario, terminarían con su vida.

—¡Por fin, un auténtico contrincante! —bramó encolerizado y fuera de control el desconocido que quería rematar al muchacho.

Apestaba a alcohol y era sumamente agresivo. En un duelo mortal e inesperado, se enfrentaron sorteando todo tipo de obstáculos, mesas y sillas rotas, multitud de hombres peleando apasionadamente, jarras hechas añicos que sobrevolaban por los aires y muchas espadas usadas con vehemencia. Velasco, en plenas facultades, pudo reducir a su contrincante sin dificultad ninguna. Pero este, humillado y vapuleado en su orgullo, se revolvió rápido con una única y clara intención: matarle. En un acto reflejo de defensa, empleado en multitud de ocasiones, Velasco empuñó a su querida compañera con seguridad y soltura. Sintió cómo superando un primer obstáculo, la hoja de su afilada espada atravesó con facilidad la carne blanda de aquel malhechor que se había precipitado en busca de una muerte segura, precoz e inesperada. Con rapidez y sigilo, cogió el cuerpo malherido de Jorge, e instándole a caminar apoyado en él salieron raudos de aquel antro que se había convertido en un infierno.

Era consciente de que la herida que sufría ese muchacho pintaba mal. Su

aspecto era bastante desagradable y no dejaba de sangrar abundantemente. Trastabillando por las callejuelas empedradas, estrechas y tenebrosas, corrían lo más deprisa que podían. Sabía que los amigos del muerto saldrían en su busca. Necesitaba llegar sin demora a la hospedería donde se alojaba y atenderle lo antes posible, no disponía de demasiado tiempo. En la oscura y silenciosa noche pudo escuchar los gritos y las carreras desorientadas de aquellos que les estaban buscando para darles muerte. Clamaban venganza. Sabía que gracias a la negrura que lo envolvía todo, no sería fácil ver el reguero de sangre que estaban dejado tras de sí. No se lo pensó dos veces, el único sitio al que no se atreverían a entrar era el cementerio, lugar santo de descanso para los muertos, donde los espíritus campaban a sus anchas. Pero él no lo temía, al revés, era el mejor escondite para estar tranquilo, tenía más miedo de los vivos que a los muertos.

Empujó con el pie la puerta de hierro oxidada del temido camposanto, que no terminaba de encajar bien, y se colaron dentro como almas que lleva el diablo. Allí todo estaba silencioso, cubierto por un halo de sortilegios y misterio. Las tumbas, recientes montones de tierra húmeda apilada, iban marcando el camino que debían seguir hasta quedar ocultos por una gran lápida de piedra gris que pasaba desapercibida en la oscuridad, y que, al mismo tiempo, les ofrecía el mejor refugio. Sus letras, delicadamente talladas, les observaban en silencio, siendo testigos mudos de su situación. Escondidos entre las tumbas, detrás de un sepulcro con dueño, Velasco pudo taponar la herida del muchacho. No dejaba de sangrar y este cada vez estaba más pálido y débil. Prácticamente le había tenido que llevar en volandas. Tendrían que esperar allí agazapados el tiempo que fuese necesario hasta que se cansasen de buscarles y pudieran salir. Trató de darle calor con su cuerpo y le cubrió con su abrigo para intentar mantenerle con vida. No era justo que el Señor permitiera la muerte de un joven inocente.

Pasado un tiempo que consideraba prudencial, creyó estar seguro de que ya no les estaban buscando y dado que no podía esperar más, decidió arriesgarse a salir y actuar con rapidez. Aquel muchacho necesitaba entrar en calor, descansar en una cama limpia y curar la fea herida que tenía y que no dejaba de sangrar abundantemente. Increíblemente alcanzó su destino con prontitud. Cuando llegó le dejaron entrar sin hacer demasiadas preguntas y le ayudaron a atender al joven en absoluto silencio. Por lo que le habían

comentado los dueños del hospedaje, el muchacho también pernoctaba allí, con los hombres que le acompañaban en la taberna. Prefirió dejarlo descansar en sus aposentos y ser él el único encargado de velar sus sueños. Se sentía responsable de su vida. Pidió hilo y aguja. Acompañado únicamente por la tenue luz que le proporcionaban unas velas que titilaban débilmente debido al aire que entraba por la ventana, cosió con pulso firme y seguro una herida que debía cerrar. Se sentó a su lado, y orando, intentó pasar la noche lo mejor posible. Esa situación que estaba viviendo, evocaba en él, otras similares compartidas con Rodrigo en el campo de batalla. Cuánto echaba de menos a su hermano.

A la mañana siguiente, tocó la frente del muchacho, comprobando de aquella manera que su cuerpo tenía una temperatura adecuada. Después de haber cambiado, una vez más, las telas que continuaban manchadas por la sangre que aún brotaba de la herida, bajó a la planta inferior del edificio sencillo y humilde en el que se hallaban para informarse sobre la identidad del muchacho que estaba luchando por salvar su vida. Encontró al grupo de hombres que acompañaban al infeliz desconocido que tenía en su habitación, y les preguntó por él. Necesitaba saber si se estaba arriesgando por alguien que no merecía la pena ser salvado.

—Buenos días. Me llamo Velasco y anoche estuve presente en la pelea de la que fueron partícipes. Su joven amigo está bajo mi protección y me gustaría saber quién es y dónde debo acompañarle una vez esté recuperado. Ahora mismo no se encuentra en condiciones para viajar —soltó todo aquello sin dudar, con voz firme, segura y tajante. No pensaba darles la oportunidad de negarse a compartir la información que necesitaba. A simple vista no parecían malas personas.

El hombre de mayor edad tomó la palabra y se dispuso a entablar una conversación con él.

—Buenos días, mi nombre es Marco. El joven muchacho del que habla, y al que íbamos a su encuentro ahora mismo, se llama Jorge. Estamos realmente preocupados por él. Pensaba que no había sido capaz de escapar de aquella reyerta. —Realmente se sentía responsable por lo que le pudiera suceder al chaval, al fin y al cabo, él era el garante del viaje y tendría que dar cuentas a su regreso, tanto a la cofradía como al Concejo, de todo lo sucedido. Aunque

lo que más temía era la reacción de Deva—. Es pescador, al igual que nosotros, y hemos venido hasta aquí para solucionar unos asuntos con el prior del monasterio referentes a muestras capturas y a las primicias que debemos pagar. Tenemos que acordar los precios de venta antes de que se inicie la temporada. Él, además de esto, necesita dejar resueltos unos asuntos personales. Me sincero contigo y comparto toda esta información porque debes ser un buen hombre al haberle salvado la vida y hacerte cargo de él, de lo contrario, me imagino que le habrías robado, matado y abandonado. ¿Me equivoco? —Era perro viejo y sabía reconocer a un caballero, aunque este intentase ocultarlo. Ellos no podían quedarse más tiempo del estrictamente necesario por aquellas tierras y Jorge necesita cuidados y descanso. Ese hombre se había convertido en su mejor opción y no le quedaba más remedio que confiar en él.

—Yo me haré cargo del muchacho, podéis marcharos tranquilo. Nada malo le puede suceder mientras permanezca junto a mí. Habéis tenido mucha suerte, demasiada, diría yo. Anoche salvasteis el pellejo de milagro. —Tenía que reconocer que los designios del Señor eran impredecibles y caprichosos. Cumpliría su voluntad, ¿quién era él para llevarle la contraria? El destino estaba marcado, tan solo podía ir en su busca allá donde estuviera.

Después de una charla distendida, Marco le facilitó toda la información que le solicitó, haciéndole entrega de las pocas pertenencias que llevaba Jorge encima. El caballo se lo llevarían ellos de vuelta a su pueblo. Velasco tenía dos magníficos animales y el joven podría montar en el de Rodrigo hasta que le dejara en su casa. Por las indicaciones que le había dado el tal Marco, entendía que no estaba demasiado lejos, además era un pueblo más en el que debía preguntar por su amigo. No se desviaba de su camino.

Tendría que posponer su búsqueda. En aquellos momentos ese joven necesitaba de su ayuda, confiaba que su hermano pudiese entenderlo. Si estaba muerto... igual daba un poco de retraso, y si estaba vivo... podría esperar.

Tarde o temprano le encontraría.



Habían transcurrido varios días desde que se produjo la reyerta en la taberna. Hasta ese momento la de salud de Jorge había sido preocupante, permanecía en un estado de semiinconsciencia del que parecía no poder salir. Gracias a Dios ya comenzaba a dar signos positivos de mejoría. Su cuerpo magullado se recuperaba paulatinamente de los golpes y pequeños cortes recibidos, los cuales estaban repartidos por toda su anatomía. La noche de la pelea, cuando salieron apresuradamente de aquel lugar infernal, no imaginó que su situación era tan lamentable, pero esto no lo descubrió hasta que se dispuso a curarle. El rostro, poco a poco, volvía a tener su aspecto habitual. Habían desaparecido los moratones violáceos y las contusiones desiguales que presentaba por toda la piel. Diferente estaba siendo la profunda incisión que le habían provocado en el costado aquella noche, cuando le atacaron por la espalda. La herida resultó ser bastante más profunda de lo que en un principio pensó pero, a pesar de todo, estaba cicatrizando correctamente, aunque fuese de una manera más lenta. Durante un día entero se vio obligado a cambiarle con frecuencia los paños y las telas que había solicitado para intentar detener aquel chorro continuo y descontrolado de sangre oscura y densa que emanaba del cuerpo inerte de Jorge. Comenzaba a sentirse algo más tranquilo sobre la recuperación del muchacho porque ya casi no sangraba, y si lo hacía, no era tanta cantidad, y el color de la sangre había variado de un rojo oscuro a un tono bastante más claro, indicio evidente de que probablemente lo peor ya había pasado.

Aquella fatídica noche tuvo que avisar al médico del pueblo para que supervisara las heridas y las curas rápidas que se había visto obligado a realizar. Debía pedir una opinión experta, no porque él confiara demasiado en

los conocimientos sobre la anatomía del cuerpo humano que pudiera poseer aquel individuo de aspecto cuanto menos dudoso; lo hizo para que aquellas humildes y sencillas personas se quedasen tranquilas. Los dueños de la hospedería en la que se alojaban creían en el criterio de aquel individuo. Velasco había podido leer multitud de libros y escritos procedentes de las bibliotecas de oriente. Le habían contado que algunos de aquellos edificios estaban repletos de ejemplares muy completos y antiguos en los que se almacenaba gran cantidad de conocimiento. Los creyentes en Alá poseían bastante más sabiduría que ellos sobre multitud de temas y materias. Estaban más avanzados, y siendo consciente de ello, intentó aprender todo lo que le fue posible durante su participación en las cruzadas. No solo estudió anatomía, gracias a lo cual conocía lo suficientemente bien el cuerpo humano como para poder sobrevivir a la multitud de heridas que sufrían en las batallas, sino que también tuvo la oportunidad de aprender el resto de las ciencias. Valoraba mucho los conocimientos adquiridos gracias a Rodrigo, que compartió con él todo lo que poseía: casa, estudios, formación dentro de la orden y lo más importante; su amistad sincera e inquebrantable. Durante el tiempo que estuvieron en las cruzadas, además de luchar, aumentaron su sabiduría en gramática, filosofía y retórica, que era lo que se estudiaba entre quienes podían acceder a ello. Pero también disfrutó del aprendizaje de las cuatro ciencias, basadas en la enseñanza de la aritmética, la música, la geometría y la astronomía, esta última era la que menos controlaba. Por todo aquello, sabía que debían mantener la herida limpia y que la temperatura corporal elevada era un mal síntoma para el muchacho. Las fiebres, si se prolongaban en el tiempo, podían terminar con su vida. Gracias a Dios, las primeras curas que le había realizado fueron de gran ayuda, y cuando llegó el matasanos, porque no se le podía llamar de otra manera debido al aspecto desastroso que presentaba, confirmó lo que él ya sabía: que estaba todo bien hecho. Tan solo cabía esperar.

Durante todos aquellos días se vio obligado a alimentar al convaleciente herido como si fuera un niño pequeño. Con sumo cuidado y el mayor cariño del mundo, le inclinaba el cuerpo hacia adelante para elevar su cabeza, y poco a poco, obligarle a ingerir sopa caliente que la mujer del hospedero le preparaba todos los días. Las noches las pasaba enteras a su lado, velando unos sueños agitados en los que no paraba de pronunciar nombres

desconocidos para él: Deva, Neco o Laro, siempre llamaba a las mismas personas. Por lo que intuía que serían su familia. Aunque su aspecto era el de un joven, podían apreciarse en su rostro relajado durante la vigilia los estragos de una vida dura, en la que se debía haber visto obligado a asumir responsabilidades para las que probablemente aún no estuviese preparado.

Inevitablemente leyó los pocos papeles que llevaba encima bien guardados y cuidadosamente doblados. Todos ellos hacían referencia a los asuntos legales que le habían llevado hasta Puerto. Necesitaba confirmar que él, era hijo de su padre para poder ocupar su puesto en la cofradía. Entendía también que sus compañeros de viaje, habían dado fe de que era verdad lo que debía declarar aquel muchacho, antes de que se marcharan a sus hogares, y después de haber llegado a un acuerdo sobre el precio de la carne de ballena y el resto de las capturas. No estaba muy seguro de que Jorge supiera resolver adecuadamente asuntos legales como aquellos. Probablemente sus conocimientos de lectura y escritura fuesen los básicos para defenderse en aquellas lides, pero poco más, ya que la mayoría de la población carecía del privilegio de la educación. Aquel era un motivo más que suficiente para acompañarle y ayudarle a solventar sin incidencias sus obligaciones antes de volver a su hogar.

La tercera noche, Velasco, agotado se quedó profundamente dormido y no se percató de los ojos dorados y cansados que le observaban asustados y sorprendidos sin comprender nada de lo que veían a su alrededor. No sabía dónde se encontraba y mucho menos quién le acompañaba.

Jorge, prudentemente, decidió esperar con paciencia a que aquel desconocido despertase, y así poder averiguar qué estaba sucediendo. Era consciente de que se encontraba herido ya que los dolores que sufría en el costado y la espalda eran insoportables y sus movimientos estaban limitados. En algún momento debió emitir involuntariamente un leve quejido que hizo reaccionar de inmediato a Velasco, el cual se despertó alertado. Nuevamente entrelazaron sus miradas el uno con el otro, reconociéndose mutuamente sin necesidad de pronunciar palabra alguna, tal y como sucedió la noche del altercado en la taberna.

—Me alegro mucho de que por fin hayas despertado —le dijo Velasco con voz rasposa—. Has estado unos días inconsciente, pero parece que todo va saliendo bien.

Desorientado, Jorge miró a su alrededor y reunió las fuerzas necesarias para formularle a aquel rostro, que de pronto le era conocido, las preguntas que le estaban quemando por dentro. —Sé que estaba en una taberna con mis compañeros y que se inició una bronca tremenda. Tú estabas presente, recuerdo tu mirada. Sentí un pinchazo en el costado, y lo demás, es todo oscuridad. Desconozco el resto de la historia que, por lo visto, he protagonizado.

—Lo mejor será que primero me presente. Me llamo Velasco y, efectivamente, te saqué hace unas cuantas noches, lo más rápidamente que pude, de una tremenda pelea que se organizó en la taberna donde te encontrabas, entre tus amigos y unos maleantes. Resultaste herido de gravedad. Conseguimos huir y despistarles, escondiéndonos en el cementerio. Aquel malnacido, además de ruin, era un cobarde, y como tal te atacó por la espalda. Tenía intenciones de terminar con tu vida, sin darte la más mínima oportunidad para que te pudieses defender, pero yo le maté primero. El resto del tiempo has permanecido postrado en la cama, en una de las habitaciones de la hospedería donde tenías pensado alojarte. Tus compañeros se han marchado, y me he ofrecido para cuidarte. No tienes nada que temer de mí. —Necesitaba que ese muchacho confiase en él, y desde luego que conociese la verdad de todo lo que había sucedido. Era un imprudente por no llevar un cuchillo o una espada con la que poder defenderse—. Estabas en el lugar equivocado y en el momento más inoportuno, pero por suerte para ti yo también me encontraba allí. Podríamos decir que ha sido cuestión de suerte, que nuestros caminos se tenían que cruzar.

Jorge intentó incorporarse para hablar desde una posición que fuera menos incómoda para él. Se sentía en inferioridad de condiciones al encontrarse tumbado, pero el dolor que sufría era tan intenso que no pudo evitar volver a la postura inicial, quejándose por las molestias que sufría. Se notaba débil y sin fuerzas. Incluso razonar le costaba un gran esfuerzo.

—Lo siento, pero me es imposible incorporarme. No es que quiera quejarme, pero me duele el costado una barbaridad. —Que ese hombre fuerte y seguro de sí mismo fuera consciente de su debilidad le molestaba sobremanera, pero le era del todo imposible ponerse a su altura; los pinchazos que sentía alrededor de la herida eran insufribles.

Velasco, entendiendo su situación, acercó hasta el borde de su cama la maltrecha silla de madera que hasta ese momento le había servido para descansar, y sentándose más cerca de él pudo continuar con la conversación en una posición más pareja, de igual a igual.

—Bebe un poco de esto. Te sentará bien y aliviará tus molestias. —Le ofreció un cuenco de barro, en cuyo interior había diluido una pequeña cantidad de opio, tan solo unas gotas, mezclado con vino para calmarle los dolores. Ante la reticencia de Jorge para tomarse lo que le ofrecía, le explicó con calma lo que contenía, para que se sintiese algo más tranquilo—. Todo este tiempo has estado soportando un auténtico calvario y, para mitigar tanto sufrimiento, te he administrado una pequeña dosis de este calmante, un par de veces al día. Es un remedio natural que he utilizado en multitud de ocasiones para sobrellevar los dolores producidos por las lesiones que he sufrido en las batallas en las que he participado y en las que he resultado herido. Se obtiene del jugo que sale al cortar la adormidera, una planta de florecillas violetas o blancas. Tómatelo tranquilo, si hubiera querido matarte, ya lo habría hecho hace tiempo, ¿no crees? Además, ¿para qué aguantar padecimientos cuando se pueden calmar de una manera natural? Confía en mí —explicó Velasco de manera tranquila, intentando darle todo tipo de detalles para que se sintiese algo más seguro. Entendía su desconfianza.

—Está bien, lo beberé. Gracias. —Finalmente Jorge cedió y cogió el cuenco que le ofrecía el hombre. Con el pulso tembloroso se tomó su contenido de un solo trago, sin pensarlo demasiado. Esperaba que sus palabras fuesen ciertas y el dolor disminuyera—. ¿En qué estado me encuentro? —preguntó decidido. Necesitaba comprender cuál era el alcance de su situación. Tenía temas pendientes que solucionar y una familia a la que atender. Aunque por fuera estuviese mostrando una actitud serena y tranquila, por dentro se encontraba totalmente desesperado. Estaba postrado en una cama, sin poder moverse y dependiendo de alguien a quien no conocía y en quien, sin otra opción, tendría que confiar. Todo lo que estaba sucediendo últimamente en su vida era una auténtica locura.

—Has mejorado bastante. La mayor parte de tus heridas se han curado rápidamente. La única que continúa ocasionándote dolores es la de la espalda, pero estate tranquilo porque la evolución, aunque lenta, es buena. Eres un

hombre joven, con buen estado de salud y fuerte. De no haber sido así, estoy seguro de que no habrías sobrevivido tan fácilmente. La puñalada que te asestaron es bastante profunda.

—¿Y mis pertenencias? —No es que tuviera muchas cosas, pero eran tuyas, y entre ellas estaban los documentos que acreditaban la titularidad de sus propiedades.

—Están todas ahí, junto a las mías, a buen recaudo —respondió Velasco con paciencia—. No te preocupes por ellas, que no te falta nada. Probablemente, en un par de días puedas comenzar a caminar, y en el momento en que te encuentres con fuerzas, te ayudaré a solucionar lo que has venido a hacer aquí, e iniciaremos el viaje de regreso a tu hogar. —Velasco necesitaba partir cuando antes en busca de su inseparable amigo, porque el tiempo se iba agotando y todavía no sabía nada de Rodrigo.

—¿Puedo preguntarte por qué haces todo esto? No creo que vayas por ahí poniéndote en peligro y salvando incautos como yo. —Jorge estaba sorprendido de que quedasen personas buenas que arriesgaban su vida por otras a las que no conocían.

Velasco, por su parte, sabía que tarde o temprano tendría que enfrentarse a una pregunta como aquella, y no pensaba ocultarle toda la verdad. A él no. Le había pedido confianza y pensaba demostrarle que la tenía. Él no mentía, por lo tanto lo justo era ser sincero y hacerle sentir que el respeto era mutuo.

—Verás..., digamos que estoy peregrinando y de paso busco a una persona que es muy importante para mí. Nos hemos separado y necesito encontrarla. No he sido armado caballero, pero defiendo el honor y los ideales que me han inculcado y con los que he convivido estos últimos años. También yo he jurado cumplir unos votos y actúo conforme a ellos. La persona a la que estoy buscando es un hermano para mí, y mientras doy con él, continuaré sus pasos, cumpliendo la promesa que realizamos un día. Digamos que es mi obligación velar por la seguridad de los hombres y mujeres de bien en la tierra.

—Ya veo, por lo tanto debo reconocer y admitir que he tenido mucha suerte de que te hayas cruzado en mi camino. Gracias, estoy en deuda contigo, te debo la vida.

Ambos hombres se estrecharon la mano sellando un pacto entre caballeros

que en absoluto era necesario. Jorge no olvidaría la ayuda que le estaba prestando de forma desinteresada aquel hombre interesante y misterioso. Sus deudas iban aumentando, también con Laro tenía una pendiente de saldar, aunque este no lo viese de igual manera: siempre que salía el tema de conversación decía que era él quien estaría toda la vida agradecido con ellos, que le habían rescatado de las garras de la muerte. Fuera como fuese, su tranquila existencia llevaba unos meses llena de sobresaltos y emociones.

El brebaje que se había tomado estaba surtiendo efecto y le era prácticamente imposible mantener los ojos abiertos. El sopor invadía tanto su cuerpo como su mente. No sentía ningún dolor y tampoco molestias, e inevitablemente reaccionó relajándose por completo. Parecía que estuviese en un mundo irreal, sumergido en un mar de nubes donde no existían los problemas.

—Amigo mío, creo que ha llegado el momento de dejarte descansar por un tiempo. Cuando despiertes continuamos la conversación donde la hemos dejado e intentaré resolver todas tus dudas. Te informaré encantado de todo aquello que desees saber. Estaré fuera, atendiendo a los caballos, no me alejaré demasiado. —Velasco salió sigilosamente de la habitación. Era consciente de que ese muchacho no estaba recuperado del todo, y en aquellos momentos estaba viviendo demasiadas emociones intensas que debía asimilar en poco tiempo. Lo mejor sería dejarle tranquilo, ya tendrían tiempo de compartir experiencias.

Tal y como vaticinó Velasco, un par de días después de haberse despertado, Jorge se encontraba muchísimo mejor. Su recuperación a partir de aquel momento fue sorprendentemente rápida. Había comenzado a salir al exterior y a caminar por los alrededores del hospedaje, comprobando que no se mareaba y que podía mantenerse en pie sin dificultad durante un largo periodo de tiempo. A pesar de que se conocían desde hacía poco tiempo, ambos hombres empezaron a forjar una amistad sincera, basada en la confianza y el respeto. Jorge le había contado casi todo acerca de su vida. Le confesó que era un humilde pescador al que le encantaba cazar ballenas junto a su hermana, a la que admiraba y quería con locura. Le contó también que se habían quedado huérfanos y que entre los dos estaban intentando sacar hacia adelante la familia. También le habló de su hermano Neco y de Laro, pero de

este último apenas le explicó nada. Por el momento no se atrevía a compartir con él las sospechas que comenzaban a anidarse en su cabeza. Sentía la certeza de que el hermano al que Velasco quería localizar, se encontraba sin recuerdos en su casa, cuidando de su familia. El nombre que había recordado Laro estando ebrio había sido el mismo de aquel hombre que en aquellos momentos se encontraba junto a él. Todo aquello era de locos. Los caminos y las pruebas que le ponía la vida podían llegar a ser sorprendentes. Quién le iba a decir a él que sería Velasco el encargado de ayudarlo. Si estaba en lo cierto, se habían invertido los papeles. *Quid pro quo*.

Había reunido toda la información de la que disponía, tanto la facilitada por Velasco, como la conjeturada sobre Laro. Ambos compartían modales, educación, conocimientos y, creía, que también procedencia. Sus nombres coincidían y la manera que tenían de hablar, con un deje diferente al suyo, dejaba claro que no eran del norte. Velasco venía de las tierras de Castilla, al igual que su apreciado forastero, como le llamaba su hermana, que también venía de allí. Él buscaba a un buen amigo, casi hermano, al que había perdido el rastro, aunque desconocía de qué manera, porque Velasco en ese punto había sido siempre muy reservado. Y Laro, recordaba a un hombre que era importante para él y al que necesita encontrar. Ambos sabían luchar, y la oración era un acto importante en sus vidas. Su ángel de la guarda tampoco vestía ropas que pudiesen llamar la atención, pero sí se apreciaba que la espada que portaba era de buena calidad, al igual que los magníficos caballos que le acompañaban. No eran ejemplares sencillos preparados para ayudar en los quehaceres diarios: poseían un porte regio, una altura mayor a la habitual, se notaba que habían sido bien adiestrados. Eran animales pura sangre, preparados para la batalla. El aspecto que su nuevo amigo mostraba era muy similar al que tenía Laro cuando le encontraron tirado, mojado e inconsciente en la arena de la paya, con el pelo y la barba muy cuidados. Se sentía incómodo y miserable por su actitud hacia ese hombre que le estaba ayudando y protegiendo, y al que no quería hacer daño. Debía reconocer que le quedaba mucho por aprender. Sin él probablemente hubiese sufrido algún otro percance. Se había convertido, sin querer, en su maestro y mentor. Le instruía y le daba sabios consejos para cuando se encontrase en situaciones parecidas. Velasco era mayor. Le había confesado que tenía veinticinco años, nueve más que él y, por supuesto, con muchas más experiencias vividas en sus espaldas.

Había recorrido mundo. Él, tan solo conocía su pequeño pueblo y los alrededores, y cuando salía de allí como había sucedido en aquella ocasión, no había sabido sortear los problemas. Su nuevo amigo no le había confesado en ningún momento que fuese un caballero templario, pero se podía deducir claramente por las historias vividas en compañía del tal Rodrigo y que narraba con vehemencia. La espada escondida de Laro, en el baúl de su hermana, tenía grabada en el centro de la empuñadura una cruz templaria y una inicial que coincidía con la primera letra del nombre de Rodrigo. Eran demasiadas coincidencias como para no pensar que tenían en común a un mismo amigo. Todo apuntaba a que Laro y Rodrigo eran la misma persona, y aquello tan solo podía suponer un hecho que sucedería seguro: se marcharía sin tardar. Había dejado olvidada una vida que debía recuperar. Al menos no existía otra mujer. Para Deva su marcha iba a ser dura. Su hermana se había enamorado perdidamente de él y aunque su ausencia fuese dolorosa, sería mucho más llevadera sabiendo que estaba casado con Dios y no con otra mujer que no fuese ella.

Una mañana soleada, de regreso a la hospedería después de haber solucionado el problema de la titularidad de las propiedades de Jorge, este le animó a reanudar el viaje. Se encontraba con fuerzas para realizarlo y allí ya no hacían nada ninguno de los dos. Después de mucho pensarlo, había decidido contarle la existencia de Laro durante el camino de regreso a su casa. Él volvería a su hogar y Velasco encontraría a la persona que llevaba tanto tiempo buscando y por la que sufría. Estaba casi seguro de que las dos identidades pertenecían a la misma persona. No podía ocultarle semejante información, no se lo merecía, además, sus padres no le habían educado en la mentira o el pillaje.

—Velasco, como puedes comprobar estoy completamente restablecido. Si te parece bien, y no tienes ningún asunto importante que te retenga aquí, te invito a que me acompañes hasta mi humilde hogar. Estaría encantado de que conocieses a mi familia. —Jorge le ofrecía de corazón su casa, habían sido unos días intensos en los que ese hombre lo había dejado todo por él, incluso había arriesgado su vida por salvarle, para ayudarle.

—Por supuesto, para mí es un honor. Pienso acompañarte y de paso preguntarle a los parroquianos por Rodrigo. A lo mejor han visto a algún

hombre que coincidiera con la descripción de mi hermano. Continuaré intentado averiguar algo sobre su paradero. —El parón de esos días le había servido a Velasco para darse cuenta del cansancio acumulado que arrastraba y de lo inútiles que estaban resultando sus esfuerzos para localizarle. Además, debía reconocer que echaba de menos disfrutar de la compañía de otra persona. Muchos habían sido los días solitarios recorriendo los caminos, hablando con su yo interior y desconfiando de todo aquel con el que se cruzaba. Encontrarse con Jorge había sido un soplo de aire fresco en su día a día—. Aún no te he contado cómo me separé de Rodrigo —confesó finalmente con la voz quebrada por la emoción y el dolor que producían en él aquellos recuerdos, se le encogía el corazón cada vez que rememoraba lo sucedido.

Jorge, comprendiendo la pena que le atenazaba el alma y viendo la tristeza reflejada en sus ojos apagados, le quiso quitar importancia al asunto. —Durante el trayecto de vuelta a mi casa tendremos tiempo de sobra para conversar tranquilamente, también yo tengo un asunto importante que me gustaría compartir contigo.

Caminaron con paso decidido y firme hasta la que había sido su casa durante aquellos días tan extraños, en los que cada uno de ellos encontró en el otro lo que necesitaba, de una manera inconsciente y fortuita, para continuar hacia adelante. Sumergidos en sus propios pensamientos, luchando contra los demonios y las tormentas que les amenazaban en su interior, decidieron recoger las pocas pertenencias que llevaban encima para salir de allí lo antes posible. Habían decidido realizar el viaje de noche, buscando la discreción de la oscuridad y el amparo de las estrellas que utilizarían para orientarse con facilidad, ellas guiarían su camino.

Velasco y Jorge, después de preparar sus caballos y cenar algo ligero, emprendieron el camino de regreso, envueltos por el absoluto silencio de la oscuridad en la noche. Tan solo se podía escuchar el relinchar de los caballos y las ramas de los arbustos al romperse a su paso por los caminos que eran iluminados por la luz de la luna. El coste de la estancia en el hospedaje lo había pagado íntegramente Velasco. No había consentido cogerle una sola moneda a Jorge. Él tenía dinero más que suficiente y podía permitirse algún que otro gasto extra, además, lo había hecho encantado.

Finalmente, debía enfrentarse a lo que tanta vergüenza le provocaba.

Había llegado el momento de confesarle a su compañero de viaje lo que realmente había sucedido tiempo atrás. Velasco necesitaba desahogarse con alguien de confianza que no le juzgara, porque los remordimientos cada día, le asfixiaban un poco más, y ya no podía soportar por más tiempo la carga de su culpabilidad. Antes de partir, calculó más o menos el tiempo que podrían tardar en trasladarse de un pueblo a otro. Realmente la distancia no era excesiva, por lo tanto no deberían tardar demasiado en llegar a su destino.

—Mi amigo, mejor dicho, mi hermano Rodrigo y yo, vinimos al norte para peregrinar a Santiago, pero también para adquirir el máximo de conocimientos sobre navegación, especialmente sobre el control de un navío en este mar tan complicado e impredecible como el vuestro. —Intentó hablar con tranquilidad, pero una vez más, se le formó un nudo en la garganta que le impidió continuar—. Él decidió tener una primera toma de contacto realizando una travesía cerca de la costa. Rodrigo adoraba el mar y ya poseía algún que otro conocimiento marítimo. Durante aquel viaje en barco nos sorprendió una galerna que nos vapuleó y manipuló a su antojo. En un fuerte golpe de mar, cayó al agua y yo no supe reaccionar. Me quedé en la cubierta del barco gritando su nombre, pero sin hacer absolutamente nada por salvarle. Mientras, él luchaba contra ese maldito mar que tanto os gusta. —Ya lo había soltado y no resultó ser tan complicado como él pensaba en un principio. Suspiró aliviado. Parecía que su carga era un poco menos pesada al ser compartida con ese muchacho, que en ningún momento le había interrumpido. Le miró expectante. Ansiaba una respuesta, independientemente de cuál fuera esta.

A Jorge le empezaban a encajar las piezas sueltas del puzle imaginario que se había creado. Se confirmaban sus sospechas de que estaban hablando del mismo hombre. Lamentaba profundamente que su nuevo amigo llevase esa pesada carga en su corazón, sellada con las cadenas de la culpabilidad. Había llegado el momento de sincerarse con él, no se merecía tanto sufriendo.

—¿Velasco, por qué hablas de él en pasado? —Inconscientemente su compañero de viaje estaba dando por seguro que su amigo había muerto.

—Me quiero aferrar a la idea de que continúa vivo, pero han pasado muchos meses desde aquel suceso y no he sido capaz de encontrar indicio alguno de su supervivencia. Aunque, la verdad sea dicha, tampoco ha aparecido un cuerpo que coincida con sus características. También soy

consciente de que es muy complicado averiguar algo sobre él. —Poco a poco iba asumiendo lo inevitable, debía aceptar su pérdida y llorar finalmente su ausencia.

Jorge necesitaba sincerarse con Velasco, podían verse reflejadas la pena y la tristeza en unos ojos apagados por el dolor.

—Amigo mío, necesito contarte algo que estoy seguro te va a ser de utilidad y te llenará de alegría. Espero que sepas perdonarme por no habértelo contado antes, pero supongo que entenderás que necesitaba confiar en ti. Estaba en juego la seguridad de mi familia —dijo Jorge temeroso ante la posible reacción de Velasco. Un silencio tenso les envolvió, siendo roto por la voz de Jorge que continuó hablando—. Recuerdo perfectamente aquel día en el que se formó la galerna. Hacía excesivo calor y terminó originándose aquella tormenta. Pero no lo recuerdo por eso, como comprenderás, he vivido muchas. Lo hago porque cuando llegó la calma, después de un tiempo de lluvias y fuertes vientos, nos acercamos al puerto para comprobar los desperfectos que aquella galerna podía haber ocasionado en el barco, y al llegar allí nos llevamos un susto de muerte. —En ese momento ordenó a su caballo, con un tirón firme y suave de las riendas, que se parase, necesitaba mirar a Velasco directamente a los ojos para contarle que su hermano, por el que tanto sufría, estaba con vida—. Apareció tirado en la playa un cuerpo. Era un hombre que se encontraba inconsciente y herido. Casi mata a mi hermana, pero bueno..., esa es otra historia. Lo realmente importante aquí es que Laro, nombre con el que le hemos bautizado, no recuerda casi nada sobre su pasado. Unas noches antes de partir tuvimos una celebración y en ella bebió demasiado, y en aquel momento creo que recordó tu nombre, pero no estoy seguro de que lo recuerde debido al ligero estado de embriaguez que sufría. Ignora por completo que apareció junto a una magnífica espada templaria, la cual tenemos guardada por temor. —Ya estaba dicho, finalmente le había confesado lo sucedido—. Creo sinceramente que la persona a la que estás buscando se encuentra en mi casa, junto a mi familia.

Un silencio sepulcral volvió a envolver el espacio a su alrededor. El cielo había comenzado a cubrirse de nubes y, aunque todavía no se podía apreciar, eran oscuras y amenazadoras, iban con sutileza ocultando las estrellas, apagando sigilosamente su brillo. La brisa suave y cálida que les estaba

acompañando hasta ese momento se estaba convirtiendo rápidamente en un viento brusco, fuerte y peligroso, que les impulsaba a continuar raudos hacia adelante. Necesitaban llegar a su destino para cobijarse de la lluvia lo más rápidamente posible. Velasco, conmocionado por lo que acababa de escuchar, era incapaz de reaccionar. Estaba intentando asimilar la información recibida, y fue Jorge el encargado de sacarle de un estado de aturdimiento del que parecía no poder escapar.

—Velasco, ¿me has escuchado? ¿Entiendes lo que quiero decirte? —preguntó angustiado ante la actitud de su valiente camarada. Continuaba esperando algún tipo de reacción que no terminaba de producirse, la que fuese. Y sorprendido, pudo contemplar cómo unas lágrimas silenciosas surcaban el rostro masculino de aquel hombre acostumbrado a esconder sus sentimientos.

—¡Está vivo! —Sus palabras apenas fueron un susurro. No daba crédito a lo que acababa de escuchar. Estaba asimilando el alcance de su significado. Finalmente había encontrado a su hermano, su corazonada siempre fue cierta y sus pasos, en ocasiones inseguros, le habían llevado al fin hasta él—. Ahora el que está en deuda contigo, amigo mío, soy yo. Has salvado la vida de Rodrigo, y le has ayudado. —Se sentía inmensamente feliz, y estaría eternamente agradecido con ese muchacho y su familia por todo lo que habían hecho. El Señor había escuchado sus plegarias.

Llegados a ese punto la curiosidad de Jorge era mucha, tenía tantas preguntas que hacerle que no sabía por dónde empezar.

—Entiendo que sois caballeros templarios, ¿me equivoco? —Ese hecho confirmaría las suposiciones que se hicieron Deva y él cuando examinaron la espada. Era absurdo continuar ocultando sus pensamientos, necesitaba conocer la verdad.

—Sí, Rodrigo es un caballero templario, uno de los más respetados. Yo soy su escudero. Siempre he permanecido a su lado, nos hemos criado juntos. —Estaba orgulloso de su hermano, amigo y señor—. ¿Se encuentra bien? —Ahora que sabía que continuaba con vida, era importante saber en qué condiciones se hallaba.

—Perfectamente. De hecho se ha integrado en mi familia sin ningún

problema. Mi hermano Neco le adora, parece su sombra, y Deva... —No le parecía correcto desvelar los sentimientos de su hermana a otro hombre—. Digamos que se llevan muy bien.

—No quiero parecer indiscreto, pero Rodrigo hizo un juramento solemne, tiene votos de pobreza, castidad y obediencia. ¿Ha quebrantado alguno de ellos?, necesito saberlo, por favor. —No podía imaginarse a su señor rompiendo alguna de sus promesas, eso conllevaría unas duras consecuencias para él.

—No, no los ha quebrantado, pero ha encontrado un motivo importante por el cual estoy seguro que los rompería. —Sabía lo que había sucedido el día de la boda, en el pueblo, entre ellos. Entendía que también él sentía algo profundo por su hermana, pero no quería ser él quien se inmiscuyera en sus asuntos, era algo de debían aclarar ellos.

Velasco no necesitó más información para saber a lo que se refería, estaba seguro de lo que había encontrado su hermano. Si Rodrigo se había enamorado, debía ser una mujer muy especial, porque después del dolor sufrido tras la pérdida de su prometida, decidió entrar en la Orden y, desde aquel día, se había vuelto duro como una piedra. De hecho habían iniciado aquel viaje buscando su redención y un motivo por el que continuar hacia adelante. Motivo que, por lo visto, había encontrado. Estaba seguro de que tendría que enfrentarse a multitud de obstáculos, él no era cualquier persona. Al menos, por el momento, le creían muerto.

—Ya entiendo. Estoy deseando encontrarme con Rodrigo y conocer a tu hermana, debe ser una mujer muy especial. —No veía el momento de reencontrarse con su hermano.

—Vayamos pues. No debemos estar demasiado alejados de Isla, y de allí a Quejo no hay casi distancia. —Estaba nervioso y con ganas de encontrarse entre los suyos, de abrazarles y de sentirse tranquilo. Esperaba con emoción el encuentro entre aquellos dos hombres.

El viento soplaba muy fuerte. Hacía demasiado calor para ser finales del mes de *October*. Les era prácticamente imposible controlar a los caballos, que estaban nerviosos e inquietos ante semejante vendaval. Velasco, extrañado, preguntó sobre el cambio tan brusco de tiempo que estaban sufriendo.

—¿Es normal esto que estamos viviendo?

—Están entrando vientos fuertes del sur. Cuando nos visitan, suben las temperaturas considerablemente, pero su fuerza es incómoda y desagradable. Siempre que hace sur sucede lo mismo, el cielo se va tornando oscuro y las gruesas nubes cargadas de humedad se preparan para soltar sin control una gran cantidad de agua. Desconozco el tiempo del que disponemos antes de que se ponga a llover, puede que esta situación dure unos cuantos días o quizá hasta el próximo repicar de campanas. Démonos prisa, no quiero mojarme otra vez, y además estoy deseando llegar a casa.

Reanudaron el camino de regreso con menos tristeza y llenos de esperanza por reunirse con sus seres queridos. Ambos compartían la misma sensación de felicidad por volver a casa. Jorge, por estrechar entre sus brazos a los suyos y estar en su hogar, y Velasco, por poder encontrarse cara a cara con un hermano al que creyó que jamás volvería a ver.

La tenue luz del amanecer, oscurecida por los nubarrones, comenzaba a iluminarlo todo y a dar paso a un nuevo e intenso día.

Ningún secreto permanece oculto para siempre.



Los días transcurrían uno tras otro, sin parar, en su modesto hogar.

Las nubes, finalmente habían cubierto el cielo amenazadoramente. No tardarían en dejar escapar la lluvia sobre ellos, mojándolo todo a su alrededor una vez más. Ese otoño estaba siendo demasiado húmedo y lluvioso. Mientras contemplaba distraídamente cómo el viento sur que estaba entrando lo barría todo a su paso, pensaba en su hermano con nostalgia y preocupación. Hacía ya más de una semana que se había marchado y, aunque quienes le acompañaron habían asegurado a su regreso que se encontraba perfectamente y que estaba en buenas manos, necesitaba comprobarlo por ella misma. Lo que se debía haber resuelto en un par de días como mucho, se estaba complicando excesivamente y dilatado demasiado en el tiempo, provocando que su ausencia durase más de lo debido. Laro había prometido ir en su búsqueda si en un plazo máximo de tres días no había regresado.

Después del incidente con los malhechores que les atacaron en su casa y que terminaron muertos gracias a que supieron detener su ataque y defenderse, habían establecido una rutina diaria que les permitía convivir en armonía, simulando una tranquilidad que realmente no existía. Con ello intentaban controlar la tormenta de sentimientos que estaba a punto de desatarse en su interior. Deva ardía por dentro cada vez que sentía el cuerpo cálido y varonil de Laro cerca. Con una sola mirada, aquellos grandes y expresivos ojos verdes le gritaban en silencio lo mucho que la deseaba, y podía sentir que aumentaba en ella la pasión y el deseo. Cada vez que recordaba el beso que se habían dado no podía evitar tocarse los labios, suaves y carnosos, que conservaban aún el sabor masculino en ellos. Nunca antes la habían besado de aquella manera, con tanta intensidad y ternura al mismo tiempo. Aquel

encuentro supuso un descubrimiento para ella sobre sus emociones y sentimientos. Fue una experiencia maravillosa, preámbulo de lo que aún le faltaba por vivir y que no estaba segura de poder disfrutar. Atesoraría aquellas emociones cada día de su vida como el bien más preciado que poseía. Compensarían con creces el vacío que dejaría en ella su ausencia. Porque tarde o temprano se marcharía de su lado. No podían permanecer juntos y sabía que sería del todo imposible olvidarle. Suponía un gran esfuerzo para ella disimular el enorme deseo que tenía de estar entre sus brazos. El descanso y la tranquilidad le habían sentado de maravilla, era un hombre tremendamente atractivo, aunque él no fuese consciente de ello. En los últimos meses su mejoría había sido más que evidente y, en esos momentos, mostraba un aspecto saludable. Se le veía fuerte y moreno. Su tez, dorada por la brisa marina, intensificaba la atracción que sentía por él.

Quedaba poco para que terminase de amanecer y diera comienzo un nuevo día. Lo mejor sería levantarse e iniciar tranquilamente sus quehaceres diarios, así dispondría de tiempo libre para bajar al puerto y supervisar ella misma el estado de las chalupas. Una vez despierta, le era imposible estarse quieta sin hacer nada viendo pasar el tiempo. Además, estaba a punto de dar comienzo la temporada de caza y debían tenerlo todo preparado. Jorge no podía tardar demasiado en regresar porque, de lo contrario, Laro se vería obligado a ocupar su puesto en la pequeña embarcación, y eso a ella le suponía un grandísimo esfuerzo de concentración en unos momentos sumamente delicados y peligrosos. Debía tener puesta toda su atención únicamente en la bestia a la que debía enfrentarse. El espacio en la barca que compartirían era demasiado reducido como para pensar en otra cosa que no fuese en ese hombre y en su aroma. El pequeño corte que le provocaron en el enfrentamiento que mantuvo con aquellos indeseables en su casa había curado rápidamente. Debía admitir que su forastero tenía amplios conocimientos sobre hierbas, emplastes, vendajes y costura. Probablemente no le quedase ninguna marca en la zona de piel afectada por la herida, que estaba cubierta en esos momentos por una fina cicatriz que había sido perfectamente cosida. Ese hombre cada día le sorprendía más, estaba lleno de secretos y misterios que deseaba poder desentrañar uno a uno. Al menos, ya sabían quien era. Un maldito caballero templario que estaba casado con Dios, motivo por el cual, nunca podrían estar juntos. Esa sería su condena. Rodrigo era su verdadero nombre, contundente y

con fuerza, pero para ella siempre sería Laro, su forastero. La mala fortuna la perseguía, de entre todos los hombres que habitaban en la tierra, tenía que ir a enamorarse de alguien con quien no podría estar jamás. Un compromiso con el Señor no se rompía con facilidad, y además, era un caballero con unas responsabilidades dentro de una orden fuerte y jerarquizada. Todo aquello lo sabía por lo poco que les había contado sobre su vida anterior. En cuanto regresase Jorge, Laro le comunicaría sus intenciones de esperar a que terminase la temporada de caza para ayudarles, y finalizada esta, marcharía en busca de su hermano y de una vida que había dejado olvidada hasta ese momento. Les había explicado, a Neco y a ella, que debía solucionar algunos temas que tenía pendientes y que eran importantes.

Mientras tanto, en su habitación, Laro estaba inquieto e intranquilo. Jorge llevaba demasiado tiempo fuera de su hogar. Los pescadores miembros de la cofradía que le habían acompañado le aseguraron que la herida que sufrió presentaba mal aspecto, pero que un noble caballero, además de salvarle de una muerte prácticamente segura, se había ofrecido a ayudarlo, y había sido ese hombre el encargado de realizarle las curas necesarias para su recuperación. Le comentaron que estaban seguros de que era una buena persona, y además debía estar acostumbrado a vivir circunstancias difíciles como aquella, por la calma y la templanza con la que había manejado la situación. Marco, le aseguró que podían confiar plenamente en aquel desconocido y en sus intenciones, por lo tanto, no le quedaba más remedio que fiarse de su palabra. No obstante, estaba decidido a salir en su búsqueda. Si no regresaba en tres días, se marcharía a por él. El caballo que tenían, aunque era viejo, estaba fuerte todavía. Si le espoleaba con cuidado y le dejaba descansar adecuadamente, probablemente pudiera realizar el viaje en un día. Estaría de vuelta, con Deva y el pequeño antes de que pudiesen asimilar su ausencia. Estaba convencido de poder lograrlo, era un experto jinete.

A pesar de la preocupación que sentía por Jorge comenzaba a estar algo más tranquilo que los días anteriores. El buen estado de salud de Deva era evidente, porque cuando sostuvo entre sus brazos el cuerpo inerte y malherido de su amada, creyó morir. Él podía soportar cualquier dolor, pero no el suyo, el de ella no. Si le hubiese sucedido algo malo habría enloquecido, no padecería el mismo sufrimiento dos veces, prefería vivir en el infierno mil vidas antes que soportar una existencia sin ella. Había conseguido meterse

bajo su piel, la amaba profundamente, era como si toda su vida hubiese sido un calvario hasta conseguir encontrarla. La quería tanto, que apenas podía respirar si no la sentía cerca de él. Cuando la vio con el vestido cubierto por la abundante sangre que brotaba de su herida, e inconsciente por el golpe que se dio en la cabeza contra el duro y frío suelo, sintió que le arrancaban el corazón de cuajo. Menos mal que, finalmente, ninguna de sus lesiones había sido grave.

Debía reconocer el coraje y la valentía que demostró Neco en aquellos momentos peligrosos y difíciles para él, tanto por el estado en el que se encontraba Deva, como por los recuerdos que acudieron abruptamente a su memoria. Fue ese gallardo pequeño quien logró rescatarle de su infierno particular. En un principio no pudo, o no supo reaccionar ante la imagen dantesca del cuerpo de esa fuerte y bella mujer, desmadejado entre sus brazos. No consiguió actuar hasta que sintió en su mente la voz firme y segura de ese niño, por el que sentía adoración, hablándole directamente a los ojos y sin miedo. Entre los dos atendieron y curaron a Deva. Fue él el encargado de ayudarle a cavar unas tumbas improvisadas, lo más lejos posible de la casa, donde ocultar los cuerpos de los asaltantes. Cuanta menos gente supiese lo que había sucedido, mejor. Por el momento era un secreto bien guardado entre ellos dos. Bajo ninguna de aquellas duras y complicadas circunstancias se acobardó, lloró o protestó. Asumió las órdenes y los consejos que él le daba trabajando en absoluto silencio. Tenía madera de caballero.

Por todo aquello decidió ser sincero con el niño y confesarle que había recuperado sus recuerdos: ya sabía quién era. Dio respuesta a todas aquellas preguntas que veía reflejadas en su infantil mirada. Comprendía que el pequeño era feliz y que estaba seguro a su lado. Le echaría mucho de menos el tiempo que lamentablemente tendrían que pasar separados, aunque intentaría con todas sus fuerzas que fuese el menor posible. Irremediablemente tenía que volver a su hogar, hablar con su padre y afrontar las consecuencias de sus actos frente al Maestro de la Orden. No había roto realmente los votos a los que juró obediencia bastante tiempo atrás, pero su corazón pertenecía a una mujer, y aquello estaba totalmente prohibido.

Se le partía el alma cada vez que su mirada se cruzaba con la de su amada. Podía ver reflejados en sus ojos el dolor de su ausencia y el fuego de una

pasión que les consumía por dentro. Lo solucionaría de alguna manera, porque lo que tenía claro era que no pensaba renunciar a ella después de haberla encontrado. Cada paso que había dado hacia adelante era una nueva decisión que esperaba fuese la correcta para volver al lado de esa mujer por la que daría su vida. También había descubierto que sus sentimientos hacia Neco habían cambiado, no era un simple niño al que había cogido cariño, se estaba convirtiendo en el hijo que siempre quiso tener.

Todo aquello sucedía mientras Jorge y Velasco comprobaban cómo la tenue luz del amanecer se iba imponiendo a la oscuridad de las pesadas nubes que coronaban el cielo, presagiando un nuevo día de agua e iluminando débilmente su camino. Esa tímida claridad les indicaba con seguridad la dirección correcta que debían tomar para alcanzar su destino. Habían realizado el final de trayecto a buen ritmo, disfrutando de un humor excelente y de la alegría que compartían por saber que pronto estarían con los suyos. Jorge se sentía pletórico por volver junto a su familia y su prometida, la cual estaría desesperada esperando recibir alguna noticia suya. Velasco, igualmente, no cabía en sí de felicidad ante la inminente posibilidad de reencontrarse con su querido Rodrigo.

Fue Jorge el encargado de romper el silencio que se había formado a su alrededor durante un breve periodo de tiempo.

—Ya estamos llegando. Espero que disfrutes de todo lo que nos rodea porque es una auténtica maravilla. Estamos a punto de entrar en Quejo. El camino de la costa por el que hemos llegado hasta aquí pertenece al pueblo vecino. Esta es nuestra ría —le comentó con los brazos abiertos, abarcando el máximo de espacio que pudo con ellos—. Debemos esperar a que baje la marea para cruzarla sin mojarnos o tendremos que hacerlo a nado y eso es algo que no le conviene a mi herida en este momento. Iremos directamente a mi hogar. —Jorge se sentía feliz de poder compartir con él su pueblo, su casa y su vida. Se sentía orgulloso de todo aquello de lo que formaba parte.

Velasco estaba gratamente sorprendido, durante su peregrinación por multitud de pueblos y puertos a lo largo de la costa del norte, nunca antes había visto algo parecido. Estaba maravillado. Escondido, en medio de una gran vegetación frondosa y tupida, escoltado por arenales y multitud de rocas, se podía contemplar lo que para él era un río desembocando en el mar. Pero

Jorge le había explicado que aquellas aguas limpias y cristalinas que bajaban bravas a gran velocidad realmente eran saladas y no dulces como él pensaba, y se llamaban ría. La fuerte corriente pasaba inadvertida a los ojos de un Velasco asombrado que podía admirar cómo se reflejaban en aquel torrente de agua salada los pocos rayos de sol que conseguían escapar a los gruesos nubarrones que sobrevolaban sus cabezas. De fondo se podía contemplar un mar majestuoso, en calma, que acariciaba con las olas una costa tranquila que descansaba en aquellos momentos del envite de algún que otro temporal.

—Debo confesarte, amigo mío, que no te falta razón. Esto es precioso. Es un buen rincón del mundo en el que perderse. Aquí quizás podríamos descansar y vivir en paz. —Velasco estaba comenzando a entender lo que había descubierto Rodrigo en aquellas verdes tierras. Podía imaginarse lo que sentía por el mar, y por una mujer que aún no conocía. Tenía claro que su hermano no abandonaría aquel lugar, por lo tanto, tendrían que idear una estrategia para conseguir quedarse sin que sufriera ningún daño—. Es cierto que había oído hablar de las grandes diferencias en las mareas por estas tierras, pero hasta hoy mismo no he tenido la oportunidad de comprobarlo con mis propios ojos. Me parece asombroso que toda esta cantidad de agua desaparezca como por arte de brujería, y vuelva a surgir en unas horas. Entiendo que es un fenómeno natural extraordinario. ¿Y dices que pasaremos al otro lado sin nada de agua? —Velasco no daba crédito a lo que estaba escuchando, y necesitaba que Jorge confirmara que había entendido bien sus explicaciones.

—Quizá quede un pequeño reguero de ella por la zona baja de la ría, pero podremos cruzar a pie sin que tengamos que poner nuestras ropas a remojo, de eso estoy seguro. Probablemente en la parte alta se formen algunas pozas de agua salada, pero a nosotros no nos afectan en nuestro camino. Cuando Deva y yo éramos pequeños, veníamos aquí con mi madre en busca de esos pozos naturales para bañarnos y pescar. Nos encantaba tirarnos desde las rocas. Ella comprobaba la profundidad que había antes de permitirnos lanzarnos y zambullirnos en sus aguas. Es uno de los momentos más alegres que recuerdo de mi infancia. Éramos felices buscando entre la arena húmeda y el agua de la orilla quisquillas, navajas y demás animales que viven en sus aguas. Todavía hoy traemos de vez en cuando a Neco para que coja cangrejos, erizos de mar, pulpos... La verdad es que hay una gran variedad de ellos. —Jorge, siempre

que estaba en la ría esperando para poder cruzarla, dejaba que los recuerdos de momentos felices acudiesen a él, y en aquella ocasión los compartió con Velasco en voz alta.

No les quedaba más remedio que esperar a que bajase la marea y cruzar al otro lado sin necesidad de nadar, porque además de lo molesto que era mojarse, la corriente en aquellos momentos era demasiado fuerte. Les arrastraría hasta la barrera que se formaba donde se encontraban las olas, esperando el abrazo del agua que llegaba de manera natural por la ría. Llevaban demasiado peso como para atravesarla sin dificultad, y era una tontería realizar semejante esfuerzo por no esperar un poco. Descansarían pacientemente, mirando hacia el cielo y esperando que no se pusiera a llover. Disfrutarían del sonido hipnótico y relajante del mar causado por el oleaje suave de sus aguas. La brisa marina acariciaba los rostros cansados, impregnando sus ropas de humedad y salitre. En aquellos momentos de soledad compartieron una vez más las vivencias de una existencia que les iba uniendo por momentos. Velasco pensaba contarle todo lo referente a su vida y a la de Rodrigo, ambas eran parecidas, aunque su hermano había sufrido bastante más. Necesitaba que Jorge entendiera lo que había sucedido en el pasado y quizá de aquella manera, entre los dos, conseguirían que se les ocurriese alguna solución para salir victoriosos de la batalla que Rodrigo debería librar. Si se quería quedar allí como él se imaginaba, debían idear un plan.

Tal y como anunciaban las nubes oscuras y el viento sur, en cuanto este paró, se inició una débil lluvia que poco a poco se fue transformando en un agua torrencial que lo inundaba todo. Deva se sentía frustrada y muy triste. Suponía que ese sería un día más en su existencia, duro y aburrido, lleno de trabajo y en el que tendría que sufrir la ausencia de su hermano. Laro había interpuesto un velo invisible de calmada educación entre los dos que la crispaba los nervios. El vacío interior que sentía era enloquecedor.

La lluvia había llegado acompañada de truenos y relámpagos que iluminaban el cielo, instantes fugaces que le otorgaban un aspecto aterrador y que marcaban el ritmo de su desbocado corazón. Debido a la fuerte y sorprendente corriente de aire que estaba provocando la tormenta la puerta principal de la casa se abrió con demasiada fuerza, impactando ruidosamente

contra la pared. Disgustada, fue hasta ella para cerrarla y recoger el agua que estaba entrando. Al hacerlo, pudo observar como un par de sombras montadas a caballo se acercaban en dirección a la casa. Una corazonada la impulsó inconscientemente hacia ellos.

La imagen nítida que observó Jorge de la figura esbelta y delgada de su hermana dudando sobre si salir a su encuentro fue suficiente para que silbara, tal y como hacían cuando eran pequeños, utilizando un código secreto para comunicarse y poder reconocerse. No hizo falta nada más. Ella salió corriendo a buscarle gritando su nombre, llena de alegría. Había reconocido las señales. Era él y no había ningún peligro. No importaba nada más en aquellos momentos: ni el agua, ni la tormenta, nada. Solamente que su hermano había regresado.

Laro, extrañado y alarmado por los gritos que estaba dando Deva, pensó que podrían estar sufriendo un nuevo ataque o incluso que había surgido algún problema grave. Corrió hasta la puerta principal de la casa angustiado. Pero en el momento en que vio a los hermanos abrazados bajo la lluvia, se quedó tranquilo. Finalmente, Jorge había conseguido volver sano y salvo. Sabía que ella había estado muy preocupada por la situación de su hermano, y eso que en ningún momento llegó a confesarle la gravedad de sus heridas. Lo que le resultaba extraño, era que Jorge llegase acompañado hasta allí por un desconocido, aunque supuso que sería el caballero del que le habían hablado, y el que le habría estado ayudando todo aquel tiempo. Por si acaso surgían problemas, dejó la espada a mano. Con ella siempre cerca se sentía bastante más tranquilo. Desde que la había recuperado no se separaba de ella en ningún momento.

—¡Neco, baja! ¡Ha vuelto Jorge! —alzando la voz, llamó al chiquillo que estaba en el establo de la casa recogiendo los huevos que habían puesto las gallinas en el pequeño corral que tenían. Al estar en la parte trasera de la casa, se había mantenido ajeno a todo lo que estaba sucediendo.

—¡Voy! —respondió a Laro lleno de alegría.

No hicieron falta más palabras. El pequeño salió disparado de su hogar, corriendo como alma que llevaba el diablo en busca de su hermano, ignorando la tormenta que estaba cayendo sobre ellos. Realmente les envidiaba.

Formaban una familia unida, una como la que pudo haber tenido. Tal vez, la vida le diera una segunda oportunidad y podría formar con Deva la suya.

Decidió mantenerse a la espera, aquel momento era de ellos, y él, en la distancia, disfrutaba contemplando su felicidad. El individuo que les acompañaba también se había separado del grupo de hermanos y se encaminaba directo al lugar en el que se encontraba él. Debido a la lluvia que arreciaba incansablemente sobre ellos, no pudo distinguir con claridad los rasgos de su rostro, pero aquel hombre tenía algo que le resultaba familiar, le recordaba a su inseparable amigo. Habría jurado, desde donde se hallaba, que se parecía demasiado a su añorado hermano. No pudo evitar sentirse nervioso y emocionado. No sabía cómo lo había conseguido, pero allí estaba, plantado frente a él. Era Velasco.

Este, se bajó del caballo dando un salto, seguro y contento por tener finalmente frente a él a su hermano. Habían pasado varios meses separados, uno sin saber quién era, y el otro preocupado buscando incansablemente algún indicio que le aclarase si estaba vivo o muerto. La distancia que les separaba era pequeña, y ambos, asombrados, no pudieron evitar salir a su encuentro. Se fundieron en un emotivo y cariñoso abrazo. Aquellos fuertes y viriles hombres no pudieron dejar de compartir la alegría que sentían por haberse encontrado y estar juntos de nuevo. Tal y como se habían jurado de pequeños que harían, continuaban con vida.

Entusiasmados por el reencuentro, no pudieron dejar de observarse el uno al otro, mirándose a los ojos y asimilando que aquello que estaba sucediendo era real, comprendiendo que habían tenido mucha suerte.

—¿No piensas decirme nada?, un «¿qué tal estás?», por ejemplo. No soy un fantasma. —Velasco entendía perfectamente la sorpresa en el rostro de su amigo. Él había tenido tiempo suficiente para asimilar el encuentro, pero para Rodrigo estaba siendo una tremenda sorpresa—. Veo que has decidido dejarte el pelo largo y que te has quitado la barba. No tienes mal aspecto después de todo. —Le resultaba curioso que hubiese decidido realizar aquellos pequeños y sutiles cambios en su aspecto. Nunca se había quejado de ello, siempre había asumido las normas que debían cumplir sin protestar. Por lo tanto, le sorprendió encontrárselo de aquella guisa, y no pudo evitar decírselo. Tal y como habían hecho siempre, eran sinceros el uno con el otro, por encima de

cualquier cosa. Por lo demás, a simple vista, se le veía recuperado y en plena forma. Su fisonomía no había variado demasiado durante el tiempo que habían permanecido separados. Lo que no había cambiado era el semblante fiero y adusto que mostraba su rostro continuamente.

—En cambio, hermano mío, yo puedo comprobar que continúas exactamente igual que la última vez que te vi. Quizá algo más delgado y deslenguado. —Rodrigo no podía dejar de mirar directamente a los ojos de color azul, simpáticos y alegres, que le habían acompañado toda su vida. Realmente le había echado de menos, primero sin saber quién era y después conociendo su identidad. Daba gracias a Dios por habérselo enviado, le iba a necesitar.

—Ya ves, hay cosas que nunca cambian. Como tu rostro, que continua dando miedo. Ni por haber perdido la memoria una temporada has sido capaz de endulzar un poco el carácter. —Velasco se lo estaba pasando bien, provocándole y recordando de aquella manera los viejos tiempos, los momentos compartidos.

La complicidad y el cariño no habían desaparecido entre ellos. Sus fuertes carcajadas resonaron alegres y potentes bajo la lluvia, llamando la atención de una familia feliz que, por unos instantes, se había olvidado por completo de ellos. Tres pares de ojos les miraban con curiosidad. Deva les observaba en silencio, comprendiendo, sin necesidad de palabras, que su destino la alcanzaba inevitablemente y que ella no podía hacer absolutamente nada para evitar que le arrebatara lo que más quería. Se acercaba el temido momento de la partida de Laro, lo notaba en sus entrañas. Aunque triste, también se sentía contenta por él. Se merecía recuperar su vida y a las personas que tanto le querían, muestra de ello era la gran amistad y el respeto que se profesaban aquellos dos hombres. Ese caballero simpático que le abrazaba con afecto debía ser al que consideraba su hermano, aquel del que tanto había hablado y al que tenía unas tremendas ganas de encontrar. Se parecían bastante, y aunque Laro era un poco más alto y corpulento que el otro individuo, ambos compartían rasgos similares: morenos, de ojos claros, fuertes y seguros de sí mismos. Su amigo sonreía bastante más que él, que siempre mostraba el rostro serio con gesto enfadado y el ceño fruncido. Pocas veces se veía relajado, y cuando eso sucedía, la sonrisa que tenía iluminaba su mirada.

Jorge se acercó sin prisa hasta donde se encontraban Velasco y Laro, animándoles a que le siguieran hasta el lugar en el que les estaba esperando su familia. Quería que su nuevo amigo conociese a todos los miembros que la integraban.

—Siento interrumpir este momento tan especial, ya tendréis tiempo de sobra para ponerlos al día sobre todo lo sucedido. Nos estamos mojando y me gustaría presentarte a mis hermanos. —Aunque Jorge no lo reconociese abiertamente, estaba deseando que Velasco conociese a su pequeña familia, de la que estaba tremendamente orgulloso. Además comenzaba a resentirse por el cansancio. Tanto Velasco como él habían pasado toda la noche a lomos de sus caballos, atravesando caminos y veredas para llegar lo antes posible. Lo mejor sería entrar en la casa, que seguramente se encontraría caliente. Deva nunca se olvidaba de mantener el fuego de la chimenea vivo para caldear el ambiente; las temperaturas, aunque suaves, no dejaban de ser frías.

—Tienes razón. Entremos, así podré conocer a esos hermanos tuyos que tanto te importan y de los que no has dejado de hablar ni un momento. —Velasco terminó la frase mirando fijamente a los ojos de Rodrigo, que entendió a la perfección que su hermano ya conocía el motivo por el cual no se marcharía de allí si no era para volver algún día—. No quiero ser descortés, entremos. Además los caballos también necesitan descansar.

—No te preocupes por ellos, yo me haré cargo de ellos. Hace mucho tiempo que no estoy con mi pequeñín. —Rodrigo, emocionado, acarició el hocico de su caballo que se puso contento en el momento en que reconoció a su dueño. Relinchando alegremente por estar de nuevo junto a él.

Entraron en la casa guiados por Neco que estaba excitado y contento por lo que estaba sucediendo. No todos los días podía tener a dos caballeros templarios bajo su techo. Ansiaba que le contasen aventuras. Estaba seguro de que el amigo de Laro sería bastante más hablador que él y le explicaría muchas más cosas. Ya le había prometido que no compartiría con nadie nada acerca de su verdadera identidad, pero eso no significaba que no pudiese conocer las historias que habían vivido.

Se cambiaron las ropas mojadas por la lluvia y, alrededor de la mesa, con unas jarras de cerveza, esperaron a que apareciese Laro, mientras Jorge y

Velasco narraban lo sucedido en Puerto. Laro, apoyado sigilosamente sobre el quicio de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho, observaba contento y en silencio a las personas que tanto quería. En ese momento se estaban riendo de las bromas y los comentarios graciosos que hacía Velasco, siempre había envidiado ese carácter suyo tan sociable y alegre. Él, en cambio, era bastante más serio y aburrido. No pudo evitar sentirse celoso al comprobar cómo Deva se reía alegremente con él y hablaba animosamente, con una soltura y una familiaridad que no existía entre ellos. Era cierto que aquella actitud la había impuesto él. No era libre de proceder tal y como le pedía su corazón; había hecho un juramento y, antes de dar un paso hacia adelante, debía aclarar y decidir cómo solucionar aquella situación.

Neco le localizó enseguida allí apostado, vigilando, callado, como hacía siempre. Aunque su amigo se pensase que no se daba cuenta de lo que sucedía, no era así, él se hacía el tonto, pero sabía en todo momento que Laro no les perdía de vista. Parecía un halcón acechando a su presa. Se levantó directo hacia él para agarrarle de la mano y obligarle a que se sentara a su lado en la mesa. Aunque estuviese allí su hermano, él necesitaba sentirle cerca. A partir de ese momento tendría que aprender a compartirlo, aunque realmente le quería solo para él.

—Rodrigo o Laro, ¿cómo debo llamarle, señor? —preguntó teatraramente Velasco. Le resultaba curioso y divertido que tuviese dos nombres.

Rodrigo, molesto por el tono de broma en la pregunta y el sarcasmo a la hora de llamarle señor, le asestó un coscorrón que Velasco aceptó con buen humor.

—Mientras permanezca en esta casa responderé al nombre de Laro, es el que Neco buscó para mí y me siento cómodo con él. —Rodrigo se lo había confirmado al pequeño unas noches atrás, cuando estuvieron velando el sueño tranquilo de Deva después del ataque que sufrieron, y no pensaba cambiar de opinión. Si empezaba una nueva vida, necesitaba un nombre diferente, aunque por ello no dejaría de ser la misma persona.

—Buenooooo, no te pongas así. ¡Como usted desee! —continuó bromeando Velasco—. Pero para mí, seguirás siendo Rodrigo.

—Si siempre haces lo que te place, ¿por qué has preguntado? —interpeló

Rodrigo, molesto con él.

Había llegado el momento de hablar con Jorge, no sobre su identidad o sus recuerdos, había quedado claro que las casualidades existían y también que el destino manejaba los finos hilos de sus vidas a su antojo; todo resultaba complicado y sencillo al mismo tiempo. Nunca se hubiera imaginado que Jorge regresaría a su hogar con Velasco y conociendo toda su historia. Ya era casualidad que de entre todas las tabernas y todos los pueblos que había, esos dos hombres hubiesen terminado encontrándose. Necesitaba explicarle algunas de las cosas que quería hacer. Con Deva ya tendría tiempo más adelante de aclarar su situación, cuando supiese cómo hacerlo.

—Jorge, he pensado quedarme hasta que termine la temporada de caza de las ballenas, y luego me marcharé. Deseo aprender y ayudaros en todo lo que sea posible, además, ahora también está Velasco con nosotros y estoy seguro de que nos será de gran utilidad. —No se atrevía a desviar la mirada, consciente del daño que estaban causando sus decisiones en Deva, la cual disimuló perfectamente sus sentimientos. Permaneció callada y rígida sin pronunciarse, algo raro en ella, porque siempre expresaba lo que pensaba abiertamente. Podía apreciar la tensión acumulada en su cuerpo, pero no salió ni una sola palabra por su boca, ningún reproche. Neco, en cambio, no pudo soportar la pena y la rabia que corrían por sus venas. Subió corriendo desesperado y enfadado hasta su habitación, con el rostro bañado en lágrimas.

—¡Te odio! —gritó presa del dolor y la desesperación. Iba a perder de nuevo a alguien a quien quería y que era muy importante para él. Fue a esconderse y buscar refugio a su habitación.

Velasco, que conocía perfectamente a su amigo, le sujetó discretamente por el brazo y, en un susurro, le aconsejó que esperase un tiempo prudencial antes de acudir a su encuentro. El pequeño necesitaba un respiro. Le comprendía perfectamente. De golpe tenía que compartir a Rodrigo con otra persona y asumir que se marchaba de su lado. Se sentía abandonado.

—Espera. Dale algo de tiempo para que pueda desahogarse y llorar tranquilo. Luego vas a hablar con él. Pero, por favor, intenta ser sutil y cariñoso. Tan solo es un niño —sugirió Velasco a su amigo.

Rodrigo relajó su cuerpo intentando seguir el consejo que acababa de

recibir de quien mejor le conocía. Tampoco él deseaba marcharse y separarse de ellos, por lo tanto, alguna solución debían encontrar. Miró desesperado a Velasco que le entendió sin necesidad de que le explicase nada, mantenían intacta esa conexión especial que les permitía entenderse con una sencilla mirada.

Jorge agradecía enormemente la propuesta de Laro de quedarse hasta que finalizase la temporada de caza, toda la ayuda era poca y si encima procedía de dos hombres fuertes, mejor aún. Confiaba que ese año fuese bueno en el número de capturas, les quedaba mucho trabajo por delante. Otro asunto diferente y más complicado, sería cómo gestionar la situación sentimental de sus dos hermanos. La vida siempre era igual, le daba una de cal y otra de arena.

—Aquí os podéis quedar todo el tiempo que deseéis, es vuestra casa. Agradezco mucho que queráis ayudarnos, es importante para nosotros y no pienso negar que nos venga francamente bien vuestro ofrecimiento. Además, pienso celebrar mi boda en cuanto termine la temporada, y espero que estéis los dos aquí para compartir con nosotros un momento tan importante y feliz para mí, como es ese —contestó Jorge, feliz y agradecido ante su ofrecimiento.

Laro y Jorge se dieron un apretón de manos. Aún disponían de tiempo para intentar hallar una solución viable a la situación en la que se encontraba. Hacía un buen rato que Neco se había marchado enfadado, y ya iba siendo hora de acudir a su lado y explicarle lo que pensaba hacer. Su deseo era regresar junto a él lo antes posible. Pero cuando se disponía a hacerlo, fue interceptado de malos modos por Deva que, enfadada, se encaró con él.

—No vuelvas en la vida a hacer llorar a mi pequeño otra vez, porque te juro que te mato con mis propias manos. —Deva se lo dijo con voz firme y segura. Era plenamente consciente del significado de sus palabras, en ese momento le odiaba con todas sus fuerzas por el daño que les estaba haciendo. Con el dedo índice le dio unos golpecitos amenazadores en el pecho, justo a la altura del corazón, momento que aprovechó Laro para atraerla hacia él y girarla rápidamente, cambiando su posición y apoyando su espalda contra la pared para que le fuese más complicado encontrar una escapatoria.

—Jamás os haría daño.

Sus palabras se convirtieron en un susurro ronco por el deseo y la desesperación, perdiéndose en el silencio que envolvía las escaleras que daban acceso a la planta superior de la casa. La cercanía de su cálido y robusto cuerpo estaba causando estragos en la entereza fingida que mostraba Deva, y era plenamente consciente de ello. Laro acarició con delicadeza unos mechones de pelo rebeldes que siempre se le escapaban de la trenza, aquella con la que pretendía controlar una melena ondulada que gritaba en silencio libertad. Pasó sus dedos con devoción por la suave piel de un rostro precioso que no podía olvidar, era lo último que tenía todas las noches en sus pensamientos antes de dormirse. Deva, involuntariamente, cerró los ojos y abrió ligeramente sus labios reaccionando al contacto del cuerpo masculino, dejando escapar un tímido gemido, provocando con ello que Laro perdiese la poca fuerza de voluntad que le quedaba y olvidase del férreo control que se había impuesto con respecto a sus sentimientos. Instintivamente atacó su boca con una pasión desmedida que ya no era capaz de controlar, en el momento que sintió que ella bajaba todas sus defensas y respondía a su beso con el mismo ímpetu, perdió la poca cordura que le quedaba. Todo su cuerpo reaccionó. No pudo dejar de acariciar aquellas curvas que veía contonearse diariamente a su alrededor y que eran territorio prohibido. Su miembro, que hasta ese momento había estado prácticamente dormido, recobró vida para hacerle tomar consciencia dolorosamente de lo que estaba sucediendo. La estaba saboreando, pensando en los muchos besos que aún estaban por venir. Perezosamente, y realizando un gran esfuerzo, se separó ligeramente de ella. Su cuerpo estaba inflamado y si continuaba por ese camino, no podría parar. Con los ojos cerrados, Laro apoyó la barbilla sobre los sedosos cabellos femeninos e inspiró aquel agradable olor que siempre la acompañaba. Presionó con firmeza su mano sobre la parte baja de su espalda y, con la otra, acarició nuevamente su rostro, para besar de una manera más calmada aquellos labios cálidos y sonrosados que le estaban enviando directamente al infierno y que sabían tan bien. Deva, buscando el calor masculino, apretó su cuerpo contra el suyo. No deseaba que se alejase de ella una vez más, aunque aquello supusiera una condena eterna. Disfrutaron en silencio de aquel momento mágico que guardarían en su corazón toda la vida. Les proporcionaría las fuerzas necesarias para soportar los momentos de soledad.

Aquel instante compensaba los duros golpes de la vida que aún estaban por llegar.

—Perdóname, jamás he pretendido haceros daño. Te amo como nunca antes he amado a nadie, pero no puedo continuar. Hice una promesa y debo cumplir con mi palabra. Te juro que lo arreglaré, solucionaré esta situación y volveré a vuestro lado, nada ni nadie nos podrá separar jamás. —Sus palabras eran sinceras, salían directas de su corazón. La tenía fuertemente protegida entre sus brazos y podía percibir el intenso sufrimiento que estaban provocando en ella sus actos—. Tan solo te pido paciencia y algo de tiempo. —Laro no soportaba las silenciosas lágrimas que bañaban el rostro de su amada—. Por favor, confía en mí. —Con devoción, limpió un rostro que debía brillar de felicidad y que en esos momentos no lo hacía.

Deva, sin fuerzas ni ganas de responderle nada, se soltó dolorosamente de su abrazo y sujetó el rostro de Laro entre sus temblorosas manos, que no querían separarse de él, y depositando un dulce beso en su boca, cargado de amor, se marchó en silencio, sintiendo cómo el frío invadía su corazón.

Laro, derrotado, suspiró. Todavía con el sabor de sus besos en los labios llamó a la puerta donde se encontraba el pequeño para hablar con él, sincerarse y explicarle cuáles eran sus intenciones y el alcance real de la situación en la que se encontraba.

Mientras se desataban todas aquellas pasiones en la pequeña y humilde casa que compartían, Jorge y Velasco, al calor del hogar, intentaban encontrar una posible salida para aquella situación. Aún disponían de tiempo.

Estaba a punto de comenzar la temporada de caza de ballenas.



Ese día era festivo, nadie trabajaba. Cada semana constaba de seis jornadas de labor y una de descanso, pero en aquella ocasión podrían disfrutar de un día libre más, ya que se oficiaba la misa que se celebraba todos los años a principio del mes de *November*, en honor a todos los difuntos. Era un momento que odiaba con todo su corazón y amaba al mismo tiempo. Sabía que eran sentimientos contradictorios, pero al fin y al cabo, nadie más, aparte de Jorge, los conocía. Rechazaba aquella fecha porque se veía obligada a visitar una única tumba solitaria, adornada por flores alegres que nunca faltaban y que se marchitaban inevitablemente como todo lo que había en aquel lugar. Su adorada madre, enterrada bajo un montón de tierra húmeda, debía estar observando toda su vida desde aquel cielo, el que se empeñaban una y otra vez en convencerla de que existía. Sinceramente, no compartía aquella ridícula teoría. No podía ser cierto que eso que les contaban en todas las homilias fuese verdad, porque no había nada más cruel en el mundo que dejar a una madre sin poder darle su cariño a unos hijos a los que dejaba huérfanos. Era inhumano pensar que un Dios bueno dejase sin ese abrazo de consuelo materno que calmaba de cualquier mal, a unos niños pequeños, o sin poder aliviar sus penas. No, definitivamente no aceptaba la idea del cielo como premio a una vida cargada de sufrimientos, y tampoco confiaba en la existencia de un hombre bondadoso que todo lo perdonaba. Lo que sí creía realmente era que la vida en la tierra se podía convertir en un auténtico infierno. Odiaba profundamente ese día que llenaba con flores de colores los sepulcros olvidados. No entendía aquellas oraciones carentes de sentido, y tampoco veía necesario el olor intenso a incienso que lo impregnaba desagradablemente todo. Aquello carecía de sentido para ella, e incluso resultaba ofensivo, cuando a su padre ni tan siquiera podía llorarle en aquel camposanto. Él no

pudo disfrutar del merecido descanso eterno junto a su mujer porque su cuerpo nunca apareció, se lo tragó el mar. Acudía resignada por Neco, que pensaba inocentemente que hablándole a la nada, donde se encontraban los restos de su madre a la que no había llegado a conocer, esta escucharía sus historias y daría respuesta a sus plegarias, convencido de que le ayudaría. Era mucho más sencillo para ella fingir una actitud devota y no levantar suspicacias entre sus vecinos. Y por otra parte, sorprendentemente, se sentía feliz porque se daba oficialmente inicio a la temporada de caza de ballenas. No era una fecha exacta, pero solía coincidir con las primeras visitas de aquellos bellos y peligrosos animales. Desde hacía un par de semanas estaba el *talayero* oteando minuciosamente la mar desde su posición, ya que las ballenas podían aparecer en cualquier momento, al igual que los temporales. Se acercaba el duro y frío invierno. El mar se mostraría embravecido en multitud de ocasiones, atrapando con sus grandes lenguas de agua salada todo lo que encontraba a su paso.

El cementerio estaba situado en la parte alta del pueblo. Ella hubiera preferido encontrarse en el puerto rodeada de seres vivos y aparejos, no de muertos, ausencias y recuerdos. Debía tener paciencia y comprender que para sus hermanos aquel ritual era importante. Ellos no tenían la culpa de tener una hermana con extraños pensamientos. Por lo tanto, pondría su mejor sonrisa e intentaría mostrarse lo más agradablemente posible con ellos y con el resto del mundo.

Decidió retirarse tranquilamente a los verdes pastos que rodeaban aquel lúgubre lugar. Sentada en el suelo, con las piernas estiradas y los codos apoyados en la alfombra suave y verde que la sustentaba, inspiraba paz y tranquilidad, buscando el sosiego que tanto necesitaba. Desde su posición se podían contemplar las laderas y los caminos que comunicaban unos pueblos con otros. El paisaje era maravilloso. Nunca se cansaría de disfrutar de todo aquello que la rodeaba. Con los ojos cerrados inspiró el aire puro de la mañana y se relajó por completo, sumergiéndose en un estado de abstracción interior que la permitía alcanzar ese equilibrio emocional que últimamente no encontraba. Un hombre bueno, creyente y temeroso de Dios, no podía estar con una mujer tan complicada como ella, que lo cuestionaba todo y que tenía sus propias teorías, aquellas que nada tenían que ver con las creencias de los demás. Por eso, había optado por acallar sus opiniones en multitud de

ocasiones. Los únicos que conocían realmente su manera de pensar y las inquietudes que la asaltaban, eran sus hermanos. Jorge sufría continuamente por su seguridad, y no paraba de recordarla que debía tener cuidado con lo que decía o lo que hacía. No todos los hombres eran tan comprensivos y tolerantes como él. Vivía en una sociedad y en un tiempo en el que no encajaba su manera de ver la vida, pero le había tocado vivir así y no podía hacer nada más que intentar adaptarse y conformarse con lo que tenía.

Aquellos instantes efímeros, le proporcionaban un tiempo necesario para poder disfrutar de la tranquilidad que tanto necesitaba; se sentía feliz y era ella misma la que marcaba el ritmo de sus sueños, esos que cada día que pasaba, comprendía que se alejaban un poco más de allí.

En cualquier momento recibirían la señal de avistamiento y comenzaría la acción, aquellos eran algunos de los días más felices de su vida. Se sentía libre cabalgando sobre las olas, erguida en la chalupa con su arpón, dispuesta a ganar una batalla complicada y peligrosa. Ella era la encargada de marcar la diferencia entre ganarla o perderla, debía acertar con el tiro. Tanto el pulso como la puntería en esos tensos y arriesgados momentos, debían ser perfectos. No se podía permitir la posibilidad de fallar, la más mínima equivocación sería mortal; suponiendo pérdidas importantes por la ausencia del animal y peligro de muerte, tanto para ella como para la pequeña tripulación que arriesgaba su vida a su lado. La tensión y la euforia eran las encargadas de mantenerla preparada para hacer lo que tanto le gustaba.

Sintiendo los suaves rayos de sol que acariciaban con ternura su rostro, sonreía sola a los sentimientos que provocaban en ella los recuerdos de la temporada de caza anterior. Había estado practicando su puntería y estaba segura de que continuaba siendo la mejor.

No hicieron falta palabras para saber quién se encontraba a su espalda, su sola presencia ejercía sobre ella una atracción que erizaba toda su piel. Era liberador saber con certeza que su cuerpo era capaz de experimentar ciertas emociones que solamente podía provocar él. Tuvo que contenerse las terribles ganas que le entraron de saltar a sus brazos y perderse en su sabor. Su mano, cálida y segura, acarició con ternura sus cabellos, soltando la cinta que los sujetaba, depositando a continuación un beso fugaz en su cabeza y sentándose a su lado, agarrando con firmeza sus temblorosas manos.

Finalmente, mirándola a los ojos le confesó abiertamente sus sentimientos.

—Te quiero. —Laro no podía silenciar por más tiempo la verdad. Allí, en mitad de la naturaleza, se veía preciosa, y su corazón le pidió ser sincero. No sabía cómo reaccionaría ante su confesión, pero era lo que sentía y no podía guardárselo por más tiempo. Esperaba que el Señor le perdonase por todo lo que estaba sucediendo, ya afrontaría el castigo cuando llegase el momento. Al pronunciar esas sinceras palabras, cerró los ojos y tragó saliva angustiado, esperando una reacción por parte de Deva. Había empezado a entender realmente lo que significaba haberse enamorado de verdad.

Deva, nerviosa se sentía pletórica. Le había dado muchas vueltas al asunto, antes de tomar una decisión firme con respecto a la situación que estaba viviendo. Disfrutaría de los momentos felices que le regalara la vida, ya tendría tiempo después de llorar y lamentar su pérdida. Acarició su rostro hasta encontrar esa mirada verde, limpia y cristalina que le traspasaba el alma, y sin dudar le respondió.

—Yo también te quiero.

Laro tenía muy claro cómo iba a proceder. Haría todo lo posible por hacer feliz a esa mujer y lucharía contra quien hiciera falta para estar a su lado. Con el pulso tembloroso, debido a la emoción que sentía, sacó de dentro de sus calzones, un saquito pequeño que llevaba siempre consigo y que le había devuelto Velasco, ya que se había quedado junto con sus pertenencias en el puerto el día en el que su vida cambió gracias a una galerna. Desató con nerviosismo el nudo que aseguraba el contenido de su interior. Sujetó la mano derecha de su amada, y con los ojos brillantes por la emoción, colocó en su dedo anular el anillo con el sello de la Orden del Temple. Era el símbolo de su alianza con Dios. Y en aquel instante, su unión con ella. Por todo lo que significaba en su vida, le hacía entrega de su corazón y de una promesa de amor.

—Quiero que aceptes este anillo como símbolo de nuestra unión. Me gustaría que fueses mi mujer, y deseo que vivamos juntos el resto de nuestros días.

Deva no daba crédito a lo que estaba sucediendo. Estaba pidiéndole matrimonio y haciéndola entrega de algo que sabía era sumamente valioso e

importante para él. Ese sello simbolizaba la alianza y el juramento que había realizado al entrar en la Orden como caballero templario. Las palabras se quedaron atascadas en su garganta, presas de un nudo de emociones que la impedían decir absolutamente nada.

—Yo...

—Mis sentimientos son puros y sinceros. Con este anillo sellé un juramento importante para mí hasta hoy, ahora bendecirá nuestra unión. — Pensaba renunciar a los votos que había realizado, acudiría primero a su padre para que comprobase que se encontraba bien, aunque ya sabía que Velasco se lo había comunicado. Este se encargó de enviarle un escrito lacrado para informarle de todo lo sucedido. Le solicitaron discreción y silencio por el momento, sabía que podía confiar plenamente en él. Posteriormente se enfrentaría al Maestro y asumiría el castigo, pero lo que tenía claro era que jamás renunciaría a ella.

Un templario debía vencer o morir, y así sería una vez más.

—Esto es muy valioso y significativo para ti, no puedo aceptarlo. —A Deva no le parecía justo que se desprendiese de algo tan importante. No podía consentirlo, y mucho menos, que pudiera tener problemas por su culpa.

—Lo más valioso para mí eres tú. No lo olvides jamás, parece que no quieres entenderlo. —Y sin pensárselo dos veces sostuvo el bello rostro de Deva entre sus manos, y acercándose delicadamente hasta él, la volvió a besar. En aquella ocasión, el beso fue correspondido con pasión y deseo. Era imposible oponerse a los sentimientos que ese hombre provocaba en ella.

—Pero no puedo ir por ahí con esto. Todos sabrán que perteneces al Temple. —Sus palabras cargadas de miedo y preocupación intentaban esconder la admiración que sentía por aquel hombre. El anillo era demasiado grande y pesado para ella, además de llamativo. Era de plata y tenía grabada la cruz que les identificaba.

—Tú por eso no te preocupes. Entre Velasco y yo lo puliremos para que se quede lo más fino y liso posible, de esa manera no se apreciará el grabado, y el tamaño no importa —dijo socarronamente.

—Serás presuntuoso y prepotente... —No pudo evitar reírse, y sus

palabras consiguieron provocarle una maravillosa sonrisa—. Creo que es la primera vez que te escucho algo gracioso o divertido, y ¿sabes una cosa?... Me gusta verte sonreír.

—Lo tendré en cuenta, preciosa. Voy a trenzarte con cuero una cuerda fina para que puedas llevar colgado el anillo al cuello. Tal vez así te sea más cómodo.

—De acuerdo. Por cierto, deberíamos acercarnos hasta donde se encuentran mis hermanos, no quiero que nadie note nuestra ausencia —dijo preocupada.

Laro la ayudó a levantarse, impulsándola hacia su cuerpo, y en la inercia del movimiento de subida, la atrapó entre sus brazos. No podía dejar de acariciarla, el contacto con su cuerpo, aunque fuese a través de sus ropas, calmaba el fuego que sentía por dentro.

—Vayamos. De todos modos no te preocupes por ellos, Velasco nos ha cubierto.

Velasco y él habían acordado que este les mantendría distraídos mientras ellos disponían de unos momentos de intimidad. Que Jorge y Neco conociesen cuáles eran sus sentimientos hacia Deva no le preocupaba, pero con el resto de la gente debía tener cuidado. Tenía que hacer las cosas muy bien, porque de lo contrario, podrían surgir problemas de más. Creía estar seguro de que su verdadera identidad estaba a salvo, tan solo la conocían los miembros de esa familia que ya consideraba la suya. Neco había decidido que Velasco fuese su tío, uno lejano al que nadie conocía. Se sentía feliz teniendo a tanta gente que le cuidaba y le mimaba alrededor.

—La verdad es que Velasco es un hombre honesto y muy simpático. No me extraña que os llevéis tan bien, se nota la complicidad que compartís. Y yo, porque sé que realmente no es tu hermano de sangre, porque podéis pasar por ello perfectamente. Podríais no compartir la misma madre y eso justificaría las pequeñas diferencias existentes entre vosotros. —Deva era consciente de lo mucho que se parecían y también de lo importante que era ese hombre para él. Debía reconocer que tenerle cerca le hacía bien, estaba bastante más relajado. Y a ella personalmente le parecía alguien sumamente interesante, era un hombre con el que se podía hablar sobre cualquier tema sin miedo a que le

reprochase su comportamiento o sus ideas. Sentía la necesidad de que le contase detalles de todos sus viajes y de que compartiese con ella parte de sus conocimientos. Era consciente de que también Laro los tenía, pero con él era imposible hablar sin que le entrasen ganas de besarle y acariciarle. Era complicado aprender con él a su lado, estaban continuamente en tensión. Era difícil concentrarse en algo diferente a su olor o a lo bien que sabían sus besos.

—Me alegra comprobar que te llevas tan bien con él, espero que no se te olvide que efectivamente es como un hermano para mí. —Las duras palabras de Laro brotaron demasiado deprisa de su garganta. Las había pronunciado un corazón herido e inseguro, que sentía celos y dolor ante la posibilidad de que ella, ahora que estaba Velasco en casa, se diese cuenta de que era mejor persona que él. Porque siempre había estado convencido de ello, de entre los dos, era él quien tenía mejor corazón. Sus sentimientos siempre habían sido más puros que los suyos; simpático, agradable y con ganas de ayudar a todo el mundo desinteresadamente. La sonrisa era su marca de identidad, no como en su caso, que arrastraba odio y resentimiento desde hacía demasiado tiempo, y todo el dolor sufrido se reflejaba en un rostro que tan solo trasmitía dureza y seriedad.

Deva, asombrada y molesta por sus palabras, no daba crédito a lo que estaba escuchando. Laro, un hombre valiente y seguro de sí mismo, estaba dudando de su amor por culpa de unos celos absurdos hacia el que consideraba su hermano.

—Tú eres un necio. No, eres tonto. No..., no encuentro palabras que no sean groseras para definir lo que eres. Acabo de decirte que te quiero, ¿por quien demonios me has tomado? ¿Por una fresca mentirosa? —exclamó enfurecida Deva, sumamente enfadada con las palabras pronunciadas por Laro poniendo en duda tanto sus sentimientos como su honor.

Y sin que el fuerte, grande y seguro caballero se lo esperase, con la mano abierta le soltó un guantazo que resonó en el silencio del cementerio, al que habían llegado sin darse cuenta. Con paso rápido y airado, se distanció de él todo lo que pudo, echando humo por las orejas y soltando todo tipo de improperios. Neco, que la estaba escuchando, una vez más tuvo que aguantarse las ganas de reír, porque no era normal ver a su hermana desbarrar de aquella

manera y pronunciar palabras tan feas por una boca tan bonita. Estaba seguro de que el causante de su furia era el hombre que se acercaba hasta donde se encontraban ellos, cabizbajo y con una mano en la cara, intentando suavizar lo que estaba casi seguro había sido una auténtica bofetada de su hermana. La adoraba, y a su carácter indomable también. No era sencillo enfrentarse a Laro sin sentir una pizca de temor, su aspecto y la feroz mirada que solía tener intimidaba a casi todos, pero a Deva estaba claro que no.

—¿Te has encontrado con la fiera de mi hermana? —Neco sabía de sobra que sí, pero quería poner en un aprieto a ese hombre que cada día quería y respetaba más.

Laro resopló poniendo los ojos en blanco.

—Tiene un carácter de mil demonios, pero debo reconocer que me lo merezco por necio. Casi me gira la cara de la bofetada que me ha propinado —explicó intentando justificar lo sucedido.

Ambos se observaron seriamente y no pudieron aguantarse la mirada sin prorrumpir en sonoras carcajadas. Laro revolvió cariñosamente el pelo ensortijado de Neco, adoraba a ese pequeño.

—Anda, colócate sobre mis hombros, que te llevo a caballito hasta casa y me vas repitiendo lo que hemos aprendido hasta hoy. —Las clases habían continuado, y debía reconocer que era un alumno aventajado, aprendía rápido, absorbiendo todo lo que le explicaba y contaba con una rapidez asombrosa. Con Deva no sucedía lo mismo, poco a poco lo habían ido dejando, le era imposible concentrarse en nada que no fuesen los maravillosos ojos azules que transmitían paz con una mirada calmada y serena, pero que a él últimamente le provocaban fuego en las entrañas. Su aprendizaje estaba siendo bastante más lento.

—¡Bieeeeeennn! —respondió alegremente Neco.

Antes de encaramarse al fuerte y robusto cuerpo de Laro, le dio un abrazo espontáneo y un beso en la mejilla que le dejó completamente aturdido. Estaba sintiendo algo nuevo y desconocido para él, algo que le gustaba y le hacía sentirse pleno, feliz. Lo que estaba experimentando debía ser algo parecido a lo que sentía un padre por sus hijos. Se sentía un hombre dichoso a pesar de todo.

Velasco entró decidido en la casa buscando a Deva, e intentando interceder por su amigo, ya que se imaginaba que este había cometido alguna estupidez con aquella mujer. Rodrigo, o Laro, daba igual como se llamase, era un poco tosco en las formas y hacía demasiado tiempo que rompieron su corazón de manera brusca y dolorosa, por lo tanto no conocía la delicadeza. Los últimos años habían estado rodeados de sangre, batallas y barbarie, y todo aquello no contribuía a que sus modales fuesen los adecuados con una dama. Estaba seguro de que había cometido alguna insensatez con ella, porque de lo contrario no habría vuelto enfadada y maldiciendo.

—No te enfades con él. Ha sufrido mucho y no sabe cómo manejar correctamente estos nuevos sentimientos que está descubriendo. Porque estoy seguro de que algo inapropiado te ha dicho —comentó desenfadadamente Velasco, intentando calmar el estado de excitación que mostraba Deva.

Esta, enfadada y molesta, le miró con rabia. Sentía tanta furia en su interior, que no lo dudó a la hora de insultar a Laro nuevamente.

—Tu hermano es un estúpido cabezota, mal pensado e imbécil. Todavía no entiendo cómo puedes aguantarle —soltó enfurecida.

—Podría decirte que también es valiente, firme en su palabra, leal, y aunque no te lo creas, tremendamente divertido. Pero esa parte de su personalidad sale en muy pocas ocasiones. Ha sufrido mucho, muchísimo. Y sé que daría su vida a cambio de la mía, y ahora también a cambio de la tuya. Ten paciencia con él, por favor. Aunque parezca muy duro, no lo es tanto, tan solo lo es en el campo de batalla, allí es letal. Y está loco por ti. —Velasco enumeró las bondades de su amigo.

—¿Estamos hablando del mismo hombre? ¿Del que está continuamente con el ceño fruncido, enfadado, dando órdenes y pensando que me voy a enamorar de ti, olvidándome de él? —Había vuelto a suceder, otra vez estaba hablando más de la cuenta. Cuando se enfadaba era incapaz de controlar su lengua, y normalmente se arrepentía al momento de lo que había soltado por la boca. En ningún momento quiso contarle a Velasco el motivo de su enfado, pero le fue imposible evitarlo.

—¡No me lo puedo creer! Mi hermano celoso de mí. Esto sí que no me lo esperaba, desde luego que le ha pegado fuerte contigo. Debes ser un poco

bruja, porque se está volviendo loco y ve fantasmas donde no los hay — respondió entre carcajadas sin terminar de dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Pues se lo explicas tú, porque yo con el bofetón que le he dado no creo que quiera verme durante un tiempo —contestó algo más tranquila Deva al comprobar que Velasco no se enfadaba ante la acusación hecha hacia su querido Rodrigo.

Velasco, asombrado por la actitud de Rodrigo, no pudo dejar de reírse una vez más. Sus fuertes carcajadas eran contagiosas y provocaron la misma reacción en Deva, que inevitablemente le imitó. No podían parar de reír mientras ella le describía con todo lujo de detalles la cara que había puesto cuando se vio sorprendido por su reacción. Cuando consiguieron calmarse un poco, caminando hacia el huerto trasero de la casa, Velasco decidió contarle lo que había sucedido en la vida pasada de su hermano. Aquel lugar era discreto para lo que tenía que confesarle.

—Verás, Rodrigo es el primogénito de una familia de nobles muy importante de Castilla. Mi madre trabajaba para los señores, y como éramos de la misma edad, nos permitieron criarnos juntos. Realmente son buenas personas y su padre nunca consintió que nos separaran. Siempre nos hemos llevado muy bien, éramos —y somos— uña y carne. Donde iba él, estaba yo, y al revés. Siempre hemos tenido una conexión especial entre nosotros. El caso es que ya desde pequeño sabía que debía casarse con una bella joven que estaba destinada para él desde el mismo momento en que nació. Realmente era una muchacha dulce y bella, demasiado frágil para mi gusto, pero bueno, esa es otra historia. El caso es que estaba realmente enamorado de ella, mejor dicho, siempre ha creído que estuvo enamorado de ella, hasta ahora. Estoy convencido de que ha sido contigo con quien ha descubierto el verdadero significado de la palabra amor. —Velasco paró unos instantes para comprobar que ella continuaba atenta a todo lo que estaba narrando. Como no le interrumpió en ningún momento y tampoco hizo amago de preguntar nada, prosiguió con la historia—. Ella, en cambio, amaba profundamente a otro hombre con el que no podría estar jamás. Rodrigo, al ser el sucesor de su familia y pertenecer a la nobleza, se vio obligado a asistir a una reunión importante donde se deberían tomar algunas decisiones trascendentales con

respecto a las invasiones de los infieles que sufríamos continuamente. Debían preparar a las tropas para defenderse de sus continuos ataques, e intentar reconquistar los territorios que nos habían sido arrebatados. Su padre, se quedó haciendo de anfitrión con su futura nuera, la que se encontraba en sus tierras, esperando a que se celebraran los esponsales unos días después. Ya estaba todo preparado. Yo, tal y como sucedía en la mayoría de las ocasiones, le acompañé. Ninguno pudimos imaginar lo que iba a suceder. Isabel, que así se llamaba su futura mujer, por lo visto estaba desesperada, no soportaba la idea de tener que casarse por obligación con él, y su padre, como es habitual en estos casos, no escuchó sus súplicas. Ignoró el llanto amargo de su hija, obligándola a cumplir con el trato realizado hacía muchos años atrás. En principio, aceptó resignada su destino, hasta que recibió la triste noticia de que su amante había fallecido en un ataque a sus tierras por los sarracenos. Enloquecida, se cortó las venas con un cuchillo que se llevó de las cocinas a escondidas. Cuando Rodrigo regresó y sostuvo entre sus brazos el cuerpo ensangrentado, inerte y sin vida de su futura mujer, con el rostro bañado en lágrimas, perdió por completo la razón. Se transformó en un demente, sus ojos no eran los de un hombre cuerdo. Se volvió loco, era un animal fiero enjaulado, tiró y rompió todo lo que encontró a su paso. Gritó hasta quedarse sin voz y lloró hasta que se le secó el alma. No entendía cómo podía haber sucedido aquello. No aceptaba nada de lo que le estaban contando. Culpó a los infieles de todo lo que había pasado. Estaba convencido de que si él hubiese estado allí, nada de todo aquello habría ocurrido. Y si aquellos malditos enemigos de Dios no hubiesen matado a aquel infeliz, Isabel estaría con vida. Como bien sabes, el suicidio es uno de los pecados más aberrantes que se pueden cometer. La muerte solamente puede mandártela Dios. Él es el único que puede decidir sobre nosotros. Que se quitase la vida suponía una vergüenza para la familia. Se ponía de manifiesto que era una mujer débil, y que tenía una conducta inadecuada. Aquello intentaron taparlo ambas familias, no podían soportar la tristeza de no enterrarla en un cementerio y darle cristiana sepultura. Gracias al dinero que pagaron a cambio del silencio, y a la ventajosa posición social que ocupaban, consiguieron enterrarla en el cementerio familiar, pero apartada del resto de las tumbas. Después de un tiempo prudencial, pasado el duelo obligatorio, Rodrigo decidió ingresar en la Orden Templaria, ascendiendo hasta convertirse en uno de los mejores y más respetados caballeros, pero también, en uno de los más temidos. Como ya te

he dicho, en el campo de batalla es letal, el mejor haciendo su trabajo. Aquel día se rompió su corazón y se convirtió en una persona fría y peligrosa. Su objetivo siempre ha sido cumplir los juramentos, ayudar a los cristianos y a los peregrinos y eliminar a la mayor cantidad de infieles posibles. Al pertenecer a una noble familia, ser un gentilhomme y llegar acompañado por el respaldo de su padre, su ascenso ha sido meteórico. Además de que siempre ha sido el mejor en cualquier cosa que se haya propuesto realizar. Necesito que comprendas que el sueño de Rodrigo siempre fue el de formar una familia. Deseaba ser feliz junto a su mujer y sus hijos. Y de pronto, todas sus ilusiones se esfumaron, se sintió traicionado y abandonado, convirtiéndose en un soldado de Dios.

Deva tuvo que sostenerse en las maderas viejas y desgastadas que delimitaban el pequeño huerto que tenían en la parte trasera de la casa. La historia que estaba escuchando le parecía muy triste. Laro había sufrido mucho y ahora ella estaba siendo dura con él. No pudo ocultar el llanto que sentía ante el dolor de la persona a la que tanto quería.

—No entiendo cómo aquella mujer pudo hacerle aquello. Yo no le abandonaré —comentó Deva segura de sus sentimientos.

—De eso estoy convencido, pero Isabel no le quería y tú sí. No llores, pequeña, y ven conmigo.

Velasco la abrazó cariñosamente, comprendiendo su aflicción, porque él también la había sentido. Pero sabía que Rodrigo había ido poco a poco superando aquellos momentos difíciles de su vida. Ahora lo que tenía que hacer era aprender a sentir de nuevo y a solucionar la situación en la que se encontraba.

—Vayamos dentro. Te he contado todo esto sin que él lo sepa, supongo que se enfadará conmigo por haberlo hecho, pero quería que le conocieses un poco mejor. Dale una oportunidad. Estoy seguro de que contigo está conociendo lo que significa realmente amar a alguien. —Velasco necesitaba que esa mujer fuerte entendiese un poco mejor el carácter y la forma de ser de Rodrigo. Ella sí era la persona adecuada para su hermano. Estaba seguro de ello. En sus ojos se podía ver la fortaleza y la determinación que formaban su carácter, al igual que el amor que sentía por él

—Gracias por confiar en mí y contarme todo esto. Prometo que intentaré ser un poco más comprensiva con él, pero no te lo garantizo. Es un desconfiado cabezota. —Deva se sentía aliviada, Laro necesita ayuda, precisaba que ella le enseñase lo que significaban el cariño y la confianza sincera y absoluta. Ella le quería y no le abandonaría de ninguna de las maneras.

Velasco prefirió salir por la parte trasera de la casa en lugar de pasar directamente por el corredor interno que comunicaba ambas zonas, no quería que su hermano pensase nada raro si le veía aparecer junto a Deva. Había estado retrasando el momento de regresar al interior de la casa cepillando a los caballos, para no coincidir con él directamente. Sabía que necesitaba pasar algún tiempo solo para que el mal humor que sufría en esos momentos se esfumase.

Un puñetazo seco y certero le tumbó al suelo. No se lo podía creer, el imbécil de su hermano estaba buscando pelea, él era el único que podía sorprenderle de aquella manera. Se levantó como un resorte y se puso en posición defensiva mientras con una mano se limpiaba el hilo de sangre que se escapaba de su nariz.

—Tú, ¿eres bobo o qué te pasa? ¿Qué mosca te ha picado? —Velasco estaba enfadado. No se merecía ese puñetazo, no era él quien le había dado el bofetón—. Doy fe de que habrás perdido la memoria durante algún tiempo, pero la fuerza de tus puños continúa siendo la misma. ¡Por Dios, que diablos te ocurre!

—¿Que qué me pasa? ¡Dímelo tú! Mucho te ríes con la que va a ser mi mujer. ¿Acaso piensas quitármela tú también? —Rodrigo estaba encolerizado, había podido contemplar cómo ambos hablaban amistosamente, vio con sus propios ojos cómo compartían risas, y para colmo, comprobó cómo permanecieron juntos en la parte trasera de la casa durante un buen rato, saliendo por separado. Aquello solo podía significar una cosa, y no soportaba la idea de pasar por lo mismo otra vez, y mucho menos con alguien tan importante para él como era Velasco.

—¿Pero tú estás loco? ¿Cómo puedes pensar eso de mí? Sería incapaz de traicionarte, y mucho menos de quitarte a tu mujer. —Velasco estaba

convencido de que se iban a dar una buena paliza, siempre sucedía lo mismo, cada cierto tiempo, se peleaban como cuando eran unos chiquillos, pero en aquella ocasión las insinuaciones de Rodrigo habían ido demasiado lejos. Aquello no se lo pensaba consentir.

No se podían distinguir los brazos de uno y las piernas del otro. Puñetazos, empujones, patadas y revolcones por el suelo.

Cansados, después de un buen rato de pelea, tumbados en el suelo mirando al cielo, uno junto al otro, respirando con dificultad debido al gran esfuerzo que acababan de realizar por no matarse, consiguieron hablar de una manera civilizada.

—Rodrigo, he intentado ayudarte hablando con Deva. Daría la vida por ella si fuese necesario, porque es importante para ti, pero nunca jamás me interpondría entre vosotros. Me ofende que dudes de mí de esa manera. No te reconozco.

—Velasco, amigo mío, el infierno está empedrado de buenas intenciones.

—No me fastidies y reconoce que no tienes razón, estás confundido. Sería bueno para todos nosotros que dejaras de ser tan desconfiado. Además, ella tampoco se lo merece, no ha hecho nada.

Rodrigo le miró seriamente y asintió con la cabeza. Probablemente estuviese exagerando demasiado, pero el torrente de nuevas sensaciones que estaba experimentando, junto con el fuerte sentimiento de protección y propiedad que sentía hacia ella, le tenían perdido y alterado.

—Tienes razón, perdóname. Todo esto es nuevo para mí y estoy un poco nervioso. —Se sinceró con Velasco.

—¿No será también que necesitas darte un baño en las aguas frías del Cantábrico y bajar de esa manera la calentura que no te deja vivir tranquilo?, para que se te aclaren las ideas y no tengas un único pensamiento. —Se lo estaba pasando en grande provocando nuevamente a su inseparable amigo, se lo merecía por la paliza que había soportado injustamente.

—Serás cabrón —respondió entre risas bastante más tranquilo levantándose del suelo—. No te habré hecho mucho daño, ¿verdad? —preguntó con ironía.

—El mismo que yo a ti. Tienes la cara un tanto perjudicada —respondió de igual manera.

—Pues la tuya no es que tenga mejor aspecto.

Velasco y Rodrigo de pie, uno frente al otro, gritaron al unísono uno de los muchos gritos de guerra que utilizaban antes de entrar en la batalla o cuando terminaban de entrenar en sus bastiones.

—¡«El Temple es la espada de Dios, y los templarios somos el brazo fuerte que maneja dicha espada»!

Y se fundieron en un afectuoso abrazo. Nada ni nadie se interpondría entre ellos.

Neco, sentado muy cerca, les observaba asombrado. Nunca había visto a dos hombres fuertes y nobles pelear de aquella manera, sin hacerse trampas, con honor y procurando no matarse el uno al otro. Se habían dado una buena paliza, y eso que eran como hermanos, pero no presentaban ninguna herida de consideración. Al finalizar lo que parecía un ejercicio de entrenamiento para ellos, se pusieron a charlar amigablemente como si no hubiese pasado absolutamente nada, se reían juntos con total naturalidad, era como si todo aquello que acababa de presenciar no hubiese sucedido nunca. Menos mal que Deva no les vio, porque de haber sido así estaba seguro de que les habría cogido por las orejas y echado una buena reprimenda, al menos es lo que hacía con él cuando se peleaba con un amigo. Y esos dos, vaya si se habían zurrado. Aunque no lo parecía, tenían golpeado y magullado todo el cuerpo. Desconocía cual había sido el asunto por el que habían estado discutiendo, pero era del todo evidente que había quedado en el olvido.

De mayor ya no quería ser cazador de ballenas como su hermano, ahora deseaba ser como ellos, un caballero templario.



El mar estaba relativamente tranquilo. Sus aguas se mecían al compás de un viento frío del nordeste que parecía cortar la piel cuando acariciaba el rostro. Esa corriente de aire helador despejaba los cielos de nubes y alejaba cualquier posibilidad de lluvia, pero congelaba el alma. Se encontraban en ese momento del año en el que los días resultaban demasiado cortos y las noches excesivamente largas.

Se habían levantado antes de que tocasen las campanas de la lejana iglesia, antes incluso de que cantase el gallo. Tenían demasiadas cosas que hacer y Velasco era el único que, junto con Neco, no había bajado al puerto ese día. Estaba comprobando los bocetos y los cálculos realizados para la ampliación de la casa que querían acometer. Jorge se casaría en unos meses y necesitaban más espacio. El hogar familiar se estaba quedando pequeño. El terreno que rodeaba la vivienda era lo suficientemente extenso como para poder hacerlo. Él sería el encargado de supervisar las obras y de ayudar en todo lo que fuese necesario. Sabían que la economía familiar no era muy boyante, por lo tanto Rodrigo y él mismo se ofrecieron a colaborar, trabajando con sus propias manos y aportando el dinero que fuese necesario. Ellos, al pertenecer a la Orden, no poseían gran cosa, pero el padre de su hermano sí tenía dinero suficiente como para dejárselo. Sabían perfectamente que no les pondría objeción alguna a su petición de ayuda económica, nunca les había negado nada a ninguno de los dos. Además, ese dinero no supondría ningún incumplimiento del voto de pobreza que juraron. Estaban ayudando al prójimo.

Neco, enfurruñado, no estaba de acuerdo con tener que quedarse en casa encargado de los animales y al cuidado de Velasco, tal y como le había pedido Laro guiñándole un ojo. Le confesó que este era un poco despistado, y que no

se fiaba demasiado de él, probablemente necesitase de su ayuda en algún momento concreto. Él, donde realmente deseaba estar, era en la casa de las ballenas o en el puerto, no deberían tardar demasiado en dar el aviso de avistamiento y no se lo quería perder por nada del mundo. Intentaría convencer a su innecesario niño de que tenían que estar allí, y de que se encontraban en el lugar equivocado.

Se acercó curioso hasta el lugar en el que se encontraba Velasco trabajando, ojeando disimuladamente lo que hacía, y le propuso ser él, quien le enseñase cosas acerca de la captura de aquellos descomunales animales. Quería que sintiese curiosidad y unas tremendas ganas de acompañarle para comprobar por él mismo que era verdad todo lo que pensaba contarle. Sabía que Velasco era un hombre al que le gustaba aprender y descubrir cosas nuevas, por lo tanto tenía que convencerle porque si aparecía solo por el puerto, su hermana le mataba; ya se lo había advertido.

—¿Qué haces? Estás muy callado y demasiado concentrado en estos papeles —preguntó disimuladamente con una sonrisa traviesa en los labios mientras manoseaba los documentos.

Velasco, encantado de poder hablar con alguien, se dispuso a explicarle lo que tenía entre manos, y de paso aprovechar para que aprendiese más cosas, tal y como le había sugerido el rebautizado Rodrigo. A él le habían ayudado, y pensaba corresponder de la misma manera. Era de bien nacido ser agradecido. Además, en el conocimiento estaba la libertad, tanto su amigo como él compartían aquella creencia.

—Ven, acércate, observa y aprende. Estoy comprobando que los bocetos (así es como se les llama a los dibujos que hemos realizado de la ampliación de la casa), están proporcionados. Las medidas y las dimensiones deben ser correctas para que los muros puedan soportar el peso del tejado y no se caigan. La casa debe ser consistente. Es muy importante estar seguro de lo que se va a hacer. Hay que comprobar que el espacio que vamos a utilizar sea el suficiente para lo que necesitamos, y que las proporciones estén bien calculadas. ¿Lo entiendes?

Neco disfrutaba de las charlas que mantenía con ellos, le encantaba aprender, y sabía que toda aquella información que le facilitaban Laro y

Velasco algún día podría serle de utilidad.

—Sí, lo entiendo, y ya puedo comprender lo que habéis escrito a mano en esos papeles. Laro me ha estado enseñando a leer, escribir y a realizar algunas cuentas sencillas, para que no me engañen cuando sea yo el responsable de realizar la venta del pescado. —Se sentía satisfecho y sumamente orgulloso de los avances que estaba consiguiendo. Disfrutaba de los momentos que compartía aquel hombre serio y cariñoso con él. Los ratos que destinaban al aprendizaje eran especiales, además, le quería casi como a un padre. Jamás en su corta vida se había planteado la posibilidad de que alguien como él, un niño de familia humilde y de pocos recursos, pudiera saber todas aquellas cosas. Aunque pensándolo mejor, la situación había cambiado radicalmente, y en realidad, eran dos hombres con caracteres muy diferentes de los que podía aprender.

—Me alegro. Laro es muy listo y puede enseñarte muchas cosas, y lo que no sepa él, me lo puedes preguntar a mí, que aunque nunca lo vaya a reconocer, en el fondo sabe que yo soy mucho más inteligente que él —respondió sonriendo y con un brillo especial y divertido en los ojos. Era consciente de que el chiquillo se lo contaría inmediatamente a su amigo, y eso le provocaría una sonrisa, además de una inmediata contestación aguda y graciosa que llegaría hasta él, veloz como el viento.

—También yo sé cosas que te puedo enseñar. —Neco lo había pensado mucho antes de proponérselo. Estaba lanzándole un anzuelo que seguramente Velasco picaría, porque le sucedía lo mismo que a su hermana: el descubrir cosas nuevas y el tener un reto por delante les motivaba—. Puedo explicarte cómo se cazan las ballenas, y si más tarde te apetece nos podemos acercar hasta el puerto y lo compruebas por ti mismo. Deben estar a punto de llegar, es raro que aún no las hayan avistado todavía.

—Realmente siento curiosidad por saberlo. Llevo escuchando mucho tiempo historias increíbles sobre ello, y sinceramente siempre me ha parecido una hazaña increíble, diría incluso que imposible. Instrúyeme, soy todo oídos. —Estaba disfrutando comprobando cómo ese niño deseaba contarle algo que para él era sumamente importante. Dejaría que le explicase todo lo que quisiera, y cuando terminara, le acompañaría hasta el puerto un rato. Entendía que era donde realmente quería estar.

Frente a la entrada de la casa había unos árboles grandes y unas rocas que servían de lugar de descanso y de conversación en numerosas ocasiones para los integrantes de aquella peculiar familia. Aquel era uno de los rincones preferidos de Neco, porque desde allí podía ver el camino de acceso a su casa y saber quién se acercaba. Le gustaba saber cuándo llegaban sus hermanos, y ahora también cuándo lo hacía Laro y hasta allí acompañó a Velasco para explicarle todo lo que tenía que decirle.

—Verás, la casa de las ballenas está junto al puerto, en una pequeña elevación del terreno, rodeada por verdes prados con encinas al borde del mar, desde donde se puede observar perfectamente el humo que el *talayero* consigue hacer, quemando paja o leña seca. El tiempo que transcurre desde que se produce el avistamiento, cuando se descubre el paso de las ballenas hasta que estas rebasan la abertura de nuestra costa cercana a la playa para desaparecer a lo largo del litoral, debe ser el menor posible, porque de lo contrario, se puede perder la oportunidad de su caza. En alta mar es bastante más complicado darlas muerte con las chalupas que tenemos. Por eso, en esta época del año, que es de paso para las ballenas y los cachalotes, los tripulantes de las balleneras se quedan a dormir ahí, junto al mar. Con la ermita velando por sus vidas.

—¿Podría ver la casa de las ballenas más tarde? Siento curiosidad por conocerla—. Realmente Neco tenía un conocimiento bastante profundo e intenso de lo que estaba hablando. Además, podía apreciarse la pasión que contenían sus palabras, unos sentimientos que se le estaban contagiando a Velasco.

—Claro, pero no pienses que te vas a encontrar algo grande, es bastante pequeña. La casa se divide en tres partes: una general donde se depositan los arpones, jabalinas, sangraderas, ganchos, cuchillos, estachas, cuerdas y demás utensilios y herramientas para dar caza y muerte a los animales. También, se guarda ahí todo lo necesario para fundir su grasa una vez capturadas y troceadas las ballenas en las inmediaciones de la casa; otra parte, también pequeña, está destinada a ser la despensa de los marineros, y de mi hermana. De algo tienen que alimentarse durante ese tiempo de espera y duro trabajo. Y la tercera parte está dedicada al descanso de los tripulantes y de las personas encargadas de derretir la carne de ballena para sacarles el aceite. Este

proceso hay que hacerlo lo más rápidamente posible, porque los animales se descomponen bastante pronto. Por eso, durante esta temporada, se trabaja continuamente, noche y día. Se hacen muy duras las jornadas de trabajo.

—Sinceramente, Neco, me tienes asombrado, y debo reconocer que me parece fascinante y al mismo tiempo peligroso todo lo que me estás contando. ¿Por qué en esta época del año y no en otra?, y ¿a quién pertenece la casa de las ballenas? —preguntó intrigado Velasco. Había escuchado hablar de las proezas de esos hombres que cazaban ballenas, pero nunca se había parado a pensar cómo lo conseguían realmente, dónde o para qué utilizaban después al animal muerto. Que Deva formase parte de una tripulación era casi tan sorprendente, como la victoria sobre esos enormes animales. Necesitaba verlo con sus propios ojos.

—La casa de las ballenas es propiedad del Concejo de Isla, pero la mantenemos los marineros. Pertenece a una misma cofradía todos los del pueblo. Dentro de la casa hay un libro donde se anotan las capturas obtenidas y las ganancias. Una parte de lo conseguido siempre va al priorato.

Velasco interrumpió al chaval, ahora entendía mejor a lo que habían ido los pescadores a Puerto cuando Jorge resultó herido.

—Por eso estaba allí tu hermano. Se debían fijar las cantidades a entregar y el precio que se marcaría para la venta.

—Sí. Todos los años sucede lo mismo. Esperemos que esta temporada sea mejor que la anterior, así podremos ganar dinero suficiente como para pasar todo el año sin sufrir penurias. Con un poco más de pesca, con el huerto y las gallinas, estaremos tranquilos. —Neco estaba sorprendido ante la gran cantidad de cosas que sabía él y que desconocía Velasco, un hombre instruido y viajado—. Las ballenas llegan hasta nuestras costas de paso, escapando de las frías aguas del Mar del Norte y buscando las que son más cálidas.

—¿Y cómo se cazan? En el puerto los barcos que he podido observar no creo que sirvan para ello, son o de gran calado, por lo tanto muy pesados, o excesivamente pequeños y frágiles. —No terminaba de imaginarse cómo un animal tan grande podía ser cazado por unos hombres subidos en un barco, sobre un mar que era impredecible e indomable.

—En el fondo es una carrera. Se queda con el animal el que antes llega y

consigue darle caza. Las tripulaciones de Isla y de Quejo, ahora somos un mismo pueblo, antes no, pescamos todos juntos y nos repartimos tanto el trabajo como los beneficios. Pero tenemos que llegar antes que las gentes de los pueblos vecinos, que también están oteando el horizonte para llegar los primeros y hacerse con la presa. Nuestro puerto, el de Quejo, es importante, y nos hemos ganado el respeto de todos por la gran cantidad de capturas que conseguimos. Muchas de ellas, gracias a la rapidez de nuestros remeros. — Neco gesticulaba al tiempo que describía lo que iba contando, lo estaba viviendo con intensidad, como si fuese él el encargado de cazarlas—. En cuanto el *talayero* nos da el aviso, las tripulaciones montan en las chalupas, las barcas pequeñas que has visto amarradas en el puerto, y reman lo más rápidamente posible para ser los primeros en llegar hasta ellas. Se ponen a su altura y las arponean, intentando no fallar en el tiro, porque se ponen furiosas y resultan peligrosas. En la mayoría de las ocasiones, son familias que viajan juntas con sus crías, la madre nunca las abandona. Por lo tanto, es más sencillo comenzar por ellas, y si no, por las hembras. Con ambas sucede lo mismo, el macho nunca la abandona, y esta a su vez, tampoco a su cría. Poseen un fuerte sentimiento familiar, supongo que algo parecido a lo que nos sucede a nosotros.

Velasco estaba horrorizado, aquello que estaba escuchando le parecía muy cruel. Atacaban a los más débiles, no era una batalla justa.

—Eso es desalmado y perverso, no es una lucha honesta, de igual a igual —protestó dejando claro lo que pensaba al respecto.

Neco comenzó a reírse de él con fuertes carcajadas, tantas que tuvo que doblarse sobre sí mismo para evitar el dolor de tripa que le estaba entrando. Le parecía conmovedor que un soldado de Dios, un caballero templario que no se separaba de su espada bajo ningún concepto, hasta dormía con ella, y que estaba acostumbrado a luchar y a quitar vidas, pensara de aquella manera.

—Hombre, de igual a igual nunca puede ser, porque son unos animales inmensos y se defienden. Muchos hombres han muerto intentando darles caza. ¿Y tú, no matas en las batallas? —Neco no terminaba de comprender porque tenía esa cara de espanto.

—Nunca he matado a mujeres o niños. Solo luchamos contra hombres, a

los que nos enfrentamos en una lucha lo más justa posible —se defendió vehementemente.

—Bueno, como quieras verlo. Yo no lo comparto. Nosotros cazamos por supervivencia. Del animal sacamos el *sáin* y otros muchos productos que nos dan dinero. Además, la carne de las ballenas jóvenes se puede comer. Vosotros en cambio, matáis en nombre de Dios a otros hombres por pensar diferente, por creer en otro ser supremo. Y esos hombres, a los que dices que elimináis de forma noble y justa, también tienen mujeres e hijos.

El razonamiento de Neco era clarificador y sencillo, parecía mentira que un niño pequeño, y ajeno a lo que sucedía en otras partes del mundo, tuviera una visión tan clara de la realidad y que lo hubiese explicado de una manera tan franca y directa.

—Bueno, invaden nuestros territorios y matan a nuestros hombres. — Velasco sintió la necesidad de justificar sus actos.

—Si yo no te digo nada Velasco. No pongas esa cara. Cuando contemples a esos bellos animales de cerca, te darás cuenta de que no es una pelea tan sencilla. Tengo ganas de que los veas saltar en el aire, fuera del agua. Parece mentira que semejante mole de animal, se pueda mover con tanta facilidad, provocando olas a su alrededor cuando impacta de nuevo contra la superficie del mar. A Deva le gusta escucharlas cantar. Está convencida de que es su manera de comunicarse entre ellas. Pero no le digas que te lo he contado, porque me mata. Todos pensarían que está loca y... bueno, ella es diferente. Me entiendes, ¿verdad?

—Por supuesto que te entiendo, conmigo puedes estar tranquilo, sé guardar un secreto, y no quisiera que le sucediese nada malo a tu hermana. Pero cuéntame, ¿qué es el *sáin*? —Sabía perfectamente lo diferente y especial que era aquella mujer de la que se había enamorado su hermano. En cierta manera, sentía algo de envidia, también él deseaba encontrar a una persona que le completara y le hiciera sentirse feliz. En numerosas ocasiones pensaba que terminaría quedándose solo, aunque en el fondo de su corazón, mantenía la esperanza de conocer el amor algún día.

Neco continuaba feliz dándole todo tipo de explicaciones.

—El *sáin* es la grasa de las ballenas. Se hace líquida y se convierte en

aceite. Se utiliza para hacer velas y jabones. Es imprescindible y muy necesario en la iluminación, y lo más valioso de todo lo que obtenemos de la ballena. Aunque también son muy valoradas y solicitadas las barbas, porque son resistentes y flexibles. Según me ha contado Deva, las deben utilizar las mujeres de la alta sociedad para sus vestidos y para los adornos del cabello. Creo haber escuchado en alguna ocasión que aprovechan el esperma para ungüentos, aunque no tengo muy claro lo que es. Pero bueno, todas esas cosas las sabe mejor Jorge. Por cierto, un día me entretuve en contarle las barbas a una ballena adulta cuando consiguieron arrastrarla hasta la playa, antes de que la descuartizaran y se pusiera su carne a secar en el saliente rocoso que separa las dos playas. Y no te lo vas a creer, ¡tenía trescientas! ¡Increíble! —El discurso de Neco era apasionado.

Velasco estaba deseando comprobar personalmente todas esas situaciones y sensaciones que le estaba describiendo el niño. Se le veía feliz. Eran muchos los datos que se le escapaban, y que necesitaba tener para comprender realmente cómo lo hacían. En esos momentos, comenzaba a entender objetivamente, por qué hablaban de los cazadores de ballenas como si fuesen héroes. Por algo les llamaban, «Los Señores del Mar». Y que hubiese una mujer integrada por completo en ese mundo le parecía increíble, casi imposible desde todos los puntos de vista. El hecho de que pudiera participar activamente en la caza era cuanto menos sorprendente, por la fuerza y por la rapidez que tenían aquellos aguerridos hombres. Pero conociendo a la muchacha en cuestión, podía llegar a entender que frágil y pusilánime no era. Tenía coraje y valor de sobra, para eso y para mucho más.

—Deva..., cómo te lo diría yo, es poco habitual encontrarse a una mujer realizando un trabajo de varones. —Velasco estaba más sorprendido, por el hecho de que una mujer pudiera enfrentarse a esas bestias, que por otra cosa. No terminaba de imaginársela subida en una barca, pequeña e inestable, al frente de un puñado de hombres.

—La respetan todos en el puerto, es la mejor —respondió con rapidez Neco saliendo en defensa de su hermana—. Tiene una puntería infalible. Donde pone el ojo, pone el arpón. Además, como pesa poco, su chalupa siempre es más ligera que el resto, y eso importa bastante a la hora de dar alcance a la ballena los primeros, porque, aunque las cuantías y los precios ya

están fijados, la tripulación que consigue darle muerte tiene ciertos privilegios. Aunque no lo parezca, esos brazos flacos que tiene son bastante fuertes. A menudo es complicado distinguirla entre ellos. Es uno más en todos los sentidos, se quita las faldas y los vestidos, que por cierto te confesaré que los odia, y se viste con unos calzones ajustados a sus piernas que se los ha confeccionado ella misma junto a una camisa acompañada por una capa para cuando hace muy mal tiempo. Se recoge el pelo en un moño, para que no la moleste, y se enfrenta a la bestia soltando un grito de guerra: «¡Vamos a por ella, somos los caballeros del mar!». Y cuando se enfada, habla igual que los hombres en una taberna. No sé si me entiendes...

Velasco no pudo más que reírse a carcajadas por cómo imitaba Neco a su hermana. Estaba seguro de que se llevaría un pescozón si ella le veía haciendo y diciendo aquellas cosas, pero realmente resultaba gracioso. Sus carcajadas fueron inevitables.

—Me la puedo imaginar. No hace mucho, la pillé soltando lindezas por la boca. ¿Sabes?, estoy convencido de que estamos perdiendo el tiempo aquí sentados, hablando de estos asuntos que no he visto, y que puedo contemplar. ¿Qué te parece si nos marchamos al puerto? —preguntó Velasco sabiendo cuál sería su sorpresa.

—Vayamos antes de que se nos haga más tarde y no les veamos salir. Mira que has tardado una eternidad en proponérmelo —respondió el niño poniendo los ojos en blanco—. Pero antes, les llevamos un par de mantas y un candil. Para variar, Jorge se lo ha vuelto a dejar olvidado en casa. Esta noche necesitarán abrigarse, porque el viento del nordeste que nos está azotando es demasiado frío, y allí están pegados a la mar.

—De acuerdo. No me gustaría que muriesen congelados —ironizó Velasco mientras le esperaba, y observaba la rapidez y la alegría con la que Neco entró en la casa para marcharse sin perder tiempo. Estaba nervioso y ansioso por llegar.

Realmente hacía mucho frío. Se habían tenido que abrigar porque era imposible no dejar de tiritar. Aquella desagradable sensación se agravaba con la humedad que había continuamente en el ambiente. De donde ellos procedían, el invierno, aunque duro, se llevaba de otra manera. Los dos

encaminaron sus pasos con dirección al puerto y a la casa de las ballenas que tantas ganas tenía de conocer y de la que tanto había estado escuchando hablar. Estaba deseando ser testigo de esa lucha desigual, peligrosa e impactante, del enfrentamiento entre el cazador y la presa, que en aquella ocasión, era del todo peculiar; una mujer contra una ballena.

Si no había entendido mal, se lanzaban al mar en unas barcas pequeñas a las que también llamaban balleneras, y en las que entraban entre seis y ocho tripulantes remeros, un arponero colocado en la proa y el timonel en la popa. Deva, sorprendentemente, era arponera. Permanecía de pie, guardando el equilibrio y buscando la posición adecuada, muy cerca del animal, para acertar en su objetivo. La tripulación debía remar lo más fuerte y rápidamente que les fuera posible, para dar así alcance a su presa. Todo aquello debía ser llevado a cabo con el mayor sigilo del que fueran capaces, para ello impregnaban el exterior de las chalupas con grasa animal. De esa manera, el agua no producía tanto ruido al golpear contra las embarcaciones, los remos se hacían de pala fina para que no salpicaran el agua al bogar, y así no sobresaltar a las ballenas, que tenían un oído demasiado sensible. Debían ponerse a su lado, y clavar en el cuerpo del animal tantos arpones como fuera posible. Estaba seguro de que ella llevaría más de uno bien preparado. La bestia probablemente intentaría huir hacia las profundidades del mar, llevándose consigo a la chalupa, que tendría que soportar sus zambullidas y las embestidas realizadas para defenderse. La presa se quedaría unida a la embarcación por medio de la cuerda que amarraba animal y barca.

Para él, era impresionante lo que hacían Deva y aquellos hombres en el mar. Tenía muchas ganas de vivir esa experiencia, pero desde tierra firme. Él no estaba preparado para esas emociones. El recuerdo que tenía de su última travesía en barco era francamente terrible. Estuvo mareado y vomitando todo el tiempo, y luego, para colmo, se formó una galerna que casi les mata, y por su culpa, Rodrigo había estado a punto de morir. No. Definitivamente lo viviría desde tierra firme.

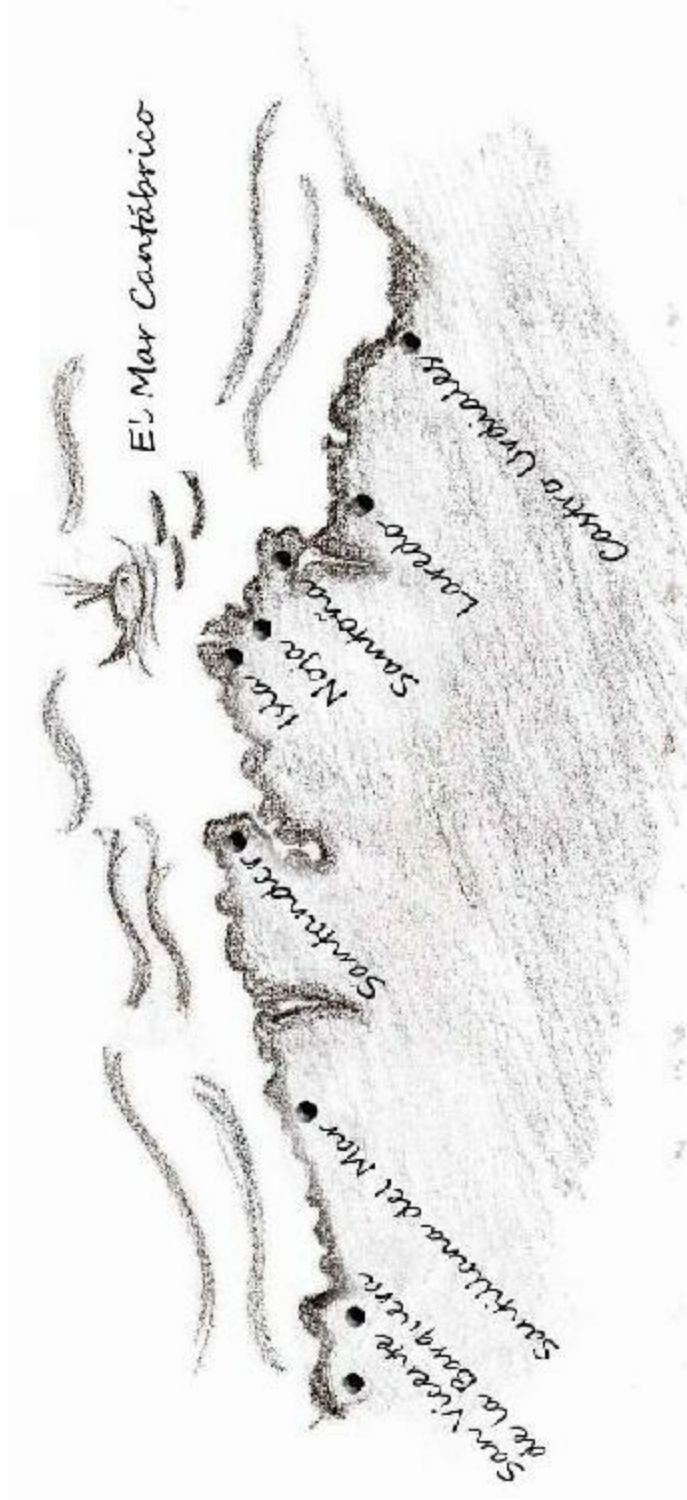
Lo que no tenía tan claro era que su hermano llevase bien el hecho de que Deva se jugase la vida de aquella manera. En cierta medida eran iguales, guerreros, caballeros, con la única diferencia de que una surcaba las olas del mar en un barco, y el otro, la tierra a lomos de un caballo. Ahora, los dos bajo

una misma cruz, pero con un significado totalmente distinto. Se habían jurado amor eterno el uno al otro.

Tenía claro que sería una contienda complicada, una continua lucha de titanes.

La espada frente al arpón.

El Mar Cantábrico





Llegaban tarde. Con tanta charla se habían entretenido demasiado y tenían que haber salido antes. El *talayero* había dado el aviso de avistamiento de ballenas y las chulapas se estaban echando rápidamente a la mar. Neco experimentaba multitud de sentimientos. Una mezcla de sensaciones que le estaban bloqueando. No sabía exactamente qué hacer, no tenía claro si subir corriendo hasta la casa de las ballenas, desde donde podía contemplar la caza mejor, o quedarse a esperarles en el puerto. Los nervios, la alegría y la preocupación estaban haciendo mella en él. Velasco, sabiendo interpretar perfectamente los gestos y las expresiones mudas en la cara del pequeño, decidió por los dos lo que harían. Como las pequeñas embarcaciones ya se habían echado a la mar, lo mejor sería observar, tanto la carrera como la caza, desde una posición elevada para intentar no perderse ningún detalle de todo lo que sucedía. Y no quería dejar al pequeño solo en el puerto. Se sentía responsable de él, en ese momento sus hermanos estaban en el mar intentando llevar a cabo una hazaña épica para él, que era lo que pensaba que era todo aquello, además de una auténtica locura. No tenía muy claro dónde se encontraba Rodrigo, pero suponía que no andarían muy lejos de allí.

Velasco estaba convencido de haber tomado la decisión acertada. Junto a la ermita y la casa de las ballenas, se podía contemplar la costa que unía los diferentes pueblos, la entrada a la ría, que en esos momentos estaba soportando el azote de unas olas de considerable altura que comenzaban a atacar furiosamente las rocas, y lo más importante, se podía divisar una amplia porción de mar. El puerto quedaba a su mano izquierda, y la ría a la derecha. ¡Aquel lugar era impresionante! A pesar del frío viento del nordeste que soplaba en aquellos momentos, sentía calor. Tenía los nervios a flor de piel,

provocando en él una sensación de euforia que no podía controlar.

La primera visión que tuvo de aquellos animales le dejó fascinado. Ante sus ojos apareció un grupo numeroso de inmensos ejemplares marinos que, ajenos a lo que les iba a suceder, surcaban el mar tranquilamente, confiados en su supremacía. Nunca antes había contemplado cómo un ser tan grande y pesado podía moverse con tanta facilidad dentro del agua. Y efectivamente, tal y como le había contado Neco, era maravilloso y sorprendente comprobar la agilidad que tenían para dar saltos desde dentro del agua, elevándose y girando su cuerpo sobre sí mismos, para volver a caer al mar, provocando gigantescas olas a su alrededor. Sus soplidos eran asombrosos. Debía reconocer que estaba asistiendo a un espectáculo único.

—Neco, esto es fascinante. Estoy realmente sorprendido —le confesó emocionado al pequeño que no perdía detalle de todo lo que estaba sucediendo a una distancia no tan alejada de donde se encontraban ellos.

—Ya te lo he dicho. ¡Mira! ¡Se están acercando a ellas! —gritó alterado señalando con su dedo—. El grupo de barcas de la derecha ha salido de Noja, el pueblo vecino. Creo que vamos a tener suerte. Hay tantos ejemplares que en esta primera ocasión habrá ballena para todos. Es una buena manera de dar comienzo a la temporada, ¿no crees? —Su sonrisa era sincera.

Velasco no podía apartar la mirada de aquellos hombres que se estaban enfrentando con unos animales que eran muchísimo más grandes que ellos. Era prácticamente imposible distinguir a Deva. Él, porque sabía que estaba en una ballenera, con el arpón en mano, preparada para acertar en su objetivo. De no haber sido así, estaba seguro de no poder reconocerla. Sabía que era ella, porque pudo distinguir a Jorge en la chalupa, con el timón entre las manos. Admiraba el valor y la destreza de los tripulantes de aquellas pequeñas embarcaciones, que eran rápidos como el viento y que maniobraban con seguridad. Estaban coordinados a la perfección, y se podía apreciar la confianza plena y absoluta que tenían los unos en los otros. Lo que estaba en juego eran sus vidas.

—¡Laro! ¡Ven aquí con nosotros! ¡Desde esta posición lo puedes observar todo perfectamente! —Neco le reconoció desde lejos. Se le veía caminar nervioso. Sus grandes zancadas y la tensión acumulada en sus hombros rígidos

delataban con claridad su preocupación.

Angustiado, llegó hasta el lugar en el que se encontraba Velasco con el pequeño. Desde allí podía apreciar mejor las maniobras que estaban realizando. Los marineros sabían perfectamente lo que hacían, y Rodrigo confiaba plenamente en su capacidad para conseguir el objetivo, pero hubiera preferido ser él quien estuviese en esa pequeña barca y Deva en tierra firme, segura junto a su hermano y a Velasco. No podría soportar que le sucediese algo malo, pero entendía que esa era su vida y que la hacía feliz. No encontraba la valentía suficiente como para sugerirle que lo dejara. Le parecía injusto después de todo lo que había conseguido en un mundo de hombres.

—Rodrigo, relájate. No tiene por qué pasar nada. —Velasco colocó cariñosamente su mano sobre el hombro de su amigo, intentando infundirle tranquilidad, aunque sabía de sobra que aquello era algo difícil dadas las circunstancias que les rodeaban. También él andaba un poco inquieto. El viento había comenzado a soplar con más fuerza y el mar se estaba enfureciendo peligrosamente.

—¡Se les ha soltado el arpón! La ballena se escapa. La han herido, pero no lo suficiente como para poder rematarla e intentar arrastrarla hasta la costa. Nos hemos quedado sin premio. —Informó Neco como si tal cosa, habían sido muchas las veces en las que situado en ese mismo lugar, esperando el regreso de sus hermanos, observaba las maniobras y los movimientos que realizaban. Era un ritual aprendido e interiorizado, por lo que sabía perfectamente que en aquella ocasión regresarían sin la ballena.

—Velasco, algo sucede, el oleaje es demasiado fuerte y no pueden remar en dirección al puerto para regresar. Tienen el viento en contra, y juraría que la corriente también. —Rodrigo contemplaba horrorizado cómo el nivel del mar había subido considerablemente. La marea era muy elevada y la dirección del viento les estaba arrastrando en dirección contraria.

—Eso me parece, pero supongo que sepan lo que deben hacer, no será la primera vez que les sucede algo parecido —dijo Velasco intentando creerse sus propias palabras.

La intranquilidad que sentían aquellos dos hombres en ese momento iba en aumento. Era evidente el esfuerzo titánico que estaban realizando aquellos

hombres por alcanzar tierra firme. Rodrigo quiso salir corriendo hacia el puerto para coger una barca y salir en su ayuda, pero Neco que estaba al corriente de los pensamientos y las estrategias de sus hermanos, que conocía las aguas bravas y peligrosas de aquel mar que le había visto nacer, se lo impidió.

—¡No!, no vayas al puerto. Tenemos que ir hacia la playa que está en el lado contrario, la que se forma cuando baja la marea en la ría. Van a intentar entrar por la desembocadura que la une con el mar. Es la única posibilidad que tienen de alcanzar la costa. Con estos vientos tan fuertes, las grandes olas y la corriente en contra, intentar acceder por el puerto es una locura, se estrellarían contra las rocas. Y ellos lo saben.

Neco sujetó fuertemente a Rodrigo por el brazo, y mirándole a los ojos imploró su ayuda. Necesitaba que él estuviese sereno y tranquilo para lo que pudiera suceder. Tendrían que salir a su encuentro y ayudarles, porque llegarían exhaustos y sin fuerzas. Con nerviosismo y miedo, consiguió hablar a aquel hombre que en esos momentos era al único al que podía recurrir.

—Confía en mí Laro, os van a necesitar. —En su petición de ayuda, también incluía a Velasco. Aquellos aguerridos hombres eran su único punto de apoyo.

—¿Estás seguro de lo que me estás contando? —Rodrigo no quería equivocarse, estaba en juego la vida de su mujer, y no se perdonaría el no haberla podido salvar.

—Completamente seguro. Jorge y Deva me lo han explicado un montón de veces, ya sucedió algo parecido el año pasado, y la embarcación que intentó entrar por la bocana del puerto terminó estrellándose contra las rocas. Es muy complicado maniobrar con el tiempo así en esa zona, además, hay ocultas bajo las aguas rocas que pueden destrozar el barco y hundirlo. Por favor, confía en mí, si les pasara algo...—Neco rompió a llorar desconsoladamente. Si sus hermanos no sobrevivían a aquel temporal súbito que se había formado, se quedaría solo en el mundo. No tenía a nadie más a quien recurrir—. ¿Qué va a ser de mí sin ellos?

Rodrigo, sin saber muy bien cómo enfrentarse a las lágrimas infantiles de ese niño al que adoraba, intentó pensar con claridad y actuar como lo que era,

un guerrero acostumbrado a tener los nervios templados, un caballero que buscaba soluciones y ganaba las batallas. Agachándose, poniéndose en cuclillas a su altura, le abrazó fuertemente, intentando infundirle seguridad y demostrarle lo mucho que le quería. No estaba solo en la vida, también le tenía a él.

—Tranquilo, lo van a conseguir y les vamos a ayudar en todo lo que podamos —dijo con firmeza, intentando infundirle valor.

Su voz segura y serena, calmó el temblor provocado por el llanto angustiado de Neco, que se aferró a su cuello con todas sus fuerzas. Él era su salvavidas, la roca fuerte y segura a la que podía aferrarse. Rodrigo le dio un beso cariñoso en la mejilla húmeda por las lágrimas, y fue en ese momento, en el que tomó plena consciencia de lo mucho que le quería.

—No te preocupes, pequeño mío, yo estaré siempre a tu lado.

Velasco se había adelantado, intentado preparar unas cuerdas largas y gruesas, que cogió sin permiso de la casa de las ballenas. Las necesitarían para amarrarlas a un lugar sólido y seguro desde el que poder enfrentarse a la fuerte corriente de la ría que deberían atravesar, porque la marea estaba subiendo muy deprisa, cubriéndolo todo. Parecía un lago de aguas tranquilas y cristalinas. El movimiento fluido del líquido elemento producía destellos cegadores por el reflejo del sol, y la imagen idílica que mostraba, nada tenía que ver con la cruda realidad.

Mientras intentaban organizarse con el resto de miembros de la cofradía para ayudar a los infelices que estaban luchando contra ese enfurecido mar por salvar su vida, mandaron a Neco junto a Cantia para que se hiciera cargo de él, le tranquilizase y consiguiera retenerle a su lado. No querían que estuviese presente en el crítico momento de la entrada en la ría de aquellas pequeñas embarcaciones. El niño permanecería en la ermita de San Sebastián rezando, pidiendo a Dios y a la Virgen que salvara a sus hermanos. También ellos se encomendaron al Señor. Siempre realizaban una oración antes de entrar en el campo de batalla y se santiguaban. Era un ritual que en aquella ocasión también estaban ejecutando.

El agua, sigilosamente lo cubría todo por momentos. Estaba invadiendo la pequeña chalupa y los hombres cansados eran incapaces de remar con más

fuerza. Se estaban enfrentando a un mar embravecido con vientos que soplaban demasiado fuertes en contra suya. Seguramente, el *talayero* había dado el aviso de temporal, pero al estar en el mar, les había sido imposible enterarse. Ya era mala suerte que les hubiese coincidido con la marea alta. Sabían lo que debían hacer, lo tenían más que hablado, pero era muy distinto tener que ponerlo en práctica con aquellas condiciones tan adversas. El mar se había convertido en aquella ocasión en su enemigo. Además, comenzaban a estar muertos de frío, dificultando sus movimientos. Tanto el agua como el viento eran heladores, y eso impedía que sus brazos pudieran remar con la fuerza suficiente.

Jorge, como timonel, era el encargado de gobernar la dirección de la embarcación, pero tenía las manos tan entumecidas por el frío y la humedad, que le era del todo imposible poder sujetarlo con firmeza. Deva se colocó entre los remeros. Se unió a ellos para, entre todos, conseguir controlar y dirigir la chalupa. Debían intentar entrar sin problemas por la barrera natural que formaban las aguas del mar entre las rocas, en la desembocadura de la ría. Desde su posición, podía contemplar los esfuerzos que estaba realizando su hermano, luchando contra las fuertes corrientes que les querían alejar de su objetivo, lanzándoles contra los riscos y peñones escarpados que puntiagudos, les daban la bienvenida. La maniobra que estaba iniciando su hermano requería de mucha precisión. El fuerte oleaje les impedía ver con claridad. Todo a su alrededor era agua salada y espuma asesina. Jorge improvisó una maniobra compleja completamente a ciegas, poniendo de repente la chalupa en grave peligro y con ello sus frágiles vidas.

Con grandes esfuerzos, consiguieron colocar la embarcación en la posición adecuada para iniciar el último tramo que les separaba de la ría, y aunque consiguieron su objetivo antes de lo esperado, las aguas habían subido su nivel demasiado deprisa, provocando remolinos y fuertes corrientes que les impedían avanzar. Para acceder al punto que se habían marcado como objetivo, debían atravesar ese estrecho y peligroso pasillo rocoso, que debido al mal estado de la mar, había convertido la ría en un canal violento e infernal que quería sepultarlos bajo las aguas.

Inesperadamente, un fuerte golpe de mar empujó la chalupa directamente contra las rocas, arrastrando la embarcación hacia una muerte casi segura. El

impacto fue brutal, arrancando de cuajo la seguridad que sentían hasta ese momento sus tripulantes, al comprobar cómo la colisión había provocado una grieta cerca del timón. Jorge, preocupado por lo que estaba sucediendo e intentando reconducir la dirección de la embarcación, perdió el equilibrio, y su mano, encallecida por el duro trabajo, quedó atrapada entre las rocas y las maderas de la ballenera. El dolor que sintió fue insoportable, sus dedos estaban machacados, y las heridas que le provocaron las agresivas y puntiagudas rocas sangraban abundantemente. Como consecuencia inmediata de todo aquello, involuntariamente soltó el timón que se perdió inevitablemente entre las aguas.

Deva se vio obligada a ocupar el puesto de timonel. Con una agilidad asombrosa, recorrió la pequeña distancia que existía entre el lugar en el que se encontraba ella y el que ocupaba su hermano. Todo eso lo realizó en un tiempo inferior al que hubiera utilizado en otras circunstancias. Jorge no estaba en condiciones de poder manejar el timón, era incapaz de capitanear la nave. Apartándole sin mucho cuidado, ya que tenía que actuar con rapidez, dejó caer el peso de su cuerpo hacia el interior del agua fría, sosteniendo la soga que sujetaba el timón con ambas manos, sumergiendo sus brazos hasta el hombro, guardando el equilibrio y tirando con todas sus fuerzas para recuperarlo, intentando ganarle esa batalla al mar.

—¡Remad! —gritó desesperadamente.

La chalupa crujió y protestó ante semejante maniobra, estaba herida de muerte. El agua entraba sin pedir permiso en su interior, pero aguantó, avanzando con ímpetu, impulsada por la fuerza desesperada que ejercían aquellos valerosos hombres que estaban con los remos en sus manos. Y virando a babor, con mucho esfuerzo, aprovechando la fuerza del viento, consiguieron a duras penas posicionar la pequeña embarcación.

—¡Vamos, muchachos, a los remos con fuerza! cuando yo os grite «¡bogar!», remaremos todos a la de uno, con todas nuestras fuerzas. ¡Lo vamos a conseguir! —Deva gritaba las órdenes desesperadamente, luchando contra las inclemencias del tiempo y las barreras que la naturaleza les quería imponer. Tenía la esperanza de que podían conseguirlo. Todos acataron sus órdenes en silencio, sin dudar.

Finalmente consiguieron llegar al refugio que les ofrecían las aguas algo más tranquilas de la ría, alejadas de la furia de las olas del mar, y aunque la corriente seguía siendo demasiado fuerte, nada tenía que ver con lo que acababan de superar. Todos estaban a salvo a excepción de Jorge. Su mano no presentaba buen aspecto. Se temía lo peor.

Rodrigo, mientras tanto, desesperado, sufría viendo el esfuerzo titánico que estaban realizando aquellos hombres valientes y aguerridos por intentar ponerse a salvo, luchando contra una mar enloquecida. Su corazón acelerado sufría ante lo que sus ojos no podían dejar de contemplar con asombro. Deva había tomado los mandos de la chalupa, segura y consciente de las pocas posibilidades que tenían de salir con vida de aquella situación inesperada en la que se habían visto inmersos. Con una agilidad asombrosa, atravesó la chalupa de proa a popa, ocupando el lugar de su hermano. Jorge debía estar gravemente herido y ella le había sustituido sin dudarlo, sin miedo. Pudo comprobar también cómo aquellos marineros la aceptaban con respeto, en ningún momento cuestionaron su autoridad. Confiaban en ella, y todos la admiraban lo suficiente como aceptarla al mando.

Eran tres balleneras pequeñas las que estaban intentado acceder a la ría, y para ayudarles en el tramo final, todos los que estaban en tierra firme aseguraron unas cuerdas gruesas y resistentes a un punto fijo y seguro, anudándose la cuerda alrededor del cuerpo para acudir en su busca, y entre todos, ayudarles a remolcar las barcas y evitarles el esfuerzo de continuar remando contra corriente. Pero necesitaban asegurar sus posiciones, no podían arriesgarse a que las aguas violentas les arrastraran también a ellos. Saldrían los más fuertes y los mejores nadadores. Rodrigo iría en busca de lo que más quería.

La desesperación y la concentración en lo que estaba haciendo le impidió sentir lo fría que estaba el agua. Obsesionado, luchaba desesperadamente contra las fuertes corrientes de aquellas aguas que aunque aparentemente estaban tranquilas, eran bravas. En el momento que consiguió dar alcance a la chalupa en la que se encontraban Deva y Jorge, sintió una sensación de alivio que aligeró la presión que sentía en el pecho y que le impedía respirar con normalidad. Entre cinco hombres consiguieron arrastrar la barca hasta una zona más tranquila y en la que comenzaban a hacer pie. Llegaron, ayudados

por la tripulación de la chalupa que en ningún momento había dejado de remar y por aquellos hombres, que desde la distancia, observaban y rezaban al mismo tiempo, para que se acercaran lo suficiente y poder salir en su ayuda.

Velasco permaneció en todo momento junto a su hermano, luchando codo con codo, como habían hecho siempre, enfrentándose a la cruda realidad de la vida que les había tocado vivir. Podía sentir en su propia piel la preocupación y el sufrimiento de Rodrigo. Lo veía reflejado en su rostro, era consciente de lo complicada que era la situación. Admiraba a aquella mujer fuerte y con carácter que estaba seguro le iba a hacer feliz. Se encontraban ateridos de frío y completamente mojados, pero no importaba absolutamente nada, tenían que conseguir sacar de allí a todos aquellos hombres.

Una vez alcanzada la pequeña ensenada que todavía no había desaparecido con la subida del nivel del mar y que no había sido tragada por las aguas de la ría, se abalanzaron al interior de las barcas para comprobar el estado de sus tripulantes y ayudarles a bajar para ponerles a salvo. Habían sufrido alguna que otra baja. Un par de pescadores habían caído a las aguas profundas y oscuras de un mar Cantábrico que en ese momento no admitía réplicas a su comportamiento dominante sobre todos ellos. Él era el que mandaba y marcaba las reglas del juego. A Jorge le sangraba abundantemente una mano. Velasco no necesitó comunicarse con su hermano para saber lo que tenía que hacer. Él se haría cargo del muchacho, e intentaría curar sus heridas. Entendía que Rodrigo necesitaba comprobar el estado de su amada.

Este, prácticamente la arrancó del interior de la barca. No le dio tiempo a reaccionar, y con un salto ágil y rápido, se coló en el interior de la chalupa, la cogió entre sus brazos y la sacó de aquel infierno marino que les rodeaba. Ansiaba comprobar que se encontraba bien. Con grandes zancadas consiguió depositarla sobre el prado verde, mullido y seco, que permanecía expectante a todo lo que estaba sucediendo a su alrededor.

La abrazó con desesperación. No era capaz de soltar el cuerpo cálido y mojado de la mujer por la que sería capaz de dar su vida y de cometer la mayor locura del mundo. Apartó con devoción los cabellos empapados y pegados a su rostro.

—Doy gracias a Dios por que hayas conseguido salvar la vida. No sé qué

habría sido de mí si te llega a suceder algo, no puedo ni pensarlo. He creído enloquecer cuando te he visto en peligro. —Rodrigo era incapaz de dejar de acariciarla y de susurrarla al oído lo mucho que la quería—. Te quiero tanto, mi amor... he pasado tanto miedo...

Deva respondió a su abrazo con la misma pasión que él. También ella había llegado a dudar en alguna ocasión que fueran capaces de salvar la vida. Estaba claro que ese no era su día, todavía no había llegado su hora. Enmarcando el rostro de su amado entre sus manos, le besó en los labios. Un beso tierno, cargado de amor.

—También yo he pasado miedo. Pero lo hemos conseguido —respondió exhausta pero aliviada al mismo tiempo.

Neco llegó sin aliento a su lado, y al contemplarles abrazados y ajenos a todo lo que les rodeaba, carraspeó exageradamente para llamar su atención.

—Ejem, ejem... podríais dejar que corriera un poco el aire entre vosotros y así yo poder abrazar a mi hermana. No seas abusón.

—Por supuesto —respondió azorado Rodrigo, que no era capaz de apartar la mirada de esa mujer fuerte y decidida que sabía le iba a provocar más de un quebradero de cabeza—. Voy a comprobar el estado de Jorge. Velasco se ha quedado con él.

Neco se abalanzó sobre su hermana. Esta se sentía extremadamente cansada debido al grandísimo esfuerzo que había tenido que realizar. Sentada en el suelo, acarició el cabello revuelto de su pequeño, intentando tranquilizarle con palabras cariñosas. Mientras, contemplaba cómo se alejaba Laro con paso firme y seguro hacia el lugar en el que se encontraba su hermano. Sabía que su vida no corría peligro, pero era consciente de que su mano izquierda no presentaba buen aspecto. El impacto sufrido contra las escarpadas rocas había sido durísimo, y sospechaba que se debía haber roto todos los dedos de la mano. Esperaba sinceramente que no fuese nada más grave, porque tendrían serios problemas si a él le sucedía algo que le impidiese pescar.

Velasco echó preocupado un primer vistazo a la mano de Jorge. Sus dedos estaban deformados, al igual que los nudillos, que probablemente tuviera rotos. La hinchazón que presentaban no era nada halagüeña, pero lo que

realmente le tenía preocupado era el corte de la muñeca. No era capaz de parar la hemorragia y temía que se pudiera desangrar. Con la ayuda de Rodrigo le trasladaron al interior de la casa de las ballenas para realizarle de una manera más segura las curas que fuesen necesarias, y poder hacer un diagnóstico más acertado.

Después de lo que resultó ser un tiempo demasiado largo, consiguieron detener la hemorragia e inmovilizarle la mano. Le dejaron descansando al cuidado de Cantia, que no quería separarse bajo ningún concepto de su futuro marido. Como estaban en plena temporada de caza, allí no se podía quedar, y en su casa con Neco y Velasco tampoco, por lo que el padre de su prometida se ofreció a hacerse cargo de sus cuidados. De aquella manera, no entorpecería el ritmo de trabajo que se habían marcado. Deva se quedaría en la casa de las ballenas, tal y como había estado haciendo hasta ese momento. El pequeño permanecería al cuidado de Velasco, que sería quien estaría revisando las obras de ampliación de la casa.

Rodrigo y Velasco, una vez finalizadas las curas a los hombres que habían resultado heridos, se marcharon a la única taberna que había en el pueblo para poder tomarse una jarra de vino y conversar tranquilamente. Ambos sabían que la situación se les iba complicando por momentos.

—Sabes tan bien como yo, que esa mano no está bien. Hemos visto muchas parecidas en multitud de ocasiones después de una batalla —dijo derrotado Velasco, expresando en voz alta a su inseparable amigo lo que ambos sabían de sobra.

—Lo sé, se la tendremos que amputar. —La angustia en su voz reflejaba el dolor por lo que iba a sufrir ese muchacho y por lo que significaría para la familia la pérdida de una mano. Debían actuar con rapidez. Con un muñón no podría salir a cazar ballenas y probablemente tendría dificultades para continuar pescando—. Mañana, cuando estén todos más tranquilos, se lo diré a Deva, aunque sospecho que ella se imagina algo, por cómo me ha mirado antes de que nos marcháramos.

—Rodrigo, ¿cómo vamos a solucionar tu situación? No puedes alargar esta circunstancia por mucho más tiempo. Debes hablar con tu padre y enfrentarte al Maestro para intentar arreglarlo. —Velasco no paraba de darle vueltas al

asunto de su regreso, sabía que su hermano tenía claro lo que iba a suceder.

—De momento voy a comunicarle tanto al Concejo como a los miembros de la cofradía que por ahora voy a ser yo el responsable de la familia. Alguien tiene que hacerlo. Les voy a decir la verdad, que Deva es mi prometida y que nos casaremos en cuanto regrese de solucionar unos asuntos familiares que requieren de mi presencia en las tierras de mi padre. Cuando termine la temporada de caza me marcharé, me enfrentaré a lo que sea necesario, y volveré siendo un hombre libre para poder estar con ella. Durante mi ausencia, serás tú, hermano mío, quien velará por los que más quiero. Sabes que eres el único al que confiaría mi vida. —Rodrigo había tenido tiempo más que suficiente para pensar en una posible solución. Se enfrentaría a quien hiciese falta para arreglar aquella situación tan extraña en la que se encontraba. Bien podía fingir su muerte, tal y como le había propuesto Velasco, pero eso supondría mentir, y él era un hombre de honor. Además, su padre no se merecía aquello. Acudiría primero a verle a él, le pediría consejo y ayuda. Estaba seguro de que entre los dos encontrarían una solución adecuada para todo aquello. Mientras tanto, debía velar por la seguridad y el bienestar de la que consideraba su familia.

—Por supuesto que estaré a tu lado. Defenderé sus vidas con mi propia sangre. Creo que no es necesario que te lo jure, sabes que nunca faltaré a la palabra dada. Tú familia también es la mía —respondió solemnemente Velasco.

—Gracias, hermano.

Rodrigo sabía perfectamente que podía confiar en él. No hicieron falta más palabras entre ellos, sellaron ese momento chocando sus rebosantes jarras de vino.

—Me voy a trasladar a la casa de las ballenas para estar junto a Deva cuando den el aviso de avistamiento. Ocuparé el puesto de Jorge en la chalupa, es necesario conseguir buenas capturas.

—Sé que lo harás bien, siempre te ha gustado el mar y navegar, pero sinceramente, nunca pensé que te vería enfrentarte con una ballena. Contra ella no puedes utilizar la espada —dijo en tono burlón.

—Serás canalla... Ya se me ocurrirá algo para llevarla conmigo —replicó

con humor.

—Estoy seguro de ello. Mañana mismo revisaremos el estado de la chalupa y la repararemos. Ya sabes que se me da bien el trabajo con la madera, y me aseguraré de que esté todo como debería. Haré una revisión a fondo. Buscaré una solución a lo de la espada, no quiero que estés desarmado cuando te enfrentes a esa bestia, podría serte de utilidad. —Aunque se lo habían tomado a broma, Velasco estaba convencido de que una buena hoja afilada podría salvarle la vida también en el agua, y con gestos exagerados imitó el movimiento del brazo al clavar la espada o el cuchillo en el animal.

Inevitablemente prorrumpieron en sonoras carcajadas que pasaron totalmente desapercibidas para los demás parroquianos, debido al jaleo y al bullicio que había en el interior de la taberna. Se retiraron bastante tiempo después con el espíritu contento y los reflejos mermados, las horas pasaron volando recordando viejos tiempos y anécdotas pasadas que inevitablemente les hicieron sonreír, y cómo no, conversando sobre un futuro incierto.

Deva, preocupada era incapaz de conciliar el sueño. Había estado en casa de su amiga Cantia visitando a su hermano y comprobando el estado en el que se encontraba. Era consciente de que la mala suerte se había cebado con ellos. Si su hermano no podía echarse a la mar, tendrían un grave problema. Sabía que Laro se había marchado con Velasco, les había visto alejarse charlando relajadamente hasta que sus figuras se convirtieron en un pequeño punto oscuro y borroso en la lejanía. Le hubiera gustado esperarle fuera, pero era demasiado tarde y debía guardar las apariencias. No estaba en su casa bajo la seguridad y el calor de su hogar. En esos momentos compartía un espacio común con demasiadas personas. Necesitaba hablar con él, debía pedirle ayuda con las chalupas, al menos hasta que terminara la temporada de caza. Sentía en su interior que la gran ballena estaba aún por llegar, y aparte de ser una importante oportunidad para hacerse con una buena captura, podría disfrutar del enfrentamiento con ese animal tan bello por el que sentía fascinación. Realmente lamentaba tener que matarlas, pero era ley de vida, cuestión de supervivencia. Tendría que esperar al día siguiente para hablar con Laro y pedirle también que se hiciese cargo de Neco en caso de que les sucediera algo a su hermano Jorge o a ella. No tenían ningún familiar cercano que pudiera ayudarles, y en él confiaba ciegamente. Se acurrucó junto a su

hermano pequeño con el que dormía, e instintivamente este se abrazó a ella buscando la seguridad y el calor de su cuerpo. Esa sería la única ocasión en la que le dejarían dormir con ella allí, el resto de las noches tendría que irse a casa con Velasco.

Se sentía tremendamente cansada. Las jornadas laborales durante esa época del año eran muy largas y ese día en concreto había sido agotador, estaba molida, le dolía todo el cuerpo por culpa de la tensión a la que había estado sometida y por los esfuerzos realizados para alcanzar tierra firme. Habían salvado la vida por los pelos.

Y pensando en Laro, en su mirada y en los besos cargados de ternura y de pasión que había depositado cariñosamente por su cuello, regalándole promesas de amor, se fue quedando dormida escuchando el hipnótico vaivén de unas olas que acariciaban la costa que tanto amaba. Ese murmullo agradable y lejano, que para ella era música celestial, se unía al olor intenso de salitre y mar que inundaban sus recuerdos y acariciaban su alma. Sentía que acudían en su ayuda para velar unos sueños que últimamente eran intranquilos. Podía identificar el canto antiguo, tímido y sereno de las ballenas al comunicarse unas con otras al pasar por aquel lugar. Sentía en el fondo de su corazón que la llamaban y que susurraban al aire su nombre.

Deva.



En el puerto, los pescadores del pueblo se habían impuesto una rutina calmada y tranquila en las labores diarias hasta que se produjera un nuevo avistamiento de ballenas. Se salía a pescar todos los días, los barcos marchaban a la mar por la mañana muy temprano y echando sus redes, intentaban conseguir unas buenas capturas. Lo más ventajoso de vivir en la costa y de pertenecer a una familia de pescadores, era que podían disfrutar del sabor de la carne fresca de los peces que se cogían con las redes y los anzuelos. A Neco le gustaba sentarse entre las rocas que bordeaban la costa, en la zona que delimitaba el agua del mar con el terreno escarpado, verde y lleno de encinas, que le proporcionaban sombra cuando sentía demasiado calor. Junto a la ermita, a su manera, pedía siempre que pasaba por allí que San Sebastián y la Virgen les bendijeran con una vida plena y tranquila, alejada de sobresaltos y de dolor. Ya sufrían las ausencias de demasiadas personas importantes en sus vidas y no soportaría ninguna pérdida más. Desde allí podía sentir pasar el tiempo, sin prisa, esperando a que sus posibles presas picasen, comiéndose los gusanos y las cabezas de pescados que siempre colocaba con mucho mimo como carnaza fresca en el anzuelo que lanzaba lo más lejos posible. Albergaba la esperanza de conseguir un buen botín y sorprender así a su hermano a la hora de la cena. Siempre que salía de pesca llevaba consigo un cuévano de gran tamaño. Este era algo más ancho en la parte de arriba que en la inferior, trenzado con ramas flexibles, gruesas y resistentes. En él, transportaba las capturas conseguidas y el mendrugo de pan que siempre le preparaba su hermana con cariño, para que comiese algo durante aquellas largas jornadas en las que se olvidaba por completo del resto del mundo.

Aquella mañana, que en apariencia no tenía nada de especial, marcaría, sin él saberlo, el principio de un final. La vida continuaría fluyendo a un ritmo inalterable, esperando a ver cuáles serían las decisiones que tomaban cada uno de ellos para ir construyendo los caminos que terminarían acercándoles a un destino que, aunque pareciese lo contrario, ya estaba escrito.

Rodrigo y Velasco, conscientes de lo que iba a suceder, prefirieron alejar al pequeño de la casa familiar. Deva quería estar presente y ayudar a Jorge, pero no deseaba que Neco presenciase todo aquello. Quería evitarle más sufrimiento. Por lo tanto, entre todos decidieron que lo mejor sería apartarle de allí enviándole a hacer lo que más le gustaba: pescar.

Estaba claro que la mano de Jorge no mejoraría. La herida se estaba gangrenando. Desprendía continuamente un líquido sanguinolento. El desagradable olor que despedía se extendía por toda la estancia y no dejaba lugar a dudas sobre el peligro que corría el resto del brazo. La decisión tomada entre los tres, aunque dura, era la más acertada. Tenían que amputarle el miembro para evitarle un mal mayor. Podría llegar incluso a perder la vida. Ya tendrían tiempo después para intentar solucionar el hecho de que, en el lugar de su mano, a partir de ese momento, existiría únicamente un muñón.

En la mesa grande y robusta de madera que presidía la cocina lo tenían todo preparado para llevar a cabo aquel acto, doloroso y necesario, que era inevitable realizar. Velasco, que era el más instruido en todos aquellos temas referentes al cuerpo humano y sus dolencias, sería el responsable de dirigir aquella operación. Acomodaron lo mejor que pudieron el cuerpo desmadejado y sin fuerzas de Jorge sobre aquella dura superficie para enfrentarse a una difícil y complicada situación. La temperatura de su cuerpo había ido subiendo peligrosamente y deliraba constantemente. Le obligaron a beber gran cantidad de vino para que perdiese la poca consciencia que le quedaba, y le añadieron una dosis generosa pero calculada de opio para que sus efectos calmantes le mantuviesen dormido y tranquilo durante el máximo tiempo que fuera posible, el suficiente para realizar la dura misión que tenían por delante. Deva, con paños mojados, intentaba bajar las fiebres que estaba soportando su hermano, que tiritaba de frío a pesar de estar ardiendo. Rodrigo sería el encargado de amputar, era el brazo ejecutor. Velasco en cambio, se ocuparía de aliviar su sufrimiento y de curar la herida.

Tal y como Velasco había solicitado, Deva preparó multitud de paños limpios y varios cubos de diversos tamaños. Algunos contenían en su interior agua, y otros estaban vacíos. Las llamas del fuego crepitaban en la chimenea, listas para albergar en su interior el extremo de una barra de hierro que sería necesaria más tarde. La espada templaria de Rodrigo estaba a punto. Un arma precisa, de dos filos, con una hoja recta afilada, sumamente efectiva, que terminaba en una punta redondeada. Tanto su peso como su longitud eran considerables. No la podía manejar cualquiera. Su empuñadura en forma de cruz inspiraba respeto y temor a partes iguales. Estaba realizada en acero templado, duro y resistente, que atravesaba fácilmente las cotas de malla del enemigo en el campo de batalla. Por lo tanto, no debería ser complicado poder seccionar con facilidad la mano de Jorge.

Ambos hombres habían estado practicando sus ejercicios en la parte trasera de la casa para evitar miradas indiscretas. Decidieron realizarlos allí, ya que era una zona poco visible y bastante tranquila. No deseaban llamar la atención, querían pasar desapercibidos. Era asombroso contemplar cómo aquellos dos auténticos titanes se movían en una danza tan solo conocida por ellos, realizando unos movimientos ágiles y precisos que dominaban a la perfección con aquellas grandes y pesadas espadas que parecían acariciar el aire que les rodeaba. Las manejaban con asombrosa soltura, sujetándolas con seguridad y firmeza por la empuñadura. Hacían de ellas un arma de efectividad extraordinaria, tanto para atacar como para defenderse. Para ellos, el acto duro que debían llevar a cabo les suponía un enorme esfuerzo. Debían estar preparados y concentrados para no errar en la manera de proceder. Por ello, actuaron siguiendo el mismo ritual que llevaban a cabo cuando se tenían que enfrentar a un nuevo enemigo. Su rito siempre era el mismo: ejercitaban sus cuerpos y sus mentes para posteriormente abstraerse durante un tiempo indeterminado en su mundo interior por medio de la oración.

Había llegado el momento de la cruda y triste realidad. Ambos se miraron a los ojos y se santiguaron a la vez, antes de comenzar con aquello que sabían era inevitable posponer, por muy doloroso que pudiera resultar. Velasco sujetaría con fuerza el cuerpo febril de Jorge. Era imprescindible que no se moviera en ningún momento, y menos en el preciso instante en el que Rodrigo realizase el corte limpio y certero con la espada. Necesitaba hacerlo en un lugar concreto, no podía fallar. Deva, que permanecía a su lado expectante, en

silencio y muy nerviosa, rezaba interiormente a Dios por su hermano. Rogaba que les ayudase, que no permitiera que le sucediese nada malo, que no se muriese. Era consciente de que probablemente sus súplicas no fueran escuchadas, porque ella no era precisamente muy recta en cuestiones de fe. Lo rebatía y razonaba todo, incluso llegaba a cuestionar los principios que marcaba la religión. Pero su hermano en cambio sí que era un buen cristiano, y no se merecía nada de lo que estaba sucediendo. Y dentro de la desgracia que estaba sufriendo, debía estar agradecida porque la mano que su hermano iba a perder, no era la derecha. La ausencia de esa parte del cuerpo podía ser interpretada como el resultado de un castigo impuesto por ser ladrón, y nada más lejos de la realidad. Tenía que dar gracias a Dios, porque siempre se podía estar peor.

Velasco, con un pedazo negro y quemado de madera, procedente de las cenizas del fuego de la chimenea, marcó con un trazo tosco y oscuro la zona exacta en la extremidad sin vida en la que Rodrigo debía efectuar el corte. Era sumamente importante no equivocarse y realizarlo en el lugar previamente señalado.

Con las piernas abiertas para mantener mejor el equilibrio y sintiendo el sudor frío caer por su espalda, Rodrigo cerró los ojos, inspiró profundamente y levantó la espada muy lentamente hasta posicionarla por encima de su cabeza, ofreciendo una imagen dura y segura de alguien que sabía perfectamente lo que debía hacer. Se concentró y observó con ojos serios y calculadores, fríos como la noche más oscura, su objetivo. Sin dudar, y con un pulso templado y firme, conseguido a base de experiencias dolorosas y similares a aquella que estaban viviendo, dejó caer la espada con todas sus fuerzas sobre el lugar señalado, mutilando la mano con un único corte limpio y certero, cayendo esta al suelo, provocando un desagradable golpe seco. El grito desgarrador e inhumano que inmediatamente después de la amputación bramó Jorge, les heló la sangre en las venas. Preocupados, comprobaron cómo había caído en una absoluta inconsciencia, inmóvil y con una respiración débil. Sin perder tiempo, Deva colocó debajo del brazo de su hermano, a la altura de la inexistente mano, uno de los cubos vacíos para que la sangre que caía no se desparramara por el suelo de la cocina. Abundantes y silenciosas lágrimas bañaban su rostro afligido y desolado. Preocupada, mientras seguía las indicaciones claras y sencillas que le estaba dando Velasco, era consciente

de que tenían que actuar con rapidez.

Este no se entretuvo. Debía intervenir con premura. Una vez que Rodrigo había finalizado con su parte del trabajo, le tocaba a él terminar lo que habían empezado. Rápido y sabiendo perfectamente lo que se hacía, cogió el hierro candente que dejó preparado con anterioridad dentro de la chimenea, alcanzando una alta temperatura. Necesitaba utilizarlo para quemar la herida y con ello el resto de tejidos que se habían quedado expuestos y abiertos. Debía sellar aquella carne muerta para cortar la pérdida de sangre y evitar una posible complicación. Al hacerlo, tanto el sonido de la piel al entrar en contacto con el hierro candente y quemarse, como el olor que se produjo impregnando el ambiente que les rodeaba, convirtieron el aire de la sala en la que se encontraban en algo denso y desagradable. Deva no pudo contener las arcadas. Resultaba insoportable respirar allí dentro. La mezcla de olor a sangre y a carne quemada la estaban mareando, y la imagen de su hermano inconsciente y malherido, la sobrepasó. Rodrigo, comprendiendo lo difícil que estaba resultando aquella situación para ella, decidió sacarla de la estancia en la que se encontraban lo más rápidamente posible. La llevó al exterior de la casa para que pudiera despejarse respirando la brisa marina, fresca y limpia, que procedía del mar. No les dio tiempo a dar más de dos pasos seguidos, cuando Deva, blanca como si fuese un fantasma, empapada en sudor y lágrimas, vomitó sin poder evitarlo, sintiendo cómo el frío congelaba su alma. Pequeñas lucecitas de colores lo llenaron todo a su alrededor antes de cambiar sus tonos al negro. De pronto, todo lo que la rodeaba se convirtió en absoluta oscuridad y silencio.

Rodrigo, con Deva desmayada entre sus brazos, miró a Velasco y sin necesidad de palabras, este le dijo que se marchara. Él lo tenía todo controlado. Sabía perfectamente lo que debía hacer. Habían sido muchas heridas y muchos cuerpos mutilados los atendidos en el campamento que montaban cada vez que tenían una incursión contra los infieles. Por desgracia, estaba habituado, si es que alguien podía acostumbrarse a aquello. Minuciosamente, examinó el corte realizado por su hermano. Como siempre, perfecto, efectivo y letal. Le parecía increíble que nunca le temblara el pulso cuando blandía la espada en la mano. Agradecía esa habilidad innata que tenía, porque en aquella ocasión la habían podido utilizar para hacer algo bueno: salvar la vida de un inocente y buen cristiano. La herida tardaría unos

días en presentar un aspecto más humano y menos sangriento, pero estaba seguro de que ese muchacho saldría adelante. Le esperaba una larga temporada de dolores y una pesada recuperación. Debía asimilar lo que le había sucedido. Él se encargaría de ayudarlo. Al menos era diestro y esa mano no la había perdido. Terminado lo importante, se dispuso a recoger la sangre y el vómito que había esparcido por el suelo. Los cubos habían sido de gran utilidad, pero el agua estaba manchada por la abundante cantidad de sangre que había perdido Jorge, y ya no servía para nada. Se miró las manos. Una vez más las tenía ensangrentadas. En aquel momento envidiaba a su amigo. Pasara lo que pasase, volvería con esa mujer que le había robado el corazón y conseguiría alejarse de todo aquello a lo que hasta ese momento habían estado apegados, pero ¿qué sería de él?

Sin Rodrigo, porque para él siempre se llamaría de aquella manera, no se sentiría cómodo dentro de la Orden. Habían permanecido juntos toda su vida y sabía que sin él, nada sería lo mismo.

Mientras Velasco se encargaba del muchacho y de la limpieza de aquella sangrienta operación, Deva intentaba recuperarse del fuerte golpe emocional que acababa de experimentar.

—Lo siento— se disculpó aún mareada. —Nunca pensé que me costaría tanto presenciar lo que he vivido ahí dentro. —Deva estaba avergonzada por su debilidad. No había podido soportar ver a su hermano inconsciente mientras le cortaban la mano, aunque lo realmente insoportable para ella, había sido el olor a carne quemada que inundó sus fosas nasales y que le provocó aquellas arcadas que no pudo reprimir.

—No te avergüences por ello —le contestó él con un tono tranquilo—, es normal. Conozco hombres valientes y aguerridos que han aguantado bastante menos que tú en situaciones parecidas. Lo importante es que ya está hecho. Ahora debemos esperar a ver cómo evoluciona la herida. —Rodrigo se sentía orgulloso y emocionado de aquella mujer valiente por la que había roto sus juramentos. Sentado en los escalones de entrada a la casa, con ella entre sus brazos, estaba bastante más tranquilo, comprobando cómo poco a poco había ido recobrando el color. El mareo había sido un ligero desvanecimiento. Era una auténtica guerrera, no se había apartado del lado de su hermano en ningún momento, presenciando estoicamente la amputación y colaborando todo lo que

pudo en ayudar a Velasco. No todas las personas eran lo suficientemente fuertes como para soportar todo aquello.

—¿Cómo vamos a sobrevivir ahora? —preguntó sin saber muy bien si quería escuchar la respuesta—. Con una sola mano no nos va a ser sencillo poder pescar y cumplir con los cupos de las capturas. Yo podría hacerlo, estoy capacitada para ello, soy mucho mejor que la mayoría de los que están en el puerto, pero soy una simple mujer. —Las palabras de Deva estaban cargadas de amargura y preocupación.

—Me hubiera gustado haber podido hablarlo contigo antes, de una manera más tranquila, pero estos días han sido una auténtica locura. —Rodrigo, nervioso, se pasó un par de veces las manos por el pelo, estaba intranquilo. Sabía que lo que le iba a proponer era lo correcto y lo que más deseaba en el mundo. Pero dudaba de que ella estuviese dispuesta a esperarle—. Velasco y yo nos vamos a quedar el tiempo que haga falta, ocuparé el lugar de tu hermano en la cofradía. Seré tu marido. Tan solo es necesario hacer oficial nuestra relación, de esa manera, nadie se atreverá a cuestionar nada — comunicó finalmente Rodrigo de una manera directa y segura.

—Pero... —Deva conocía demasiado bien los gestos de ese hombre del que se había enamorado perdidamente, y su mirada intensa y directa en esos momentos escondía un sentimiento que no se había atrevido a confesar, quizás por miedo—. Hay algo más, ¿me equivoco? —preguntó directamente. Tal y como hacía siempre, la verdad por muy dolorosa que fuese, siempre sería mejor que una mentira.

—Necesito que tengas claro que ardería en el infierno por ti —le dijo sin ocultar en ningún momento la verdad sobre sus sentimientos—, y que pienso remover cielo y tierra hasta poder estar libremente contigo. Pero para ello preciso de tiempo. Tengo que regresar a mi hogar para solucionar esta situación en la que me encuentro. Soy un hombre de palabra, de honor, y jamás voy a romper el juramento que te he hecho, pero antes de volver a tu lado para siempre necesito ser libre. Voy a pedirle al Maestro que me libere de mis votos, que me deje ser un hombre laico dentro de la Orden. Pertenezco a la familia Ledesma, es la sangre que corre por mis venas, y debo actuar con inteligencia para no perjudicar a nadie, especialmente a mi padre. —Tragó saliva antes de continuar confesándole sus preocupaciones—. Es bastante

complicado e inusual poder salir de la Orden.

Deva le miró con dolor, y él sintió una vez más, que algo se rompía en su interior.

—Lo puedo llegar a entender, incluso sino regresaras también lo comprendería, sufriría, pero lo aceptaría —dijo apenas en un susurro—. La vida es la encargada de darnos y arrebatarnos, al mismo tiempo a las personas que queremos —contestó resignada aceptando lo que tantas veces se había imaginado que sucedería—. Disfrutaré de ti todo el tiempo que sea posible, y cuando no estés, el vacío de tu ausencia lo llenaré con tus recuerdos. Puedes estar seguro de que serás el único hombre en mi vida. Siempre he tenido claro que somos instantes, nada más. —Lo había sabido siempre, una galerna se lo entregó, llegando a su vida y arrasándolo todo a su paso como un vendaval, y desaparecería de su lado de la misma manera que había llegado, en silencio y envuelto en vientos y tempestades, porque eso era él para ella, una tremenda tormenta cargada de pasiones y sentimientos que había conseguido hacerla vibrar y sentir con intensidad. El tiempo que pudieran permanecer juntos, no pensaba desperdiciarlo llorando o lamentándose. Esa era la vida que le había tocado vivir y no pensaba desaprovecharla. El futuro era un concepto de tiempo, demasiado efímero e inseguro para ella.

Rodrigo, mirándola emocionado e intensamente a los maravillosos ojos azules que le estaban traspasando el alma, no pudo refrenar el impulso felino y animal que sintió al escuchar sus palabras, y la besó con ímpetu, rozando la violencia. Contener sus instintos estaba siendo bastante más difícil de lo que él se imaginó en un principio. Su aroma y su sabor le tenían totalmente hechizado. Cada vez que la tenía cerca conseguía derribar las barreras que él levantaba entre ellos.

Con las respiraciones entrecortadas y realizando un grandísimo esfuerzo, separaron sus cuerpos antes de que les fuera imposible dejar de acariciarse. Rodrigo dejó descansar su cabeza sobre la frente de Deva y con la voz enronquecida por el deseo que le provocaba la cercanía de aquella mujer, consiguió finalmente hablar de una manera serena.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Te quiero. Te amo como nunca antes he amado a nadie.

—Creo que no soy una buena influencia para ti. Has roto tu promesa, tus votos estando a mi lado son imposibles de cumplir. —Deva se sentía culpable de poner a ese hombre valeroso y honorable en una situación tan complicada y peligrosa para él.

—Ya te he dicho que ardería en el infierno una y mil veces por tu amor. Además, qué importancia tienen ya mis votos, carecen de sentido para mí. He incumplido alguna que otra norma antes de enamorarme de ti, como la vestimenta y mi aspecto. Tampoco fui del todo sincero con mi superior. El viaje no solo era para ampliar conocimientos sobre el mar y la navegación, estaba buscando un motivo que diera sentido a mi vida, a mi existencia. A pesar de las creencias por las que he jurado lealtad y he empuñado la espada, no tenía rumbo, estaba perdido y sin ganas de vivir, carecía de una razón vital por la que luchar. Hasta que te he encontrado a ti. Lo demás carece de sentido.

—Entonces, arderemos los dos en el infierno porque estoy aquí y no pienso irme a ningún otro lugar. No voy a renunciar a lo que siento por ti, y sé que será imposible olvidarte. Yo también te quiero más que a nada en el mundo.

Ambos tenían claro que era imposible ir en contra de los sentimientos.

—Tortolitos, yo os recomendaría el pajar o la cuadra, incluso puedo dejaros solos en la casa, pero aquí en la entrada... ¡Por favooooorr! —ironizó Velasco para avisar de su presencia.

Este, cansado después de haber limpiado, recogido y comprobado que el enfermo permanecía estable, salió al exterior de la casa para respirar un poco de aire puro y pedirle al enamorado de su amigo que le ayudase a trasladar el cuerpo de Jorge hasta la cama de su habitación. Al salir y encontrárselos en aquella actitud tan íntima, decidió hacerse notar de una manera simpática, para que Deva no se violentara, aunque sabía que por la forma de ser que tenían, no lo haría ninguno de ellos.

—¿Tienes envidia, hermano mío? —comentó jocosamente Rodrigo.

—Pues la verdad es que sí, siento envidia de vosotros. Y viendo que no teméis ni a los castigos divinos ni a los terrenales, desearía poder descubrir lo que se siente al amar tanto a alguien. —Velasco no pudo evitar ser sincero con ellos. Hasta ese momento nunca antes se había planteado la posibilidad de

enamorarse, y mucho menos estando dentro de la Orden—. También yo ardería en el infierno por una mujer como la tuya. —Inmediatamente después de haber pronunciado aquellas palabras, se arrepintió de haberlo hecho. Era consciente de lo desafortunadas que habían sido, no se había explicado adecuadamente, pudiendo comprobar al momento como el cuerpo de Rodrigo reaccionó inmediatamente, tensándose y endureciendo su mirada. Allí estaban otra vez los celos de su hermano.

—Ten cuidado con lo dices, Velasco, o te arrepentirás. Estás hablando de mi mujer. —Su voz sonó dura y cortante, estaba francamente enfadado.

—¿Me estás amenazando? —preguntó con voz tensa—, parece mentira que seas capaz de pensar algo tan rastrero y poco honorable como lo que estás insinuando. ¿Otra vez estás con lo mismo? Eres como un hermano para mí y nunca haría algo parecido. No creo que tenga nada de malo que reconozca la verdad de mis sentimientos delante de vosotros, pero eso no significa que esté enamorado de Deva. No lo olvides nunca, y tampoco lo insinúes una sola vez más, porque la siguiente te aseguro que te partiré la boca.

Deva, comprobando que la tensión y el enfado entre esos hombres iban en aumento, decidió intervenir. Entendía que estaban cansados y nerviosos por todo lo que acababan de vivir dentro de la casa.

—Vamos a ver, sois un par de necios. —Tuvo que interponerse entre aquellas dos moles de músculos y testosterona que estaban a punto de matarse a golpes. Extendiendo los brazos para separarles y poniendo sus manos abiertas a modo de freno en cada uno de sus pectorales, les habló sin demasiada educación—. Tú, Velasco, eres importante para mí, y confío plenamente en tus sentimientos y en tus palabras. Digamos que te has convertido en un hermano más para mí, y tú, pedazo de, de... no sé qué llamarte. Todavía no te ha quedado claro que no tengo ojos para nadie más. ¡¿Cómo tengo que decirte que quiero?! Te lo puedo decir más alto, pero no más claro, idiota, necio, burro, cabezota. ¿Me estás entendiendo?, porque la próxima vez que vuelvas a insinuar algo parecido, te juro que seré yo la encargada de darte tu merecido castigo. ¡¿Está claro?! —gritó desesperadamente.

Ambos hombres comenzaron a reírse más relajados, y fue Velasco, con su

habitual sentido del humor, el que contestó.

—Ha quedado claro, lo has dicho bien alto y te hemos entendido perfectamente. Cualquiera te lleva la contraria. Hermano mío, te compadezco. Menudo carácter se gasta tu mujer —contestó dándole unos golpecitos de consuelo en la espalda, mientras caminaba de nuevo hacia el interior de la casa. Definitivamente su amigo necesita desahogarse, porque estaba demasiado tenso, pero claro, cualquiera le insinuaba algo al respecto.

Neco llegó corriendo, contento y entusiasmado porque había sido un día productivo. Su pesca era numerosa y estaba deseando compartir la noticia con todos ellos, especialmente con su hermano Jorge, para que se sintiera más tranquilo por no poder salir con la barca.

—He pescado un montón, se lo voy a enseñar a Jorge —informó cantarínamente.

Deva fue quien tomó la palabra y acunó al niño entre sus brazos. Era ella la que debía contarle a su pequeño lo que había sucedido con su hermano.

—Cariño, necesito hablar contigo y contarte una cosa importante —dijo con emoción e intentado contener las lágrimas.

Tanto Rodrigo como Velasco prefirieron dejar solos a los hermanos en un momento tan delicado para ellos como aquel. Desde la distancia pudieron observar cómo el pequeño se aferraba desconsolado al cuello de su hermana, llorando desesperadamente. Rodrigo sentía la necesidad de proteger a ese niño que se estaba haciendo mayor demasiado deprisa, debido a los golpes de la vida.

Una súbita ráfaga de aire fuerte anunció la llegada del viento del norte. A partir de aquel instante se sucedieron unos días en los que el frío era helador, pero ellos parecían no percibirlo. Las sutiles caricias que se dedicaban Rodrigo y Deva descuidadamente quemaban su piel por el deseo, y las intensas miradas que se lanzaban, abrasaban el aire que les rodeaba.



El *talayero*, tal y como era su obligación en esa época del año, estaba oteando el horizonte del mar, atento y concentrado para dar el aviso de avistamiento lo más rápidamente posible. Sus compañeros pescadores debían ser raudos y veloces a la hora de reaccionar. Las ballenas estaban de paso y rara vez se quedaban más tiempo del estrictamente necesario en aquellas aguas que para ellas eran cálidas. Huían de las gélidas temperaturas del Mar del Norte, emigrando hacia el sur, alimentándose de aquella masa de agua tan abundante y rica en especies.

No existía ninguna experiencia tan fantástica como el avistamiento de una descomunal ballena. Era el animal más grande que debía existir en la tierra. Su belleza y majestuosidad causaban admiración en todos aquellos hombres que se jugaban la vida en una dura batalla en el mar. Las respetaban y necesitaban. Mantenían una relación especial con ellas. Era sorprendente comprobar, cómo un animal tan grande y pesado podía nadar a gran velocidad, flotando con delicadeza y aparentando ser tan ligero como una pluma. Se deslizaban por las aguas sumergiéndose hasta las profundidades del fondo marino y saliendo al exterior con agilidad y destreza. Su piel mojada reflejaba los rayos del sol que acariciaban su cuerpo, confundiéndolas en ocasiones con las lenguas de agua marina y espuma blanca que normalmente coronaban el mar. El color negro que vestía su piel las camuflaba entre el oleaje, y tan solo se las podía distinguir cuando salían a la superficie y soltaban sus característicos soplidos, unos impresionantes chorros de agua. Al fin y al cabo, también ellas necesitaban respirar. La luminosidad dominaba el paisaje, haciendo casi imposible distinguir nada en el amplio horizonte que debía vigilar. El sol y sus reflejos en las aguas del mar, podían llegar a ser cegadores.

Finalmente hicieron acto de presencia: se podía contemplar un nutrido y numeroso grupo de ballenas, aunque un ejemplar destacaba por encima de los demás por su tamaño y gran envergadura. Había llegado el ansiado momento de la lucha cuerpo a cuerpo en el mar.

Sin perder tiempo, el *talayero* quemó las maderas y las ramas secas que tenía preparadas a buen recaudo dentro de la atalaya, para que no se estropeasen, y pudieran prender con rapidez. El fuego siempre estaba listo, pero oculto para no confundir a los pescadores. Consiguió que ardiera rápidamente la hojarasca, y con dos antorchas encendidas, una en cada mano, comenzó a agitarlas, a moverlas con brío, cruzándolas entre sí para que fuera fácilmente reconocible el mensaje. En apenas unos instantes, comenzaron a tocar las campanas de la ermita colindante a la casa de las ballenas.

Comenzaba la caza de la bestia.

Aquellos que salían a la mar, al encuentro de la ballena, veían pasar la muerte continuamente cerca de ellos. Muchos habían tenido que presenciar el fallecimiento de compañeros que iban a su lado en la barcaza. Esas tierras duras, bañadas por el Cantábrico, eran cuna de hombres de mar, balleneros en su mayoría. Parecían pertenecer a una casta diferente, estaban hechos de otra pasta.

En el puerto, estaba todo preparado. Inmediatamente después del aviso de avistamiento de ballenas, salieron todos corriendo hacia las pinazas. Cada uno de los tripulantes ocupaba sin titubear su puesto. Todos conocían de sobra cuál era su labor. Rodeando la pequeña embarcación, las tripulaciones cogieron en vilo las chalupas, y a pulso las levantaron de la arena húmeda, para acercarlas hasta un punto dentro del mar en el que las aguas les llegasen por debajo de las rodillas. Las empujaron con fuerza hacia el mar. El primer tramo lo tuvieron que recorrer corriendo, impulsando las balleneras para alejarse lo antes posible de tierra firme. Era una carrera entre todos ellos y el resto de los pueblos por llegar los primeros a aquel enorme animal. Una vez conseguido el objetivo con las barcas flotando entre las aguas, alejados de la seguridad del puerto y de la playa, comenzaron a remar con todas sus fuerzas. Era sumamente importante llegar lo antes posible y conseguir también que las ballenas no se asustasen con el ruido que podían provocar al introducirse los remos en el agua. Los seis tripulantes que acompañaban a Deva y a Rodrigo,

tomaron asiento sobre unas maderas que atravesaban el barco de lado a lado, proporcionándoles un banco sobre el que poder descansar el cuerpo, y al mismo tiempo, facilitándoles un punto de apoyo para ejercer la fuerza necesaria a la hora de remar. Se repartieron equitativamente a ambos lados de la chalupa, mirando hacia popa, observando concentrados las indicaciones que daría el timonel. Los remos estaban apoyados sobre una superficie horizontal, sujetos para mantenerlos siempre a mano. Tenían más peso las dos terceras partes de la palas que se mantenían fuera del agua, así evitaban que se les escurriesen y se perdieran en las profundidades del mar antes de comenzar a bogar. Iniciaron la palada con el remo fuera del agua, colocándolo hacia arriba. Los bogantes, hombres fuertes y aguerridos, poseían una musculatura superior desarrollada y un torso bien definido. Sus brazos, antes de iniciar la carrera para alcanzar la presa, debían estar estirados hacía adelante y el torso inclinado hacia popa. Introdujeron el remo en el agua, y encogiendo los brazos al mismo tiempo, inclinaron el cuerpo hacia atrás, hacia proa, comenzando con la maniobra que tenían más que practicada. Al tener el remo sujeto, este actuaba como una palanca, pero lo que realmente ejercía la fuerza, eran los brazos de aquellos valientes, que con su espíritu de superación y de victoria, hacían avanzar la pequeña barca sobre la mar. Remar correctamente, todos al tiempo, con movimientos precisos y coordinados, era una técnica sumamente complicada. No todo el mundo estaba capacitado para realizarla. Además, debían tener un estado físico excepcional. Llevaban a cabo un gran esfuerzo, y para ello, debían ser los mejores. Por eso, tanto a Velasco como a él mismo, les resultó curioso comprobar cómo aquellos marineros tenían un cuerpo parecido al suyo, entrenado y trabajado para duras batallas. Realmente se preparaban para una lucha sin igual, se enfrentaban a su posible final sin dudarle, encaraban el peligro sin miedo, con valentía y tranquilidad, sin titubear, seguros de lo que debían hacer.

A la orden gritada por Deva, aquellos valientes hombres comenzaron a bogar a un ritmo frenético, para acercarse todo lo que fuera posible a aquellos inmensos animales.

—¡Muchachos, demos caza a la reina de los mares! ¡Remad! —azuzó animando a sus hombres. Aquellos que la acompañaban y guiaban hasta su objetivo, a su grito comenzaron todos al tiempo a remar.

En silencio y sin necesidad de palabras, marcaron rumbo a una gran ballena franca, que aunque ellos lo desconocían, lucharía por salvar su vida. Remaban en absoluto silencio y cuando llegaron al tramo final de la aproximación, en un último esfuerzo, recogieron los remos y los apoyaron longitudinalmente sobre la borda, dejando que la barca continuase avanzando en silencio, ya muy próxima a su objetivo.

Deva, situada en proa, era la única arponera, cazadora de ballenas, que había conseguido estar allí, en un mundo exclusivo de hombres, por derecho propio, para enfrentarse cara a cara con una posible muerte. Erguida, segura de sí misma y sumamente tranquila, sentía cómo la brisa marina acariciaba su rostro e infundía en ella las fuerzas necesarias para no errar en el tiro, siendo consciente en todo momento de que su puesto era el más peligroso de todos. El momento crítico en la caza de la ballena era el instante de clavar el arpón en el cuerpo de la bestia, porque era necesario hacerlo lo más cerca posible de ella. Debían estar prácticamente pegados al monstruoso animal, y ahí no se podía fallar. En su mano llevaba fuertemente agarrado el primero de sus arpones, preparado concienzudamente por ella para utilizarlo cuando llegase el momento señalado.

Habían salido tan deprisa del puerto que Rodrigo no tuvo la más mínima oportunidad de poder hablar con ella y decirle lo que sentía. Nunca se cansaba de repetirle que la quería y que por favor, intentase tener cuidado. Sus miradas se entrelazaron intensamente durante unos breves instantes, que fueron fugaces para ellos, mientras cabalgaban las olas tranquilas de ese día en busca de su preciada captura. Él estaba colocado en popa, la posición opuesta a la de ella. Paradójicamente, siempre sucedía lo mismo entre los dos, estaban cerca, pero al mismo tiempo alejados. La tripulación le observaba con atención para seguir sus indicaciones en el bogar de la barca, aunque la que realmente mandaba era ella y sus órdenes se acataban a la primera.

Le costaba centrarse en lo que debía hacer. Deva ocupaba toda su atención e invadía constantemente sus pensamientos. Perdía la concentración con demasiada facilidad contemplando el trasero duro y apretado que se marcaba apetitosamente en unos calzones masculinos, muy ceñidos, que le quedaban maravillosamente bien. Nunca antes había visto a Deva vestir con ropa de hombre, pero debía reconocer que no le desagradaba nada en absoluto lo que

estaba viendo. La camisa blanca que llevaba remetida por dentro del pantalón ya estaba mojada por las salpicaduras del agua del mar y eso hacía que sus pechos se dibujasen debajo de una tela fina que acariciaba su cuerpo con devoción. Tuvo que hacer un esfuerzo verdaderamente titánico para apartar todos esos pensamientos de su cabeza y dejar de sentir la presión en su entrepierna que le estaba comenzando a molestar. Tenía en aquellos momentos asuntos bastante más apremiantes y peligrosos que atender, pero estaba seguro de que lo primero que iba a hacer en cuanto fuera posible, sería hablar seriamente con ella e intentar apagar aquel fuego que le estaba abrasando por dentro. El resto de la tripulación parecía inmune a sus encantos, aunque teniendo en cuenta el carácter que se gastaba y el arma que portaba entre sus manos, tampoco le extrañaba demasiado su actitud. Los días anteriores a ese momento le había quedado claro que aquellos marineros curtidos por el salitre y el sol realmente la querían y respetaban, era uno más. Prueba de todo ello habían sido los brindis y las bromas que compartieron con ella la noche anterior. Debía reconocer que eran valientes, y supo ver el cariño y la admiración que sentían hacia ella. Todavía podía recordar con una sonrisa en los labios, las palabras recitadas al unísono por todos ellos, alzando una jarra de vino:

«Muerte a los que viven,
larga vida a los que matan.
Éxito a las esposas de los marineros,
y grasienta suerte a los balleneros».

Estaba claro que su vida giraba en torno a aquellos bellos animales y a todo lo que obtenían de ellos.

La pequeña chalupa había sido revisada y reforzada, tanto por Velasco como por él mismo antes de volver a salir a pescar. Repararon los desperfectos que ocasionó el temporal que les sorprendió hacía unas semanas en el mar. Jorge, que poco a poco había ido asimilado su nueva situación, fue de gran ayuda para ellos. En lugar de hundirse en la autocompasión y la tristeza, estaba afrontando la vida con optimismo. Acompañó a Rodrigo en cuanto se encontró en condiciones para poder hacerlo, y hablaron con los miembros de la cofradía para exponerles las nuevas circunstancias que les

rodeaban. Gracias a Dios, aquello no supuso ningún problema y nadie objetó al respecto. En lugar de perder un hombre, estaban ganando dos. Y aunque las posibilidades de trabajo se habían reducido considerablemente para Jorge, podía continuar haciendo otras muchas cosas. Tan solo necesitaba tiempo para acostumbrarse a utilizar el muñón que le acompañaría el resto de su vida. Como él conocía perfectamente el mar y los entresijos de las embarcaciones, les ofreció ideas y orientó a la hora de ejecutar las reparaciones pertinentes. Velasco y él se intercambiaron las ocupaciones. A partir de aquel día fue Jorge el responsable de supervisar la construcción de la ampliación de la casa familiar, y su amigo permaneció en el puerto para ayudar en todo lo que fuese necesario. Allí sería de gran ayuda, ya que entendía mejor los números y las letras que cualquiera de ellos. Ya no estaban solos. Su familia había aumentado considerablemente el número de los miembros que la formaban, algo de lo que se alegraba y le hacía inmensamente feliz.

Entre la experiencia de Jorge y los conocimientos de Velasco, repararon y mejoraron la embarcación. Comprobaron que sería más seguro para la tripulación sujetar los remos con unos trozos metálicos en forma de hebilla de cinturón y darles la holgura necesaria para poder dar dos o tres vueltas con ellos de manera rápida, proporcionándole a la embarcación mayor velocidad y seguridad. También recubrieron las asideras de las palas con tiras de cuero suave y flexible, para que sus manos no sufriesen tanto con el esfuerzo que realizaban al arrastrar gran cantidad de agua con ellas y poder de esa manera avanzar en el mar. Los remeros lo agradecerían al no sentir directamente el roce de la dura madera entre sus dedos. También localizaron un punto exacto donde poder depositar un machete para Rodrigo, que se había negado en rotundo a echarse a la mar sin su espada. Dijo que podría dejar de ser un caballero templario y no pisar un campo de batalla en su vida, pero que no se separaría de ella bajo ningún concepto. Ya les había advertido a los dos que pasara lo que pasase, si perdía la vida, deseaba que le enterrasen como lo que había sido hasta ese momento, un caballero templario. Sentía que lo continuaría siendo el resto de su vida, aunque su labor la realizara de una manera diferente. Deseaba que le dieran sepultura con la cabeza mirando hacia abajo y con su espada sobre el cuerpo, entre sus manos. Tal y como era tradición dentro de la Orden. Todavía podía recordar las carcajadas de sus amigos cuando les comentó que no cazaría ballenas sin su arma de doble filo.

—¿Pero cómo piensas herir a una ballena con la espada teniendo entre tus manos el timón? —Jorge no pudo evitar reírse por sus palabras, se lo estaba pasando realmente bien aquel día a costa de su amigo y futuro cuñado, lo que decía carecía de sentido para él—. En todo caso necesitarás un pequeño machete por si fuese necesario cortar alguna cuerda, pero una espada... y tan pesada como la tuya, no. Rotundamente no.

Velasco, que entendía y además compartía con él la doctrina que llevaban grabada a fuego en su interior, sabía que por un lado nunca se separaría de su espada, y por otro, que aunque fuesen cristianos, la Orden se nutría de muchas creencias paganas de tradición antigua. Por eso estaban continuamente rodeados de conceptos opuestos, que al mismo tiempo se unían dando sentido a sus vidas. Al menos hasta ese momento, pero era algo que pocos alcanzaban a comprender.

—Anda, pedazo de cabezota, algo se nos ocurrirá para que puedas llevar un arma con la que defenderte. Buscaremos un lugar adecuado debajo de alguna madera y, con un mecanismo sencillo de sujeción, podrás utilizarla rápidamente en caso de que sea necesario. Aunque realmente en el mar, contra una ballena, poco podrás hacer. En todo caso sería más útil una ballesta —comentó en tono jocosos Velasco.

Rodrigo les estaba agradecido, porque a pesar de las burlas y las chanzas recibidas, aquellos dos hombres buscaron la manera de que pudiera llevar consigo un arma que sustituyera a su fiel compañera, su espada.

Velasco, desde el verde terreno que rodeaba la casa de las ballenas, veía con nerviosismo y preocupación cómo aquel al que consideraba su hermano y su futura cuñada se lanzaban a la mar en busca de un peligro seguro y una probable muerte. Sintió a su lado la presencia callada y seria de Jorge, y no pudo evitar decirle lo que sentía.

—Creo, amigo mío, que los balleneros poseéis algún secreto ancestral. Es increíble comprobar cómo sois capaces de cabalgar entre las olas del mar en busca de una bestia, sin ser vistos ni oídos. Siempre pendientes de un abismo incierto, sin saber que os vais a encontrar, una ballena, una galerna o un temporal. —Se habían ganado su absoluto respeto. Aquella batalla era imposible de ganar.

A lo que Jorge le respondió, apenado.

—El final no se conoce, siempre lo tenemos que ganar, y el único encargado de decidir que un miembro de la tripulación vuelva con vida o quede mutilado de un brazo, una pierna o una mano, es Dios. —Sus palabras sonaron dolidas y resignadas—. Siempre sintiendo el viento soplando en el horizonte. Así somos nosotros.

—He podido observar a tu hermana antes de hacerse a la mar. Es una valiente guerrera —afirmó Velasco elogiando a Deva.

—Los balleneros, y ella que es uno de ellos, llevan en la mirada escritos los enigmas de un guerrero que tal vez nunca volverá. Supongo que de eso entiendas un poco —respondió orgulloso de su hermana—. El mar ejerce una poderosa atracción sobre nosotros.

Mientras tanto, entre las aguas, Rodrigo concentrado como estaba en la dirección que debían tomar, no se estaba dando cuenta de la belleza del momento que tenía ante sus ojos, ni de lo épico de la situación que estaba viviendo. Nada de todo aquello aparentaba ser real.

Estaban prácticamente pegados a los cuerpos enormes y en principio pacíficos, de aquellos animales. Tal y como le contó Neco tiempo atrás, eran familias, y podían diferenciarse perfectamente las crías de sus madres dentro de aquel nutrido grupo de ballenas.

Deva había marcado un objetivo muy claro: asustar a la cría para que su madre se acercase y atacarla. Un par de ellas estaban algo más alejadas de la manada, y eso les beneficiaría. Con gestos y entre susurros, dio a entender lo que pretendía hacer. Rodrigo contuvo el aliento. Había llegado el verdadero momento del enfrentamiento. Tanto él como el resto de la tripulación, mantuvieron la barca en la dirección adecuada y a una velocidad lo suficientemente buena como para ser los primeros en llegar, aunque había tantos ejemplares que sería complicado que no se capturase más de una. Pudo observar cómo Deva, posicionada en el fino extremo de la barca, con un pie apoyado en el borde exterior y el otro en el suelo de la chalupa, buscaba un punto de apoyo seguro y firme para poder atacar. Tensó todo su cuerpo, cogió el arpón y flexionando el brazo para coger impulso y la mayor fuerza posible, lo lanzó al aire buscando acertar en su objetivo. Efectivamente la punta del

arpón salió disparada, rozando el cuerpo de la ballena más débil, provocando que esta, comenzase a revolverse en el agua peligrosamente, soltando numerosos chorros de aire y chillando en ese idioma que tan solo ellas lograban comprender. Como era de esperar, la madre, percatándose del posible peligro, acudió en defensa de su cría, y fue ella la que recibió el arponazo. Lo que en principio debería haber sido un ataque coordinado entre las chalupas, se convirtió en un cuerpo a cuerpo de aquel animal contra ellos. Nunca antes hasta ese momento les había sucedido algo parecido: que una ballena pacífica se defendiese con tanta furia al sentirse amenazada. Iba directa a la chalupa que en esos momentos era diminuta y frágil en comparación a las enormes dimensiones que tenía aquel formidable animal.

Deva estaba preparada una vez más en posición de ataque y gritó nuevamente una orden para que mantuviesen la posición, y de nuevo lanzar el arpón. Debían fijar el mayor número posible de ellos en el cuerpo del animal. Pero en aquella ocasión, aunque pasó rozando a la ballena, se resbaló de la piel mojada de aquella bestia y se hundió en el agua del mar. Como el arpón estaba unido a la barca por una cuerda no le preocupaba demasiado su pérdida. En cuanto tuviese una oportunidad, lo recuperaría para volver a utilizarlo. La furia en los movimientos de la madre quedó olvidada cuando se interpuso en su camino una ballena descomunal, enorme. Seguramente aquella a la que estaban atacando sería su familia, y fue en aquel preciso momento cuando Rodrigo comprendió que esa no iba a ser una caza normal. Él en su lugar actuaría exactamente igual. Defendería a su mujer y a sus hijos con su propia vida.

En aquella situación tan peligrosa, la capacidad de reacción era sumamente importante. No tenían demasiado tiempo para actuar. Deva, sin pensárselo dos veces, volvió a lanzar el arpón hacia aquel bello animal que la estaba mirando con tristeza y odio a la vez. Quería terminar con su vida y con la de su familia. Pero era cuestión de supervivencia. Ella también necesita de su carne y de su aceite para poder dar de comer a la suya y garantizarles un mínimo de seguridad. Ambos se miraron a los ojos retándose, presa y cazadora, una guerra de voluntades.

El arpón se clavó certeramente en la cabeza del animal, provocándole con seguridad un tremendo dolor, ya que inmediatamente después del impacto

comenzó a moverse peligrosamente a su lado, provocando unas olas inmensas que ponían en peligro la estabilidad de la pequeña embarcación. Comprobaron atónitos cómo iba directa hacia ellos, pretendía embestir la barca, partirla en dos y arrojarlos al mar. A su lado, tan cerca, era más que evidente la gran diferencia de tamaño y de fuerza que había entre ellos. Tuvieron que sujetar los remos con fuerza para que no se les escapasen de las manos debido a la potencia con la que aquella bestia se estaba defendiendo. La embarcación tuvo que virar demasiado deprisa y de manera forzada a la orden de Rodrigo, que veía peligrar su integridad al revolverse la ballena contra ellos, poniendo en riesgo a toda la tripulación. La popa de la embarcación tenía forma redondeada para permitirles retroceder con agilidad en caso de ser necesario, tal y como sucedía en aquellos momentos. Con un bandazo de su cola, enfurecida mientras emitía lo que suponían eran chillidos, intentó hundirlos arremetiendo contra ellos con su cuerpo, pero Rodrigo, adivinando sus intenciones, milagrosamente se anticipó, salvando la pinaza y con ello sus vidas.

Deva, con una agilidad y una seguridad asombrosas, recogió con rapidez el arpón que había quedado suelto por el mar en el anterior ataque a la otra ballena. Sin perder la concentración, repitió la operación. Buscó el punto exacto en el que necesitaba clavar la punta de su lanza y lo arrojó sin titubear hacia el animal. Una vez más, acertó en su objetivo. Pero en aquella ocasión, el cetáceo desesperado por intentar deshacerse de lo que tenía clavado en su cabeza inició un nuevo ataque. Estaba envuelto en la espuma blanca del mar que él mismo estaba provocando con sus violentos movimientos. Se revolcaba en el agua con furia, deseando claramente hacerles desaparecer. Sus intenciones eran evidentes. Deseaba matarlos de igual forma que ellos habían intentado hacer con los suyos, los estaba defendiendo. Estaban tan cerca que pudieron ver cómo sacudía sus mandíbulas llenas de rabia antes de iniciar una nueva embestida a gran velocidad hacia la quilla de la barca, por el otro costado. Iniciaron una carrera desesperada entre las aguas por salvar su vida. La enorme ballena había conseguido deshacerse de los arpones, los cuales tendrían que ser clavados nuevamente en su cuerpo.

Consiguieron distanciarse lo suficiente como para intentar tranquilizarse y volver a tomar posiciones. Debían rodearla entre todas las chalupas y volver a arponearla. Se miraron unos a otros dentro de la embarcación, con los

semblantes serios y totalmente asombrados por lo que acababa de suceder. Su capacidad de comunicación quedó mermada durante unos breves instantes.

La tripulación estaba nerviosa y muy preocupada.

—¡Deva! ¿Has visto eso? ¡No es normal! —gritó uno de ellos desesperado.

—¡Lo sé!, pero no nos queda más remedio que continuar, nos quiere matar. ¡Es ella o nosotros! —Deva estaba convencida de que, o bien la ballena moría o serían ellos los que ocupasen su lugar. Alguno de los dos no saldría con vida de aquellas aguas, e intentaría con todas sus fuerzas que fuese aquella bestia.

Volvieron a buscar su proximidad con el animal y una vez más, Deva lanzó el arpón con todas sus fuerzas, acertando de pleno en su objetivo. Unidos al cuerpo de la ballena por las cuerdas que sujetaban los arpones que acababa de clavarle, comenzaron a surcar las olas del mar a una velocidad imposible de alcanzar con los remos. El primer envite que recibieron de la ballena fue tan brusco que provocó la caída de todos ellos, desparramándolos por el interior de la chalupa. Como pudieron, volvieron a ocupar sus posiciones. Acababa de sumergirse en las frías aguas del Cantábrico, y sabían que cada cierto tiempo, necesitaba salir al exterior y expulsar el aire. Por ello, no tardaría demasiado en aparecer, y eran conscientes de que debido a las grandes dimensiones que tenía, la situación podía complicarse mucho más de lo que ya estaba. Llevaban mucha cuerda en el barco, porque sabían que aquellos animales eran capaces de sumergirse a bastante distancia en las profundidades del mar. Un marinero vigilaba constantemente que la cuerda corriera a buen ritmo y sin contratiempo alguno, porque si el cabo se tensaba, con un golpe de machete sería suficiente para romper el grueso cordón y salvar a la tripulación de una muerte segura, al ser arrastrados hacia el fondo. Eran conscientes de que les estaba manejando a su antojo.

Rodrigo, nervioso por lo peligroso que se estaba volviendo todo aquello, le gritó a Deva con desesperación, intentando hacerse escuchar entre el ruido sordo del agua del mar que chocaba contra ellos.

—¡Deva, ten cuidado!, vamos demasiado deprisa y la cuerda del arpón se comenzará a tensar en cualquier momento. —Andaban detrás de una animal herido, sin rumbo fijo y sin posibilidad de buscar una estrategia alternativa

para salir airosos.

—¡No te preocupes, sé lo que hago! —gritó casi sin mirarle a la cara, porque estaba ocupada sacando el puñal que un tiempo atrás él mismo le regaló para que se defendiera de un posible agresor. Lo había visto en los ojos de aquel animal, tendrían que luchar y sabía que terminaría cortando aquella cuerda, la única conexión que mantenía con ella.

Era imposible abarcar el mar con la mirada y muy difícil localizar a la ballena. Esta aparecía y desaparecía con demasiada rapidez. Las profundas aguas que les rodeaban eran las únicas capaces de ocultar aquel voluminoso cuerpo. Era demasiado veloz y la luminosidad dominaba el paisaje, de tal manera que los reflejos del sol eran cegadores, impidiéndoles buscar con facilidad su localización.

De improviso, el animal volvió a salir a la superficie, parándose en seco y manteniéndose a flote en unas aguas que comenzaban a teñirse de rojo. Soltó un soplido enorme que lo empapó todo a su alrededor, creando una nube densa de lluvia. Al parar tan bruscamente el animal, la barca corrió su misma suerte y frenó en seco, de una manera violenta, como si hubiesen chocado contra una sólida roca. La pequeña embarcación tembló durante unos instantes como lo habrían hecho las hojas de los árboles mecidas por el viento, y una vez más, sus tripulantes sufrieron una fuerte embestida que les desestabilizó y precipitó al suelo de la chalupa. Deva, erguida buscando de nuevo una oportunidad de ataque, lanzó otro arpón, pero en esa ocasión erró el tiro. La enorme ballena, inesperadamente, les golpeó con el morro, y fueron conscientes en aquellos trágicos momentos de que únicamente les quedaba esperar y rezar para que se produjera un milagro, porque estaban seguros de que en el siguiente ascenso de la ballena, que nuevamente se había sumergido bajo las aguas, probablemente no saldrían con vida.

Iniciaron una maniobra evasiva lo más rápidamente que pudieron. Las palabras apenas salían de sus bocas. Estaban concentrados intentando salvarse antes de que aquella bestia se lanzara nuevamente hacia ellos a toda velocidad, iniciando un nuevo ataque, y golpeará la chalupa con su cabeza, tal y como había sucedido anteriormente. Hasta ese momento, la suerte, a pesar de todo, les había sonreído, porque el impacto del enorme animal había sido siempre en el agua.

Las olas que se agitaban en todas direcciones generadas por los continuos golpes de la cola de la ballena, enloquecida cada vez que emergía de las aguas, les impedían poder maniobrar con destreza la embarcación. Mientras intentaban reorganizarse y ocupar sus posiciones, Deva tropezó con una de las maderas que servían de asiento en la barca, quedando atrapado su pie en uno de los cabos que unían los arpones a la pinaza, uno de los que había conseguido clavar en el cuerpo de aquel animal que pretendía terminar con sus vidas y que en esos dramáticos momentos se había soltado de su sujeción, cayendo inevitablemente al mar. La ballena, intentando desesperadamente salvarse, decidió iniciar una última inmersión, arrastrándoles a todos ellos hacia el fondo del mar. Deva tuvo el tiempo suficiente para darse cuenta de lo que iba a suceder y desesperadamente gritó.

—¡Larooooooo!

Asustado, este reaccionó con rapidez a su grito y mirando hacia donde se encontraba ella, pudo comprobar cómo cedía la sujeción de la cuerda que la mantenía unida a la embarcación. Se estaba soltando, y si eso llegaba a suceder, irremediablemente se perdería en las profundidades del mar sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

—¡Noooooooooooo! —gritó enloquecido, necesitaba llegar a ella con rapidez.

Velozmente, Rodrigo alcanzó la posición que ocupaba ella en la proa, agarrando en el último momento el extremo de la cuerda que se había quedado suelta. Tuvo la suficiente sangre fría como para conseguir cortar la otra cuerda que aún les mantenía unidos a aquella bestia, que estaba desapareciendo demasiado rápido bajo las aguas, corriendo el cabo la misma suerte, no quedando casi nada de él en la embarcación. Si continuaba a aquel ritmo, no tardaría en tensarse. Debía evitar a toda costa que aquello sucediese, porque de lo contrario, la tripulación entera desaparecería muriendo ahogada.

Nada más hacerlo, se apresuró con todas sus fuerzas a sostener el único punto de unión que conservaba con Deva. Debía subirla a la chalupa lo antes posible. Ella consiguió aferrarse a la embarcación con ambas manos, intentando con todas sus fuerzas impulsar su cuerpo desde el agua al interior de la barca para ponerse a salvo. Rodrigo la rodeó con sus fornidos brazos

consiguiendo asirla con firmeza y realizando un esfuerzo titánico, tiró de ella para atraerla hasta su lado. Sus músculos se marcaban debido a la tensión del momento y a la lucha que estaba manteniendo por conseguir retenerla a su lado. La sangre golpeaba sus venas con furia ante la exigencia de un forcejeo como aquel, pero en el último momento, cuando estaba a punto de rodearla entre sus brazos y darla calor con su cuerpo, Deva sintió un fuerte tirón en el tobillo y la enorme ballena franca se la arrebató a Rodrigo cruelmente. Su pie continuaba unido a la cuerda, que se había soltado de la embarcación accidentalmente, pero no de la ballena, y sin más, desapareció ante la mirada atónita de todos sus compañeros. Aquella bestia se la llevaba a las profundidades del mar sin que él pudiese evitarlo. Se la había arrancado literalmente de la protección de su cuerpo. Se había escurrido igual que el agua entre sus dedos. Su mirada azul, cargada de palabras no pronunciadas de despedida, impregnadas de amor, se quedaría grabada en su memoria para toda la vida.

Desesperado, no lo dudó en ningún momento se lanzó al agua sin pensar en nada más, necesita encontrarla y llevarla de regreso a casa con él. Se sumergió en su busca en incontables ocasiones pero no la localizaba, era imposible que pudiera sobrevivir tanto tiempo bajo el agua sin respirar. Cuando finalmente, desolado, estaba aceptando su pérdida, a lo lejos pudo contemplar un soplido de ballena muy alto y de color rojo, signo indiscutible de que estaba agonizando, y si el animal estaba allí, ella no podía andar demasiado lejos. Sin necesidad de ninguna palabra, los hombres de aquella pequeña embarcación, volvieron a remar al compás, para alcanzar el lugar donde se encontraba el animal herido de muerte y poder recuperar a Deva, viva o muerta.

Mientras los tripulantes preparaban más arpones y sangraderas, él se volvió a lanzar al agua. Necesita localizar el cuerpo de Deva y soltarla de la cuerda que la mantenía unida a semejante demonio. Llenó sus pulmones de aire y se zambulló una vez más bajo unas aguas manchadas de sangre que no le permitían ver con claridad.

Milagrosamente, Deva continuaba unida a aquella cuerda y seguía con vida, pero por su expresión pudo entender que no soportaría mucho más tiempo aquella situación. Apenas le quedaba aire en sus pulmones para

intentar subir a la superficie. Rodrigo con gestos inquietos y preocupados la explicó lo que tenía intenciones de hacer. Con una rapidez asombrosa, alcanzó la superficie buscando una bocanada de aire que le hiciera recuperar el perdido, y volver así a bajar en su busca. Antes de sumergirse una vez más en el agua, ágilmente cogió el machete, aquel que le acompañaba en aquella singular batalla y que le estaba resultado de gran ayuda. Regresó en busca de lo que más amaba. Estaba inconsciente, unida a aquella bestia infernal y hundiéndose cada vez más rápido, expulsando pequeñas burbujas de aire por la nariz. Cortó la cuerda con relativa facilidad y la subió lo más rápido que pudo al exterior, con su cuerpo inerte, desmadejado entre sus brazos. Dos de los remeros le ayudaron a introducirla en el interior de la barca e intentar reanimarla, no podía ser que después de tanto esfuerzo y sufrimiento ella muriese de aquella manera. No podía abandonarle, ahora que por fin había encontrado el motivo para continuar hacia adelante. Ella se había convertido en el hogar del que no se quería marchar.

La colocó boca abajo, tal y como sugirió la tripulación. Habían sido muchas veces las que el agua había intentado salirse con la suya y arrebatarles la vida de algún compañero. Cabía la posibilidad de que el líquido salado que había llenado su cuerpo, saliese tanto por su nariz como por la boca y volviese a respirar. Era una maniobra que utilizaban para intentar salvar a los marineros. Rodrigo, mirando al cielo, imploró, llorando desesperadamente con el rostro bañado en lágrimas, que el Señor no le arrebatara aquello que tanto quería, que el castigo que tuviese preparado por sus sentimientos recayera únicamente sobre él, que la dejara vivir a ella. Y así se lo hizo saber con un grito desgarrador dirigido a la nada que salió enfurecido de sus entrañas.

—¡Dioooooos! ¡¿Por qué ella?! ¡Castígame a mí!

—Estaba derrotado, tanto que no se percató de la tos y la dificultad que mostraba Deva para respirar.

Ella, con las manos frías y temblorosas, le sujetó por el brazo intentando llamar su atención, se sentía demasiado débil como para pronunciar ninguna palabra. Rodrigo reaccionó inmediatamente abrazándola con tanto fervor que casi termina asfixiándola él mismo. —Gracias Señor, gracias Dios mío. No sé qué habría hecho sin ti —repetía desesperado sin soltarla.

—Ya está, ya pasó. Ahora debemos encargarnos de la ballena —respondió Deva algo más recuperada, consciente de que probablemente el peligro no hubiese pasado todavía—. Más tarde tendremos tiempo para nosotros.

Deva siempre había sido una experta nadadora y le encantaba sumergirse en aquellas aguas que amaba, de ahí que hubiese aguantado tanto tiempo sin respirar bajo el mar. Estaba acostumbrada a buscarle a su hermano todo tipo de cangrejos, langostas y demás animales submarinos, por ello, la habían confundido en más de una ocasión con la *sirenuca* que supuestamente habitaba en aquellas aguas.

El animal, herido de muerte, agonizaba. Se estaba desangrando y antes de hundirse en el agua, expulsó un último soplo con su propia sangre. El resto de las chalupas acudieron en su ayuda, asestándole infinidad de arpones al cuerpo malherido de la ballena. Esta, sabedora de su final, en un último intento por morir tranquila, volvió a embestirles con una fuerza que parecía imposible que conservase en aquellas circunstancias, golpeándoles con el morro, obligándoles a salvar sus vidas lanzándose al agua por el lado contrario al ataque sorpresivo que acababan de sufrir.

Exhaustos y agotados, intentaron mantenerse a flote en el agua fría, esperando a que sus compañeros les recogieran con el resto de chalupas que estaban repartidas a su alrededor, y junto a ellos, esperar a que el animal flotase para poder llevárselo finalmente a casa. Una vez muerta, la ballena se hundía bajo las aguas, y tenían que esperar a que volviese a salir a la superficie para poder regresar con ella a tierra. Llegado ese momento y ayudados por las otras balleneras que ya se estaban acercando hasta ellos, remolcarían al animal hasta la orilla, aprovechando que la marea estaba alta. Esperarían en la playa a que bajase de nuevo el nivel de las aguas y antes de que volviese a subir la trocearían y trasladarían hasta la casa de las ballenas para continuar con el aprovechamiento del animal. Lo difícil y peligroso ya había terminado.

Tiritando, agotados y magullados, fueron recogidos por el resto de los miembros de la cofradía.

Habían capturado un enorme ejemplar de ballena franca, el más grande visto por aquellas aguas hasta ese momento, y lo había conseguido ella.

Pero lo más importante de todo era que habían vuelto con vida.



Exhaustos y maltrechos, con Deva a la cabeza, Rodrigo a su lado y el resto de la tripulación junto a ellos, se repartieron en un par de chalupas, que aunque no tardaron demasiado tiempo en acudir a rescatarles, a ellos la espera se les hizo eterna. Muertos de frío, con casi la totalidad de sus cuerpos sumergidos en el helador mar que lo rodeaba todo comenzaron a sufrir fuertes calambres en las piernas y a sentir el temido entumecimiento de sus miembros, que hizo acto de presencia impidiéndoles moverse con agilidad, con el consiguiente peligro que aquello suponía para sus vidas. Podían morir ahogados. Gracias a que eran unos experimentados marineros, curtidos en aquellas lides, supieron mantener la calma, a sabiendas de que aquella situación no duraría demasiado. Las aguas frías del Cantábrico acariciaban las almas cansadas y los corazones endurecidos de aquellos lobos de mar que tenían la piel curtida por el viento y el sol de tanto luchar contra la naturaleza. El Señor, una vez más les había acompañado y protegido durante la caza. Sus plegarias y oraciones fueron atendidas. No habían perecido en aquella batalla y regresaban a casa con una captura sustanciosa. Tenían que agradecerles tanto a San Sebastián como a la Virgen que les hubiese ayudado una vez más. Siempre que se echaban a la mar se encomendaban a ellos para que sus ruegos fuesen escuchados. Ponían sus vidas en manos de Dios.

Hasta que no se sintieron seguros en el interior de las balleneras, no respiraron algo más tranquilos. Y aunque ya había pasado el peligro que les había amenazado, continuaban en el mar, y todavía debían remar hacia la costa arrastrando el pesado cuerpo de la ballena muerta con ellos. Tenían que trasladarla sorteando las fuertes corrientes marinas que dominaban aquellas aguas hasta llegar a la playa y poder hacer allí un buen uso tanto de su carne

como de su grasa en el menor tiempo posible.

El resto de los pescadores les felicitaron por la ballena capturada. Realmente, aquel era un ejemplar imponente. Debía tener más de ochenta y cinco pies de largo, o al menos, eso era lo que calculaban que podría medir aproximadamente desde la posición que ocupaban dentro de la chalupa. Deva sonreía satisfecha por la presa conseguida, pero también se sentía tremendamente cansada, no reconocerlo sería una tontería. Había tenido que realizar un esfuerzo tremendo contra aquel animal del demonio. Llevaba largo tiempo saliendo a cazar ballenas, y nunca antes había presenciado algo parecido a lo que acababan de vivir. Era poco habitual que un animal tranquilo como aquel, se defendiese de una manera tan agresiva.

Rodrigo se sentía orgulloso de Deva, y al mismo tiempo estaba preocupado por la tiritona que le era imposible ocultar. El frío estaba haciendo mella en su cuerpo, pero de su boca no salía la más mínima queja, al contrario, continuaba dando ánimos e instrucciones a los hombres que compartían embarcación con ella. Tanto el rostro, como sus brazos presentaban multitud de cortes que aunque no tenían demasiada importancia, no dejaban de sangrar ofreciendo un aspecto lamentable. La ropa mojada y pegada al cuerpo dificultaba sus movimientos, resultando sumamente molesta e inoportuna, pero no existía la posibilidad de poder quitársela allí, en mitad del mar. Lo único que podía hacer él en aquellas circunstancias, era ofrecerle el calor de su propio cuerpo, envolverla en la seguridad de sus brazos y sacarla de allí lo antes posible. También él estaba empapado, pero no sentía ni el frío, ni la humedad del ambiente, al contrario, ardía por dentro.

Deva, adivinando sus intenciones, con una mirada furiosa y glacial le detuvo en el acto. El azul de sus ojos se convirtió en hielo puro, no haciendo falta pronunciar una sola palabra para que él entendiese a la primera su mensaje. Era arponera, cazadora de ballenas, y no una doncella frágil que necesitara que acudiesen a su rescate. Aunque en el fondo de su corazón debía admitir que ese era el único lugar del mundo en el que le gustaría perderse para siempre, en el cálido cuerpo de aquel fornido caballero que daría la vida por ella. Pero frente a su tripulación no se podía permitir el lujo de mostrarse como una mujer débil, tenía que evitar que se cuestionase su fortaleza o su autoridad. Le había costado demasiado esfuerzo ganarse aquel puesto de

mando que ostentaba dentro de la cofradía. Ante el gesto serio y adusto que contempló Rodrigo en el rostro de su amada, decidió contenerse y estarse quieto, permaneciendo a su lado en absoluto silencio pero sin perder detalle de lo que hacía, controlando en todo momento sus movimientos por insignificantes que pudieran ser, realizando un esfuerzo tremendo por no acariciar aquel cuerpo que tanto deseaba. La amaba. Y, aunque no se sentía inseguro con respecto a los sentimientos de Deva, sí le nacía de dentro una necesidad primitiva e irracional de marcar su territorio. Había mantenido numerosas relaciones con mujeres antes de entrar a formar parte de la Orden y realizar sus votos, pero con ninguna de ellas, ni tan siquiera con Isabel, había sentido nunca ese impulso irrefrenable de proteger lo suyo y la apremiante necesidad de establecer límites con los de su misma especie. Los celos hasta aquel momento habían sido un sentimiento desconocido para él.

La observaba concentrado, disfrutando de la belleza animal y serena que se reflejaba en su rostro. Los movimientos felinos que realizaba en cada gesto eran seguros y decididos, se podía apreciar con claridad que sabía lo que hacía y también que disfrutaba con ello. Tenía claro que debía asumir con cierto pesar que no podría alejarla de todo aquello. No le quedaba más remedio que aprender a convivir con la angustia y la preocupación cada vez que ella saliese a la mar para enfrentarse a aquellos enormes animales. Había cabalgado a lomos de una pequeña y frágil embarcación surcando las olas de un mar bravío al que conocía y respetaba para enfrentarse a una bestia mucho mayor que ella en tamaño y fuerza, sin dudar en ningún momento de sus posibilidades, plantando cara y venciendo a su rival. Era una amazona de los mares.

Allí sentada, rodeada por multitud de hombres, duros marineros y pescadores curtidos por los vientos y el salitre del mar, resaltaba por encima de todos ellos como lo que era, una estrella brillante que guiaba su camino de regreso a casa. Sin ella, hasta ese momento se había encontrado a la deriva, sin ancla en un mar salvaje como aquel. Pero eso había cambiado. Acababa de encontrar su luz y no pensaba perderla. Durante aquellos momentos dramáticos y peligrosos que acaban de vivir se había dado cuenta, una vez más, de lo que realmente significaba para él. La amaba como nunca antes había querido a nadie. El Señor se la había puesto en su camino, estaba seguro de que ella era su destino. Encontrarse y estar juntos había sido inevitable, porque de lo

contrario, ¿qué sentido tendría todo aquello? Su Dios no podía ser tan cruel. Él era un hombre bueno y piadoso, siempre había cumplido con sus juramentos y sus obligaciones, había demostrado con creces que se merecía una recompensa y prefería que fuese terrenal. Con ella, la vida celestial no le interesaba demasiado. Lucharía con todas sus fuerzas por permanecer a su lado el resto de su vida. Merecía la pena arder en el infierno por alguien tan especial e importante como Deva. No pensaba renunciar a tenerla, costara lo que costase.

Sentada en la proa de la chalupa oteando la mar y perdida en sus pensamientos, parecía una diosa o un ser marino mitológico. Su larga melena, esa que siempre llevaba recogida en una trenza estaba suelta en ese momento, acariciando sensualmente unas curvas que le estaban volviendo loco y que una vez más provocaron en su cuerpo una reacción que tuvo que disimular. Era el momento menos adecuado para que se notase lo que su cuerpo reclamaba a gritos. Negro como la noche, su cabello salvaje y libre por el viento, contrastaba con la mirada luminosa y chispeante de color azul que tenían en ese momento aquellos ojos grandes y expresivos que parecían leerle el alma.

Deva...

Admiraba tanto su valor como su fortaleza, y viéndola rodeada del mar que tanto amaba y que la hacía tan feliz, acudieron a él las palabras de Neco durante una de sus lecciones mientras llovía fuertemente en el exterior de la casa. Este orgulloso de su hermana, le contó un día distraídamente el origen y el verdadero significado del nombre que le pusieron y que nunca pensaron que sería tan acertado, por lo mucho que amaba el mar. Deva era un nombre de origen pagano que llegó a aquellas tierras a manos de los celtas, salvajes e incivilizados, que nombraron de aquella manera a la diosa de las aguas. Se decía que de aquella deidad emanaban la vida y el amor. Por ese motivo su nombre era perfecto para ella, porque se sentía libre y feliz en el líquido elemento, realmente parecía un pez. Era algo que él había podido comprobar en multitud de ocasiones; disfrutaba del mar y de todo lo que le acompañaba. Los que la conocían, decían de ella que tenía un corazón puro, que siempre ayuda a los demás sin pensar en ella misma, al igual que hacia aquella diosa a la que algunos todavía veneraban en secreto y cuyo nombre llevaba con orgullo. Por lo visto, circulaban un par de leyendas sobre aquella divinidad y

la verdad era que alguna podía encajar inexplicablemente en su propia vida, aunque todo aquello pudiese parecer una locura. Le daba vergüenza admitir que dudaba de sus propias creencias en momentos puntuales. Le explicó Neco que las aguas del mar en un principio fueron dulces, hasta que la diosa Deva se enamoró perdidamente de un humano. Su amor duró únicamente una noche y volvió al fondo del mar para cumplir con su deber, ejercer su dominio y control sobre las aguas de los afluentes y los ríos, pero regresó con el corazón roto y lleno de tristeza. Le aclaró, seguro de sus palabras, que debido a que sus ojos no habían dejado de llorar en ningún momento por amor desde aquel día, el agua del mar se había vuelto salada. A Rodrigo aquella historia le resultó graciosa y conmovedora. Era una bonita manera de contarle una fábula a un niño e intentar explicarle por qué el agua del mar era salada, y la del río, dulce. Era consciente de que aquella aclaración carecía de fundamento, aunque los argumentos que le habían dado a él eran bastante parecidos, cambiando el dios y los motivos. Realmente le sorprendían las creencias de aquel pueblo y admiraba, al mismo tiempo, el hecho de que tuviesen apego a unas raíces paganas que continuaban practicando de una manera natural y secreta. Otra sorprendente historia que le había narrado Neco, era la que podría encajar en su vida, por increíble que pudiese parecer. Según el niño, el conjuro que había realizado en honor a aquella deidad se cumplió con su llegada. Siendo conocedor de los sentimientos ocultos de su hermana por encontrar el verdadero amor, el pequeño había decidido poner en práctica la creencia popular y cumplir fielmente con los pasos narrados en la leyenda que había pasado de generación en generación, susurrada en el silencio de la noche. Se decía que si deseabas que apareciese el amor verdadero, aquella persona destinada a amarte y acompañarte en el camino de la vida, debías recoger conchas de colores, cantos rodados y demás objetos marinos que resultasen bonitos a la vista. Se metían todos juntos, mezclados con la arena de la playa y el agua del mar, en un recipiente para que no se perdiesen antes de tiempo, y junto a un papel escrito con la palabra amor en su interior, se rodeaba con ambas manos a la altura del pecho y se repetía el conjuro que previamente se había preparado. Se debía desear de corazón que apareciese esa persona especial. Con la marea baja, se depositaba todo aquello cuidadosamente en la arena húmeda, esperando a que subiese el nivel del mar. En aquellos momentos, la diosa, al hacer recuento de todos los seres marinos que estaban bajo su dominio y cuidado, se daría cuenta de que le faltaban algunas conchas,

y acudiría a buscarlas, encontrando la invocación junto a ellas. Y una noche de luna nueva, cuando la marea estuviese baja, en la playa, el destino y la diosa unirían dos almas gemelas destinadas a estar juntas. Neco, emocionado, le confesó que él había recurrido a aquel sortilegio. Había deseado con todo su corazón ver a su hermana feliz junto a un hombre valiente y noble, de corazón puro. Y por lo visto, él había aparecido una noche en la playa cuando la marea estaba baja. Creía recordar el pequeño, que en aquella ocasión, en la que él apareció sin conocimiento, había luna llena. Pero bueno, ese era un detalle sin importancia si lo comparaba con su llegada, arrastrado por las aguas después de una galerna. Lo más curioso de todo aquello era que él, un hombre de Dios, instruido en la religión cristiana y versado en diferentes materias, que gozaba de amplios conocimientos y conocía parte del mundo, comenzaba a creer que las historias del pequeño podían tener sentido. Aquellas gentes trabajadoras y de buen corazón habían sabido aceptar y compartir sus creencias y tradiciones paganas con la fe cristiana sin ningún tipo de problema. Lo mirara por dónde lo mirase, ella era su destino. Daba igual el Dios que se la hubiera puesto en su camino, estaban predestinados a encontrarse.

Mientras continuaba dándole vueltas a todo aquel asunto en su cabeza, con esfuerzo, los remeros volvieron a impulsar todas las barcas al mismo tiempo con un único objetivo: alcanzar tierra firme y continuar con la faena. Aún no habían terminado, les quedaba mucho trabajo por hacer.

Todo aquello sucedía en el mar. Mientras, en tierra firme, Jorge, Velasco y Neco vivían angustiados la cacería sin poder hacer absolutamente nada por ayudar. Aquellos fueron unos momentos muy duros y difíciles para ellos, porque habían sido testigos de una lucha desigual entre un puñado de hombres y una ballena de grandes dimensiones que había ofrecido mucha resistencia, más de la que ninguno de ellos se hubiera imaginado. Llegaron a pensar que irremediablemente morirían aplastados o ahogados por aquel descomunal animal. Neco se mantuvo al lado de su hermano, sin separarse ni un momento. Desesperado y tragándose unas lágrimas que no quería derramar para no parecer un niño pequeño, se obligó a ser valiente. Sabía que Jorge estaba sufriendo igual que él por lo que veían sus ojos. El peor momento de todos había sido aquel en el que comprobaron atónitos como Deva era tragada literalmente por las aguas del mar. Tanto Jorge como él mismo estarían eternamente agradecidos a Laro y al Señor por habérsela devuelto con vida.

Desconocían el estado en el que se encontraba su cuerpo, pero creían distinguirla al frente de una chalupa junto a otro arponero, por lo tanto, no se encontraría muy mal, ella era bastante fuerte. Superados los primeros momentos de temor e incertidumbre y una vez repuestos del susto, acudieron a la playa en su ayuda. En cuanto llegasen a puerto y bajase la marea, tendrían que transportar entre todos el pesado cuerpo del animal hasta la casa de las ballenas para proceder a su aprovechamiento. Habían tenido suerte. Todavía era temprano y hasta que anocheciese, aún disponían de tiempo suficiente para llevar a cabo la mayor parte del trabajo.

Neco, con el susto en el cuerpo, se abalanzó sobre su hermano, que le estrechó fuertemente entre sus brazos.

—¡Qué miedo he pasado!, creí que no sobrevivirían al ataque de la ballena. — Las palabras del niño expresaban con sinceridad lo que habían pensado todos—. Creía que también la perdíamos a ella.

—Yo también lo supuse, pero Deva es valiente y Rodrigo estaba a su lado. — Los ojos de Jorge brillaban debido a la emoción y a las lágrimas contenidas, fruto de la rabia y la impotencia que sentía en aquellos momentos y que había conseguido mantener bajo control durante todo ese tiempo. Era él quien debería haber estado junto a su hermana en aquella ardua situación.

Velasco, comprendiendo aquellos sentimientos y suponiendo el dolor y la frustración que guardaba Jorge en su interior, intentó infundirle ánimos, y colocando la mano cariñosamente sobre el hombro a su amigo, con palabras sinceras, se lo hizo saber.

—Ya ha pasado todo. Lo importante es que lo han conseguido y que vuelven con nosotros.

—Me entiendes, ¿verdad? Ese es mi lugar, no este —enfaticó Jorge señalando con el dedo el punto exacto y lejano en el que se encontraba su hermana. Le dolía demasiado reconocer que su vida había cambiado. Debía asumir definitivamente su nueva situación.

—Te comprendo perfectamente, pero no consigues nada castigándote de esta manera. Lo mejor que puedes hacer es sobreponerte lo antes posible y hacerte fuerte, buscando tu nuevo lugar dentro de la familia. Eres autosuficiente y posees conocimientos de sobra tanto para trabajar en el puerto

como en la casa de las ballenas. La única diferencia será que no lo podrás hacer de la misma manera que antes. —Velasco estaba convencido de que todos aquellos sentimientos se apaciguarían en cuanto se les pasase el susto—. Será mejor que nos pongamos en marcha. Por lo que me habéis contado, queda mucho trabajo por delante.

Y sin más, los tres encaminaron sus pasos hacia la playa donde sería necesaria toda la ayuda posible.

En la caza de la ballena, no solamente intervenían los hombres que salían en su busca y captura: también estaban los que cortaban la leña procedente de los montes del pueblo de Isla, que eran propiedad del Concejo y que servían para atizar continuamente la lumbre con la que calentaban los grandes calderos que colocaban en el exterior, en los cuales se derretiría la grasa de la ballena una vez descuartizada. El *talayero*, que era el encargado del avistamiento y de realizar la ahumada con la que daba el aviso, y el resto de hombres y mujeres que trabajan para el aprovechamiento del animal, todos eran importantes y necesarios. Formaban un nutrido grupo que conseguía sacar adelante todo el trabajo en el menor tiempo posible. Las ganancias se repartían equitativamente, al igual que una pequeña cantidad de carne y de *sain*. Tanto el descuartizamiento de la ballena como el aprovechamiento de su carne para el consumo y el comercio debían hacerse con la mayor premura posible, debido a la rapidez con la que el gran cuerpo del animal se corrompía y pudría.

Era la cofradía de pescadores la encargada del reparto de lo obtenido, dándoles una parte más importante a los miembros de la chalupa que habían conseguido la captura; también se encargaban de pagar los impuestos obligatorios para poder realizar aquella práctica sin problemas. El prior del monasterio de Puerto se llevaba una buena tajada. Eran muchos los que vivían de la caza de ballenas.

Velasco había calculado, basándose en la información que le había facilitado Jorge sobre lo obtenido en otras ocasiones, que probablemente y debido a las grandes dimensiones de la ballena, podrían sacar más de treinta barricas de aceite. Una buena noticia para los ingresos de aquellas humildes gentes.

Alrededor de la casa de las ballenas lo tenían todo preparado para cuando

llegase el animal. En los verdes prados habían colocado con rapidez unos hornos de piedra sobre los que dejaban descansar grandes calderas de hierro para derretir la grasa de la ballena y obtener el aceite con el que posteriormente elaborarían el *sáin*, imprescindible y muy necesario para la iluminación de los candiles. Con la grasa, las mujeres elaboraban velas y algunos jabones que estaban bastante bien pagados. A mano, cerca de los improvisados hornos, había multitud de calderos y barriles de diferentes tamaños y capacidades para almacenar y transportar el *sáin*. Los calderos en los que se derretía la grasa debían tener una pequeña cantidad de agua para permitir que esta se deshiciese fácilmente. Neco le había comentado que tardaban muchos días en conseguir derretir todo el sebo de la ballena, por lo que si era una buena temporada de caza, estarían bastantes semanas con esa labor.

Velasco se sintió maravillado ante las herramientas que eran necesarias para realizar todo aquel trabajo. Nunca imaginó que fuesen tantos los utensilios que encontraría colocados y preparados para ser utilizados. Unos largos palos de madera de buena calidad, terminados en dos puntas, como si fueran un tridente, servirían para trinchar y remover la carne hirviendo dentro de las barricas y que esa no se quemara. También había una gran variedad de cucharones, todos grandes para extraer el *sáin* y volver a depositarlo en otro caldero. Importantes eran los atizadores de hierro para remover el fuego y evitar que se apagase, interrumpiendo así el trabajo que realizaban concienzudamente. La grasa obtenida debía ser aclarada en agua repetidas veces hasta dejarla limpia por completo de impurezas y restos de carne. Los trozos de grasa se iban echando continuamente al caldero hirviendo. Se sacaban y volvían a meter con rapidez, para no perder tiempo según iban retirando los anteriores. Una vez terminado con el proceso de obtención del *sáin*, debían dejarlo enfriar en baldes hasta poder depositarlo definitivamente en grandes barricas, que serían selladas y transportadas al pueblo de Puerto donde serían vendidas al precio establecido con anterioridad.

El proceso más laborioso al que se tenían que enfrentar era el despiece de la ballena, y aunque sabía que podría resultar desagradable, Velasco estaba ansioso por formar parte de él y saber realmente en lo que consistía.

Las chalupas estaban entrando a tierra y los hombres que permanecían

esperando en el puerto acudieron a su encuentro para terminar de ayudarles a remolcar el animal. La imagen que se presentó ante sus ojos era dantesca, una auténtica sangría. Aquella enorme ballena debía haber sufrido lo indecible. Su cuerpo inerte estaba completamente agujereado. Los arpones continuaban clavados en el animal y unidos a las pequeñas balleneras por las cuerdas. Se podía apreciar con total claridad la multitud de heridas, orificios y perforaciones producidas por cuchillos, jabalinas y sangraderas, que aún permanecían incrustadas en su cuerpo y que tenían como función ir debilitando al animal hasta matarlo. Estaba completamente cubierto de sangre, y eso que las pequeñas lenguas de agua salada y espuma blanca que rompían contra su cuerpo, limpiaban parte de los restos de aquella masacre. Fue en esos momentos en los que apreció realmente el trabajo realizado con los arpones. Estos estaban elaborados a golpe de maza con el calor del fuego de una fragua, templados de la misma manera que sus espadas. Sus puntas eran armas letales, preparadas para matar.

—¡Velasco, Velasco! ¡Ya están aquí! —vociferó Neco emocionado, revoloteando a su alrededor con alegría. Después del miedo que había pasado durante la cacería, en aquellos momentos, se sentía feliz por poder abrazar por fin a su hermana y contemplar aquel ejemplar tan grande de ballena que les acompañaba de cerca—. ¿Por qué tienes esa cara? —preguntó extrañado el niño.

—Entiendo la necesidad de cazar la ballena, pero me entristece el sufrimiento que haya podido pasar —respondió apenado Velasco.

Neco le dedicó una mirada comprensiva. Entendía perfectamente todo lo que estaba sintiendo y pensando. A él le sucedió lo mismo la primera vez que lo contempló, pero con el paso del tiempo se había terminado acostumbrando y entendía que todo aquello era por necesidad.

—Aunque no te lo creas, te endurecerás.

Las sencillas y sinceras palabras de Neco provocaron en él unas sonoras carcajadas. Realmente ese muchacho era especial. No terminaba de acostumbrarse a que palabras tan adultas pudiesen salir de la boca de un niño tan pequeño.

Dejaron las chalupas amarradas, y a la ballena unida a ellas, flotando en

las aguas tranquilas de la playa, a la espera de que bajase la marea para poder izar el cuerpo del animal y comenzar con el despiece.

Neco salió corriendo al encuentro de su hermana y, dando un fuerte salto, se impulsó para abrazarse a ella con todas sus fuerzas. Deva estaba acostumbrada a aquel recibimiento, ya que el pequeño siempre hacía lo mismo. Era un ritual entre los dos, pero en aquella ocasión, aunque consiguió cogerle al vuelo, el ímpetu del muchacho al saltar la hizo trastabillar y caerse al suelo con él en brazos. Ambos, abrazados y dando vueltas por la arena mojada, rebozándose sin complejos en ella, no dejaron de reírse presa de la emoción del momento.

Rodrigo y Velasco se abrazaron también afectuosamente. Había sido una experiencia peligrosa la que habían vivido separados, por primera vez, en aquel peculiar campo de batalla.

—Hermano, faltabas tú a mi lado —confesó Rodrigo abatido.

—Creo que son demasiadas emociones intensas para ti, todas de golpe. Esta mujer terminará matándote a disgustos, o quizá, ahogándote en el mar —respondió mordaz a su amigo, guiñándole un ojo, cómplice de sus sentimientos. Caminaron en busca de algo para beber y aplacar la sed, mientras esperaban que bajase la marea—. También yo te he echado de menos, amigo mío. Debería haber permanecido a tu lado, aunque el mar y yo, como bien sabes, no nos llevamos demasiado bien.

—Como siempre, tus palabras son sabias —afirmó Rodrigo con una sonrisa cansada en los labios—. Esta mujer me terminará matando.

Ambos prorrumpieron en sonoras carcajadas que pasaron desapercibidas, diluidas por el bullicio y la algarabía que había a su alrededor.

Jorge ayudó a su hermana a levantarse del suelo, y viendo que dejaba demasiado poco a la imaginación con esas ropas que llevaba puestas, totalmente pegadas a su cuerpo y mojadas, la aconsejó que se cambiara de atuendo lo antes posible. Después, se acercó a Rodrigo para agradecerle todo lo que estaba haciendo por ellos, y sobre todo, por salvarle la vida a su hermana.

—Gracias, no tengo palabras para expresarte mi gratitud... —Las palabras

de Jorge fueron pronunciadas con emoción, impidiéndole continuar con la conversación.

—No digas tonterías. ¿Acaso no harías tú lo mismo? No vuelvas a darme las gracias. De ahora en adelante, entre los dos, cuidaremos de nuestra familia. Acompáñanos y brindemos por la victoria conseguida en esta batalla tan singular para mí —respondió tranquilamente, pasándole afectuosamente el brazo por los hombros.

—Sí, digamos que ha sido tu bautizo de sangre —bromeó Velasco intentando de aquella manera disipar la preocupación que sentía Jorge en aquellos momentos.

—¡No puedo contigo! Vayamos a la taberna —contentó sonriendo Rodrigo.

Transcurrido el tiempo necesario para que la marea bajase de nuevo, los pescadores rodearon a la ballena, cargados con cuchillos afilados y ganchos para ayudarse con ellos a la hora de tirar del animal. Con esfuerzo, la izaron entre todos y arrastraron, hasta llevarla a los alrededores de la casa de las ballenas, depositándola en unos salientes rocosos, lugar donde se realizaría todo el trabajo que quedaba por hacer. A pesar de que la distancia que separaba un lugar de otro era corta, el esfuerzo que debían realizar aquellos hombres trasladando la ballena resultaba hercúleo.

Una vez depositada en el lugar preparado para ello, comenzaban con el despiece. Aquella era una ballena joven, por lo tanto, además de la grasa, podrían disfrutar de su carne. Lo primero que tuvieron que hacer fue soltar los arpones, jabalinas y sangraderas que permanecían incrustadas en el cuerpo del animal para que no entorpeciesen el trabajo. Con los cuchillos, realizaban cortes profundos en la gruesa y suave piel de aquella bestia para posteriormente ensartar en ella la punta de los ganchos y tirar fuertemente de ellos para ir cortando trozos de carne y grasa, y poder introducirlos en los grandes calderos con agua hirviendo. Lo que restaba de día estarían realizando aquella labor y probablemente, parte de la noche también. Se alternaban en turnos para mantener el fuego encendido y remover la carne, evitando que se pegasen los trozos entre sí. El olor que desprendían aquellas barricas era desagradable, pero con el tiempo el olfato se acostumbraba a él.

Neco sabía que Deva, por ser la primera en llegar a la ballena y darle

caza, además de lo que les correspondía, tanto de cantidad como de dinero, aprobado todo ello por la cofradía, tenía el privilegio de elegir una parte del animal para ellos. Él le pidió a su hermana que solicitara algunas barbas del animal. Le gustaba utilizarlas para pescar, porque eran más flexibles y resistentes que el hilo que normalmente utilizaba para ello. Sabía que la lengua era muy valorada entre la nobleza y los altos cargos de la iglesia, sin embargo, a él le daba asco pensar en tener que comérsela, por eso, ni se le había pasado por la cabeza pedir un pedazo. En cambio, su carne sí le gustaba. Deva la preparaba muy rica, guisada con las hortalizas del huerto, pero sabía de sobra que una parte de ella les tocaría en el reparto normal establecido de antemano. Como la ballena era un pez, podían comerla durante el ayuno de la Cuaresma. Por lo tanto, el premio debía ser algo especial. Y para él, no había nada mejor que las barbas.

Estaba contento porque sabía que la caza de semejante animal les iba a aliviar de muchas cargas, y también, estaba seguro de que iba a ser una buena temporada de ballenas. Se lo decía su instinto de futuro señor del mar.

Sería un caballero cabalgando a lomos de una chalupa, con un arpón en la mano.



Las semanas transcurrieron demasiado deprisa para todos ellos. Los días pasaban uno tras otro, sin tregua y casi sin descanso. El ocaso de la noche daba comienzo a un nuevo amanecer. El olor que emanaba tanto del cuerpo muerto de las ballenas como de su carne hirviendo impregnaba el ambiente, anulando el resto de aromas tan característicos de un pueblo marinero como era aquel. Las fragancias genuinas que dejaban su huella en el aire, como las algas, el pescado y el agua del mar, habían desaparecido casi por completo. Ese fuerte olor llegaba a ser molesto para unos cuerpos cansados y castigados por el duro trabajo, a pesar de estar acostumbrados a él. La temporada de caza había finalizado, pero hasta alcanzar ese momento, todos sin excepción alguna, habían tenido que trabajar sin descanso para obtener así su recompensa y garantizarse una supervivencia en las mejores condiciones posibles el resto del año. Esa campaña había sido extraordinariamente buena. Habían conseguido capturar varios ejemplares, tanto jóvenes como adultos, que les permitirían obtener cuantiosas ganancias. De ese modo, compensaban la escasez sufrida durante otros años.

El riguroso y crudo invierno finalmente les había dejado. Duro y frío, tal y como iba siendo esa época del año por aquellas tierras lejanas. El *lobo*, —con ese animal se comparaba a la estación invernal—, una vez más, había enseñado sus dientes afilados y alguna que otra dentellada tuvieron que soportar, aguantando fuertes temporales de agua y viento, tanto en tierra como en el mar.

Tal y como se había acordado con anterioridad, una vez terminada la temporada de caza a la ballena y finalizadas las labores necesarias para la obtención y elaboración del *sain*, se celebraría la boda entre Jorge y Cantia. Y

ese día, afortunadamente, había llegado.

Jorge, a pesar de no ser un hombre adulto, a sus dieciséis años tenía la suficiente experiencia en temas relacionados con la pesca, las embarcaciones y el puerto como para que su futuro suegro confiase en él. También poseía un amplio conocimiento sobre el funcionamiento interno de la cofradía. Motivos más que suficientes para que el padre de su inminente mujer depositase todas sus esperanzas en él, proponiéndole como candidato a sustituirle dentro de la organización en un futuro; este estaba haciéndose mayor y era plenamente consciente de que no podría permanecer al frente de gremio de pescadores por mucho más tiempo. Garantizándose, de aquella manera tan sencilla, que su yerno pudiese vivir de una forma honrada, ganándose el pan de cada día con el sudor de su frente, ya que con una única mano le resultaría todo bastante más difícil. Cantia era su única hija y siendo conocedor de los sentimientos de esta, que estaba profundamente enamorada de aquel muchacho responsable y bueno, decidió interceder en su favor. Por nada del mundo quería ver a su adorada pequeña en manos de un gañan que se aprovechase de la ventajosa posición que ostentaban, dilapidando el dinero que con tanto esfuerzo estaba guardando. Y desde luego, no soportaría que a ella le hiciesen daño o fuese infeliz. Que se hubiera enamorado de Jorge había sido un golpe de suerte para él, y la pérdida de su mano mientras intentaba cazar una ballena, aunque trágica, había sido muy oportuna. Ese hecho, indiscutiblemente, había precipitado los acontecimientos, siendo estos favorables a sus intereses. El resto de miembros de la cofradía de pescadores valoraron la propuesta planteada por el patrón y la aceptaron sin dudarle, sería él la persona adecuada para ocupar ese cargo llegado el momento. Además del respaldo que suponía el apoyo explícito de su suegro, le avalaban los conocimientos que poseía. Sabía leer y escribir, y comprendía los números y las operaciones necesarias para llevar las cuentas al día y en orden. Reunía todos los requisitos necesarios para el puesto. Indiscutiblemente era la persona idónea para ayudar en todos aquellos temas complicados para la mayoría de ellos, que realmente no estaban capacitados para desarrollar aquel trabajo. Tan solo debía adquirir algo más de experiencia sobre el terreno y, llegado el momento, se convertiría en el sucesor natural al puesto de patrón dentro la hermandad de pescadores del pueblo. Además de tener las cualidades necesarias, todos habían tenido en cuenta a su hermana Deva, que aunque no tenía ni voz ni voto

dentro de la cofradía, era un pescador más entre ellos. Se jugaba la vida cada vez que se echaban a la mar en busca de ballenas, era la mejor arponera que existía por aquellas costas y su reputación la precedía. Se estaba empezando a forjar una leyenda sobre «la mujer que cazaba ballenas». Ostentaba el mando de la chalupa en la que navegaba y prácticamente de toda la flota de pequeñas embarcaciones del puerto, aunque abiertamente ni lo quisieran, ni lo pudieran reconocer. Cuando estaban en el mar, nadie osaba cuestionar sus decisiones porque tenía el don de saber en cada momento lo que debían hacer. Conocía las corrientes y los cambios de viento a la perfección y nunca jamás había abandonado a ningún compañero. Por respeto y cariño hacia ella, nadie pensó oponerse a la imposición velada que les habían planteado. Al fin y al cabo, eran todos hombres de mar en un pequeño pueblo pesquero. Los unos dependían de los otros, y la mejor manera de no sucumbir a la tiranía y al engaño de la nobleza y de la iglesia, era poner a los mejores dirigiendo los distintos gremios y defendiendo los intereses comunes. Eran una pequeña gran familia.

Para el suegro de Jorge, todo quedaba en casa. Se garantizaba con aquella sencilla maniobra y un poco de ayuda del desino, que los jóvenes tuviesen un porvenir y también que su sucesor fuera una persona válida, honrada y coherente, para defender a los pescadores frente al resto de las villas marineras. También debía saber mantener el orden e impartir justicia entre ellos, pero estaba seguro de que el muchacho lo haría bien, más aún teniendo en cuenta que su cuñado era un hombre un tanto extraño, silencioso e imponente, que con solo mirarte te hacía temblar. Laro, aquel forastero que parecía más un guerrero que un marinero, ese que había surgido de la nada con intenciones de quedarse y que estaba seguro de que guardaba más de un secreto. En un principio desconfió de él, aunque debía reconocer que había sido de gran ayuda durante la campaña ballenera. Se había granjeado el respeto de todos y ganado el codiciado corazón de Deva. En aquellos momentos, también él era uno más.

Debido a su condición de viudo, decidió que lo mejor para el joven matrimonio sería que se trasladasen a su casa, dejando la de Jorge para sus hermanos. Dado que se había hecho oficial el futuro enlace entre Laro y Deva, era lo normal. Cada familia en su casa, formando un hogar. La suya tenía un prestigio y una categoría que pensaba continuar manteniendo, porque aunque

todos respetaban a la amiga de su hija, no dejaba de ser una mujer en un mundo de hombres, y no quería que su reputación se viese empañada porque Cantia estuviese viviendo bajo el mismo techo que aquella joven.

La humilde y sencilla residencia de Neco y Deva bastaba para ellos tres y para el tío Velasco, quien de aquella manera se hacía llamar. Nadie sabía que Laro, y él no eran realmente hermanos de sangre. Estos, nunca terminaron de aclarar que el parentesco del que presumían no era real, aunque les importaba bastante poco, ya que el sentimiento sí era ese. Además, acordaron entre todos que sería mucho más seguro para ellos que los habitantes del pueblo creyesen esa mentira y que continuasen llamándole por su nombre cántabro. Durante la ausencia de Rodrigo, sería su gran amigo el que se quedaría al cuidado de la familia, velando por su seguridad y sus intereses. Era la única persona en la que confiaba plenamente, por eso dejaba en sus manos el bien más preciado que tenía: su futura mujer y un pequeño al que adoraba.

El viaje de regreso no se podía posponer por más tiempo. Era urgente y necesario aclarar aquella situación compleja y dura en la que encontraba inmerso. Tenía que hablar con su padre. Estaba seguro de que este le entendería y daría su apoyo, siempre lo había hecho y dudaba de que en aquella ocasión no volviese a hacerlo. Sabía que comprendería los motivos por los cuales pensaba abandonar la Orden y alejarse de él.

El mal tiempo había tocado a su fin, al igual que la temporada de caza de ballenas, dando paso a cielos bastante despejados y temperaturas ligeramente más suaves. Momento propicio para volver al que, hasta ese momento, había sido su hogar. Debía regresar a su pasado para enfrentarse al presente y poder abrazar el futuro. Lamentaba profundamente tener que ausentarse de allí, y lo peor de todo era el no saber cuánto tiempo podría llevarle solucionar todo aquello. Al menos se quedaba más tranquilo sabiendo que Velasco permanecía en aquel pueblo pequeño y tranquilo de pescadores, junto a Deva y a Neco. Dentro de la Orden existían una jerarquía y unas normas bastante estrictas que debían cumplir. A fin de cuentas, no dejaban de ser un ejército, y en caso de que las cosas se pusieran mal para su hermano de armas, aclararía que este, obedeció la orden directa de un superior. Le defendería ante cualquier tipo de represalia que quisieran tomar contra su persona. El único responsable de todo lo sucedido era él. Se había dado cuenta de que su camino era otro,

aunque no se arrepentía en absoluto de las decisiones tomadas hasta ese momento. Había roto un juramento y se enfrentaría a las consecuencias, pero pensaba cumplir el que le había hecho a ella. La amaba y volvería a su lado, costara lo que costase.

Rodrigo era consciente de los nervios y de la emoción que dominaban a Deva en aquellos momentos tan importantes de su vida. Jorge, su hermano pequeño, se casaba y ella luchaba por mantener bajo control los sentimientos que intentaban aflorar y que bajo ningún concepto quería mostrar a los demás. Deseando no asustarla, se acercó por detrás, arrojando su cálido cuerpo con el suyo y depositando un cariñoso beso sobre el cabello recién lavado que olía a flores frescas y a libertad, acariciando melosamente un cuello fino y elegante que tenía unas terribles ganas de saborear.

—Estate tranquila, amor mío. Todo va a salir bien. Son una pareja adorable, están felices y contentos. —Rodrigo no pudo evitar pegar su cuerpo al de ella, rozando sutilmente con su boca el cuello de Deva y susurrarle palabras al oído, buscando el contacto de su suave piel. Mientras, acariciaba sinuosamente la carne que quedaba al descubierto de sus brazos en un precioso vestido ceñido hasta la cintura que le quedaba demasiado bien.

Las palabras susurradas con calma, acompañadas por esa fragancia inconfundible ya para ella, unido a las cosquillas traviesas que estaba provocando en su cuello aquella barba incipiente que rozaba su piel mientras murmuraba palabras que no alcanzaba a entender, la hicieron temblar, deseando más, mucho más. La excitación y el deseo eran los dueños de su cuerpo en ese momento. Era plenamente consciente de lo que iba a suceder, y llegar a esa conclusión supuso una liberación absoluta para ella.

Con dificultad debido a lo agitada que se estaba volviendo su respiración, alcanzó a pronunciar unas escuetas palabras.

—Sí, realmente se les ve muy felices. —Su voz apenas era un susurro.

—¿Y tú qué deseas, amor mío? —Rodrigo era consciente que debía terminar con aquella situación, era lo correcto. Aunque lo que más deseaba en esos momentos era poder disfrutar del calor de su cuerpo, del aroma embriagador que desprendía y de su sabor. Sabía que no debían continuar en aquella actitud tan íntima, no era justo para ella, lo más sensato era alejarse de

su lado. La inevitable reacción de su cuerpo al estar en contacto con el de Deva debía ser más que evidente para ella, e intentó apartarse avergonzado para que no sintiese su miembro viril hinchado y sumamente excitado pegado a las faldas de su vestido. Deva protestó ante lo que parecía una retirada, y apoyando sutilmente sus manos sobre el prieto trasero masculino, le impidió que se apartase de ella. Entre jadeos le rogó que no se marchara.

—No te alejes de mí, te necesito.

Con la voz enronquecida por el deseo que estaba sintiendo en esos momentos tan íntimos, y siendo consciente de que sus palabras podían ser el prelude de lo que iba a terminar sucediendo a continuación, quiso estar seguro de que ella estaba preparada. Por nada del mundo quería que se sintiese obligada hacia él para hacer algo de lo que posteriormente pudiera arrepentirse.

—Podemos esperar a que nos casemos. Intentaré no tardar demasiado tiempo en volver de mi antiguo hogar. —Se obligó a pronunciar las palabras correctas, aunque su cuerpo ardía por dentro, consumiéndole en una pasión contenida durante demasiado tiempo. La necesitaba desesperadamente.

—Te quiero a ti, te deseo aquí y ahora —confesó ella con seguridad.

La respuesta de Deva era una orden que no pensaba desobedecer.

Con un movimiento ágil y sensual, Deva se giró, enfrentándose a su ardiente mirada y entrelazando sus manos por detrás de la nuca de su amado, adaptándose sus cuerpos a la perfección y acercando sus labios a los de aquel hombre por el que sería capaz de hacer cualquier cosa. Le deseaba y no pensaba pararse a pensar en castigos divinos en los que no creía. No estaba dispuesta a dejar de ser feliz por temor a unas posibles consecuencias que le daban exactamente igual. Lo había pensado mucho. Le amaba, estaban prometidos y necesitaba conservar el recuerdo del sabor de sus labios y el tacto de sus caricias en su ausencia. Ya se enfrentaría con valentía a las consecuencias de sus actos. No tenía miedo a nada más que a su separación. Se fundieron en un beso cargado de pasión, pero también de infinito amor. Con la cabeza apoyada en el cálido cuerpo de su amado y ocultando el rostro por vergüenza a que contemplase su tez sonrosada, le confesó lo que había hecho.

—Le he pedido a Velasco que se haga cargo de Neco durante un tiempo.

—Eres terriblemente inteligente y bastante guerrera, por eso te quiero tanto. No hay una mujer igual a ti en el mundo. Estoy seguro de que mi buen amigo se hará cargo de la situación —respondió sonriendo y orgulloso. Se sentía tremendamente afortunado.

Sin darle tiempo a reaccionar y pillándola por sorpresa, la aupó entre sus brazos y sin dudarle subió los escalones de la casa con asombrosa rapidez y seguridad. Sabía perfectamente cuál era su destino. Con el pie, abrió fácilmente la puerta de la habitación de Deva, que en aquellos momentos se encontraba entornada. Entraron en silencio, sin despegar su mirada el uno del otro en ningún momento. La depositó con cuidado en el suelo mientras le regalaba caricias y besos a lo largo de su cuello. Deva, aunque deseosa por estar con él, no podía dejar de sentir cierto temor. Nunca antes había estado con un hombre en una situación tan íntima y temía no estar a la altura. Rodrigo, leyendo sus pensamientos y entendiendo su inseguridad iría despacio, aunque aquello le costase un gran esfuerzo, porque tenerla entre sus brazos, saboreando sus labios le estaba suponiendo un problema de contención. Nunca, en su vida anterior, antes de ingresar en la Orden del Temple, había sentido tal necesidad animal de hacer suya a una mujer, de sentirse dentro de ella. Tendría que controlarse porque deseaba regalarle una primera vez, inolvidable.

Pretendía dejar una profunda huella en ella, que no le olvidase, que le esperase.

Regalándole caricias, lo primero que hizo fue soltarle los lazos que, una vez más, sujetaban su melena negra, larga y preciosa, aquella que se empeñaba una y otra vez en amarrar. Sentir cómo sus finos y suaves cabellos estaban libres entre sus dedos fue una sensación maravillosa para él. Se la había imaginado en multitud de ocasiones, desnuda con el pelo suelto cayendo en cascada sobre sus hombros, mirándole con pasión y obsequiándole con sus besos. Había llegado el momento de hacer realidad su sueño. Deva se dejaba hacer, pensaba disfrutar del momento y entendía que si ella gozaba sintiendo sus caricias, él necesitaba lo mismo. Mientras Laro estaba besándola y acariciando sus cabellos, decidió sin temor comenzar a desnudar a aquel hombre que tanto amaba. También ella deseaba sentir el contacto de su cálida y musculosa piel.

Para Rodrigo, el hecho de que Deva comenzase sensualmente a quitarle la camisa, con calma y sin prisa, le estaba volviendo loco. Daba gracias por no estar completamente vestido y preparado para la boda, tan solo llevaba puesta la camisa y los pantalones. Sentir sus delicados dedos rozando su pecho se estaba convirtiendo en una de las mejores experiencias de su vida. No podía ni imaginarse lo que sería estar dentro de ella.

—Pequeña, te deseo con una desesperación que duele demasiado, pero iremos despacio. Necesito saborearte y comprobar que estás disfrutando igual que yo. Quiero que grites mi nombre.

—Estoy lista para recibir todo lo que quieras darme. Y ten cuidado, no vaya a ser que esta «pequeña» termine devorándote. —Deva, asombrosamente, no se sentía nerviosa, tampoco insegura. Estando con él las cosas siempre eran así, naturales, normales, fluían solas, sin necesidad de nada más.

Rodrigo desató las cuerdas que sujetaban el vestido de Deva por la espalda, y esta lo dejó caer a sus pies con suavidad, quedándose vestida únicamente con una camisola de fino hilo blanco que dejaba intuir unos pezones duros y enhiestos que estaban deseosos de recibir atenciones. Sin poder esperar más, decidió desprenderse de toda su ropa y ser él el primero en exponerse desnudo ante ella. Ningún secreto se interponía ya entre ellos.

Deva no podía parar de disfrutar, sentir el cuerpo fuerte y desnudo de Laro entre sus manos y comprobar cómo este reaccionaba a sus caricias era fascinante, le hacía sentirse poderosa. Desprendía deseo y una energía arrolladora que avivaba la pasión que crecía en su interior en aquellos momentos. Las reacciones que provocaba en ella eran asombrosas, y el magnetismo que desprendía era cautivador. Nada ni nadie en el mundo sería capaz de obligarla a dejar de desear aquello que provocaba en su cuerpo y en su corazón, y mucho menos a renunciar a su amor. Entendía que la humedad que sentía en su zona más íntima, nueva y desconocida para ella hasta ese instante, era provocada por la necesidad que tenía de él. Todas aquellas sensaciones eran maravillosas, se sentía deseada entre sus brazos. No era la primera vez que contemplaba el cuerpo de un hombre desnudo, estaba rodeada de ellos casi a todas horas, pero sí, era la primera vez que un hombre se desnudaba para ella. Se sorprendió un poco al comprobar el tamaño que había

alcanzado la erección de Laro, esperaba estar preparada para recibirle. Pronto dejó de tener importancia todo lo que les rodeaba, tan solo podía dejarse llevar por sus sentimientos y por la necesidad que la empujaba a acariciarle, besarle y tocarle. Con suma delicadeza, el hombre valiente y cariñoso que tenía a su lado comenzó a despojarla de la camisola, acariciando con suavidad su espalda, dibujando sobre la piel siluetas imaginarias que provocaban un estremecimiento en ella de inevitable deseo. El vello se le erizó al tacto de sus cálidas y delicadas manos sobre su cuerpo. Mientras, al mismo tiempo, depositaba sutiles besos sobre el cuello que ella había ladeado inconscientemente buscando sus atenciones. En el momento en el que él, con suavidad, acarició sus pechos, recreándose en unos pezones deseosos de ser mimados, inevitablemente se escapó un gemido de su garganta de puro placer, que azuzó el ímpetu de su amante. Sin apenas darse cuenta, Laro la había conducido magistralmente hasta la cama, invitándola entre besos y susurros a tumbarse en ella.

Mientras su lengua implacable buscaba el elixir sagrado de su boca, con una rodilla y mucho cuidado, fue obligando a Deva a separar sus piernas. Necesitaba excitarla lo máximo posible, quería que disfrutara y que estuviese preparada para recibirle. Por nada del mundo deseaba dañarla más de lo estrictamente necesario, en aquellas circunstancias era inevitable. Ella, impulsada por el deseo y las maravillosas sensaciones que estaba experimentando, perdió el poco pudor que le quedaba y acarició con cariño y devoción las líneas perfectamente marcadas en un cuerpo trabajado a base de ejercicio y de batallas. Su complexión fuerte y bien definida, la hacían sentirse segura. Aquellos brazos que la sostenían eran su hogar.

Los suaves y cálidos labios masculinos estaban saboreando sus pezones, haciéndola perder cualquier capacidad de reacción que no fuera la de disfrutar. Inevitablemente arqueó su cuerpo como resultado de las descargas placenteras que estaba experimentando, buscando satisfacer una necesidad que no sabía cómo podría apagar. Sintió cómo sus dedos, de manera delicada y magistral, sabiendo lo que hacían, acariciaban los pliegues de su piel más íntima, aquella zona que jamás pensó nadie tocaría, y muchos menos saborearía de aquella manera que la estaba volviendo loca. Cada caricia, cada roce, cada beso que él le regalaba, suponía una corriente de placer que recorría todo su cuerpo. Imitando sus caricias y sin miedo, sostuvo entre sus

manos el miembro masculino, caliente y erecto, provocando inmediatamente un gruñido de satisfacción. Ella, supo al instante que le gustaba lo que estaba haciéndole. Aquello le proporcionaba placer y acarició con suavidad aquella fina y delicada piel que latía con fuerza entre sus manos. Él le indicó como debía hacerlo.

—Así, muévela sin miedo pequeña, hacia arriba y luego hacia abajo, ejerciendo una presión adecuada. Pero por favor, no demasiado deprisa, porque me derramaría en ese momento y así no quiero, deseo hacerlo dentro de ti. Llevo necesítandote tanto tiempo que no sé cuánto podré aguantar.

Era más que evidente el esfuerzo que estaba realizando Rodrigo por ir despacio y hacerla disfrutar.

—¿Cómo, así? —preguntó mordiéndose el labio y mirándole sensualmente.

—¡Ohhhh, sí! ¡Así! No puedo contigo —dijo Rodrigo entre jadeos, volviendo a atacar aquella boca sonrosada y carnosa, que en aquellos momentos era toda suya, para buscar con su lengua la esencia del espíritu de esa guerrera que le tenía totalmente hechizado.

Entrelazando sus manos fuertemente con las suyas por encima de la cabeza de Deva, comenzó a descender con su boca por el cuerpo femenino, saboreando con avidez cada palmo de piel, comenzando por su cuello fino y sensual, bajando después hasta sus pechos, recreándose en unos pezones duros y sabrosos que reaccionaban a sus caricias, siguiendo una línea descendente, llegando al monte de Venus, lugar especial en el que sabía que encontraría lo que tanto anhelaba.

Mientras jugaban a acariciarse y a explorar sus cuerpos, Rodrigo introdujo cariñosamente sus dedos entre las piernas de Deva, explorando los pliegues femeninos de su sexo, masajeando allí donde sabía que le provocaría placer. Ella, no pudo evitar abandonarse a sus instintos, separando sus piernas y dándole acceso directo a lo más íntimo de su ser. El momento en el que sintió cómo la lengua húmeda y diestra de Laro chupaba y succionaba aquella zona, no pudo dejar de mover sus caderas en busca de más; oleadas de placer volvieron a recorrer su cuerpo, provocándola un gemido de puro gozo. Aquello era un estallido de sensaciones maravillosas y desconocidas para

ella. Tembló en respuesta a las caricias de aquel templario que estaba dispuesto a enfrentarse a la muerte por ella. Aquello era lo mejor que le había pasado nunca. La barba crecida de varios días en el rostro masculino, añadía sensaciones gratificantes a su piel sensible en aquellos momentos. Sujetó la cabeza de su amado por los cabellos para obligarle a mirarla a los ojos, encontrándose con una mirada lobuna y llena de pasión.

—Ahora necesito que confíes en mí —susurró Rodrigo en su oído—, intentaré ocasionarte el menor daño posible.

—Lo que quiero es que me des lo que deseo. Y lo que deseo eres tú. No me hagas esperar más o te juro que te lanzo uno de mis arpones. —Deva tenía claro que había llegado el momento, estaba desesperada por sentirle dentro de ella e impulsada por la pasión y la necesidad que sentía, entrelazó sus piernas desnudas alrededor de la cintura masculina. Era una mujer fuerte, que sabía lo que quería, y en aquel momento, le deseaba a él.

Rodrigo se encontraba totalmente perdido, Deva era perfecta en todos los sentidos. Además de bellísima, era inteligente, fuerte, valiente y con sentido del humor. Sabía lo que quería e iba a por ello sin dudarlo. Se sentía afortunado porque al que deseaba en aquellos momentos, era a él. Sin poder esperar más, terminó colocándose entre sus piernas, dejando que su miembro hinchado la rozase, acariciándola con desesperación una vez más, intentando que se acostumbrase a su presencia, pero era evidente que ella estaba totalmente preparada y deseosa de recibirle. Salió a su encuentro como la amazona de los mares que era. Con delicadeza y suavidad, fue introduciéndose en su interior, creyendo morir de placer en ese momento único de unión entre dos personas que se quieren; sabía que no podría separarse de ella jamás. La sensación de calidez y de bienestar que sintió no era comparable a ninguna otra experiencia vivida a lo largo de su existencia. Comprobó cómo su propio cuerpo reaccionaba de emoción y placer al mismo tiempo. Inició un movimiento rítmico y pausado, cadente, entrando y saliendo de ella con suavidad. Llegados a ese punto de no retorno, mirándose a los ojos, entrelazando sus miradas, empujó con un empujón certero que rompió la única barrera que les separaba. Sintió cómo Deva protestaba. Un leve quejido escapó de su garganta, e instintivamente intentó apartarse de su cuerpo, pero esta le sujetó fuertemente entre sus brazos. Por nada del mundo quería que

parase, necesitaba que acabase lo que había comenzado.

—Estoy bien, continúa por favor, te lo suplico. ¡No, te lo ordeno! —dijo sonriendo entrecortadamente y moviendo desesperadamente sus caderas, con la mirada nublada por el deseo y la desesperación. Ese hombre embriagaba todos sus sentidos.

Besos y caricias terminaron siendo los testigos de un amor consumado, del acto más puro y sincero que puede existir entre dos personas que se quieren de verdad. Y en un último instante de cordura antes de dejarse llevar por la pasión, Deva gritó su nombre.

—¡Rodrigo!

Y este al escuchar su verdadero nombre gritado con pasión, se sintió inmensamente feliz.

—Te quiero, pequeña guerrera. Lo eres todo para mí.

Rodrigo, exhausto y feliz, dejó rodar su cuerpo junto al de Deva. No quería aplastarla con su peso. La cubrió con la manta, aquella que había dejado olvidada en el suelo unos instantes antes, para que no se quedase fría, y la rodeó entre sus brazos, depositando pequeños y cariñosos besos en su hombro. Al alzar la vista para mirarla a los ojos y comprobar cómo se encontraba, descubrió dos lágrimas silenciosas que resbalaban por un rostro sonriente.

—¿Por qué lloras, amor mío? —La presión que sintió Rodrigo en el pecho en aquel momento y el miedo atroz que le entró por haberla podido lastimar, ocasionaron un inmenso dolor en su interior.

Deva le miró intensamente a aquellos ojos verdes que le recordaban tanto a las olas del mar cuando había temporal. Llegó a su vida arrastrado por el mar durante una galerna, desatando una tormenta de sentimientos en su interior. Y aunque en aquellos momentos se sentían en calma, sabía que la tempestad estaba a punto de llegar, podía percibir cómo se avecinaba la tormenta.

—Te quiero. Te quiero tanto que duele saber que voy a perderte —confesó finalmente. Aunque aquello supusiera dejar al descubierto su debilidad. Él.

Rodrigo limpió amorosamente las lágrimas de su dulce rostro, intentado

borrar de aquella manera cualquier signo de tristeza o sufrimiento en la mujer a la que tanto amaba.

—Yo también te quiero. Más que a nada en el mundo. Te prometo que volveré. Espérame. Bajaré hasta el mismísimo infierno para enfrentarme al Maligno si es necesario, pero volveré a tu lado. La muerte es lo único que puede impedirme acudir junto a ti, y aun así, desde el más allá, estaré velando tus sueños. Pero por favor, no estés triste. Eres un regalo maravilloso que me ha hecho la vida y no pienso renunciar a ti.

—Aquí te esperaré, haciendo lo que mejor se me da: cazar ballenas. No te preocupes por mí, que estaré bien, te lo prometo. La vida está hecha de pequeños instantes, y este, es uno de los mejores y más valiosos que me has regalado. Además, todo lo que la mar te regala tienes la obligación de aceptarlo, y yo no pienso deshacerme de ti.

—Cariño, prométeme que tendrás cuidado. No eres consciente del peligro que corres luchado contra esos enormes animales, y yo no sé si podré estar aquí para la próxima temporada de caza. —Rodrigo sentía pánico de que le pudiese suceder algo en su ausencia.

—Hasta ahora he sabido cuidarme yo solita y no me ha ido tan mal. No vayas a pensarte que eres mi salvador o algo parecido, en todo caso yo te he rescatado a ti de un mundo equivocado. Creo que por fin has descubierto lo que significa la palabra amor, encontrando una tierra que te ha acogido, una familia que te necesita y... también me has encontrado a mí. —Las palabras de Deva estaban cargadas de emoción y de un profundo significado. Para ella, esos eran los motivos que movían su vida: la familia, el arraigo a su tierra y el amor. La pequeña duda que brotaba en su interior, como una llama pequeña titilante, era si él compartía aquellos sentimientos.

—No puedo contigo, eres imposible. Tienes razón, he descubierto que me encuentro cómodo y feliz en estas tierras lejanas y difíciles que me han robado el corazón. Los cielos azules, sus verdes prados y las agrestes montañas bañadas por un mar tan tranquilo como tú, me han enamorado. Y tus ojos azules... me han embrujado.

Deva intentó empujarle a modo de protesta. Se estaba burlando de ella, aunque debía reconocer que su ironía la volvía loca. Siempre conseguía

arrancarle una sonrisa. Pero Rodrigo fue mucho más rápido y la inmovilizó envolviéndola en un abrazo cálido y sensual.

—Creo que a este paso, llegaremos tarde a la boda de tu hermano.

Y sin pensárselo dos veces, devoró su boca con un beso salvaje y cargado de desesperación, perdiéndose una vez más entre las mantas. Necesitaba embriagarse de su olor, saborearla y sentir su calor. Se llevaría aquellos recuerdos con él. Intentaría hacerse con ellos un escudo frente al dolor de su ausencia. Un hombre sabe reconocer al instante a su mujer, a la persona adecuada, y eso fue lo que le sucedió a él en el momento en el que la vio. Era su destino y lucharía por ella.

Entre caricias, besos y sonrisas disfrutaron del poco tiempo que les quedaba por estar juntos. Eran dos guerreros insaciables que se necesitaban con desesperación. El juramento realizado entre ellos había sido sellado con su amor.

Debían apurar al máximo el poco tiempo que les quedaba para estar juntos. En cuanto terminara la boda de Jorge, Rodrigo debía marcharse.

Había llegado el temido momento de la despedida. Debían enfrentarse a una nueva batalla desconocida para ellos. Superar la ausencia del ser amado.

Rodrigo necesitaba preguntarla algo antes de separarse de ella, era importante para él, ya que desde que conocían su verdadera identidad, nunca hasta ese momento se había referido a él por su verdadero nombre.

—Deva, ¿por qué has esperado tanto tiempo para llamarme Rodrigo? — Era una duda que le quemaba por dentro.

—Porque hasta hoy no he querido aceptar quién eras de verdad. Tenía miedo de perderte si lo hacía, pero eso ha cambiado. Sé que volverás y no puedo cambiar tu pasado, como tampoco tú has intentado obligarme a dejar de ser quien soy. —Finalmente había asumido la realidad de sus vidas y con ella, la evidencia de que se llamaba de otra manera.

—Gracias, gracias por aceptarme a pesar de todos los problemas y misterios que me han acompañado. Y gracias por pronunciar mi nombre, escucharlo en tus labios ha sido muy importante para mí.

—Rodrigo...

Este al escucharla decir su nombre de nuevo de aquella manera tan sensual y sutil, mientras su ardiente mirada le abrasaba, desnuda desde la cama que habían compartido, no pudo evitar acercarse a ella y con una sonrisa lobuna que delataba sus intenciones, le susurró al oído.

—Soy completamente tuyo —dijo sellando aquel murmullo apenas audible con un nuevo beso. No se cansaría en la vida de saborearla.

—Uhhhhh, podría acostumbrarme a esto y no salir de la habitación en mucho tiempo —dijo divertida, intentando aligerar la pena que le atenazaba el corazón.

—Deva... la vida se mide en instantes, en tiempos felices vividos, y este, es nuestro momento. Un soplo de alegría. Recuérdalo. No me olvides. —Rodrigo se sentía desesperado, su corazón sangraba por dentro. No se había marchado aún y su ausencia dolía demasiado. No podía dejar de acariciar su perfecto rostro mientras miraba aquellos ojos grandes, azules y expresivos que le habían robado el corazón. Le hacían un hombre fuerte y débil al mismo tiempo. Fuerte, porque lucharía por ella con uñas y dientes. Débil porque sin ella se sentía desfallecer. Deva se había convertido en su gran debilidad.

—Tengo todo el tiempo del mundo para esperarte y una vida entera que compartir contigo. No me marcharé a ningún lugar y tampoco podré olvidarte —respondió Deva depositando un beso suave en sus labios.

Entrelazaron sus ardientes miradas una vez más. Era hora de marcharse.

Con lágrimas en los ojos Deva contemplaba cómo Rodrigo se vestía y se disponía a salir de la habitación que habían compartido para acudir a la ceremonia que se oficiaría enseguida. Su sola presencia llenaba el ambiente, y ahora que se marchaba, era patente el profundo vacío que provocaría su ausencia. Tenía el nefasto presentimiento de que tardarían demasiado tiempo en volver a abrazarse. Debía ser fuerte.

Al fin y al cabo era una cazadora de ballenas.

Era una señora del mar.



La boda de Jorge se convirtió en todo un acontecimiento social. Como era habitual, estaba invitado todo el pueblo, y una vez más se reunieron en los campos verdes y aterciopelados, protegidos por robustas encinas que rodeaban la casa de las ballenas. La ceremonia se oficiaría en la ermita. Estaban agradecidos por la buena temporada que habían tenido y porque durante aquellas largas jornadas de caza no habían sufrido demasiadas bajas de marineros. Por todo aquello, el enlace se celebraría en honor a la Virgen. Después del riguroso invierno y de los muchos días de trabajo y de frío a los que se habían tenido que enfrentar, estaban deseosos por poder disfrutar de las cosas buenas que les ofrecía la vida. Las fiestas eran bien recibidas, ansiaban momentos de júbilo que les hiciesen sentirse vivos.

Los alrededores de la ermita habían sido decorados con esmero. Flores naturales que animaban el paisaje con bonitos tonos primaverales daban la bienvenida al buen tiempo y a la pareja de recién casados. La gama de colores que inundaba el entorno era en sí una auténtica explosión de luz y de alegría. Entre todos consiguieron organizar y preparar un banquete contundente, aportando cada uno lo que podía. Ataviados con sus mejores ropas, relajados, felices y sonrientes, esperaban disfrutar de las abundantes y variadas viandas que habían repartido a lo largo de grandes mesas de madera. Estas estaban colocadas de manera estratégica para poder disfrutar tanto de las maravillosas vistas de la costa como del espacio libre dejado para hablar tranquilamente y bailar. Había llegado el esperado momento de la boda, y todos acompañaban a los novios y a sus familiares en un momento tan sagrado y especial como era el acto del matrimonio; posteriormente disfrutarían de la comida, de la abundante bebida y de la música que les acompañaría el resto del día. Tal y

como había sucedido en anteriores ocasiones, aquellas celebraciones se alargaban en el tiempo, y probablemente terminaría bien entrada la noche.

Los trovadores habitualmente aparecían por esas tierras cuando mejoraba el tiempo. Y en aquella ocasión tan especial, podían contar con su estimada y apreciada presencia pues habían llegado en el momento justo para la celebración. Ellos entonaban bellas canciones, relatando melodiosamente las buenas nuevas de otras gentes y otros pueblos, recogiendo a su vez, las anécdotas de aquellos que les rodeaban y componían cuentos e historias reales, las cuales narrarían posteriormente contando las vivencias de aquellos aguerridos pescadores, convirtiendo la caza de ballenas en una aventura trepidante, describiendo situaciones complicadas en las que se tenían que enfrentar a monstruosas ballenas que luego se comían, creando bellos poemas sobre los infernales temporales que soportaban en el mar con olas gigantes que se tragaban todo lo que encontraban a su paso. A los pescadores, todas aquellas canciones les sorprendían. Les hacía mucha gracia comprobar cómo aquellos bardos exageraban su día a día cotidiano, cómo convertían de manera sencilla la caza de ballenas y la pesca en el mar en algo emocionante y misterioso. Pero lo que llamó poderosamente la atención de aquellos hombres con corazón de poeta, fue la existencia de una mujer al frente de un grupo de frágiles chalupas en busca de una presa gigantesca mientras cabalgaba las olas del mar.

Rodrigo no podía dejar de contemplar embelesado a Deva. Estaba tan bella que era prácticamente imposible apartar la mirada de ella. Notaba en cada poro de su piel el estremecimiento que provocaba el amor que sentía por ella, y al mismo tiempo, el dolor tan intenso que le estaba causando el tener que marcharse y alejarse de su lado. El tiempo que habían pasado juntos era el mejor regalo que le había podido dar la vida. Esperaba que su Dios no fuese demasiado duro con él por los errores cometidos por amor, pero ya no había vuelta a atrás. Su corazón tenía dueña, y debía arreglar los asuntos pendientes para poder estar a su lado. Su padre no se merecía que él hiciese las cosas mal. Qué complicada e injusta era la vida... Cuando creía haber perdido por completo la esperanza de volver a sentirse vivo, cuanto todo lo que tenía a su alrededor carecía de valor y de sentido para él, apareció una bella amazona cabalgando a lomos de una pequeña barca las aguas de un mar bravío para poner su vida patas arriba. Una mujer con espíritu guerrero que le había

robado el corazón y devuelto a la vida. Le había hecho el regalo más valioso de todos, sentirse vivo. Era consciente de que las consecuencias de sus actos serían graves. Sabía que su vida estaba en peligro, pero nada de todo aquello importaba: debía intentar solucionar esa situación de la mejor manera posible para poder estar junto a ella. Si no le permitían romper sus votos y no le devolvían su ansiada libertad, no podría casarse con ella y vivir en pecado era impensable.

Deva sentía la mirada ardiente de Rodrigo clavada en su nuca. Era consciente de que la estaba observando. Podía sentir su calor aun estando a unos pasos de distancia por detrás de ella. Últimamente estaba rezando más que en toda su vida, no lo había hecho desde el día en el que murió su madre, en aquel momento dejó de creer. Había perdido cualquier tipo de esperanza en la religión. No compartía muchas de las ideas increíbles sobre la bondad de un Dios todopoderoso que consentía el sufrimiento en los demás y que permitía que le sucediesen cosas malas a las personas buenas. Además, desde pequeña siempre cuestionó las explicaciones que le facilitaban de las cosas. Ella pensaba que debía existir una solución más sencilla y creíble para todas sus inquietudes, y su padre, con infinita paciencia, la pedía discreción con respecto a sus dudas y a todos aquellos pensamientos que la habían acompañado toda su vida. No quería verla implicada en problemas con la iglesia, porque tendría todas las de perder, y sabía que su hija era diferente, especial. Deva pensó que probablemente aquel fuese el momento idóneo para hacer las paces con ese Dios al que tanto había cuestionado, y pedirle de todo corazón que no le sucediese nada malo a Rodrigo, aunque no regresara a su lado. Era consciente de que probablemente estuviese pidiendo demasiado, ya que había escuchado sus plegarias al salvarle la vida a su hermano. Lo único que suplicaba en aquella ocasión era que Rodrigo continuara con vida. Velasco le había explicado, después de mucho insistirle, en lo que podían consistir los castigos que le impondrían a su valiente caballero. Era un templario, un cargo importante dentro de la Orden, era Rodrigo de Ledesma y su vida corría verdadero peligro.

Por ese mismo motivo, le había confesado que ambos habían discutido. Velasco deseaba acompañarle para enfrentarse junto a él a su padre y al Maestre, no quería dejarle solo, estaba seguro que necesitaría de su ayuda, pero su hermano de armas era un completo cabezota y cuando tomaba una

decisión esta era inamovible. Le había hecho jurar por el vínculo de amistad y cariño que les unía desde su infancia que se quedaría junto a Deva y Neco, que no se separaría de su lado. Eran cuanto tenía y no soportaba la idea de abandonarles. Confiaba completamente en él para protegerles, y llegado el momento, sabría perfectamente cómo actuar en el fatídico caso de que le sucediese algo malo y no consiguiera volver junto a ellos. De aquella manera, se aseguraba mantener a las tres personas más importantes de su vida unidos y alejados de los problemas.

Tanto Rodrigo como Deva sabían que la temida despedida se estaba acercando. Habían acordado, que el mejor momento para decirse «hasta luego» sería durante la fiesta que se celebraría posteriormente al matrimonio de su hermano. De esa manera, se notaría menos su ausencia y ella estaría lo suficientemente distraída como para estar ocupada durante un breve periodo de tiempo y evitarle así parte del sufrimiento que le ocasionaría su partida. Buscaron unos instantes de soledad, disfrutando de una intimidad valiosísima para ellos, compartiendo unos momentos únicos que atesorarían durante el resto de sus días.

—Prométeme que vas a cuidarte. Volveré lo antes posible a tu lado. — Rodrigo era incapaz de dejar de besar aquellos labios carnosos y sonrosados que le proporcionaban con cada caricia la fuerza necesaria para poder marcharse en busca de un destino incierto. Pesaroso, inclinó su frente, apoyándola en la cabeza de su amada, y entre susurros terminó de despedirse —. Te quiero con toda mi alma, no lo olvides nunca, y en caso de que no pueda regresar, intenta ser feliz.

Inevitablemente, el rostro de Deva se cubrió de lágrimas silenciosas y cargadas de dolor. Aquella despedida estaba resultando ser mucho más dolorosa de lo que se había imaginado nunca. Todavía conservaba grabadas a fuego las caricias que le había regalado sobre su piel, el sabor de unos besos cargados de pasión que aún corrían por su sangre y alimentaban un corazón herido. Con sus promesas de amor eterno, intentaba aplacar el sufrimiento de su alma atormentada por la pérdida del ser amado. Procurando mantener la compostura y evitando sollozar en la medida de lo posible, le contestó.

—Yo también te quiero, y pienso esperarte el tiempo que sea necesario. Lo que necesito es que me jures que te vas a mantener con vida. Si hay vida

siempre quedan esperanzas. Recuerda que tienes un motivo poderoso para regresar.

Y le dio un beso pasional y desgarrador con el que selló aquellas palabras pronunciadas con emoción. En él le iba la vida, y sin más, silenciosamente, se apartó de su lado. Alejándose poco a poco de la persona a la que más quería en el mundo, no podía soportar contemplar el dolor y la culpabilidad en los ojos de aquel hombre, que en esos momentos se veía vulnerable, y tampoco podía mostrarse débil delante de él. Necesitaba que se marchara tranquilo y con la seguridad de que ella estaba bien.

Desde el interior de la casa, en la tranquilidad de su hogar, pudo dar rienda suelta a su dolor, contemplando con un lloro desconsolado cómo Rodrigo se despedía de Velasco con un fuerte y emotivo abrazo. Ambos hombres habían mantenido una conversación seria y complicada. Entendía que para ellos también era una separación dolorosa. Rodrigo, subido a lomos de su fiel e inseparable caballo, inició el camino de regreso a su tierra, a un linaje que parecía olvidado, pero que guardaba con cariño en su corazón. Volver a encontrarse con su padre era lo único que le llenaba de alegría, pero sabía que tenía que enfrentarse a sus actos. En aquella ocasión, sí vestía sus ropas obligatorias y distintivas de la Orden; el manto blanco con la cruz roja sobre el hombro izquierdo, encima del corazón, símbolo de pureza y castidad. Emblema de un caballero templario. Llevaba la imponente espada sujeta a la cintura; su imagen producía temor y respeto. Debía reconocer que vestido de aquella guisa, estaba soberbio y se veía tremendamente atractivo. A cada paso que se alejaba, sentía cómo su corazón latía con más fuerza, marcando el ritmo de una cuenta atrás hasta que llegase el día en el que se pudieran volver a abrazar, si es que aquello llegaba a suceder en algún momento. Deva intentaba encontrar consuelo acariciando el sello templario que le había regalado como símbolo de su compromiso, y que llevaba siempre colgado del cuello, lo más cerca posible de su corazón.

Abrazada a sí misma, intentó darse consuelo y armarse del valor necesario para volver a la fiesta que se estaba celebrando en honor a su hermano y a Cantia. Respiró profundamente para calmarse, dejar de llorar y salir al encuentro de su cruda realidad. Debía volver con Neco y consolarle, porque estaba muy triste, su marcha también le había afectado.

Jorge, siendo consciente del mal momento por el que estaba pasando su hermana, se acercó hasta la casa en su busca; de Rodrigo ya se había despedido y habían mantenido una conversación seria e importante sobre el futuro. En esos momentos la que realmente le necesitaba era Deva. Entró sigilosamente en la que continuaba considerando su casa y se encontró con una mujer, habitualmente fuerte y llena de vida, apagada, derrotada y muerta de dolor, bañada en un mar de lágrimas. Sin dudarle se acercó hasta ella y la rodeó con sus brazos, ofreciéndole la protección, el cariño y el consuelo que se merecía. Ella había cuidado incansablemente de ellos, y en esos momentos tan delicados, sería él el encargado de aliviar su dolor. La conocía lo suficientemente bien como para saber que saldría hacia adelante, era una mujer muy fuerte y se sentía feliz con el mar y las ballenas. Además, estaba seguro de que Rodrigo, tarde o temprano, volvería a su lado; era un caballero, un hombre de honor que había dado su palabra.

—No llores, preciosa, todo va a salir bien. Debe solucionar los asuntos que tiene pendientes y volverá a por ti antes de que te des cuenta. —A Jorge se le partía el corazón viendo en ese estado tan lamentable a su hermana. Con ternura limpió el torrente de lágrimas que bañaban su rostro y depositó un cariñoso beso en su húmeda mejilla—. Tienes que ser fuerte, por Neco, por ti, por mí y por él. Se lo has prometido.

Deva, hipando por el sofoco que tenía, consiguió darle la razón con gestos afirmativos realizados con la cabeza. Sabía que su hermano estaba en lo cierto. Ella era una mujer fuerte y aunque estuviera rota por dentro, saldría adelante una vez más. Como siempre había hecho, intentaría esperar su regreso de la mejor manera posible.

—Tienes razón, no pienso llorar más. Además, hoy tenemos algo importante que celebrar, hermanito —respondió utilizando aquella palabra cariñosa que empleaba Jorge cada vez que hablaban de temas importantes para ellos y con una tímida sonrisa animó a su hermano en un día tan especial como aquél. Él no se merecía que le estropeará un momento tan valioso en su vida.

Y resuelta, acariciando una vez más el colgante que llevaba escondido bajo el escote de su vestido, salió de la casa en busca del pequeño Neco, que suponía estaría disfrutando de la música y de la comida, ideando alguna travesura con sus amigos.

Velasco los interceptó por el camino de regreso a la fiesta. También él volvía con el semblante serio. Realmente sentía preocupación por la situación a la que debía enfrentarse su hermano. Hubiera deseado acompañarle, tal y como habían hecho siempre, pero le había dado su palabra de que protegería a Deva con su vida, si eso llegaba a ser necesario, y no pensaba faltar a su juramento.

—Se ha marchado —atinó a explicar con la voz rota por el dolor.

—Ven aquí conmigo. —Deva se aferró fuertemente a su robusto brazo, como si aquel fuera el único punto seguro que tenía en aquellos momentos. Parecía un náufrago a la deriva en mitad del mar—. Superaremos su ausencia y, entre los dos, sacaremos hacia adelante a esta familia mientras esperamos su regreso. Yo confío en él. —Se sentía segura y tranquila junto a ese hombre sencillo e inteligente que tanto se parecía a Rodrigo.

—Yo también creo en él, y sé qué hará todo lo posible para volver a nuestro lado.

—Pues entonces, disfrutemos de la fiesta organizada en honor a mi hermano y busquemos al pequeño, que no me fío demasiado de las ideas que se le puedan ocurrir en nuestra ausencia.

Jorge, sabiendo que su hermana estaba en buenas manos, se adelantó en busca de su flamante esposa, dejándoles conversar tranquilamente.

—¿Sabes qué ha estado hablando con él? Mantuvieron una larga conversación hace un par de días. —Velasco sabía que su amigo quería a ese pequeño casi como a un hijo y estaba seguro de que le había prometido volver pronto.

—Me lo he imaginado, aunque Neco no me ha contado nada. Está bastante triste con su marcha. Sabiendo lo que siente por él, supongo que le haya dicho algo importante para que esté tranquilo, pero en su mirada se puede apreciar el dolor y la pena.

—Vayamos a buscarle, y bebamos a la salud de los recién casados.

Velasco intentaría por todos los medios a su alcance hacer feliz a aquella maravillosa mujer con la que se llevaba tan bien. Se merecía sonreír. Haría todo lo posible por borrar la tristeza de aquellos bellos ojos azules, que

habían dejado de brillar.

Y a paso ligero, con sus brazos entrelazados, caminaron decididos hacia la multitud de vecinos para mezclarse entre ellos e intentar disfrutar de la música y del buen tiempo.

Se alejaron, ajenos al pequeño que les observaba oculto entre las grandes piedras que vigilaban el camino de acceso a su hogar. Neco sentía muchísima tristeza por la marcha de Laro, porque para él continuaría llamándose así, aunque los demás utilizarasen su verdadero nombre. Le quería mucho más de lo que había querido reconocer hasta ese momento. Se había convertido en un padre para él, y por eso, volver a perder a un ser querido, le destrozaba por dentro. Aunque en aquella ocasión tenía la esperanza de que regresara en algún momento. Debía cumplir la promesa que le había realizado antes de marcharse, tendría cuidado para que no le sucediese nada grave y continuaría aprendiendo. Laro, le había pedido que le dijera a Velasco que le hiciera una espada de madera, como la que tenían ellos cuando eran pequeños y que le enseñara a utilizarla. Aquello supuso una motivación para el pequeño. Velasco era como un hermano para Laro y le estaba pidiendo que compartiera todos sus conocimientos. Le había dicho que estaba orgulloso de él, que deseaba encontrarse un hombre de honor a su regreso. Y pensaba cumplir la promesa realizada, sería el mejor. Le quería y aunque se acababa de marchar ya le estaba echando mucho de menos. Atesoraba el recuerdo de su último abrazo y las palabras que le acompañaron: «te quiero, pequeño, no lo olvides nunca».

Rodrigo, decidido y realizando un esfuerzo titánico por no mirar hacia atrás, inició un duro camino de regreso a una compleja realidad. Era consciente de que no se tomarían demasiado bien su petición de libertad en la Orden. Uno, porque era inusual salir de ella y dos, porque el Maestre había depositado todas sus esperanzas en él para capitanear un barco rápido y seguro que les permitiera surcar los mares y llegar a costas lejanas en busca de nuevas tierras en las que poder abrir rutas comerciales. Al fin y al cabo, eran unos excelentes comerciantes.

Sabía que dentro de la fortaleza templaria se sentiría asfixiado, eso si no le encerraban en un calabazo. Se había acostumbrado a vivir sintiendo la

libertad que le proporcionaban el viento y el mar. Se vería obligado a cambiar un entorno natural y sumamente bello por otro hostil y cerrado. Ya no concebía la vida de la misma manera. Prefería luchar contra ballenas y sentir la tensión en el cuerpo sobre las olas del mar, antes que matar a infieles pasándoles por el filo de su inseparable espada. Sabía que los grandes patios de armas, que hasta ese momento habían sido uno de sus lugares predilectos, carecerían de importancia para él. Añoraría el sonido del mar acariciando la costa abrupta y salvaje que había conseguido atraparle con su encanto. No era lo mismo realizar sus ejercicios de entrenamientos con Velasco, sintiendo la brisa cálida y salada del mar, que rodeado de hombres sudorosos bajo el amparo de unos altos y gruesos muros de piedra. Aún sin haber llegado a su destino ya se sentía preso de sus propios sentimientos. Aquello iba a ser un auténtico calvario.

A la hora de enumerar sus pecados, había valorado la opción de mentir, pero sabía que aquello iba en contra de sus creencias y de sus juramentos. Pediría secreto de confesión, porque de lo contrario, estaba seguro de que no le dejarían con vida. Había descuidado su aspecto, sus oraciones no habían sido constantes y, para colmo de males, se había enamorado y había cometido pecado, rompiendo el juramento de la castidad. Pero a pesar de todo, no se arrepentía de nada. Aquellos momentos compartidos con la persona a la que amaba, compensaban con creces cualquier tipo de sufrimiento venidero.

Había decidido vestir sus ropas de caballero para que le reconociesen sin dificultad en los bastiones templarios que se iba encontrando por el camino y así, poder ir haciendo escala sin problema en ellos. De aquella manera, podría descansar e ir poniéndose al día sobre los asuntos que se habían ido sucediendo durante su larga ausencia en la Orden, porque durante todo aquel tiempo, casi un año, se había mantenido absolutamente ajeno a la realidad del resto del mundo que les rodeaba. También era una manera de infundir respeto y algo de temor, asegurándose un poco de tranquilidad en su duro camino de regreso. Estaba convencido de que los problemas durante su viaje se reducirían considerablemente de aquella manera tan sencilla. Lo único que le hacía sentirse bien con esa indumentaria era el hecho de tener a mano su espada, la que nunca le abandonaría. Llevaba a buen recaudo el puñal de Velasco, uno sumamente afilado y de reducido tamaño, fácil de camuflar, que esperaba poder conservar, porque ambos estaban seguros de que intentarían

despojarle de su espada. Era bien conocido por todos los miembros de la Orden las habilidades innatas que tenía para el enfrentamiento cuerpo a cuerpo, prácticamente era invencible, por lo tanto, era predecible que intentasen desarmarle.

Deva le hizo entrega de un colgante muy especial para él. Era un diente de ballena, afilado y sumamente cortante. Se lo había regalado su padre, que a su vez, lo obtuvo de un viejo marinero que llegó al pueblo procedente de tierras lejanas. También se dedicaba a cazar ballenas, pero las que él conocía eran de otro tipo y algunas tenían dientes. Como agradecimiento por su hospitalidad, se lo dio, asegurándole que era altamente valioso por lo excepcional que era hacerse con uno de ellos. Estaba cubierto por un fino capuchón de cuero que ocultaba su verdadero aspecto, y al mismo tiempo, evitaba que pudiera producirle algún corte o herida al entrar en contacto con la piel. Un sello templario a cambio de un diente de ballena. Agradecía el poder sentirlo anudado alrededor de su cuello, ya que lo consideraba un amuleto para él, y tenía la sensación de estar acompañado por el espíritu valeroso de su futura mujer. Se imaginaba cada vez que lo tocaba, que eran las caricias de Deva lo que estaba sintiendo, y aquello le infundía el valor y las fuerzas necesarias para continuar avanzando y enfrentarse a su futuro. Llevaba a Deva en su corazón.

Sabía que daba inicio a un largo viaje, tan solo esperaba que aquello durase el menor tiempo posible, porque era un auténtico suplicio para él estar alejado de todos ellos.



Después de varios meses de duro viaje, soportando las inclemencias del tiempo y algún que otro contratiempo sin importancia, atravesó las tierras que le separaban del único lugar del mundo en el que verdaderamente quería estar y el que tanto añoraba. Por fin podía distinguir a lo lejos, en lo alto de una loma, el perfil inconfundible de su hogar, la casa familiar de la que conservaba grabados en su memoria momentos e instantes muy felices.

Habían transcurrido unos largos e interminables meses desde que abandonó a Deva y su corazón continuaba latiendo desbocado dentro de su pecho, con el solo recuerdo del tacto de su piel. Los tortuosos días de travesía sufridos hasta alcanzar aquel momento tan importante habían sido insoportables, pero los afrontó con entereza y sin flaquear un solo instante. Otra cosa bien distinta fueron las noches. Estas se convirtieron en un auténtico infierno para él. Era incapaz de cerrar los ojos y dormir tranquilamente, porque las imágenes y los recuerdos que aparecían constantemente en sus sueños eran de ella; sus besos, las caricias que se habían regalado y el acto de amor puro y sincero que compartieron antes de partir. La nostalgia y el dolor se hacían dueños de su corazón en aquellos momentos de soledad absoluta. Se sentía culpable por haberla dejado en unas tierras lejanas. Lamentaba profundamente no habérsela llevado con él para gritarle a los cuatro vientos que ella era la persona que movía su mundo. Prefirió alejarla de los problemas, a pesar de sufrir el vacío que provocaba su ausencia, pero comenzaba a pensar que quizá aquella había sido una mala decisión, ya que se sentía asolado y aislado, prisionero de sus propios sentimientos. Sin ella le faltaba el aire para respirar. Se había convertido en su guía, en un puerto seguro en el que descansar. Al encontrarse sin su compañía, a cada paso que

daba alejándose del que consideraba su hogar, sentía cómo le arrancaban un pedazo del corazón.

Sabía que, desde las torres de vigilancia del castillo habrían advertido su presencia y estarían esperándole. Se encontraba lo suficientemente cerca de ellos como para que le hubiesen reconocido los centinelas. A su alrededor estaba todo en calma. Parecía que no se hubiese marchado nunca de allí, y aunque realmente no había transcurrido tanto tiempo desde su partida, a él le parecía toda una eternidad. Se sentía mayor, sereno y un poco más sabio. Había descubierto que se encontraba en un momento de su vida en el que sabía perfectamente lo que no quería, y desde luego no pensaba perder el tiempo en tonterías banales. Lucharía por su libertad de la misma manera en que lo hizo la primera ballena a la que se tuvo que enfrentar. Lo único que esperaba era que su final fuese diferente.

Mientras avanzaba lentamente por el camino que daba acceso al portón principal, que como era de esperar estaba cerrado y protegido por un grueso enrejado que impedía el paso a toda persona ajena al castillo, los nervios y la emoción se iban apoderando de él. Apenas le faltaban unos pocos pasos para poder estar en el que había sido su hogar hasta hacía poco tiempo cuando escuchó los inconfundibles sonidos producidos por los engranajes al izarse la gruesa y pesada puerta que le daban acceso a su interior y que le separaban del pasado y de su presente.

Las puertas se abrieron para él. Entraba al castillo sin necesidad de nada más, tal y como había sucedido en multitud de ocasiones.

Gran cantidad de recuerdos acudieron en tropel a su memoria, especialmente los que hacían referencia a su niñez, en la que vivió instantes maravillosos. También evocó su juventud, aquella época en la que era un joven alocado lleno de sueños y esperanzas, en la que disfrutó de multitud de días felices soñando con ser un noble caballero y digno sucesor de su padre en el castillo, fiel a la Corona. Pero también acudieron a él los amargos y dolorosos momentos que tuvo que soportar. Aquellos que terminaron abruptamente con sus anhelos al perder a su prometida dentro de los que serían sus dominios cuando faltase su padre. Ese acontecimiento fue decisivo y crucial para él, ya que decidió, de manera irrevocable, ingresar en la Orden del Temple para convertirse en un guerrero, en un soldado de Dios.

Allí tan solo le quedaban su padre y la nostalgia de una vida pasada. El lugar en el que deseaba estar realmente era entre los brazos de Deva, escuchando el maravilloso sonido de las olas enfurecidas rompiendo contra la costa, mientras devoraba con pasión a la mujer por la que latía su corazón. Su madre había fallecido a consecuencia de unas fiebres al poco tiempo de nacer su hermano pequeño, el cual no pudo superar la ausencia materna, y contagiado por la misma extraña enfermedad, les dejó tal y como había llegado, en silencio, sin tener la oportunidad de crecer junto a ellos.

Desde que tenía uso de razón, el que había permanecido siempre a su lado había sido Velasco. Ambos se criaron juntos bajo la estricta supervisión de su padre y el silencioso cuidado de la cocinera del castillo, la madre de su inseparable amigo. Ambos eran prácticamente de la misma edad. Él tan solo le sacaba unos pocos meses, apenas era mayor que su amigo. Recordaba con añoranza cómo corrían por los largos pasillos del castillo, buscando recovecos secretos en los que esconderse de la vigilancia de los mayores, que estaban más interesados en su formación en el mundo de las armas como futuros caballeros que en dejarles jugar como lo que eran, unos niños traviesos. Lo más divertido de todo habían sido los momentos en los que se escapaban por los pasadizos secretos de la fortificación y se marchaban a nadar al cercano río, o cuando le robaban las hogazas de pan recién hecho a la madre de Velasco, la cual siempre terminaba encontrándoles en el mismo sitio.

Evocando situaciones pasadas, en su memoria aparecía continuamente aquella mujer por la que sentía verdadero cariño. Realmente se había convertido en una madre para él, sustituyendo sin querer a la que perdió demasiado pronto. Siempre le había tratado como si fuese un hijo suyo más. Nunca hizo distinciones entre ellos, le educó de la misma manera que a su amigo; y su padre a cambio había hecho lo propio con Velasco a modo de agradecimiento. Le había dado la posibilidad de acceder a los mismos privilegios que él, como hijo del señor del castillo. Ambos se habían criado como hermanos. Donde iba el uno, estaba el otro, siendo inseparables y por ese motivo, sentía realmente que Velasco era su familia. Estaba seguro de que su padre se entristecería por el hecho de no encontrarles juntos, y la madre de este, lo lamentaría profundamente, de eso estaba seguro.

Al atravesar la puerta principal del castillo y encontrarse en mitad del

amplio patio de armas en el que tanto había entrenado, pudo recordar con nostalgia el momento en el que su padre les regaló dos espadas de madera, talladas exactamente iguales, para que practicasen con ellas y se ganaran su primera espada de verdad. Fueron muchos días los que estuvieron practicando y jugando con ellas. Tan importantes habían sido esos momentos en sus vidas que, cuando finalizaron aquella primera instrucción, se hicieron un juramento mutuo de unión y protección, una promesa que sellaron con su propia sangre y que hasta ese momento habían cumplido a rajatabla. Tan ensimismado estaba en sus recuerdos, que apenas se dio cuenta de la silueta, cansada y envejecida por el paso del tiempo, que le observaba desde la puerta de la torre principal. Su padre le contemplaba con emoción y alegría contenida. Lo que más deseaba era estrechar a su añorado hijo entre sus brazos. Pero viendo el semblante serio que mostraba y la ausencia de Velasco, intuía que algo grave sucedía. Era un perro viejo, curtido en demasiados conflictos a lo largo de su vida como para saber que aquellos indicios no podían presagiar nada bueno.

Se estaba acercando el temible momento de la verdad para Rodrigo. Tenía que enfrentarse a las consecuencias de sus actos. Pero antes de llegar hasta su padre, este fue interceptado por Elena.

—¡Rodrigooooo! ¡Ven a mis brazos, muchacho!, pensé que habías muerto. Déjame que te mire bien. —Elena, la madre de Velasco, no paraba de inspeccionarle minuciosamente, tal y como hacía cuando eran pequeños: le tocaba los brazos y la cara, comprobando que no le faltase ninguna parte de su cuerpo—. Estás cambiado, más fuerte y... no lo tengo claro, pero hay algo diferente en ti, tu mirada no es la misma. ¿Qué sucede, mi niño?

Rodrigo la rodeó con un fuerte abrazo y comenzó a dar vueltas sobre sí mismo con ella en volandas. Adoraba a aquella mujer que tenía un carácter de mil demonios, la quería de verdad.

—¡Elenita mía, cuánto de menos te he echado! Y a tus hogazas de pan. — Sabía que sus palabras la harían sonreír.

—Siempre has sido un pillo y un zalamero, y con los años puedo comprobar que no has cambiado demasiado. ¿Dónde has dejado a mi hijo? ¿Ha sucedido algo malo? —En ese momento su semblante cambió por completo. Se había vuelto serio y preocupado. Sentía en las entrañas que

estaba vivo, su instinto de madre se lo decía, pero también intuía que algo grave debía haber ocurrido para que no estuviese allí, junto al que consideraba su hermano, abrazándola con cariño.

—Se encuentra perfectamente, un poco lejos de aquí y más cascarrabias de lo habitual, pero está bien. Le he dejado encargado del tesoro más preciado que puede tener un hombre —le respondió mirándola directamente a los ojos.

—De acuerdo, acude a ver a tu padre y cuando hayas terminado bajas a la cocina, que te habré preparado algo delicioso para comer y me lo cuentas absolutamente todo. Y cuando digo todo, es ¡todo! Anda ve, que lleva aguardando tu regreso desde que Velasco nos mandó un mensajero comunicándonos que te había encontrado con vida. Hemos sufrido mucho pensando que estabas muerto, y gracias al cabezota de tu hermano, bueno... de tu amigo, que no perdió nunca la esperanza de encontrarte con vida, te tenemos aquí ahora.

—Cierto, le debo la vida unas cuantas veces, y él a mí. —Ambos prorrumpieron en carcajadas. Siempre había sido igual, esos dos hombres eran inseparables y habían vivido multitud de situaciones delicadas y temerarias—. Y no te corrijas, verdaderamente para mí es un hermano. —Terminó aquellas sinceras palabras depositando un cariñoso beso en las mejillas sonrosadas de Elena y se marchó en dirección al gran salón dónde seguramente le estaría esperando impaciente su padre. Se alejaba de ella, ajeno por completo al efecto que sus palabras produjeron sobre aquella mujer que le quería casi tanto como a su propio hijo.

Pausadamente, recreándose en cada detalle de su hogar, rememorando todos los momentos felices que había vivido entre aquellas robustas paredes de piedra, entró en el salón principal. Junto a la chimenea, apoyado en la pequeña ventana que les ofrecía unas vistas maravillosas de las tierras que rodeaban su castillo, encontró a su padre. Agradeció infinitamente que el fuego del gran salón estuviese encendido, a pesar de las altas temperaturas que soportaban en el exterior por la estación del verano en la que se encontraban, en el interior de la gran sala siempre hacía frío, y los nervios que sentía en aquel momento no ayudaban a templar su espíritu.

—Padre. —Pronunció Rodrigo aquella palabra de manera seria, solemne y

con mucho respeto, intentando ocultar la emoción que sentía en esos momentos por el reencuentro.

—Rodrigo, hijo mío. Cómo me alegro de verte y de tenerte finalmente aquí a mi lado. Ven, déjame que te abrace. Ha sido demasiado tiempo sin tener ninguna noticia tuya.

Ambos hombres se fundieron en un emotivo abrazo. Rodrigo pudo comprobar asombrado, al estar junto a su padre, que este había envejecido considerablemente, se veía cansado. El recuerdo de un hombre fuerte e imponente nada tenía que ver con la realidad que estaba descubriendo.

—Padre, ¿se encuentra bien? —La preocupación era evidente en sus palabras.

—Digamos que me estoy haciendo viejo. Los años no perdonan y voy necesitando delegar algunas de mis obligaciones en ti. Pero por la expresión de tus ojos y la ausencia de Velasco, entiendo que algo grave ha debido acontecer. Ponme al corriente inmediatamente de lo ocurrido —exigió con autoridad a su hijo—. Es demasiada coincidencia que el Maestro me haya preguntado insistentemente por vosotros en varias reuniones que hemos mantenido. Especialmente por ti. ¿Qué sucede? —Su padre sabía perfectamente que algo malo ocurría, la obsesión por encontrar a su hijo por parte de la Orden y la ausencia de Velasco eran signos evidentes de ello—. Sentémonos, Elena ha dado orden al servicio de que nos preparen algo de beber.

—De acuerdo, padre, tengo muchas cosas que contarle. Lamento profundamente tener que comunicarle que estoy envuelto en una situación muy complicada, e intuyo que voy a involucrarle en ella, con el gran riesgo que conlleva. Temo que mi vida corra serio peligro.

—Tan solo dime una cosa, ¿Velasco se encuentra bien? —La preocupación empezaba a encogerle las entrañas. Uno de sus hijos en peligro, y el otro, desaparecido. Eran demasiadas malas noticias para su cansado corazón.

—Velasco está bien, esté tranquilo, padre. Se ha quedado protegiendo a mi futura mujer —respondió emocionado y agradecido al mismo tiempo por el sacrificio que estaba llevando a cabo su amigo. Era consciente de que se había quedado forzado por el juramente que le obligó a realizar ya que tenía ganas

de regresar a su hogar junto a él.

Después de mantener una larga conversación, en la que prácticamente hablaba solo Rodrigo, este le narró a su padre todo lo acontecido desde el momento en el que se desató la tremenda galerna que les sorprendió en el mar. Aproximadamente había transcurrido un año. Le contó la ausencia de memoria que sufrió y todo lo que sucedió después.

—Padre, ella lo es todo para mí. Me ha devuelto la ilusión y las ganas de vivir. Sin Deva me faltan las fuerzas para continuar. Es especial, y estoy seguro de que le gustará, sé que os llevaréis bien. Es una mujer fuerte, con carácter, una auténtica guerrera. Es una cazadora de ballenas. —Las palabras de Rodrigo describiendo a su amada estaban cargadas de amor y de orgullo. Sus sentimientos, eran imposibles de ocultar para él—. Pero soy consciente de que me encuentro en un gran apuro. He incumplido mis votos, rompiendo un juramento sagrado, y además deseo abandonar la Orden.

—Rodrigo, hijo mío, entiendo perfectamente todo por lo que estás pasando y el sufrimiento que esto te puede ocasionar. Yo sé lo que es querer a alguien con todo el alma y no poder estar con ella como se merece. —Las palabras de su padre, pausadas y serenas sonaban profundas y preocupadas—. Comprendo lo que me estás explicando, pero necesito saber si estás completamente seguro de tus sentimientos y de lo que quieres hacer. ¿Eres consciente de que la situación en la que te vas a encontrar es sumamente arriesgada y peligrosa? Te enfrentarás a un consejo y las consecuencias pueden ser nefastas. Tienen motivos más que suficientes para actuar contra ti, para encerrarte de por vida, e incluso para matarte.

Se hizo un gélido silencio ente ellos.

—Lo que menos me preocupa, es que hayas roto un juramento y con ello, unos votos. Con una sustanciosa cantidad de dinero como donativo y algún acuerdo al que seamos capaces de llegar, creo que sería relativamente sencillo conseguirlo, pero el asunto de abandonar la Orden, eso lo tenemos bastante más complicado. Y lo sabes.

Su hijo estaba en graves problemas y era consciente de que debían idear una estrategia lo antes posible; tenían que actuar con rapidez. La noticia de que Rodrigo había regresado a su hogar no tardaría en ser propagada y llegaría

pronto a oídos de alguno de los acólitos del Maestro.

—Padre, lamento mucho todo lo sucedido—. Rodrigo siempre supo que él no le abandonaría, pero también comprendía el gran esfuerzo que debería realizar para solucionar aquella circunstancia tan engorrosa. Lo que realmente le sorprendía era la comprensión que mostraba su padre con respecto a su petición de dejarlo todo por amor. Estaba francamente extrañado por ello. También había sido un duro golpe para él, encontrárselo tan envejecido y cansado, con aquello no había contado, y lamentablemente era un hecho que trastocaba sus planes—. Si consigo salir airoso de todo esto, renunciaré a marcharme junto a ella. Aunque siento que mi lugar está lejos de aquí, no deseo abandonarle, padre. Me quedaré aquí para ayudarle, cumpliendo con mi obligación. —La desolación que sentía Rodrigo era evidente, se podía adivinar, tanto en la seriedad de su semblante, como en sus palabras cargadas de tristeza. No podía abandonar a su padre, tenía unas responsabilidades que debía cumplir con su familia. Por mucho que aquello le destrozase por dentro, era un hombre de honor y últimamente lo único que hacía era incumplir su palabra.

—Le enviaré un mensaje a Velasco cuando todo esto termine para comunicarle lo sucedido, y le contaré que seré yo el encargado de dirigir el castillo. No creo que me dejen romper los lazos de unión con la Orden, por lo tanto, es bastante improbable que me concedan la libertad, y dado que me tendré que quedar aquí, lo mejor será que ella viva feliz sin mí. Yo cumpliré con mis responsabilidades —respondió intentando ocultar el profundo dolor que le estaba causando aquella decisión. El destino parecía querer jugarle una mala pasada, sabía que aquella situación le mantendría muerto en vida.

—Ese debe ser el menor de tus problemas, hijo mío. Mi sucesión tiene una solución bastante más sencilla de la que te imaginas en estos momentos, pero para que lo entiendas, primero debo confesarte algo importante. Espero que sepáis perdonarnos, pero en su momento esta manera de proceder nos pareció la correcta. —Había llegado el temible momento de contarle toda la verdad, aquella que Elena y él mismo habían deseado e intentado posponer todo lo posible. Lo que lamentaba era el no poder darles la noticia a los dos a la vez, hubiera deseado tenerles delante y poder abrazarlos por igual. Le dolía profundamente que uno de ellos no estuviese allí en aquellos momentos tan

decisivos.

Incrédulo y sorprendido, Rodrigo le preguntó a su padre.

—No entiendo lo que me queréis decir. ¿Podría ser más claro en sus palabras?, por favor.

—Verás. Como bien sabes, me casé con tu madre siendo demasiado joven, y lo hice queriéndola, pensando que era la mujer de mi vida. Pero estaba totalmente equivocado. En cuanto apreció Elena me di cuenta de ello, fue inevitable enamorarme perdidamente de ella, aún sigo queriéndola como el primer día —confesó con la voz rota por la emoción y el temor a la posible reacción de su hijo. Pero como Rodrigo no parecía querer intervenir, continuó con su explicación después de darle un largo trago a la copa de vino que tenía entre sus temblorosas manos.

—Soy consciente de que mi comportamiento no es digno de un caballero. Engañé a la mujer a la que juré respetar toda la vida, y hasta hoy me he sentido culpable por ello todos y cada uno de los días que han transcurrido desde su fallecimiento. Pienso que el Señor me castigó con su muerte y con la de tu hermano pequeño, pero me fue imposible cumplir aquella promesa. Me enamoré de otra mujer, pero por respeto hacia ella, mantuvimos en secreto nuestra relación. Al menos, tengo el consuelo de pensar que ella se marchó de mi lado de una manera tranquila y serena, desconociendo la dolorosa realidad de mis actos. Aquí, en el castillo, estoy prácticamente seguro de que todos sospechan la verdad, pero siempre han sido discretos y han sabido mantener el secreto. Debo reconocer que he sido doblemente afortunado, porque al poco tiempo de saber que iba a tener un hijo con tu madre, descubrí que también Elena estaba embarazada. Vosotros habéis sido el único y verdadero motivo de alegría en mi vida. Velasco y tú, realmente sois hermanos, sois hijos míos.

El silencio lo envolvió todo a su alrededor. Era una sorprendente confesión, algo que nunca se hubiera imaginado, por muy evidente que fuese la verdad. Ahora cobraban sentido muchos momentos vividos a lo largo de su vida, la relación tan especial que había mantenido siempre su padre con la cocinera del castillo, o el hecho de que ambos estuviesen continuamente juntos, compartiéndolo todo. También resonaban en su cabeza la lejana y sincera conversación que mantuvo con el pequeño Neco, aquella en la que le

decía que se parecían bastante.

Rodrigo estaba atónito, aquello era realmente increíble, pero no podía sentirse enfadado con su padre por haberle ocultado la verdad, y tampoco por haber roto un juramento, él no era la persona más indicada para recriminarle nada.

—Me sorprenden sus palabras, pero no puedo dejar de reconocer que el hecho de saber que Velasco es de mi misma sangre me llena de alegría. Para mí, siempre ha sido un hermano, nosotros nos hemos considerado así desde el primer momento. —Él no era quién para juzgar severamente a su padre, entendía que, por amor, se podían romper juramentos y cometer locuras incomprensibles, él mismo estaba dispuesto a vivir en el infierno por Deva—. Comprendo perfectamente lo que se siente cuando se quiere con toda el alma a una mujer.

—Tus palabras me dejan más tranquilo, siempre he temido tu reacción. He tenido miedo de que me odiaras o de que dejaras de lado a tu hermano. Esa es la razón por la que tanto Elena como yo hemos pospuesto este momento todo lo posible —confesó una vez más el señor Rodrigo de Ledesma a su hijo, comprobando que se había quitado un gran peso de encima.

—No se preocupe, padre. Aunque estoy sumamente sorprendido, no siento enfado alguno, en absoluto. Al contrario, es una alegría inmensa saber que Velasco es mi verdadero hermano. Aunque tengamos una madre distinta, la sangre de los Ledesma corre por nuestras venas y es todo un orgullo para mí compartirla con él. Además, él es bastante mejor persona que yo.

—Estoy muy orgulloso de vosotros. —Las palabras del padre de Rodrigo fueron pronunciadas conteniendo una enorme emoción.

—Padre, supongo que pueda parecer un tanto insólito lo que voy a pedirle, pero sabiendo que Velasco es mi hermano... prefiero que sea él la persona encargada de dirigir el castillo. Sé que el primogénito soy yo, y por lo tanto, la persona destinada por derecho a ostentar dicho cargo, pero supongo que no haya ningún problema para que sea él quien ocupe mi lugar después de reconocerle oficialmente como hijo suyo. Yo sería feliz, y me sentiría más tranquilo sabiendo que es Velasco quien permanece aquí a su lado. No hay mejor persona para hacerlo que él. Es un hombre honrado y noble, y está

preparado para dirigir las tierras y llevar el título con honor, usted se ha encargado de ello al darnos la misma educación a los dos. Yo, aunque lo intente, no puedo cambiar mi destino, y este es Deva, y está lejos de aquí.

—Entiendo lo que sientes, hijo mío y es muy noble por tu parte cederle el título de señor de estas tierras a tu hermano de una manera tan desinteresada. Esta era la posibilidad que iba a plantearte cuando me has contado cuales eran tus intenciones.

—Mi decisión no es tan desinteresada como parece, padre. No puedo vivir sin ella y soy consciente de que mi lugar está allí, rodeado por verdes y altas montañas bañadas por el Cantábrico. Para mí, que Velasco se quede con todo esto es una nueva oportunidad de ser feliz y de saber que vosotros estaréis bien. Aquí, nunca dejaré de ser Rodrigo de Ledesma, allí, simplemente soy Laro, el guerrero que acompaña a la cazadora de ballenas.

—Entonces, una parte del problema que tenemos entre manos queda resuelta fácilmente. No pierdo un hijo, sino que gano a una hija y recupero oficialmente a otro. Estoy muy orgulloso de ti, hijo mío.

—Gracias, padre. Todo lo que soy se lo debo en gran parte a usted.

Ambos hombres, bastante más tranquilos, se sentían liberados y esperanzados. Una pequeña parte de los problemas que les acuciaban, parecían tener una sencilla solución. El resto tendrían que pensar en cómo arreglarlos.

—Será mejor que bajas a las cocinas, Elena te estará esperando con algún plato suculento, uno de esos que tanto te gustan, y tendrá ganas de que le cuentes cosas sobre Velasco. Os dejaré un tiempo a solas para que habléis tranquilamente. Yo, mientras tanto, voy a pensar cómo podemos solucionar tu situación dentro del Temple. Puede que tengamos alguna posibilidad. Confía en mí, que los años me han otorgado el don de la experiencia.

Sentado en su cómodo sillón y observando el silencioso e hipnótico crepitar del fuego, pudo contemplar cómo se alejaba de su lado Rodrigo, uno de sus hijos. Iba en busca de la que había ejercido como madre desde el mismo momento en el que su mujer murió. Siempre le había querido y cuidado. Sabía que tendrían muchos asuntos pendientes de los que hablar, y él necesitaba tiempo para terminar de perfilar el plan que tenía en mente para

salvar tanto la vida como la reputación de su hijo. Aunque era consciente de que tendrían que pagar un alto precio por ello.

Jugaban a su favor las excelentes relaciones que mantenía con la Corona. La posición privilegia que ostentaba, el dinero que poseía y la información que manejaba sobre la Orden.

Solo necesitaba un poco de suerte.

Y se dispuso a escribir una misiva al Gran Maestre para comunicarle que, en el plazo de una semana, se presentarían ante él. Debían solucionar asuntos importantes que no podían esperar.



Rodrigo se encontraba en el interior de la fortaleza del Temple, ese lugar sagrado e inexpugnable en el que tanto tiempo había permanecido junto a sus hermanos de armas. Aquellos días en los que estuvo realizando sus ejercicios y sus oraciones habían sido necesarios para que posteriormente encontrase su verdadero camino. Recordaba todos aquellos momentos con cariño, incluido el día en el que juró cumplir unos votos que había roto por completo, pero no se arrepentía en absoluto de nada de lo sucedido. Había tomado libremente sus decisiones, impulsado únicamente por unos sentimientos que le habían hecho sentirse dichoso y lleno de vida una vez más.

La felicidad era efímera, se había dado cuenta de ello de una manera demasiado dolorosa, pero a pesar de saberlo, no podía dejar de vivir intensamente, intentando alcanzarla tantas veces como le fuera posible. Sabía que había llegado el momento de rendir cuentas por sus actos y no flaquearía en su empeño por muy duro que fuese el castigo. La decisión estaba firmemente tomada. Quería a Deva más que a su propia vida y lucharía por estar a su lado. En el peor de los casos, en el que aquello fuera imposible, la amaría eternamente en la distancia, porque su corazón ya tenía dueña. Esperaba sinceramente que supiese perdonarle todo el daño ocasionado, deseaba que consiguiese ser feliz. Al menos uno de los dos se merecía esa oportunidad.

Después de permanecer sentado, esperando un tiempo que le pareció una eternidad, entró en la sala de reuniones, aquella que conocía tan bien y en la que tantas veces había permanecido antes de partir a Tierra Santa para luchar contra los infieles, o cuando fue necesaria su intervención en la reconquista, ayudando a la corona. Conocía perfectamente el lugar que debía ocupar, y

daba gracias a Dios porque no hubiese nadie más presente en aquella reunión. Era plenamente consciente de que se hablaría sobre asuntos bastante comprometedores. Intuía, dadas las circunstancias, que a ninguno de los dos les interesaba tener testigos de aquella conversación.

—¡Hombre, Rodrigo!, cómo me alegro de volver a verte. Por lo que puedo comprobar, tu estado es formidable, casi mejor que el que mostrabas cuando te marchaste de peregrinación. ¿Qué es lo que ha sucedido para que hayas tardado tanto tiempo en volver a ocupar el puesto que te corresponde? —El Maestre fingió un recibimiento caluroso, intentando acercarse a Rodrigo, pero este se lo impidió con un movimiento brusco, ocupando el sillón que sabía tenía asignado.

El Gran Maestre fue directo al asunto que les atañía en aquel momento, tal y como hacía cada vez que debían tratar temas peliagudos. No le gustaba perder el tiempo, y ambos se conocían demasiado bien, no había necesidad de fingir entre ellos. Tan estrecha había sido su relación que este, intuía sin necesidad de palabras los verdaderos motivos por los cuales Rodrigo había tardado tanto tiempo en regresar. Podía ver reflejada en sus ojos la determinación, además de un brillo especial en la mirada que antes no tenía. Estaba casi seguro de que pensaba abandonar la Orden, y aquello además de ser inconcebible, por el reglamento interno que tenían, era bastante inoportuno para sus planes, todo un contratiempo. Cuando se marchó en busca de conocimientos y de paz interior era un hombre derrotado, pero había vuelto lleno de vida y aquello era un grave problema para sus nuevos objetivos. Él era uno de los mejores hombres que tenía, tanto en el campo de batalla como en el mar. Su preparación sobre navegación era imprescindible para llevar a cabo la nueva campaña que deseaba iniciar con prontitud. Iban en busca de nuevas tierras en las que poder comerciar y por qué no, las cuáles conquistar. Rodrigo era un hombre querido y respetado por todos, y al mismo tiempo, temido. Su reputación le precedía y su fortaleza física era envidiable. Le necesitaba comandando a los hombres, lejos de allí. Rodrigo era un hombre de honor y no podía enterarse de los asuntos turbios que tenía entre manos en esos momentos, que no le hubiese denunciado por su comportamiento ya había sido demasiada suerte.

—Gracias, señor, realmente me encuentro recuperado. He conseguido

restablecerme totalmente del percance que sufrí en el mar, perdiendo el conocimiento y olvidando todos mis recuerdos. —Rodrigo no pensaba compartir con él la existencia de Deva en ningún momento. Después de darle muchas vueltas al asunto con su padre, ambos habían llegado a la misma conclusión, la mejor manera de proceder para proteger la vida, tanto de Deva como de Velasco, era ocultar la existencia de su amada y el paradero de su hermano. Habían valorado la posibilidad de que, llegado el caso, quisieran tomar represalias contra él, y para hacerle daño no había nada más efectivo y doloroso, que utilizar a sus seres queridos para chantajearle y obligarle a actuar en contra de su voluntad.

—Entiendo. ¿Y dónde demonios se ha quedado el bastardo de tu hermano Velasco? No ha regresado contigo y no tengo constancia de que esté en ninguno de nuestros bastiones. —No le gustaba nada en absoluto que estuviesen actuando a sus espaldas y al margen de sus órdenes, y mucho menos ocultando información. Desconocía por completo el paradero y los motivos de la ausencia del otro templario. Y aquello también era un gran motivo de enfado para él.

La tensión que sentía el Maestre era más que evidente para Rodrigo, podía notarse en el tono rojizo que estaba adquiriendo la tez de su rostro y en el gesto desencajado de su forzada sonrisa. Él, por su parte, tuvo que realizar un esfuerzo colosal por no responder violentamente a las palabras que acaba de escupir por aquella sucia boca haciendo referencia a Velasco.

—Mi hermano Velasco se ha quedado cumpliendo una orden mía. —Rodrigo tenía claro que intentaría mantenerle al margen de todo aquello, no pensaba involucrarle en nada. Era más que evidente para él el enfado que tenía su superior. Lo único que esperaba era poder solucionar todo aquello en el menor tiempo posible y sin necesidad de verse obligado a enfrentarse al consejo, porque estaba seguro de que tendría todas las de perder. La manera en la que se había referido a su hermano no le gustó nada en absoluto.

—Bueno, ahora que sabemos que también es un Ledesma, supongo que pronto regresará para aclarar su situación. Tu padre me ha comunicado que necesita de su presencia en el castillo, pero ya sabes que eso es... ¡Im-po-sible! En la Orden se entra, pero no se abandona.

El tono de voz del Gran Maestro y sus gestos empezaban a ser demasiado hostiles, era evidente que no se encontraba satisfecho con todo lo que estaba sucediendo. Suponía que poseía más información sobre ellos de la que él mismo se imaginaba.

—Sí, necesitamos a Velasco junto a mi padre. Será él quien tome las riendas de los asuntos familiares —respondió cortante a su superior.

—Lo sé, he recibido una carta del rey en la que me indicaba, no muy amablemente, lo que debo hacer. Y como comprenderás, en los asuntos internos de la Orden no se inmiscuye nadie. Tu padre se podía haber ahorrado el tiempo que ha empleado en involucrarse en mis asuntos. Ese no es su problema, porque está claro que tenemos más de uno. ¿Me equivoco, Rodrigo? No pienso daros la carta de libertad a ninguno de los dos. ¡Ni mucho menos! —respondió el Gran Maestro alterado, e inevitablemente alzó la voz demasiado—. ¡¿Me ha explicado con suficiente claridad?!

Rodrigo permanecía sentado en su robusto sillón, intentando aparentar una tranquilidad que no sentía. Le lanzó una mirada asesina y retadora. Estaba claro que se habían declarado abiertamente la guerra.

—Dejarás a mi hermano Velasco tranquilo velar por los intereses de la familia, uno —dijo levantando el dedo índice de la mano derecha y apuntándole amenazadoramente con él—, porque para eso mi familia, muy amablemente, va a colaborar con la Orden dando un donativo bastante generoso para que se puedan sufragar los gastos que esta pueda necesitar en un futuro. Y dos —continuó hablando levantado un segundo dedo y formando con ellos una uve perfectamente reconocible—, porque me lo debes después de tantos años de lealtad y de sacrificio. Gracias a mí has conseguido la posición que ostentas aquí dentro, y supongo que no deseas que se aireen ciertos asuntos privados e incómodos que te interesa mantener ocultos. ¿Me equivoco?

Rodrigo sabía que estaba apostando fuerte, pero se encontraba en una situación en la que no tenía nada que perder y mucho que ganar. Al menos, con respecto a la parte referente a su familia, ese asunto era bastante más sencillo de solucionar que el suyo propio. Con dinero se podía comprar casi todo, y gracias a la elevada cantidad que donaría su padre para sufragar los viajes que

sabía tenían intenciones de realizar, sería todo más sencillo. El problema de la libertad de su hermano estaba prácticamente solucionado, entre otras cosas porque no había llegado a ser armado caballero. Además, estaba el asunto de la misiva real. Sabía que esa carta enviada por el rey tenía más influencia y poder sobre el Maestre de lo que este quería reconocer. No le interesaba enemistarse con la realeza porque si esta se aliaba con el Papa, tendrían bastantes problemas. Cada vez era más los nobles y los clérigos que iban en contra del Temple. Se sentían amenazados por sus conocimientos y por la gran cantidad de dinero que atesoraban.

—Veo que lo tienes todo bien estudiado. Y suponiendo que accediera a darle la libertad a tu querido hermano, ¿qué recibiría yo a cambio? En esta vida todo tiene un precio, y estoy seguro de que me estás ocultando algo más. ¿Qué necesitas de mí?

A Rodrigo, el Gran Maestre nunca le había terminado de agradar. Su mirada siempre turbia y sibilina, unida a las actuaciones cuestionables y de dudosa moralidad que ejercía continuamente y con total impunidad debido al cargo que ostentaba, no le parecía que fuesen cualidades dignas y apropiadas para un hombre como él, y mucho menos dentro de una organización en la que existían gran cantidad de normas y unos juramentos muy concretos que cumplir. Era conocedor de numerosos delitos cometidos despóticamente por él, que hasta ese momento habían sido encubiertos y silenciados por todos los caballeros de alto rango. Pero estaba más que decidido a destaparle y hacer limpieza dentro de la Orden, si con ello conseguía su ansiada libertad.

—Estoy dispuesto a regalarte seis meses de mi vida para formar a algunos de mis compañeros en los temas referentes a la navegación, y después, firmarás mi carta de libertad. No me importa seguir vinculado a la Orden, pero quiero hacerlo siendo un miembro laico, tan solo en un caso de imperiosa necesidad, acudiría con mi espada a defender los intereses de mis hermanos de armas, como caballero templario en activo. Y mi decisión de marcharme es irrevocable. Si no aceptas mis condiciones, atente a las consecuencias.

—¿Me estás amenazando, Rodrigo? —El Gran Maestre echaba chispas por los ojos, se podía sentir la ira que desprendía su cuerpo en aquellos momentos. Se levantó enfurecido y con rabia asestó un fuerte puñetazo sobre la mesa, siendo esta lo único que les separaba. Ambos hombres sabían que

tenían mucho que perder.

—En absoluto, simplemente te estoy informando de cuáles son mis intenciones. —Rodrigo hasta ese momento no se había movido del gran sillón de piel en el que había permanecido cómodamente sentado. Con calma, controlando sus movimientos y siendo consciente de que su sola presencia intimidaba al personaje indeseable que tenía enfrente, se levantó con firmeza, asegurándose de que sus gestos fuesen lentos para que aquella sabandija sintiese, sin duda alguna, la amenaza que suponía el filo de su acero. Sostuvo firmemente el mango de su espada, dejando claras sus intenciones; lucharía hasta el final para conseguir su objetivo.

—¿Cuál es el verdadero motivo que te impulsa a amenazarme? Déjame, que lo voy a adivinar yo... has estado en unas tierras lejanas, solo y sin recuerdos. No sabías quién eras, por lo tanto, probablemente has conocido a una bonita e inocente muchachita que te ha hecho perder la cabeza y romper tus votos de castidad. Cosa que no me importa en absoluto, ya sabes que tampoco yo los cumplo. Podrías presentármela, yo estaría gustoso de compartirla contigo. Estoy seguro de que disfrutaría mucho más que con conmigo, debido a mi larga experiencia con las mujeres, seres inferiores que están destinados a obedecernos y a satisfacer nuestras necesidades más básicas. Yo estaría encantado de poder demostrarte cómo infligirle dolor para causarle el mayor sufrimiento posible. Descubrirás que eres capaz de disfrutar mucho más de ella de esa manera, al fin y al cabo, es una ramera que se merece todo lo que la hagamos. ¿Has probado alguna vez a hacerlo por la fuerza? Estoy seguro de que te gustaría tanto o más que a mí. Podemos incluso compartirla, estoy convencido de que te excitarías contemplando cómo me beneficio a tu putita. ¿Gozarías con el espectáculo Rodrigo? —Se percibía en el tono de su estridente voz que estaba disfrutando con el mero hecho de imaginarse lo que le haría a Deva.

No terminó de pronunciar aquellas asquerosas palabras cuando Rodrigo, indignado y enfurecido, con una asombrosa agilidad, brincó por encima de la mesa de roble de gran tamaño que les separaba, saltando encima de él, agarrándole por la garganta y ejerciendo sobre aquel ruin y rastrero cobarde toda la fuerza de la que fue capaz. Quería hacerle daño, deseaba asfixiarle, necesitaba matarle con sus propias manos en aquel preciso instante. Así

acabaría todos sus problemas. Ansiaba hacerle escupir sangre por la boca para borrar aquellas sucias y repugnantes palabras que había pronunciado sobre su futura mujer. Tan solo de imaginarse lo que sería capaz de hacerle a su amada se le revolvía el estómago, e impulsado por la furia y la rabia, apretó con más ímpetu el cuello de aquella sabandija. Cuando estaba a punto de terminar con la vida de aquel indeseable, entraron bruscamente en la sala de reuniones los que creyó por un momento serían sus compañeros, sus hermanos de armas, para separarles, pero no fue capaz de reconocer a ninguno de ellos. Los desconocidos, inmediatamente y por la fuerza, consiguieron apartarle de su superior. El Gran Maestre, medio inconsciente, derrumbado en el suelo, intentaba recuperar el aire que le faltaba. Había estado a punto de perder la vida asfixiado a manos de aquel honesto soldado de Dios. Junto a él se inició una encarnizada pelea, dos expertos luchadores contra el mejor de los caballeros templarios. El enfrentamiento no duró demasiado tiempo: golpes, puntapiés, puñetazos y cortes producidos por sus afiladas espadas causaron estragos en todos ellos, pero Rodrigo, como era de esperar, se llevó la peor parte. Estaba luchando en clara desventaja.

Un fuerte golpe en la cabeza le dejó inconsciente. A escondidas y ocultándole del resto de sus hermanos, sacaron a Rodrigo de aquella sala rápidamente para conducirlo con el mayor sigilo posible a los calabozos más alejados. Arrastraron su pesado cuerpo sin ningún tipo de cuidado, golpeándole bruscamente con los escalones y las esquinas de las paredes que se encontraban a su paso por los lúgubres y húmedos pasadizos. Aquellas galerías secretas y ocultas eran desconocidas para la mayoría de los caballeros. Por ellas se accedía directamente a lo más profundo de las mazmorras. Tan solo el Gran Maestre y sus acólitos más allegados eran conocedores de su existencia. Tenían asignada para él la celda más fría y alejada de todas, aquella de la que ningún hombre había conseguido salir con vida. Sin ser vistos por nadie, los lugartenientes, obedeciendo una orden directa del Maestre, y sabiendo perfectamente cuál era su cometido, le desnudaron y despojaron de todas sus armas. Lo único que no le pudieron quitar fue un ridículo cordón de cuero que tenía colgado alrededor de cuello con un insignificante colgante. No perdieron el tiempo en semejante tontería, tenían cosas más importantes que hacer, como dejarle puestos unos grilletes en los pies que le impedirían moverse con libertad. Antes de dejarle abandonado

a su suerte en aquel agujero inmundo, disfrutaron dándole una tremenda paliza a base de patadas y puñetazos por todo su cuerpo, mientras él permanecía inconscientemente tirado en el sucio y frío suelo del que sería su calabozo a partir de ese momento.

Rodrigo despertó desorientado y sin apenas poder moverse, siendo consciente inmediatamente de la situación en la que se encontraba. Debía haber transcurrido un largo periodo de tiempo desde que fue atacado en la sala de reuniones del Gran Maestro hasta que había conseguido recobrar el conocimiento. El frío y la furia se habían adueñado de su cuerpo. El primer instinto que tuvo fue el de tocarse la cabeza, le dolía una barbaridad. Confirmando sus sospechas con aquel sencillo gesto, descubrió resignado que tenía al menos un par de cortes que sangraban abundantemente. Podía sentir también el sabor metálico de la sangre en su boca, los labios estaban hinchados y uno de sus ojos permanecía cerrado, le era imposible abrirlo. Debía haber recibido una brutal paliza, habían golpeado todo su cuerpo, y aunque no se acordaba de nada, era plenamente consciente de que le habían molido a palos, era evidente por cómo se sentía, y por la imposibilidad que tenía de moverse. Se encontraba desnudo y con los pies encadenados, y a su vez, estos estaban sujetos por unas viejas argollas a los gruesos muros de la fortaleza. Intentó desesperadamente quitarse aquella cadena roñosa por la humedad y el paso del tiempo, pero sus esfuerzos fueron en vano. Conocía perfectamente las intenciones que tenían. Era consciente de lo que pensaban hacer con él, torturarlo hasta matarlo.

Después de un largo periodo de tiempo, indefinido y confuso para él, se abrió bruscamente la puerta del calabozo en el que había permanecido tirado en el suelo sin apenas poder moverse. El espacio reducido en el que se encontraba carecía de iluminación y la oscuridad era absoluta, envolviéndolo todo a su alrededor. La única compañía que tenía, de vez en cuando, era la de alguna que otra rata, que se acercaba curiosa al olor de la sangre putrefacta de su propio cuerpo malherido. Precedido por una gran antorcha, apareció grotescamente iluminado, sonriente y triunfante el rostro del Gran Maestro. Era de mediana estatura y debido a la cómoda situación a la que se había acostumbrado a vivir, carecía por completo de la forma física que caracterizaba a la mayoría de los caballeros templarios. Este se había convertido en un gordo, torpe y malvado ser que disfrutaba infligiendo dolor a

los demás y que había olvidado por completo el juramento realizado en algún momento de su vida. En aquellas terribles circunstancias, entendía perfectamente cómo había conseguido permanecer al mando de esa fortaleza templaria tan impunemente, había matado a todo aquel que osó enfrentarse a su persona. Sabía lo que le esperaba, no acudía solo a visitarle, le acompañaban sus dos esbirros dispuestos a atormentarle.

—Espero que disfrutes de tus nuevos aposentos. Te aconsejo que no te encariñes demasiado con ellos, porque espero trasladarte pronto a un agujero profundo y oscuro donde poder tirar tu cuerpo sin vida. —Su voz sonó estridente y sumamente desagradable.

—¡Asquerosa sabandija! ¡Juro que voy a matarte! —Rodrigo intentó abalanzarse sobre él, pero le fue imposible al tener los pies encadenados y sujetos a la pared.

—No malgastes tus energías, yo que tú las guardaría para soportar el entrenamiento al que se van a someter mis muchachos contigo durante una larga temporada. Así que te dejo en buena compañía. Yo no soy necesario aquí. Como comprenderás tengo cosas más importantes e interesantes que hacer que contemplar cómo te muelen a palos. Espero verte en el infierno. Disfruta de tu estancia en la tierra el tiempo que te quede, porque no será mucho. —Sus palabras eran escupidas con odio y en su mirada se podían apreciar atisbos de demencia—. Te has atrevido a desafiarme y todo aquel que osa enfrentarse a mí, termina de la misma manera que tú. El magnífico templario muerto, solo, sucio y abandonado. Enterrado sin su espada y repudiado por todos, porque me voy a encargar personalmente de ensuciar tu buen nombre. —Sus carcajadas resonaron desagradablemente entre aquellas paredes de piedra. Mientras se reía escandalosamente, se iba desplazando lentamente, iluminando la oscuridad que les abrazaba, mirándole con desprecio, depositando finalmente la antorcha que portaba entre sus manos con seguridad sobre la sujeción preparada para ello en los gruesos muros de aquella celda. Y continuó con su diatriba—. Por cierto, se me olvidaba comentarte un pequeño detalle. Puedes estar tranquilo porque encontraré a esa ramera de la que te has enamorado y me haré cargo personalmente de ella. En cuando me canse de sus servicios, se la dejaré a mis muchachos para que puedan divertirse con ella antes de terminar con su vida. —Dicho esto, le

propinó una patada en el abdomen a Rodrigo que le hizo doblarse sobre sí mismo a causa del dolor y le escupió con odio. Dejándole allí tirado, se marchó por donde había llegado, con una sensación de triunfo dibujada en el rostro. El eco existente en aquellos pasadizos olvidados le permitía escuchar con claridad las amenazas que lanzaba encolerizado Rodrigo contra su persona.

—¡Eres un auténtico *hideputa*! ¡Vas a pagar por todo lo que has hecho! ¡No sé cuándo, no sé cómo, pero te juro que atravesaré tu oscuro corazón con mi espada! ¡Ni se te ocurra tocarla, porque volveré desde el infierno para matarte! —Los gritos y las amenazas fueron silenciadas abruptamente a base de golpes.

Rodrigo, enfurecido y desesperado por no poder defenderse, se preparó para lo inevitable. Intentaría soportar la paliza que iba a recibir de la mejor manera posible y, sobre todo, lucharía por intentar mantenerse con vida.

Le rodearon y ataron fuertemente las manos con una cuerda gruesa que fijaron a unas argollas preparadas en el techo de aquella celda de los horrores, quedando suspendido en el aire. A pesar de la envergadura de su cuerpo, sus pies no alcanzaban a tocar el suelo. En el momento que tensaron la cuerda para dejarle colgado, sintió una tremenda descarga de dolor que recorrió todo su cuerpo. Estaba herido y en aquella incómoda posición, se le volvieron a abrir las heridas que habían comenzado a cicatrizar. Comenzaron a pegarle cruelmente con unas barras de hierro que tenían preparadas, sus puños estaban cubiertos con cota de malla, y cada uno de los golpes recibidos con ellos era un auténtico sufrimiento, desgarraban con absoluta facilidad su carne. Él intentó defenderse lo mejor que pudo, pero se encontraba en desventaja. Le era imposible moverse por los grilletes que le mantenían preso y que le apretaban fuertemente la piel, provocándole heridas y rozaduras que ya ni tan siquiera sentía, porque carecía de sensibilidad. Sus manos atadas por encima de su cabeza, no le servían de nada. Tampoco tenía las fuerzas necesarias para intentar mantenerse despierto, se encontraba demasiado débil para enfrentarse a ellos. Notaba que llegaba su final.

Cuando aquellos desalmados comprobaron que una vez más había perdido el conocimiento, decidieron desatarle y le dejaron caer bruscamente al suelo. Antes de soltar sus ataduras se encargaron de machacarle concienzudamente

los nudillos de sus manos a base de golpes con un gran mazo de madera, para impedir de aquella manera cobarde y mezquina que pudiera defenderse con los puños.

Desde el día en el que le bajaron a aquel calabozo escondido para el resto del mundo, apenas había ingerido alimento alguno, y lo poco que le habían llevado estaba en mal estado. No era capaz de encontrar las fuerzas necesarias para luchar por su vida, se sentía demasiado débil. Lo único que pudo hacer una vez que volvió a ser consciente de que se encontraba en el suelo, fue cubrirse la cabeza con sus brazos a modo de protección y encogerse en el suelo con el cuerpo lo más recogido posible, para evitar que los golpes que le estaban propinando le produjesen daños internos. Sangraba abundantemente debido a los cortes y las contusiones que le estaban provocando. Podía sentir cómo su piel se rasgaba al recibir los enérgicos latigazos que le estaban propinando, pero todo aquello, aunque doloroso, lo podía llegar a soportar. Lo que realmente le hizo desfallecer fue el dolor insoportable que le infligieron provocándole quemaduras en las plantas de los pies con un fino hierro candente. Aquello fue horroroso y demasiado para él. Después de resistir todo lo que pudo, inevitablemente volvió a caer en la inconsciencia.

En aquella olvidada celda pasaron los meses sin que él fuese consciente del tiempo que llevaba encerrado sufriendo todo tipo de torturas. No podía diferenciar el día, de la noche. Sus sueños parecían tan reales que en ocasiones pensaba que se iba a volver loco antes de morir. Y aunque había perdido la noción del tiempo por completo, estaba seguro de que llevaba demasiado tiempo allí recluido sin ver la luz del sol y soportando un auténtico calvario. Le llevaban al límite de su resistencia para dejar posteriormente que se recuperase, y volvían a empezar. Así había sido día tras día, en multitud de ocasiones. De vez en cuando se sobresaltaba asustado, al sentir el agua fría golpear todo su cuerpo de manera abrupta, procedente de unos cubos que debían llenar y que bajaban para intentar limpiar, de aquella cruel manera, la mugre y la sangre que tenía adheridas a su cuerpo. Él, desgraciadamente, ya se había acostumbrado al olor nauseabundo que lo rodeaba todo, pero era consciente de lo desagradable y viciado que estaba el aire allí dentro. No podía soportarlo más.

Con los ojos cerrados volvió a caer en un sueño profundo, derrotado y

deseando morir para sentirse en paz.

Deva acudió a él, llorando, con el rostro anegado en lágrimas, gritándole enfadada. Le pedía que luchara por conservar la vida, que peleara por volver con ella, que le necesitaba más que nunca. Le suplicaba desesperadamente que sacara fuerzas de su interior y que cumpliera la promesa que le había hecho. Y recordó, recordó los besos cálidos que le había regalado por toda su piel. Recordó aquel aroma a mar y a libertad que envolvía siempre el cuerpo de su amada. Se encontró sentado junto a ella en la fina arena de la playa, contemplando las olas rompiendo contra el litoral, esperando la llegada de las ballenas. Allí, era donde debía estar, aquel era su hogar. Y volvió a recordar, entre susurros, que ella le quería y le había prometido que le esperaría. Revivió todos aquellos momentos felices que habían compartido, y lloró. Lloró amargamente como un niño pequeño al darse cuenta de que nada de todo aquello había sido realidad.

Inconscientemente se tocó el cuello, había olvidado por completo el símbolo con el que habían sellado su compromiso. Él le dio su sello templario, y ella le regaló un diente de ballena, un amuleto, su salvación. Con dificultad, debido a la gran debilidad que sentía en todo su cuerpo y al hecho de que probablemente tuviese más de un hueso de la mano roto, consiguió sacar de la funda sucia y pegada, el afilado diente de ballena, que relucía blanco y brillante, imponiéndose a toda aquella malvada oscuridad.

Los grilletes estaban bastante deteriorados por el uso, la humedad allí existente y el paso del tiempo. Con paciencia y tesón, fue capaz de soltarse los pies introduciendo el diente de ballena en el interior del cierre y forzando su apertura al conseguir soltar el engranaje de sujeción. Aquel hecho supuso una gran victoria para él, un soplo de aire fresco para su espíritu maltrecho. Había realizado un juramento sagrado y derramaría hasta la última gota de su sangre para cumplirlo. Volvería junto a Deva.

Rodrigo ocupó el mismo lugar en el que se había mantenido inmóvil cada vez que acudían a visitarle sus agresores, pero en aquella ocasión estaba preparado para recibirles. La emoción provocada por la tensión en la que se encontraba todo su cuerpo le proporcionaba las fuerzas necesarias para acometer el último ataque e intentar escapar de aquel terrorífico lugar. Tal y como iba sucediendo en anteriores ocasiones, sus carceleros entraron en la

celda despreocupadamente, tranquilos, pensando que aquel sería el último día de vida de ese pobre infeliz. Debía morir, porque ya no era divertido golpearle, no era capaz de sentir y por lo tanto aquello carecía de alicientes. Estaban seguros y confiados de que Rodrigo era inofensivo, por lo que le fue sumamente sencillo terminar con sus vidas. Conocía el punto exacto del cuello en el que debía realizar un sencillo corte o una pequeña incisión, morirían al instante. Se lo había explicado su querido Velasco, que lo aprendió de las tácticas de ataque de los infieles durante sus incursiones en Tierra Santa. Había visualizado el momento en su mente infinidad de veces, sabía de memoria todos y cada uno de los movimientos que debía realizar. Había tenido tiempo más que suficiente para prepararse, al fin y al cabo, tiempo era lo único que tenía.

Efectivamente, sus agresores entraron en la celda confiados y tranquilos, conversando distendidamente. Como era de esperar, uno de ellos se acercó hasta él, necesitaba comprobar que continuaba con vida, pero lo hizo distraído mientras se reía sobre algún comentario gracioso que había hecho su compañero. Se aproximó, con un gesto de asco, hasta el rostro de aquel moribundo templario para averiguar si aún respiraba. Rodrigo se mantuvo lo más quieto posible, aguantando el aire de sus pulmones, fingiendo un estado en el que no se encontraba, esperando el momento preciso para atacar. Sin dejarle reaccionar, le clavó con una rapidez asombrosa para el estado en el que se encontraba y por sorpresa, el diente de ballena en el cuello, provocando en el acto la muerte fulminante de su agresor, cayendo desmadejado su cuerpo junto a él. Su compañero, extrañado por la caída de este, se acercó apresuradamente para averiguar lo que había sucedido, y de igual manera fue sorprendido y eliminado por un Rodrigo exultante. El esfuerzo le había agotado, pero había merecido la pena. Se tomó su tiempo para recuperarse, no tenía prisa, sabía de sobra que no acudiría nadie a buscarle. Con dificultad y sumamente cansado, se vistió con las ropas de uno de aquellos desgraciados, y dejándose llevar por el instinto de supervivencia, consiguió alcanzar, lo que entendía podría ser una salida, guiado por una tenue claridad. Una vez que consiguió alcanzar el punto al que se dirigía, pudo comprobar que este, era un hueco pequeño abierto en los gruesos muros de piedra exteriores para la ventilación, pero lo suficientemente grande como para poder salir por él. Se dejó caer, exhausto e inconsciente al vacío por una

abertura estrecha. Se lanzó sin saber lo que sucedería con él. Se sintió en libertad, notando por primera vez después de mucho tiempo el aire fresco en su cuerpo moribundo.

Sus últimos pensamientos fueron para Deva.

El padre de Rodrigo se sentía desolado. El Gran Maestre le había comunicado que su hijo estaba encerrado, cumpliendo la pena que le había sido impuesta por la ruptura de sus votos. Le devolvieron sus ropas y la espada, aquella que él mismo le había regalado y de la que nunca se separaba. Por lo visto, en el lugar en el que se encontraba no iba a necesitar nada de todo aquello. Habían transcurrido seis meses desde su encierro y no había conseguido obtener ninguna noticia suya. Algunos de sus compañeros, leales a él, le habían buscado incansablemente sin obtener ningún resultado. Era todo bastante extraño. Pero, como consecuencia de aquella búsqueda incansable, se había empezado a enterar de las malas prácticas utilizadas por aquel repugnante personaje. Compartió toda aquella información con los máximos responsables de la Orden, que desconocían por completo las atrocidades cometidas por este en nombre de Dios, e iniciaron una investigación interna que sacó a la luz todo lo que había sucedido bajo su dominio, destituyéndole y encerrándolo en el acto. Ocuparía una de las celdas en los calabozos de la fortaleza, custodiado por los mejores hombres, para evitar que pudiera escaparse. Ante la falta de noticias sobre el paradero de su hijo, estaba decidido a acudir nuevamente al rey para que le ayudase en la búsqueda de este. Se encontraba redactando la carta en la que solicitaba su intervención una vez más, cuando un gran revuelo en el interior del castillo llamó su atención. Los gritos desgarradores de Elena eran inconfundibles para él. Y dejándolo todo, salió corriendo para averiguar cuál era el motivo de tanta agitación.

—¡Dios mío, pero qué te han hecho, hijo mío! —Elena estaba destrozada, comprobando el lamentable estado en el que habían encontrado a Rodrigo—. ¡Rápido! Llévadle a sus aposentos, preparad agua caliente y traedme telas limpias y los emplastes que tenemos guardados para las heridas. —Era prácticamente imposible reconocerle, su rostro estaba desfigurado por la gran cantidad de golpes recibidos y su cuerpo había sido machacado; era evidente que le habían torturado hasta casi terminar con su vida.

Elena tomó las riendas de la situación. Se habían ensañado con el que para ella era como un hijo y sintió un profundo dolor al comprender que se encontraba librando una de las batallas más duras e importantes de su vida.

Los caballeros templarios, que encontraron su cuerpo moribundo en el perímetro exterior de la fortaleza trasladándole junto a los suyos lo más rápidamente que pudieron para intentar salvarle.

Rodrigo se debatía entre la vida y la muerte.



Velasco se sentía intranquilo. Hacía demasiado tiempo que no recibía nuevas noticias de Rodrigo o del castillo. Este, unos meses después de su marcha, les había hecho llegar un par de cartas, lacradas y cerradas para cada uno de ellos. En la suya le decía que se encontraba bien, pero que estaba preocupado por su situación. Él era plenamente consciente de que su nerviosismo estaba más que justificado. Ninguno de los dos confiaba demasiado de las intenciones macabras y perversas que pudiera tener el Gran Maestro. Ambos sabían de sobra que no era una persona honrada, no se podían fiar de él. Le habían visto actuar en numerosas ocasiones, y aunque no habían hablado demasiado sobre ello, en aquellos momentos tan difíciles, la cruda realidad se abría paso inevitablemente ante sus ojos. Veía completamente posible que quisiera utilizar tanto a Deva como al pequeño Neco, en contra suya. Por otro lado, estaba el asunto de la salud del padre de su amigo. Según le había contado Rodrigo, se lo había encontrado bastante cansado y envejecido. Evidentemente, los años pasaban para todos, y estos comenzaban a pesar demasiado a partir de cierta edad. Al menos había recibido buenas noticias sobre Elena, su madre. Ella se encontraba bien y le echaba mucho de menos. A él, una vez más, le ordenaba que no se moviera de allí hasta que recibiera nuevamente noticias suyas o de su padre. Estaba convencido de que era sumamente arriesgada su presencia en el castillo, no debía aparecer por allí. Rodrigo pensaba que también él podía estar amenazado, no debía regresar antes de que consiguieran solucionar los problemas que tenían entre manos. También le había explicado escuetamente, que estaba muy contento por un descubrimiento que había realizado y que le llenaba de alegría, pero tan solo se lo podía contar en persona, y en el peor de los casos, sería su padre el encargado de decírselo. Le rogaba que se cuidase y que hiciera todo lo

posible por mantener a salvo y feliz a Deva. Sus últimas palabras fueron las más inquietantes de todas, porque en ellas, realmente se despedía de él, y estas resonaban continuamente en su memoria.

«Hermano mío, intentaré hasta el último aliento de vida cumplir nuestro juramento, pero en caso de no poder hacerlo, quiero que sepas que para mí ha sido todo un honor y un orgullo permanecer este tiempo a tu lado. Todo lo mío es tuyo. Intenta buscar la felicidad, y en la medida de lo posible, asegúrate de que ella esté bien. Dile que la he querido como nunca antes he amado a nadie, y que por muy lejos que esté, siempre la llevaré en mi corazón.

Rodrigo de Ledesma».

Todas y cada una de las palabras escritas por su amigo en aquella dolorosa carta, tenían un significado especial para él. Había comprendido que su vida corría grave peligro y tenía asumido que le sería difícil regresar. Pero lo que realmente no entendía, era por qué no le dejaba luchar a su lado. Si permanecían juntos, probablemente todo aquello resultaría bastante más sencillo de solucionar, tal y como habían hecho siempre, y al menos estaría acompañado. Unidos se sentían invencibles. Además, en aquellas tierras se encontraba demasiado lejos de los suyos y se sentía culpable e inútil por no estar junto a ellos. Deva estaría protegida por su hermano y por el resto de miembros de la cofradía además, era una mujer valiente y guerrera, sabía defenderse bastante bien sin necesidad de ayuda.

Aunque la verdad era que en aquellos momentos ella le tenía sumamente preocupado. Por ese motivo no había cogido el caballo y puesto rumbo a su hogar para ayudar a los suyos a pesar de la promesa hecha a Rodrigo. Deva no se encontraba bien. A la tristeza y la melancolía que la acompañaban continuamente, había que añadirle el delicado estado de salud en el que se hallaba, y estaba seguro de que si le sucedía algo malo durante su ausencia, su amigo no se lo perdonaría en la vida, y se odiaría eternamente por ello. Para colmo de males, esta también le había hecho prometer que no le contaría nada de lo que estaba sucediendo a su amigo; no deseaba preocuparle y mucho menos distraerle.

Habían transcurrido nueve meses desde su marcha, tiempo más que

suficiente para finalizar la ampliación de la casa. Se había conseguido terminar a tiempo las obras para lo que se avecinaba. El verano, cálido y tranquilo, les había dejado disfrutar de noches frescas. No sufrieron grandes sobresaltos durante aquella extraña temporada, en la que los silencios se habían convertido en algo habitual entre todos ellos. Neco, tal y como había prometido a su querido Laro, se estaba esforzando en lo referente a su educación. Absorbía con asombrosa rapidez todo lo que le enseñaba. Realmente disfrutaba del tiempo que compartían los dos. Le recordaba en demasiadas ocasiones los momentos vividos a lo largo de su infancia junto a su añorado Rodrigo, cuando intentaban atender a las explicaciones serias y aburridas del tutor que había asignado para ellos el señor del castillo. Pero también era consciente de lo mucho que ese pequeño le echaba en falta. La alegría que le había acompañado hasta el momento de su partida estaba olvidada en algún rincón de su corazón. Además se podía apreciar perfectamente reflejada en su rostro la preocupación que sentía por el lamentable estado de salud de su hermana.

Jorge iba a menudo a visitarles, siempre acompañado de Cantia, que era la encargada de ayudar a Deva en las cuestiones íntimas referentes a su cuidado y al aseo personal. Ambos se sentían angustiados, Velasco le había confesado la inquietud que sentía por el estado en el que se encontraba su hermana. Tenía el mal presentimiento de que algo no marchaba bien, el cansancio que sentía aquella fuerte mujer y el aspecto demacrado que presentaba no eran normales. Ese mismo día habían intentado salir a dar un corto paseo por los alrededores de la casa. Necesitaba que le diese un poco el sol y pudiese disfrutar del aire fresco en su cara, ya que prácticamente no salía del hogar, limitándose a contemplar desde la ventana, con nostalgia, su adorado mar. Pero a pesar de la buena disposición que siempre mostraba para acompañarle, una vez más, les fue imposible hacerlo, ya que apenas pudo caminar un par de pasos cuando se sintió sin fuerzas para continuar avanzando, todo le dio vueltas y sufrió una vez más fuertes dolores. Desgraciadamente aquella no había sido la única vez en la que se había visto en la dolorosa obligación de cogerla en brazos y llevarla hasta su habitación para depositarla, con el mayor cuidado y cariño del mundo, sobre su cama. Desde el principio supo que llegado el momento necesitarían ayuda, él no estaba seguro de poder ofrecérsela, y se le partía el alma comprobando cómo cada día que pasaba se iba deteriorando un poco

más, en silencio, sin una queja, sin una sola protesta. Se estaba apagando.

Con tantas preocupaciones en la cabeza, era normal la rapidez con la que se pasó el tiempo para él. Su inseparable compañero de fatigas se había marchado el mes en el que había finalizado la temporada de caza de ballenas y daba comienzo la primavera. Ya estaban sufriendo los rigores del crudo invierno, y una vez más, aquellos enormes animales habían vuelto a marcar el ritmo de su día a día, desde el mes de *October* hasta el de *Marcius* y vuelta a empezar. Deva, debido al delicado estado de salud en el que se encontraba, era del todo imposible que pudiese subirse a la chalupa para enfrentarse a aquellas enormes ballenas, y para sustituirla se ofreció uno de los miembros de su embarcación, el más experimentado de todos, y en el que ella confiaba. Juntos habían practicado el tiro con arpón en multitud de ocasiones. Sorprendentemente, había tenido que ser él el encargado de reemplazar al remero en su puesto. Sin Rodrigo y con Deva convaleciente, había sido necesaria su ayuda para cubrir los puestos en la pequeña embarcación, y no perder la oportunidad de ganar dinero con el *sáin* y la carne de ballena. Al principio sintió verdadero terror por tener que hacerlo y subirse a una chalupa, especialmente por el mareo que sufría cada vez que se encontraba en el interior de una maldita barca, pero gracias a un remedio casero realizado a base de multitud de hierbas desconocidas para él, preparado por la curandera del pueblo, consiguió vencer aquella situación tan incómoda y desagradable. Llevaba desarrollando aquel trabajo unos cuantos meses y debía reconocer que aunque había superado su aversión al mar, este continuaba sin gustarle. Él era un hombre de tierra firme. Pero debía reconocer que gracias a aquel sorprendente y asqueroso brebaje, no había vuelto a marearse en el agua sobre una barca.

Para Deva los días se sucedían tristemente uno tras otro. Había transcurrido demasiado tiempo desde la última vez que recibieron noticias de Rodrigo. Este les envió una carta desde su hogar con varias hojas escritas, una iba dirigida a ella y otra a su querido amigo. Le estaría eternamente agradecida a Velasco por su insistencia para que terminara de aprender a leer y escribir. Gracias a ello había podido comprender aquella cuidada letra escrita en un papel. Había perdido la cuenta de la cantidad de veces que la había leído. Estaba segura de sabérsela de memoria, no necesitaba mirar su firme y clara caligrafía para saber lo que decían sus palabras. Estas se habían

grabado a fuego en su corazón.

«Te quiero, amor mío, no lo dudes en ningún momento. Haré todo lo posible por volver a tu lado, pero no voy a mentirte, la situación se presenta realmente complicada. Mi padre me está ayudando en todo lo posible, y dentro de un par de días debo presentarme ante el Gran Maestro. Estoy seguro de que no saldrá nada bueno de esa reunión. En el caso, Dios no lo quiera, de que no pueda regresar junto a ti, hazme el favor de intentar ser feliz. Hazlo por ti y por mí. Por nosotros. Tú eres mi puerto, mi hogar, y aunque no pueda acariciarte, velaré tus sueños y cuidaré de ti allá donde me encuentre. Confía en Velasco y en mi padre, ellos estarán siempre a tu lado y te ofrecerán tanto su apoyo como su cariño.

Recuerda que seré siempre tuyo. Mi destino ha sido encontrarte y amarte. Eres mi adorada cazadora de ballenas, mi guerrera. Cuando cierres los ojos y sientas la brisa marina acariciar tu rostro, recuerda que serán mis besos sobre tu piel.

Te quiero. R/L».

A Deva ya no le quedaban más lágrimas que derramar, y aunque sabía que debía luchar con todas sus fuerzas por cumplir lo que él le pedía, en aquellos momentos era imposible para ella, la vida le pesaba demasiado. Sentía en lo más profundo de sus entrañas que Rodrigo se estaba alejando, intuía que le estaba perdiendo, y al mismo tiempo, el inocente ser que crecía en su interior, fruto del amor que sentían el uno por el otro, estaba terminando con su propia existencia. Desde el primer momento supo que estaba embarazada. En un principio todo transcurrió con normalidad, tan solo había sufrido los mareos y las náuseas habituales que aquejaban a la mayoría de las mujeres en su estado, y ella se sentía completamente feliz. Fueron unos meses alegres. Tenía un motivo demasiado importante por el que luchar, un hijo suyo era el mejor regalo que le podía haber hecho Rodrigo. Pero según fueron avanzando las semanas, ella se iba encontrando peor. Sentía cómo iban abandonándola las fuerzas, daba igual lo que comiera porque todo lo vomitaba. Estaba segura de que algo no marchaba bien, nada de lo que le estaba sucediendo era normal. Velasco, enfurecido y preocupado, había mandado llamar a la comadrona del pueblo, intentando encontrar una explicación que no supieron darle. Por lo visto el desarrollo del embarazo era normal, porque la criatura que llevaba en

su interior crecía a buen ritmo, podía apreciarse claramente en el volumen que iba adquiriendo su barriga, en ocasiones incluso podían sentirse los movimientos del bebé. Pero eran muchos más los momentos en los que sufría tremendos dolores y abundante sangrado.

Velasco le había ordenado mantenerse reposando en la cama, y la obligaba a salir de vez en cuando, con su ayuda, para poder disfrutar tanto del aire, como del sol en la cara, pero no tenía fuerzas suficientes para caminar, no era capaz de mantener ningún alimento en su cuerpo. Nunca se negó a la petición de Velasco de salir al exterior por cariño hacia él, porque comprendía el sufrimiento que toda aquella situación estaba provocándole. Tuvo prácticamente que obligarle a que le jurase por su honor que no escribiría a Rodrigo para informarle de nada de lo que estaba sucediendo allí.

Sí conseguía volver, se encontraría con una familia, y si no lo hacía, prefería ahorrarse el sufrimiento de saber que no podría criar a su hijo o de que a ella le pudiese suceder algo. Con demasiada frecuencia, acudían a su cabeza las terribles imágenes que vivió durante el parto de Neco con su madre, durante el cual esta luchó con todas sus fuerzas por salvar la vida de su pequeño, pero pagó un precio demasiado elevado, a cambio dio su propia vida. Sabía que tanto Jorge como su pequeño pensaban en ello en numerosas ocasiones. Podía leerlo en sus miradas, se apreciaba el temor en sus ojos, pero ella no tenía miedo, simplemente sentía pena por no poder ver crecer a su bebé y darle su cariño, aunque estaba segura de que tendría a su lado una familia maravillosa, que le querría y le hablaría de ella. Esperaba al menos que Rodrigo consiguiese volver al fin, y poder estar al lado de su hijo, porque tenía la certeza de que sería un varón. Cariñosamente se acarició la prominente barriga que tenía, intentando demostrarle su infinito amor a la pequeña criatura que llevaba dentro, y que debía ser muy grande, porque no era normal el volumen que esta tenía.

Tan perdida estaba en sus pensamientos que no se dio cuenta de los suaves golpes que estaban dando en la puerta de su habitación, pidiendo permiso para entrar.

—¿Se puede pasar? —Velasco asomó tímidamente la cabeza por una mínima abertura que realizó al abrir la puerta. Deva no contestaba y se preocupó pensando que le pudiese haber sucedido algo.

—Claro, puedes entrar cuando quieras. No necesitas pedir permiso, no te he escuchado, lo siento. —Agradecía las visitas diarias que le realizaba aquel hombre apuesto, cariñoso y simpático que tanto le recordaba a Rodrigo. Cada día que pasaba encontraba más parecido entre ellos.

—¿Cómo te encuentras? ¿Has vuelto a sentir dolor o a perder más sangre? —No tenía demasiados conocimientos sobre partos, porque aquellos temas eran asuntos exclusivos de mujeres, pero desde que Deva se encontraba en aquel estado, había intentado obtener la mayor información posible al respecto. Había consultado con diferentes comadronas y parteras, alguna que otra curandera y los viejos libros olvidados que tenían guardados en la biblioteca del monasterio de Puerto. Se había desplazado hasta allí, acompañando a Jorge y a otros miembros de la cofradía, aprovechando que debían solucionar asuntos referentes a los precios y los beneficios que obtendrían por la venta de la carne de ballena, para echarles un vistazo.

—Hoy estoy teniendo bastantes molestias, y estas son diferentes. La presión que siento abajo es horrible, casi no me puedo mover. —Deva comenzaba a encontrarse un poco angustiada. Los dolores iban aumentando, tanto en intensidad como en frecuencia, cada vez eran más agudos. De vez en cuando sufría una descarga horrorosa que atravesaba su cuerpo a la altura de los riñones y que parecía que la partía en dos por dentro. Sabía que su corazón latía a demasiada velocidad dentro de su pecho.

Velasco se sentó junto a ella, y con cautela acarició su abultada barriga, pudiendo apreciar que esta no tenía la misma forma que por la mañana, estaba bastante más baja y creía entender que había llegado el temido momento del nacimiento del niño. Deva instintivamente le agarró fuertemente de la mano, apretándole con todas sus fuerzas, intentando de aquella manera sobrellevar el grandísimo dolor que estaba soportando. Aquel gesto pilló desprevenido a Velasco, que aguantó emocionado y preocupado aquella situación tan íntima entre ellos dos. Aquel no era su lugar. El que debía estar allí sentado era otro hombre, aunque en el fondo de su corazón, se sentía feliz por poder estar acompañándola en un momento tan difícil.

Había conseguido la suficiente información como para saber que el parto iba a ser complicado. Dada su condición de varón, tenía prohibida la entrada a ningún alumbramiento, pero sí había podido asistir y participar en el parto de

multitud de potrillos y terneros. Deva les había hecho prometer a todos los miembros de la familia, que no la asistiría en el momento del nacimiento nadie más que no fueran Velasco y Cantia. Solo confiaba en ellos. Aquella petición les pilló a todos por sorpresa, especialmente a él, pero después de mucho meditarlo, llegaba siempre a la misma conclusión; que dadas las circunstancias del parto, él era la mejor opción que tenía. Siempre había sentido gran interés por el cuerpo humano, y debido a su curiosidad y a la formación que le habían facilitado dentro del Temple, sabía mucho más de lo que contaba. Conocía diferentes procedimientos provenientes de los infieles, que eran realmente efectivos a la hora curar las heridas y evitar la muerte de un ser humano. Haría todo lo posible por salvarles la vida a los dos. Aquella sería su nueva misión.

—Cielo, creo que ha llegado el momento de conocer a ese pequeñín. Voy a enviar a Neco para que le dé aviso a Jorge y a Cantia de que vengan lo antes posible. Intenta estar todo lo tranquila que puedas, y no te muevas. Necesito subir los utensilios que hemos preparado para atenderte como te mereces. No estés preocupada porque todo va a salir bien, te lo prometo. —Velasco acarició con cariño el rostro húmedo de aquella valiente mujer que se encontraba bañado por el sudor, y contraído por los dolores que cada vez la golpeaban con más fuerza. Dándole un casto beso en su mejilla, se alejó rápidamente para volver a su lado lo antes posible.

—Velasco —las débiles palabras en los labios de aquella mujer, llamándole tímidamente, le pararon en seco—, gracias por todo lo que estás haciendo por nosotros. Necesito que estés tranquilo, si algo sale mal, no te sientas culpable. Pero por favor, haz todo lo posible por salvarle la vida a nuestro pequeño. Es lo único que nos queda. —Sus palabras apenas fueron un susurro, la emoción y las enormes ganas de llorar que estaba intentando controlar hicieron que se le formase un nudo en la garganta—. Y no os olvidéis de Neco, no le dejéis solo, por favor. —Terminó aquella dolorosa frase prorrumpiendo en un llanto desconsolado.

—No digas tonterías, todo va a salir bien. Confía en mí. —Y sin dudarle ni un solo momento envolvió con un fuerte abrazo el cuerpo febril de aquella valiente mujer a la que cada día que pasaba admiraba y quería más.

A partir de aquel momento los acontecimientos se sucedieron con

demasiada rapidez. En el dormitorio hicieron buen acopio de cubos llenos de agua, multitud de telas limpias, hilo de sutura y una gran variedad de cuchillos, bien desinfectados y afilados. En su interior, en principio tan solo tenían autorizada la entrada Velasco y Cantia, tanto Jorge como Neco debían esperar fuera y no podían avisar a nadie más de lo que estaba sucediendo. Pasara lo que pasase, debían mantener en absoluto secreto que sería Velasco el encargado de asistirle en el parto en lugar de hacerlo una comadrona, porque aquello podía llegar a suponer pena de muerte para él.

Los terribles dolores que estaba soportando Deva provocaban en ella unos alaridos que encogían el alma a cualquiera que los estuviese escuchando. Tumbada en la cama, en medio de un gran charco de sangre, intentaba traer a la vida a su pequeño, pero por más que empujaba, no había manera de sacarlo de su interior. Velasco, antes de tocar a la mujer del que consideraba su hermano, se había encomendado al Señor, pero también se había limpiado a conciencia las manos, no pensaba profanar su cuerpo con suciedad. Tal y como había visto hacer con el ganado, introdujo con cuidado su mano derecha entre las piernas de Deva, buscando el camino de salida del bebé, pero algo no marchaba bien. Al mismo tiempo, con la mano libre, palpó el abdomen hinchado de la mujer, presionando con fuerza para intentar averiguar la posición de aquella criatura. Sorprendentemente creyó distinguir la silueta de dos cuerpos en su interior. Uno de ellos debía estar colocado en mala posición e impedía el alumbramiento. Aquello estaba ocasionando grandes desgarros internos a Deva y por ese motivo no dejaba de sangrar, y por supuesto aquello no era bueno, no podía seguir perdiendo sangre de aquella manera tan abundante.

—Deva, escúchame atentamente lo que voy a decirte. Estoy seguro de que traes al mundo dos niños, y uno de ellos está mal colocado, por lo tanto, es imposible que puedan salir ellos solos. Voy a tener que abrirte la barriga, es la única manera de poder salvarlos a todos. Confía en mí, sé lo que hago. — Velasco nunca se había enfrentado a una situación parecida a aquella, pero sí lo había leído en varios manuscritos de medicina que estaban ocultos en una de las bibliotecas del Temple. Estaba seguro de poder hacerlo. Debía realizar un corte limpio y no demasiado profundo, sacar a los niños y coser, como haría con cualquier otra herida de guerra. De todos modos, no tenían más opciones, era eso o esperar la inevitable muerte de los tres.

—¡Haz lo que tengas que hacer, pero por favor salva a mis bebés! —Ya no le quedaban fuerzas suficientes para continuar, era imposible soportar tanto dolor, y los esfuerzos realizados empujando para intentar sacar a su hijo habían terminado de debilitarla más. Le miró fijamente a los ojos intentando mostrarle una sonrisa que le infundiese tranquilidad, y con la mirada vidriosa, finalmente perdió el conocimiento.

—¡Cantia, rápido!, ponte al otro lado de la cama y cuando yo te diga, saca lo más rápidamente que puedas a los niños del interior de Deva. Yo te iré indicando lo que debes hacer. ¡Mírame! —Velasco tuvo que llamar la atención de aquella joven muchacha, inexperta en temas de partos y alumbramientos, que estaba intentando ayudarle en todo lo posible, pero que en aquellos momentos se había quedado totalmente pálida—. Lo vas a hacer bien, yo confío en ti. Vamos, no perdamos más tiempo, que la vida de Deva corre peligro.

—De acuerdo, intentaré hacerlo lo mejor posible. Si ella confía en ti, no seré yo quien os lleve la contraria. Pero tengo que confesarte que estoy muy asustada. — Temblando, respiró profundamente intentando encontrar la templanza necesaria para lo que tenía que hacer.

—No te preocupes, todo saldrá bien. —Intentó infundirle ánimos con sus palabras.

Velasco buscaba entre las navajas y los cuchillos el adecuado para realizar una incisión lo más perfectamente posible en la barriga de Deva, y de nuevo se volvió a encomendar a Dios realizando una rápida oración. Palpó con seguridad y firmeza el duro vientre materno, intentando localizar el punto exacto en que abrir sin ocasionarles daño alguno a los pequeños. Sabía por los heridos de guerra en el abdomen, durante las contiendas en Tierra Santa, el grosor que podía tener la piel hasta llegar a su interior, pero le daba miedo hacer un corte demasiado profundo y dañar la tierna carne de los bebés. Aquello era desconocido para él. Sin pensárselo demasiado, sujetó con firmeza el cuchillo y ejerciendo presión con su punta, rasgó la suave y tirante piel del vientre de Deva, sin que el pulso le temblara. La sangre hizo acto de presencia inmediatamente, pero Cantia sabía que la debía limpiar con rapidez para poder ver con claridad lo que hacían. Una vez realizado el corte, Velasco utilizó ambas manos para separar la carne de la futura madre, mientras su

eficaz e improvisada ayudante sacaba con rapidez a los niños de su interior, para comprobar que respiraban y estaban bien.

Primero sacaron a un varón que escandalosamente rompió el tenso silencio de la habitación con su llanto desesperado, a continuación repitieron la operación, extrayendo de su interior un cuerpo sonrosado y demasiado pequeño al que le costaba respirar. Era una niña.

Para Velasco el momento más delicado había pasado, pero aún no había desaparecido el peligro. Debía separar a los pequeños de su madre y coser la herida que había producido. Era importante también, comprobar que Deva expulsaba de su cuerpo todos los restos procedentes de los bebés, y todavía tenía que cortar la hemorragia que sufría lo antes posible. Dejó a Cantia encargada de aquellas dos perfectas criaturas, exigiéndola que le dejase solo para terminar lo que había comenzado. Estaba tan concentrado trabajando en lo que hacía, que no se dio cuenta de la silenciosa presencia de Neco junto a él, acariciando el rostro inconsciente de su hermana.

—¿Se va a morir, Velasco? —Neco no podía dejar de sentir miedo con la sola idea de que la historia de su madre se repitiese una vez más con su hermana. Él no había podido conocerla porque murió en unas circunstancias parecidas a aquellas, y no soportaría la pérdida de la que consideraba su madre.

—¿Qué haces aquí? Deberías estar fuera. —Velasco contempló el rostro desolado del pequeño y decidió que lo mejor que podía hacer por él era dejar que se quedase a su lado y le ayudara.

—Se va a poner bien, no te preocupes, ayúdame. Necesito terminar de coser la raja que le he provocado a tu hermana, ¿te ves capaz de limpiar la zona? —dijo intentando tranquilizarle y hacerle partícipe de aquel momento tan importante en la vida de su hermana.

Neco no necesitó ningún tipo de indicación más, sabía perfectamente lo que debía hacer, porque en más de una ocasión, había ayudado a su hermano Jorge a coser y a limpiar pequeñas heridas de los marineros producidas por los aparejos de pesca. Al fin y al cabo, aquella raja no dejaba de ser una gran herida. Agradeció a Velasco, con una sonrisa sincera, que le permitiera quedarse junto a él y ayudarle. Estuvieron trabajando mano a mano durante

mucho tiempo, sin parar, hasta que Velasco consiguió cortar el sangrado y dejar bien cosidas las heridas y los desgarros producidos por lo esfuerzos. Aquel sería un secreto entre los dos, nadie debía saber jamás lo que había sucedido allí dentro.

Una vez terminado con todo aquello, Cantia se ocupó de lavar el cuerpo sudado y ensangrentado de Deva, cambiarla de ropa y acomodarla adecuadamente para que pudiese descansar. En aquellos momentos, lo único que podían hacer por ella, era esperar y rezar para que se recuperase lo antes posible. Habían conseguido sacarla durante unos breves instantes de la inconsciencia, pero volvía una y otra vez a aquel lugar escondido de su mente, del que era incapaz de escapar. Deliraba debido a las fiebres altas que invadieron su cuerpo y no paraba de hablar entre sueños, llamando desesperadamente a Rodrigo y preguntando únicamente por sus bebés.

En el pueblo dejaron correr el rumor de que Deva había alumbrado a un precioso y sano retoño durante un parto complicado, asistido por la comadrona del pueblo. Y como consecuencia de lo débil que se encontraba, permanecía en cama recuperándose del esfuerzo, y esperando la llegada de Laro, que no debería tardar en volver. Velasco había ideado aquella pequeña mentira para evitar que averiguasen cómo había sido en realidad el parto, había comprado el silencio de la comadrona con dinero y bajo la amenaza de su espada templaria.

Cantia se encargó de buscar una nodriza que alimentase a los pequeños hasta que Deva se pudiera hacer cargo de ellos. El varón era fuerte y rollizo, se veía con fuerzas suficientes como para salir adelante sin problemas; en cambio, la niña era bastante más frágil y pequeña. No tenía claro que consiguiese salir adelante.

No podían hacer nada más que esperar.

Velasco pasaba día y noche al lado de Deva, comprobando que no le subiese demasiado la temperatura, intentando que ingiriera algo de líquido y supervisando la cicatrización de la herida, que él mismo había provocado. Se sentía desesperado. Había hecho lo imposible por salvarla y en aquellos tristes y solitarios momentos para él, lo único que podía hacer, era rezar por su alma y su salvación. Tampoco sabía nada de Rodrigo y la desazón estaba

haciendo mella en su espíritu.

Algo tan maravilloso como darle la vida a un nuevo ser era sumamente peligroso, y aquellos momentos que había compartido con Deva le hicieron comprender lo valiente y heroico del acto que ella había realizado desinteresadamente por amor, aún sin conocer a sus hijos y sabiendo lo que podía suceder. Y por ello se encontraba caminando por una línea muy estrecha, rodeada por la fría oscuridad, debatiéndose entre la vida y la muerte.



Después de permanecer demasiadas semanas postrado en la cama, bajo los incansables y atentos cuidados de Elena, debatiéndose entre la vida y la muerte debido a la multitud de contusiones y heridas que le habían provocado durante su largo cautiverio, consiguió salir de aquella profunda oscuridad en la que le habían obligado a habitar y fue recuperándose poco a poco. Era un auténtico milagro que hubiese conseguido sobrevivir a los infernales tormentos a las que fue sometido, aunque lamentablemente conservaría grabadas en la piel para el resto de su vida las huellas de aquellas torturas que soportó estoicamente en ese agujero inmundo del que nunca se olvidaría. Las profundas cicatrices que dejaron las quemaduras provocadas en las plantas de sus pies con el hierro candente y los despiadados surcos que produjeron los latigazos que le propinaron en la espalda, flagelando su castigado cuerpo incansablemente una y otra vez, serían un continuo recordatorio para él de la pesadilla vivida. Su cuerpo se había recuperado a una rapidez asombrosa, gracias al tesón de Elena, que con sus emplastes y ungüentos naturales, había conseguido evitar que la carne putrefacta se gangrenara y supurase sustancias perjudiciales para su curación. Había cosido con exquisito cuidado todas y cada una de las heridas abiertas en su piel, y apenas se notaba ninguna. Era más que evidente de quién había heredado Velasco el interés por la curación de los cuerpos. Bien distinto estaba siendo el estado en el que se encontraba su alma. Esta se sentía perdida y tremendamente atormentada. Las pesadillas no le abandonan y le impedían descansar, llevaba demasiado tiempo sin poder dormir. Cada vez que cerraba los ojos acudían a él las terribles imágenes de lo sucedido, reviviendo una y otra vez el dolor que había sufrido en la oscura y fría soledad de su encierro. Intentaba pensar en Deva, evocando sus cálidos besos y sus suaves caricias, pero los únicos recuerdos que le visitaban con

asiduidad y que se resistían a abandonarle eran los de su cautiverio.

Tras protagonizar una huida prácticamente imposible de la que apenas recordaba nada, se dio cuenta de que en aquellos desesperados momentos debió perder el diente de ballena que Deva le había regalado. Este se había convertido en su amuleto, en un talismán, y estaba convencido de que necesitaba recuperarlo y sentirlo nuevamente pegado a su piel para conseguir estar en paz consigo mismo y descansar. De lo contrario, suponía que no sería capaz de superar aquella negrura que se había apoderado de su alma. Tal era su obsesión por encontrarlo que finalmente su padre decidió acceder a aquel macabro lugar e intentar localizar aquello que era tan importante para su hijo. Haría cualquier cosa que estuviese en sus manos para traerle de vuelta a la realidad, porque era muy consciente, de que si continuaba caminando entre las tinieblas de su mente, caería en una profunda e insalvable locura. Tanto Elena como él mismo, deseaban recuperar a su hijo, porque su cuerpo había sanado y estaba en libertad, pero su mente continuaba cautiva, creyendo estar rodeada de oscuridad.

—Padre, necesito acompañarle. Quiero enfrentarme a mi enemigo cara a cara, de lo contrario creo que me volveré loco y en estas condiciones no puedo ir en busca de Deva. Por favor. —Rodrigo le imploró con la mirada. Necesitaba encontrar el amuleto, era algo que formaba parte de él. Y desgraciadamente, después de haber librado tantas batallas, era consciente de que necesita enfrentarse cara a cara con su peor enemigo, el miedo. De lo contrario no podría salvar su alma atormentada por todo lo sucedido.

—Está bien, pero permanecerás junto a mí en todo momento, y no discutirás mis decisiones. —La respuesta que recibió Rodrigo por parte de su padre no se hizo esperar, con un tono de voz autoritario, el de alguien que estaba acostumbrado a mandar, zanjó el asunto sin darle la más mínima oportunidad de poder replicar. Había dado una orden muy clara a su hijo y esperaba que se cumpliera a la primera.

—Gracias padre, así lo haré. Confíe en mí. —Rodrigo aceptaría de buen grado cualquier imposición que le obligasen a cumplir con tal de poder volver a aquel lugar.

Después de hablar el padre de Rodrigo con el nuevo Maestre asignado

para dirigir aquel enclave del Temple, decidieron que sería más seguro que dos de sus hermanos de armas les acompañasen a las profundidades de la fortaleza. De aquella manera pretendían evitar una situación peligrosa en el caso de que el reconocido caballero templario sufriera algún tipo de ataque de locura transitoria, así, ellos podrían contenerle y evitar que cometiese alguna acción de la que posteriormente se pudiera arrepentir. No obstante, antes de que partiesen en busca de la cordura que por lo visto Rodrigo había dejado olvidada en aquel monstruoso lugar, Elena le preparó una infusión a base de hierbas tranquilizantes que ejercerían un efecto sedante sobre él, evitando de esa manera tan sencilla que se excitase demasiado.

Desde las altas almenas del castillo, Elena, bastante preocupada, pudo comprobar cómo se alejaban cabalgando lentamente el amor de su vida y el hijo de este, al que quería como propio. Tan solo esperaba que todo aquello se solucionase lo antes posible, por su bien, y para poder abrazar a Velasco, del que no pasaba un solo día sin acordarse de él. Echaba de menos sus abrazos y la sonrisa franca y sincera que siempre le acompañaba.

Ambos hombres cabalgaron despacio, disfrutando de la tranquilidad que les rodeaba y haciendo acopio de todas sus fuerzas para enfrentarse a lo que se avecinaba. Iban escoltados por un pequeño grupo de caballeros, todos fieles a su señor, garantizando su seguridad. Rodrigo era consciente de que volver a pisar aquel lúgubre lugar sería duro para él, pero necesitaba enfrentarse de nuevo a aquella pesadilla para poder abrazar su nueva vida con Deva. Después de un viaje breve y tranquilo, acompañados por sus mejores hombres, iniciaron el ascenso por la colina que daba acceso a la fortaleza templaria. Se dirigían directos al interior del infierno en el que había permanecido unos largos y terribles meses, aislado por completo del mundo.

Nada más llegar a su destino, Rodrigo solicitó entrevistarse en privado con el nuevo Maestre. Necesitaba que le autorizara una visita a los calabozos comunes donde se encontraba su mayor enemigo y poder de aquella manera enfrentarse cara a cara con el responsable de su calvario. Había hecho un juramento y no pensaba romperlo. No volvería a faltar a su palabra nunca más. Maestre y templario sabían lo que iba a suceder, y este no le puso ninguna objeción a su petición. No tuvo problemas para conseguir acceder a la celda en la que se encontraba retenido. Solo, se enfrentó a él. Abrió la puerta de la

celda, bastante más amplia e iluminada que la suya, y tumbado plácidamente en un catre demasiado pequeño para el voluminoso cuerpo de aquel indeseable, habló pausadamente, sorprendiendo al anterior Maestre.

—Lamento profundamente que te estén tratando tan bien. Lo que realmente te mereces es estar encarcelado en el mismo agujero en el que me has tenido a mí, y por supuesto, que ardas en el infierno.

—¡Qué sorpresa! Jamás pensé que fueras capaz de sobrevivir —respondió estupefacto e incómodo por la presencia del templario. Estaban solos y no tenía claras cuáles serían sus intenciones. Estaba francamente preocupado. Por primera vez en mucho tiempo, temía por su vida—. ¿Cuál es el motivo que ha provocado que me honres con tu asquerosa presencia? —preguntó envalentonado a su inesperado visitante.

—Esta no es una visita de cortesía, he venido a cumplir mi juramento. —Y sin mediar palabra alguna, con una rapidez asombrosa, desenvainó su preciada espada templaria y atravesó su oscuro corazón, tal y como juró que haría. El reo, sorprendido, no tuvo tiempo de reaccionar y lo último que contempló antes de morir fue el rostro relajado de un hombre que comenzaba a sentirse en paz. Había cumplido su amenaza. Y sin mirar atrás, Rodrigo regresó tranquilamente al lugar en el que le estaban esperando su padre y el Gran Maestre.

—Por fin se ha hecho justicia. —No hicieron faltas más palabras, todos sabían lo que había sucedido. Nadie contaría nada, pues lo que pasaba en el Temple se quedaba allí, callado para siempre.

Por decisión propia, Rodrigo dejó su espada manchada todavía de sangre bajo la custodia del nuevo Gran Maestre, no quería enfrentarse armado a sus propios fantasmas. Todas las miradas recayeron sobre él, pero nadie hizo ningún comentario sobre lo sucedido. Realmente, aquel indeseable se lo tenía merecido, había causado mucho dolor y demasiado sufrimiento.

Después de descender varios niveles bajo tierra, acompañado por su padre y dos de sus hermanos de armas, llegaron a las profundidades de aquella fortificación, lugar inexpugnable y de difícil acceso, elegido para ocultar a la vista de todos los caballeros aquellos pequeños calabozos, en los que a lo largo del tiempo habían sido torturados y asesinados hombres inocentes. Una

vez que terminaron de descender por una inclinada y angosta escalera, se encontraron al final de un camino donde había una pequeña oquedad escondida entre los gruesos muros de piedra, bastante difícil de localizar a simple vista. Aquella oscura embocadura permitía la entrada a unas galerías subterráneas y estrechas, formadas por largos pasillos, húmedos y oscuros que apenas estaban iluminados por alguna que otra antorcha olvidada, empotradas en los gruesos muros de piedra. Aquellos calabozos se encontraban alejados y aislados del mundo exterior para que absolutamente nadie pudiese escuchar los desgarradores gritos de auxilio provocados por el terrible dolor de las torturas a las que eran sometidos los desgraciados condenados.

Extrañamente tranquilo, Rodrigo caminó con seguridad y firmeza por aquel laberinto de pasillos hasta alcanzar el que había sido durante demasiado tiempo su calabozo, el más alejado de todos. Inmediatamente después de entrar e iluminar aquella oscura celda, sintieron cómo el olor nauseabundo que impregnaba aquel asqueroso lugar, les golpeaba fuertemente, invadiendo desagradablemente sus fosas nasales, y provocando en ellos unas inevitables ganas de vomitar por el asco que producía aquella pestilencia. Esa involuntaria reacción se produjo en todos los allí presentes, excepto en Rodrigo, que desgraciadamente se había acostumbrado demasiado a aquel hedor. Todavía eran visibles los restos de su propia sangre, mezcladas con todo tipo de sustancias: orines, heces, carne muerta y demasiada suciedad. Lo más sensato era no pararse a pensar demasiado en lo que había sucedido entre aquellas cuatro paredes. Los grilletes permanecían abiertos, abandonados y tirados en el suelo junto a las barras de hierro y a los látigos con los que fue atormentado. En absoluto silencio y acompañado en todo momento por su padre, que no se separó de él, inspeccionó meticulosamente el reducido espacio de aquel repugnante lugar, hasta localizar lo que tanto necesitaba hallar. Abandonado en una esquina, envuelto por la oscuridad y ajeno a lo sucedido, se encontraba tirado en el mugroso suelo, el amuleto que había perdido. Lo recogió con auténtica devoción, limpiándolo con sumo cuidado, sin importarle que se ensuciasen sus ropas, y anudándoselo nuevamente alrededor del cuello, lugar del que nunca debía haber desaparecido. En el preciso instante en el que sintió su tacto sobre la piel, respiró tranquilo.

Aquella dura visita a las mazmorras de la fortaleza se había convertido en su particular bajada a los infiernos. Había pagado un alto precio por haber

roto el juramento de sus votos, y cumplido con creces el castigo. Ya iba siendo hora de disfrutar de su ansiada libertad junto a Deva.

Finalmente había llegado el esperado día de iniciar el viaje de regreso a su nuevo hogar. No veía el momento de reencontrarse con su amada y de poder estrecharla fuertemente entre sus brazos para sentir su cálido aliento sobre sus labios. Había pasado demasiado tiempo desde que abandonó aquellas lejanas tierras de las que se había enamorado. Añoraba el verde intenso de sus prados, los escarpados y peligrosos acantilados y cómo no, el rugir de las olas al querer abrazar la costa tranquila, que aguantaba estoicamente los envites del mar.

Había salvado la vida milagrosamente y lo único que deseaba en aquellos momentos era poder estar junto a Deva, su cazadora de ballenas, su guerrera. Ella era su alma gemela.

Los recuerdos que conservaba sobre todo lo sucedido durante su cautiverio en aquel agujero inhumano en el que le habían encerrado, eran difusos, y no conseguía distinguir con claridad lo que fue realidad de lo que no. Pero de lo que sí estaba completamente seguro era del sufrimiento que le habían hecho pasar, y por todo lo ocurrido se sentía afortunado de haber superado aquella dura prueba que había dejado profundas huellas en su alma. Pero la vida, al fin y al cabo, era eso, una continua evolución, una superación incansable de obstáculos para intentar alcanzar la felicidad. Y él, en aquel momento, era lo que estaba haciendo. Caminar en busca de su destino.

Sabía que le quedaba un largo y pesado viaje por recorrer, pero nada de aquello importaba, era cuestión de tiempo el poder tener a Deva entre sus brazos.

Velasco, embelesado, sostenía con sumo cuidado a aquella pequeña criatura que milagrosamente había salido hacia adelante. Todavía se emocionaba cada vez que recordaba los duros y peligrosos momentos que acompañaron el nacimiento del pequeño, el cual le había robado el corazón. Pero también se llenaba de tristeza al sentirse culpable por no haber podido salvar la vida de la pequeña hija de Deva.

Ella se había recuperado bastante bien, teniendo en cuenta la difícil

situación de su parto. Después de permanecer un par de semanas en cama, inconsciente y sufriendo de fiebres altas, bajo los incansables cuidados de Velasco, poco a poco fue recobrando el color y la temperatura normal de su cuerpo. Las heridas producidas durante el alumbramiento habían cicatrizado bastante bien y no volvieron a dar ningún tipo de problema. En el momento en el que Deva comenzó a comer y a sentir la brisa marina en su rostro, terminó de mejorar por completo. Desgraciadamente no pudo conocer a su hija, ya que esta murió antes de que ella se recuperase, y decidieron entre todos enterrarla envolviendo su pequeño cuerpo en una suave manta de lana, una que Neco había rebuscado entre las pertenencias que guardaba su hermana de cuando él era un bebé. Excavaron un pequeño y profundo agujero cerca de la casa, debajo del árbol en el que se sentaban a charlar tranquilamente y desde donde se podía contemplar el mar.

Aunque intentaba disimularlo con todas sus fuerzas, y a pesar de sentirse feliz por su maternidad, su profunda y silenciosa tristeza era evidente para todos. Había llegado un momento en el que se sentía incapaz de disimularla, tal y como había hecho durante todo aquel tiempo. Su dolor y su desesperación se habían convertido en un secreto compartido a voces por todos. Los días continuaban pasando y no habían vuelto a recibir ninguna noticia de Rodrigo. Sentía cómo cada día su corazón sangraba por dentro porque comenzaba a sospechar que probablemente no volvería a verle jamás. Algo terrible tenía que haberle sucedido para que no hubiese regresado a su lado.

Deva, sin ningún tipo de prisa, se acercó tranquilamente hasta el lugar donde se encontraba Velasco, dedicándole mimos y arrumacos cariñosos a su pequeño. Le resultaba totalmente conmovedor comprobar cómo un hombre grande y fuerte, que era capaz de enfrentarse a la muerte sin miedo, perdía la compostura y la fiereza de su rostro cuando estaba con su hijo. Nel era el único capaz de iluminar la mirada de Velasco, que al igual que ella, se sentía triste y sumamente preocupado.

—Creo que le gustas —dijo Deva con una tímida sonrisa en los labios, sentándose junto a aquel hombre que se había convertido en un pilar importante de su vida, contemplando embelesada a su hijo Nel.

—Hombre... está claro que soy su tío favorito y la persona que le ha traído al mundo. Lo mínimo que puede hacer es quererme un poquito —

respondió con una sonrisa de medio lado que iluminaba su varonil rostro por completo. No podía disimular la felicidad que se reflejaba en su mirada cada vez que disfrutaba de la compañía del pequeño. Tanto Neco como él se sentían completamente embobados con el niño.

—La verdad es que si no hubiera sido por ti, probablemente nos habríamos muerto los tres. —Deva tuvo que interrumpir sus palabras debido al nudo de emoción que se le formaba en la garganta cada vez que recordaba lo sucedido, y que la impedía continuar hablando—. Soy consciente de que has hecho más de lo debido por nosotros, te has arriesgado demasiado y por ello te estaré eternamente agradecida. —Inevitablemente, un vez más, las lágrimas escaparon rebeldes a su férreo control.

Velasco, con la mayor ternura y comprensión de la que fue capaz en aquellos momentos, acarició con suavidad el rostro húmedo y emocionado de aquella mujer a la que quería más de lo que se atrevía a reconocer. Le parecía mentira experimentar aquellos sentimientos tan fuertes por una persona a la que no conocía desde hacía demasiado tiempo. Deva se había convertido en alguien muy importante para él. Comprendía que eran espíritus parejos, con inquietudes parecidas. Con ella le sucedía lo mismo que con Rodrigo, era imposible no considerarla una hermana y contemplarla tan abatida, era igual de doloroso que sentir una espada clavada en el corazón. Tenía claro que algo muy grave debía haber sucedido con Rodrigo para que no les hubiese llegado ninguna noticia suya.

—No llores más, preciosa. Debes superar ese dolor que intentas ocultarnos a todos y ser feliz. Piensa que tienes un niño precioso por el que luchar. —Se hizo un silencio inesperado entre los dos, que rompió Velasco después de pensar con sumo cuidado las palabras que debía utilizar para comunicarle a Deva lo que pensaba hacer, aunque sospechaba que ella ya conocía sus intenciones. —Dentro de dos días voy a partir de regreso a mi hogar, necesito saber qué es lo que está sucediendo en realidad. Llevamos mucho tiempo sin tener ninguna noticia de allí. Tú te encuentras bien, el niño está sano y la temporada de caza ha terminado. Debo marcharme, es lo que me pide el corazón. Espero que sepas entenderlo y perdonarme por tener que alejarme de vosotros en estas circunstancias.

—No quiero que te vayas, pero lo entiendo. Sabes qué te voy a echar

mucho de menos, ¿verdad? —Y una vez más se puso a llorar desconsoladamente. Primero se había marchado Rodrigo y ahora la abandonaba Velasco—. No iré a ningún lugar, me quedaré aquí con Nel y con Neco, esperando vuestro regreso o tus noticias.

Ambos se fundieron en un emotivo abrazo con el pequeño dormido sobre el cálido y seguro pecho de Velasco. Este sabía que les añoraría cada instante que pasara separado de ellos pero, irremediamente, debía ir en busca de la verdad. Sin saber cómo, se habían convertido en su familia.

Aquella imagen se le clavó como una puñalada directa y certera en el corazón. Rodrigo, desde donde se encontraba en el camino que accedía directamente a la casa, pudo contemplar atónito y con total claridad cómo su hermano y su amada, se fundían en un abrazo demasiado intenso e íntimo. Y para colmo de males, su querido Velasco sostenía entre sus brazos a un bebé. Creyó enloquecer a causa de los celos que le golpearon, anulando por completo su capacidad de razonar. Se sentía tremendamente culpable por haberles abandonado. Todos aquellos sentimientos le cegaron por completo, y dejándose llevar por las pasiones más bajas que puede sentir un hombre, se acercó hasta ellos enloquecido.

—¿Se puede saber qué diablos estáis haciendo?! ¡Mucho no me habéis respetado cuando lo que me encuentro a mi regreso es esto! ¡Vergüenza os tendría que dar! Demasiado pronto me habéis olvidado.

Sus atronadores gritos, altos y enfurecidos, despertaron al pequeño que dormía plácidamente en los brazos de Velasco e hicieron que el bebé rompiera a llorar asustado y desconsolado. Este, sorprendido y dolido por las acusaciones llenas de rabia realizadas por el que consideraba un hombre de honor, devolvió el lloroso niño a su madre y, con voz pausada se dirigió a Deva, dándole un beso al pequeño para que dejase de berrear en brazos de su madre. Cariñosamente la sujetó por el brazo, intentando infundirla con aquel sencillo gesto algo de calma.

—Tranquila, está viendo fantasmas donde no los hay, y en estos momentos se encuentra asustado y herido. Pero pienso darle su merecido por lo que ha insinuado, y por habernos tenido tanto tiempo sin noticias de él. Ya se lo advertí en una ocasión, si volvía a acusarnos de estar juntos, se tendría que

enfrentar conmigo. —Velasco se sentía decepcionado y enfurecido con su amigo. No lograba entenderle, y tampoco le reconocía con aquella actitud tan agresiva hacia ellos.

Rodrigo contemplaba desolado la escena protectora y cariñosa que se estaba desarrollando entre los dos delante de sus narices. Compartían una complicidad y un cariño que envidiaba, que anhelaba, que realmente necesitaba. A su regreso, por nada del mundo pensó encontrarse con algo parecido. Nunca dudó de los sentimientos de Deva hacia él, y tampoco, de la lealtad y el respeto de su hermano, por eso aquello que estaba contemplando le dejó totalmente destrozado. En ese momento, lo único que sentía era una tremenda desilusión y una gran frustración que se estaban transformando rápidamente en ira que bullía en su interior y que estaba a punto de estallar. Ya no tenía nada que perder, y por nada del mundo pensaba controlar aquellos sentimientos que llenaban su corazón. Este, estaba roto por dentro en mil pedazos, lleno de dolor. Su hermano y la mujer a la que amaba profundamente le habían engañado y traicionado durante su ausencia de la peor manera posible.

Deva le miró con desconcierto. En sus ojos se podían apreciar el dolor y la pena que sentía por todo lo que estaba sucediendo. Tenía enfrente al hombre por el que latía su corazón, y este sin mediar palabra alguna la estaba acusando de haberle engañado con su mejor amigo.

—Rodrigo, yo... —Fue incapaz de pronunciar ninguna palabra más, porque la mirada enfurecida de este la paralizó inmediatamente, eliminando en ella cualquier intención de enfrentamiento. No se sentía con las fuerzas suficientes como para plantarle cara.

—¿Cómo osas dirigirte a mí? ¡Muy poca vergüenza tienes, mujer! —bramó rabioso y con desesperación Rodrigo mientras se acercaba intimidatoriamente hacia Deva.

—¡Rodrigo, por Dios! ¡Piensa lo que estás diciendo! —Velasco asombrado le gritó al mismo tiempo que se acercaba con rapidez, dando grandes zancadas hacia donde se encontraba él, interponiéndose con su cuerpo, entre el enloquecido templario y Deva.

—¡Y tú, hermano! Has roto de golpe y sin importarte nada en absoluto

todos los juramentos que hiciste un día, especialmente el más valioso para mí. Has quebrantado el más sagrado de todos. ¡Tanto has cuidado de mi mujer que la has hecho tuya! —Sus furibundas palabras cargadas de sufrimiento estaban acompañadas por una mirada verde e intensa, profundamente herida. Y continuó gritándoles toda la rabia que sentía por dentro—. Sinceramente no esperaba este recibimiento. Estoy seguro de que hubiera sido mejor dejarme matar cuando tuvieron la oportunidad en aquel oscuro agujero. Una espada clavada en el corazón me habría hecho sufrir menos que lo que me estáis haciendo vosotros. —Sus ojos estaban cegados por el dolor y sus gestos eran demasiado agresivos, estaban cargados de rabia, y Velasco supo interpretar perfectamente sus movimientos. Habían sido muchos momentos compartidos entre los dos en multitud de situaciones complicadas y peligrosas. Entendía que debía haber sufrido mucho para reaccionar de aquella manera tan desmedida, sin ni siquiera darles la oportunidad de explicarse. No era un comportamiento normal en él, pero no pensaba justificar sus actos en aquella ocasión.

Deva quiso salir corriendo, huir de allí. No soportaba escuchar sus enfurecidos gritos. Estaba acusándola de cosas muy graves, además de feas. Pero sus pies fueron incapaces de despegarse del suelo. Aún se encontraba débil por el complicado parto al que se había tenido que enfrentar y en aquel momento, se sintió desfallecer y sin fuerzas. Rodrigo al verla pálida y comprendiendo que se iba a desmayar, no dudó en reaccionar, olvidando momentáneamente sus sentimientos de odio y acudiendo en su auxilio. No soportaba la idea de verla sufrir, por encima de cualquier cosa estaba ella. Él la amaba profundamente. Y con una asombrosa rapidez se adelantó a Velasco. Aquel era su lugar, no el de su hermano.

Llegó en el momento justo, evitando que su cuerpo impactara contra el duro suelo, e impidiendo la caída del pequeño que tenía entre sus brazos. En el instante en el que rozó su cálida piel, su cuerpo reaccionó involuntariamente; la había echado demasiado de menos. Pero Deva, dando un respingo, se apartó apresuradamente de él, buscando refugio en los brazos de Velasco, quien acudió con rapidez a su lado para comprobar asustado que se encontraba bien. Aquel gesto terminó por enloquecer a Rodrigo; ella le había rechazado.

Sin pensárselo dos veces, Velasco, sorprendiendo a un desconcertado Rodrigo, le asestó un fuerte puñetazo en la cara, haciéndole sangrar abundantemente por la nariz, pillando a su contrincante desprevenido. Rodrigo contempló asombrado su mano manchada con su propia sangre después de comprobar el estado en que se encontraba su rostro. El inesperado golpe le hizo reaccionar de forma violenta y respondió a su hermano con un brutal ataque. Se estaban preparando para una encarnizada pelea entre los dos.

Velasco esperaba tenso la respuesta de su amigo, adoptando una posición defensiva e intentando protegerse de la furia de un loco, porque en aquellos momentos era eso en lo que se había convertido. Reflejándose claramente en su mirada la locura que se había apoderado de él. Era un auténtico demente que no atendía a razones. Velasco era plenamente consciente de la fuerza que tenía su amigo en aquellos momentos y de lo difícil que le resultaría hacerle frente en el cuerpo a cuerpo.

Inevitablemente se enzarzaron en una enfurecida pelea. Eran dos hombres acostumbrados a luchar, que se conocían a la perfección y que sabían dónde golpear para hacerse daño. A pesar de lo preocupante y desagradable de la situación, era todo un espectáculo observarles. Se retaban con la mirada, realizando movimientos rápidos y seguros, sus propios cuerpos eran auténticas armas preparadas para matar. Se notaba el entrenamiento al que habían sido sometidos, cuerpo y mente iban de la mano equilibrando su espíritu de lucha. En aquellos momentos se había desatado toda la ira y el dolor interno que ambos hombres llevaban aguantando durante tanto tiempo. Los múltiples golpes que se estaban propinando debían ser sumamente dolorosos, pero no mostraban signo alguno de sufrimiento. Eran incansables e incontrolables. La disputa estaba siendo tremendamente igualada, ninguno estaba dispuesto a ceder. Velasco intentó quitarse de encima el cuerpo de Rodrigo, asestándole un rodillazo en la entepierna, pero este adivinando sus intenciones, se retiró justo a tiempo para evitar el doloroso impacto que recibiría en aquella zona tan sensible de su cuerpo. Impulsado por el tremendo enfado que dominaba su alma en aquellos momentos, le propinó un codazo a su hermano en el costado derecho que este no pudo esquivar, obligándole a doblarse inevitablemente sobre sí mismo para intentar recuperar el aire que parecía faltarle de los pulmones, situación que aprovechó Rodrigo para partirle el labio de un certero puñetazo. Sus caras estaban ensangrentadas por la multitud de golpes

que se estaban asestando, presentando ambos un estado lamentable. Apunto estuvo Velasco de romperle la nariz al loco de su amigo con un fuerte cabezazo, y lo hubiera conseguido de no haber sabido Rodrigo inmovilizarle a tiempo con un rápido movimiento. Los fuertes golpes y las tremendas patadas que se estaban atizando terminaron por derribarles y hacerles caer estrepitosamente al suelo.

El tremendo jaleo que estaban formando en la entrada de la casa llamó la atención de un asombrado Neco, que salió corriendo preocupado de su interior y que con los ojos completamente abiertos contemplaba sorprendido lo que estaba sucediendo. Se sentía feliz al comprobar que Laro había regresado, pero no comprendía porque se estaban peleando dos amigos de aquella manera tan violenta.

Todo aquel sinsentido cesó en el momento exacto en el que la voz del padre de Rodrigo se hizo escuchar por encima de sus gritos. Con las piernas separadas y los brazos cruzados sobre el pecho, contemplando horrorizado cómo sus hijos se estaban peleando, ordenó tajantemente que se parasen.

—¡Basta ya! ¡Separaos de una vez, u os juro que lo lamentaréis los dos! — La voz firme y segura de aquel imponente y autoritario hombre, que a pesar de los años transcurridos continuaba provocando respeto, resonó en sus cabezas con total claridad, tal y como había sucedido en anteriores ocasiones cuando eran más jóvenes, provocando automáticamente que se separasen, heridos y cansados—. ¡La paliza os la voy a propinar yo a vosotros por insensatos! — gritó enfurecido y decepcionado por el comportamiento aquellos dos hombres.

Velasco, sorprendido, reaccionó inmediatamente al reconocer al dueño de aquella voz inconfundible para él, levantándose del suelo con dificultad y viéndose obligado a ponerse la mano en el costado. Estaba seguro de que el loco de Rodrigo le había roto una costilla. Intentó sacudirse como pudo el polvo que se había adherido a su ropa para poder presentarse ante su señor lo más decentemente posible. Con la mirada avergonzada por lo sucedido, pero muy enfadado con su amigo, levantó la vista para enfrentarse a una buena bronca por aquel altercado del que era protagonista, pero cual no fue su sorpresa al encontrarse con el rostro disgustado y la mirada enfadada de la mujer que le había dado la vida.

—¡Madre! ¿Pero qué hace usted aquí? ¡Venga a mis brazos, mujer! —Y olvidándose de todo y de todos, acudió raudo a abrazarla con todo el cariño del mundo. Hacía demasiado tiempo que no se veían, y aunque se alegraba muchísimo de tenerla allí, no entendía qué podía haber motivado su viaje a aquellas tierras tan lejanas de su hogar.

Madre e hijo se fundieron en un emotivo abrazo, que perezosamente rompió Elena al separarse de él y recriminarle con voz severa lo sucedido.

—Me parece mentira que después de todo lo que hemos pasado y del tiempo que ha transcurrido, continuéis con esta actitud infantil e inmadura de tener que solucionar vuestros problemas a base de golpes y puñetazos. Luego hablaremos tranquilamente nosotros dos —le dijo a su hijo Velasco, señalándole amenazadoramente con el dedo. Y dirigiéndose a ellos con dureza les pidió explicaciones—: Necesito entender qué diablos está sucediendo aquí. Explicadme por qué demonios os estáis peleando en esta ocasión. ¿Es que no pensáis parar nunca? —Y sin más, propinó un par de pescozones a los dos amigos que en ese momento se sentían terriblemente abochornados—. ¡Yo no os he educado para esto! —Y con paso decidido, se encaminó hasta el lugar en el que se encontraban una desconcertada Deva con su hijo en brazos y Neco. Elena intentó con humor disipar los nervios y el mal humor que podía sentirse en el ambiente, y guiñándole un ojo al pequeño, se dirigió a él con cariño.

—Siempre están igual. No cambiarán en la vida. Desde pequeños lo arreglan todo a así, a puñetazo limpio. Lo bueno es que enseguida se les olvida.

Las carcajadas de Neco no se hicieron esperar. Comprendió al instante que aquella mujer de semblante amable y pelo plateado le caería bien, sabía que se iban a llevar a las mil maravillas. No pudo evitar reírse con todas sus ganas ante aquel comentario. Le resultaba graciosa la idea de imaginarse a aquellos dos grandes hombres siendo unos niños como él, a los que su madre ponía firmes tal y como había sucedido en ese momento.

Velasco, cansado y dolido por las acusaciones recibidas por parte del que consideraba su hermano, no pudo más y estalló, soltando todo lo que le estaba oprimiendo el corazón.

—Esto es por culpa de Rodrigo, que es un cabezota y un celoso malpensado. —Mirándole directamente a los ojos, enfadado y señalándole acusadoramente con el dedo, continuó hablando, dirigiéndose únicamente al que en esos momentos era el destinatario de toda su furia, y sin apartarle la mirada continuó increpándole—. Su última ocurrencia ha sido la de pensar, una vez más, que Deva y yo le hemos engañado, que estamos juntos. Y nos ha acusado injustamente de ello sin pruebas. El muy imbécil no se ha parado a pensar en que todo lo que ha visto tiene una explicación razonable. ¡El bebé que yo tenía en brazos es tu hijo! —vociferó desesperado—. Y tampoco se ha puesto en la piel de Deva imaginando el dolor, la tristeza y el sufrimiento que ha soportado por él. ¡No!... ¡Es mejor creer que yo, que le considero mi hermano, le he engañado y traicionado! No puede pararse a preguntar, tiene que desconfiar de nosotros. Por eso, porque me ha tenido muy preocupado sin saber nada de él, y porque pensaba que estaba muerto, me he peleado. Ya se lo advertí, que no volviera jamás a insinuar algo parecido, pero es un necio y por ello necesitaba partírle la cara, por imbécil. —Se hizo un silencio sepulcral. Velasco, dejándose llevar por el enfado que sentía en aquel momento fue incapaz de contener sus sentimientos y soltó todo lo que tenía dentro.

Rodrigo, pálido y arrepentido, miró avergonzado a Deva, que no daba crédito a todo lo que estaba sucediendo. A pesar de las tremendas ganas que tenía de abrazarle y de perderse en el sabor de su boca, estaba muy enfadada y dolida con él. Deseaba que conociese a su hijo y que le sostuviera entre sus brazos, pero primero tendrían que hablar. Debía disculparse con ellos.

Ambos se sostuvieron la mirada, era una auténtica guerra de voluntades, pero en aquella ocasión fue Rodrigo quien dio su brazo a torcer, era él el que debía pedir disculpas. Acercándose cautelosamente hasta el lugar en el que se encontraba Deva custodiada por su padre y Elena, se decidió finalmente a hablar.

—Lo siento, no sé lo que me ha pasado. Os he visto juntos y he creído enloquecer. —Sus palabras eran sinceras, estaba realmente arrepentido y sumamente avergonzado de todo lo que había dicho y hecho.

Deva, nerviosa, se debatía entre las ganas de hacerle sufrir y el deseo de besarle. Elena entendiendo su situación y sin conocerla aun, decidió darle un empujoncito.

—¿Me dejarías coger a esta preciosidad? Hace demasiado tiempo que no tengo un bebé entre mis brazos. —Y sin darle la oportunidad de negarse, prácticamente se lo arrebató—. Será mejor que habléis. No perdáis más tiempo, porque este se marcha muy deprisa y no vuelve jamás. Te lo digo por propia experiencia, muchacha... no lo pienses tanto.

Finalmente, Deva decidió hacer caso a aquella agradable mujer y la emoción por el reencuentro pudo más que el enfado que sentía en aquellos momentos. Dejándose llevar por sus sentimientos, se abalanzó sobre él para abrazarse fuertemente a unos brazos que la estaban esperando abiertos, y que la envolvieron con el calor de su cuerpo. Ambos se miraron a los ojos, comprendiendo que habían tenido que librar peligrosas batallas que les habían hecho más fuertes, reconociéndose una vez más el uno en la mirada del otro.

—Perdóname, he sido un estúpido y sumamente injusto con vosotros. No sé realmente lo que me ha pasado. He perdido la razón. —Rodrigo se sentía francamente mal por todo lo sucedido—. Te prometo que nunca más volveré a desconfiar de ti.

—Eso espero, porque de lo contrario seré yo la que tome medidas, recuerda que tengo siempre el arpón preparado —respondió Deva segura de que aquello no iba a ser necesario. Y sin poder esperar más, se fundieron en un beso profundo con el que se comunicaron sin necesidad de decir absolutamente nada.

El resto de la familia, deseando dejarles algo de intimidad, se encaminaron al interior de la casa. Neco se sentía feliz y contento por el regreso de Laro, e hizo de anfitrión improvisado con la visita inesperada que tenían. Velasco, en cambio, entró cabizbajo y preocupado junto a ellos. Intuía que algo debía pasar para que su madre estuviese allí. Era sumamente extraño y todavía no sabía que era lo que había sucedido durante la ausencia de Rodrigo.

—Velasco, hijo. Necesitamos hablar un momento contigo. —La voz suave y serena de su madre le sacó rápidamente de sus pensamientos. Entendía que había llegado el momento de conocer la verdad de todo lo sucedido—. Acompáñanos a un lugar tranquilo en el que podamos conversar.

Mientras tanto, Deva condujo a su amado hasta el lugar en el que

descansaba el cuerpo de su pequeña para poder mantener una conversación tranquila y serena sobre todo lo sucedido durante el tiempo que habían estado separados. Finalmente, y después de un incómodo silencio, fue ella la primera en hablar.

—¿Qué te ha pasado? —Lágrimas silenciosas corrían por su rostro emocionado por tenerle a su lado. Comprendía, mirándole a los ojos, lo mucho que debía haber sufrido—. ¿Qué es lo que te han hecho?

—He pagado mi castigo. Soy libre para hacer lo que quiera con mi vida, y lo único que deseo es estar junto a ti, lo demás no importa. He regresado para no volver a separarme de tu lado. Lo único que necesito es que me perdones por todo el daño que te he podido ocasionar, por haberte dejado sola y por mis desafortunadas palabras de antes. No se volverán a repetir, te lo juro. —Rodrigo se sentía arrepentido por las acusaciones que había vertido sobre ellos injustamente.

—Te perdono, pero jamás en tu vida vuelvas a insinuar algo parecido. Yo no soy ese tipo de mujer y Velasco tampoco te haría algo así. A él también debes pedirle perdón. —Deva era incapaz de enfadarse con ese hombre en aquellos momentos, después de todo el tiempo que llevaba esperándole, sin saber si estaba vivo o muerto. Lo único que deseaba era perderse entre sus brazos y disfrutar de sus cálidos besos. Y acariciando su rostro cansado le habló de sus hijos—. Me gustaría que conocieras a nuestro hijo, se llama Nel. Espero que te guste su nombre. —La pena atravesó su corazón, reflejándose su dolor en la mirada apagada que tenía en esos momentos recordando a la hija que no había podido conocer, y que no le pasó desapercibida a Rodrigo—. También hemos tenido una niña, pero ella no pudo sobrevivir, lo siento.

Deva se sentía desconsolada por no haberla podido acunar entre sus brazos y dar su cariño.

Rodrigo la abrazó fuertemente, intentando calmar su dolor.

—No te preocupes, amor mío. Siempre será nuestra pequeña y estoy seguro de que más adelante tendremos otra cazadora de ballenas en la familia. —Y selló aquellas palabras con un beso cargado de pasión—. Nel es perfecto, estoy deseando conocer a nuestro hijo. —Sus palabras se quebraron por la emoción—. Soy plenamente consciente de que tenemos muchos asuntos de los

que hablar, pero primero quisiera sostener en mis brazos a nuestro pequeño.

—Por supuesto, Nel te espera. Tiene tus mismos ojos —respondió Deva irradiando felicidad y sumamente emocionada. Por fin le tenía a su lado e iba a conocer a su pequeño.

—Me enorgullezco de que los tenga, pero seguro que es tan valiente como su madre. —La besó con auténtica devoción, intentando borrar todo el sufrimiento y los malos momentos que había pasado sin él.

—Te quiero. Me enamoré de ti en el preciso instante en el que tus ojos se clavaron en los míos cuando apareciste tirado en la playa.

—Yo también te quiero, y te juro que no volveré a separarme de tu lado. Voy a hacerte feliz el resto de nuestra vida.

Volvieron al interior de la casa, abrazados y felices, en busca de su hijo, dejando pendiente una conversación para más adelante. Tenían tiempo de sobra.

Rodrigo, emocionado, sostuvo por primera vez a su hijo entre sus brazos, sintiendo una felicidad plena y absoluta. Aquello sí que había sido una verdadera sorpresa. Nunca pensó que pudiera darse aquella maravillosa circunstancia, y daba gracias a Dios por ello. Y lloró de alegría. Nel era el mejor regalo que le podía haber hecho la vida. Por fin tenía su propia familia.

Tanto su padre como Elena decidieron acompañarle para conocer a su futura mujer y estar presentes en la boda, porque estaba claro que la celebrarían en aquellas lejanas tierras. Además, su padre necesitaba hablar con Velasco para contarle su verdadera identidad y proponerle que le ayudase a dirigir el castillo. Desconocía por completo que también a él le habían liberado de los votos y los juramentos que realizaron un día demasiado lejano para ellos en el tiempo. Era libre de abandonar la Orden. Continuarían vinculados a ella, pero podían hacer con sus vidas lo que quisieran.

Mientras Deva y Neco, que parecía bastante más mayor en aquellos momentos, enseñaban los alrededores de la casa a sus invitados, los dos hermanos se quedaron solos. Caminando sosegadamente se alejaron en busca del mar para estar tranquilos. Eran muchos temas los que tenían que hablar.

EPÍLOGO

Un mes después.

—Rodrigo. ¿Te encuentras bien? —preguntó Velasco intrigado—. No te localizaba por ninguna parte.

—Hermano, ven junto a mí. —Rodrigo estaba apartado del bullicio que había a su alrededor, todo era un ir y venir de gente. En cualquier momento aparecería Deva y daría comienzo la ceremonia, en la cual juraría ante Dios sus votos y promesas de amor eterno—. Sí, estoy bien. Tan solo estaba contemplando el mar y relajándome un poco.

—¡No me lo puedo creer! ¿No estarás nervioso por la boda, hermanito? —exclamó Velasco intentando relajar a un Rodrigo intranquilo.

—Me gusta que me llames «hermanito», pero recuerda que aunque poco, soy algo más mayor que tú. Me debes un respeto —dijo sonriendo Rodrigo—. Toda la vida considerándonos hermanos y resulta que lo somos de verdad. Cada vez que te escucho llamarme así, me lleno de alegría.

Velasco, después de hablar con su madre, descubrió realmente de quién era hijo. Aquello supuso una gran sorpresa para él, y si de algo se alegraba era de que por fin ella pudiera vivir tranquilamente aquel amor que habían mantenido en secreto durante tantos años. Su padre se había encargado de reconocerle antes de partir en su busca, por lo tanto, se había convertido de la noche a la mañana en legítimo heredero, y dadas las circunstancias de Rodrigo, sería él quien se hiciese cargo de castillo y de todas las obligaciones que le correspondían por derecho. Se sentía feliz y contento. Podría estar junto a su madre y conocer mejor a su padre. La idea de continuar en la Orden sin su hermano no la contempló en ningún momento, sus vidas habían cambiado y

permanecer allí sería un gran error. Su vida había dado un giro inesperado.

—También yo me asombré cuando me lo contaron, y me siento agradecido y feliz de que lo seamos —replicó sonriente Velasco, que era incapaz de ocultar sus sentimientos.

Rodrigo se sentía orgulloso de que Velasco compartiese su apellido y de que fuera él, el responsable de los asuntos familiares.

—Espero que vengas de vez en cuando a visitarnos.

Velasco prorrumpió en sonoras carcajadas.

—¿Acaso no piensas regresar a tus tierras? Deva querrá conocer tus raíces, y mi sobrino es un Ledesma.

—Iremos, hermano, de eso puedes estar seguro. No pienso olvidarme de vosotros. Llevamos la misma sangre. —Rodrigo tenía claro que siempre estaría al servicio de su familia. Pasara lo que pasase, y por muy lejos que estuvieran, siempre se mantendrían en contacto.

Velasco cambió de tema, volviendo al hecho de que su hermano estuviese alejado de todo.

—Después de la gran cantidad de batallas que hemos vivido juntos, me parece mentira que estés nervioso por casarte con una mujer maravillosa.

Rodrigo le miró extrañado, estaba claro que no se debía haber explicado bien.

—Lo que estoy es emocionado e inmensamente feliz de poder finalmente sellar mi amor con ella. Nunca pensé que llegaría a sentir todo esto. Han sido momentos muy duros los que hemos vividos separados. Simplemente me parece irreal; por fin he hecho realidad mi sueño de formar mi propia familia, y soy afortunado de que Deva se haya enamorado de mí.

Velasco le entendía perfectamente y al mismo tiempo le envidiaba. Ahora que disponía de libertad para hacer lo que quisiera con su vida, sin estar sometido a la rigidez de las normas a las que estaba acostumbrado, esperaba tener la misma suerte que su hermano y descubrir el amor. Anhelaba una vida parecida a la de Rodrigo, y se alegraba por él.

—Te deseo lo mejor. Y no hace falta que te recuerde que, si me necesitas,

no dudes en mandarme un aviso, que vendré a vuestro lado para ayudaros y protegeros.

—Lo mismo te digo, hermano. Por cierto, creo no haberte agradecido lo suficiente todo lo que hiciste por mi familia cuando estuve fuera. Salvaste a Deva de una muerte segura y también al pequeño Nel. —Neco le relató todo lo sucedido, sabía que había prometido no contar nada a nadie, pero con él era incapaz de guardar un secreto—. Eres el mejor hermano que podía tener.

—Hice lo que debía. Tú en mi lugar habrías actuado de la misma manera. No tienes nada que agradecerme.

Y ambos hermanos se fundieron en un abrazo cargado de emoción.

—Vayamos, Rodrigo, creo que una novia preciosa nos espera.

—Tienes razón, será mejor que nos apresuremos, porque si llego tarde estoy seguro de que es capaz de atacarme con el arpón —respondió Rodrigo con sarcasmo a su hermano, que respondió al comentario con una sonora carcajada.

—¡Válgame Dios!, tienes razón.

Llegaron a la ermita apenas unos instantes antes de que hiciese acto de presencia la novia. Desde su posición, no podía dejar de contemplar a la mujer más maravillosa del mundo. Llevaba puesto un vestido rosa claro, con discretos bordados cosidos con fino hilo de plata que deslumbraban con el sol. Elena se había encargado de todos los detalles y lo mandó confeccionar especialmente para la ocasión. Decía emocionada que Rodrigo era como un hijo para ella, por lo tanto, lo que sucedía realmente era que ganaba una hija, y como si fuese su madre la acogió, colmándola de atenciones y cariño. Su negra y larga melena la llevaba suelta, como a él le gustaba, adornada por diminutas florecillas silvestres que daban un toque de color a su rostro. Estaba radiante, y él se sentía el hombre más afortunado del mundo.

La ceremonia fue breve y muy emotiva. Sellaron su amor con un beso e intercambiaron unas alianzas especialmente elaboradas para ellos. Aunque ambos continuaban llevando colgados al cuello, el diente de ballena y el sello templario, siempre les acompañarían.

—Te quiero, preciosa.

—Y yo a ti.

Entre vítores y aplausos, agradecieron a todos los amigos y vecinos su compañía en un momento tan especial. Jorge se acercó a ella, sin poder ocultar las lágrimas de emoción que empañaban sus ojos.

—Enhorabuena, hermanita. Espero que sepa domar tu carácter —susurró a su oído intentando arrancarle una sonrisa.

Deva se abrazó a él, le quería mucho y le respondió con simpatía. —El que tiene que controlar su temperamento es él, pero no te preocupes que sabré mantenerle a raya. —Y ambos hermanos soltaron unas sonoras carcajadas, que para Rodrigo, que les observaba en la distancia, sonaban a música celestial.

Neco se sentía pletórico. Ver a sus hermanos felices era lo mejor que le podía suceder. Aprovechando que Laro estaba solo, mientras Jorge y Deva conversaban tranquilamente, se acercó hasta él.

—¡Felicidades! Estoy muy contento por vosotros —confesó con una sonrisa en los labios.

—Gracias, Neco. Espero que sepas aceptarme como alguien importante en tu vida.

—Siempre lo he hecho, es más, deseé con todas mis fuerzas que esto sucediera. Por mi hermana y por mí. —Su voz se fue apagando poco a poco, sentía vergüenza de compartir sus verdaderos sentimientos con él—. Realmente me gustaría que fueras un padre para mí.

Aquellas palabras infantiles, cargadas de sinceridad, emocionaron a un hombre duro que últimamente no dejaba de sentirse feliz.

—Por supuesto. Será para mí todo un honor. Hace ya mucho tiempo que empecé a quererte de esa manera. Siempre estaré a tu lado. Dame un abrazo, pequeño.

Y sin pensárselo dos veces, Neco obedeció a aquel hombre que era un referente para él y se aferró fuertemente a su cuello con cariño. Rodrigo le revolvió cariñosamente el cabello que una vez más llevaba revuelto y enredado. Aprovechó la intimidad del momento que estaban compartiendo para proponerle algo que estaba seguro que le iba a gustar.

—Neco, he estado pensando mucho un asunto que me quitaba el sueño. Creo que aún eres demasiado joven para enfrentarte a una ballena, todavía falta tiempo para ese momento, por lo tanto, considero que lo mejor para ti sería que te marcharas con mi hermano Velasco. Junto a él podrás aprender e instruirte como caballero, y cuando estés preparado regresas y te enfrentas a las ballenas. El futuro está en tus manos. Puedes ser un señor del mar o un caballero. O ambas cosas. ¿Qué opinas? —Deva y él lo habían estado hablando y les parecía una buena oportunidad para el pequeño.

—¡Fantástico! ¿Y podré tener una espada? —Neco estaba emocionado, aquello era una aventura para él. Saldría por fin del pequeño pueblo en el que había nacido, conocería mundo y aprendería todo lo que sabían ellos.

—Llegado el momento y bajo nuestra supervisión, la tendrás. Además, necesito que alguien cuide de Velasco, ya sabes que es un poco despistado —respondió guiñándole un ojo.

La complicidad que habían tenido siempre se mantenía intacta y ambos comenzaron a reírse, llamando de aquella manera la atención de Deva, que se acercó a ellos con una enorme sonrisa en los labios y con Nel dormido entre sus brazos.

—¿Qué tramáis? Cuando mis hombres están juntos, algo andáis urdiendo.

Neco le guiñó el ojo a Laro, porque para él siempre se llamaría así, y dándole un beso fugaz a Deva, se marchó corriendo en busca de Velasco para confirmarle que se marchaba con él.

Solos y alejados de la fiesta, los recién casados se retiraron tranquilamente para disfrutar en soledad de su compañía a la playa tranquila en la que tanto le gustaba estar a Deva.

Rodrigo había encontrado la felicidad en aquellas tierras lejanas, rodeado de altas montañas y agrestes acantilados. El sonido de las olas rompiendo enfurecidamente contra el litoral velaba sus sueños cada noche mientras dormía abrazado a Deva, y aquel olor intenso y puro a mar, le acompañaría el resto de sus días.

Su destino estaba sellado para siempre; se había unido con una guerrera, con la auténtica cazadora de ballenas. Una terrible galerna le había llevado

hasta ella y ningún temporal, por muy fuerte que fuese, lograría apartarle de su lado.

Su espada templaria le acompañaría de por vida, descansaría junto al arpón de su mujer.

Cazadora y guerrero. Fuego y agua. Así eran ellos, dos corazones de león que se amarían eternamente. Ella se había convertido en su hogar.

Sentados en la playa que Deva sentía como propia, escuchando el sonido de las olas del mar y esperando la visita de las ballenas, Rodrigo acarició su larga melena mecida por el viento, y depositó sobre sus hombros desnudos un reguero de besos que se iban quedando grabados en su piel tostada por el sol. Clavó su ardiente mirada sobre ella, haciendo que Deva se perdiera en unos maravillosos ojos verdes que le recordaban a las aguas bravas que tanto le gustaban. Entre caricias y susurros, se entregaron el uno al otro.

—Deva...

—Sí...

—Seré tuyo, ahora y siempre.

Este libro es una obra de ficción.
Los personajes, nombres, lugares e incidentes
son producto de la imaginación de la autora y
se utilizan de manera ficticia.
Cualquier parecido con personas o hechos sucedidos
es pura coincidencia.

Nota de la autora

Galerna es una novela totalmente ficticia, ambientada en un periodo real de la historia.

En el Siglo XIII los pueblos de la costa de Cantabria se convirtieron en los puertos de mar de los pueblos de interior de la península ibérica. En aquella época existía la Hermandad de las Cuatro Villas de la costa de mar, que fue una entidad administrativa que agrupaba a las villas costeras del norte, pertenecientes al Reino de Castilla. Estaba formada por los pueblos de San Vicente de la Barquera, Santander, Laredo y Castro Urdiales, puertos principales tanto para el comercio, como para el traslado de peregrinos procedentes de Europa que deseaban realizar el Camino de Santiago.

Isla, Noja, Ajo y Santoña son pueblos, que aunque bastante más pequeños, tuvieron su importancia durante aquellos tiempos, tanto por la pesca, como por el mencionado Camino de Santiago.

Gran parte de la historia de esta novela transcurre en el pueblo de Isla, perteneciente a Cantabria (España), que delimita con el mar Cantábrico al norte, la ría de Joyel y la localidad de Noja al este, el pueblo de Ajo y la ría que lleva el mismo nombre al oeste, y por el monte Cincho y Arnüero al sur. Es un pueblo de tradición marinera, en el que durante la Edad Media se practicó la caza de ballena como medio de vida, ya que les proporcionaba cuantiosos beneficios.

Las atalayas, que son los puestos de vigilancia ballenera existieron de verdad, aún hoy queda algún resquicio de ello. La manera de cazar a los cetáceos es real, salían en su busca para darles muerte en pequeñas barcas con remos, que con el tiempo terminaron convirtiéndose en las Traineras con las que actualmente se realizan competiciones a lo largo de la costa cantábrica. La casa de las ballenas existió realmente junto a la actual Ermita de San Sebastián. El puerto de Quejo en aquellos lejanos tiempos tuvo importancia. Se encontraron multitud de huesos de ballena debajo de lo que hoy en día son hoteles, restos de un pasado que forman parte de nuestro presente.

En ningún momento he pretendido hacer una novela histórica, simplemente he necesitado documentarme para poder contar un relato ficticio basado en unos hechos que fueron reales.

Por último, quisiera resaltar el valor y el coraje de los marineros, pescadores y navegantes que surcaron los mares, y que a lo largo de la historia, con medios rudimentarios, fueron capaces de realizar proezas épicas.

Espero que disfrutéis de la novela tanto como lo he hecho yo escribiéndola.

Gracias por confiar en mis historias.

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a mi marido Carlos y a mis hijos, Víctor y Paula, por la paciencia que tienen conmigo y la cantidad de tiempo que me regalan para que yo pueda hacer esto que tanto me gusta. Galerna es una historia inventada, ubicada en un lugar real y en un contexto histórico lejano. Espero sinceramente que hayáis disfrutado leyéndola tanto como yo escribiéndola.

En esta ocasión, quiero hacer una mención especial a mis padres, Julio y Mari, porque siempre están a mi lado apoyándome y queriéndome incondicionalmente. Gracias a mi hermano Julio, la distancia no es tanta sabiendo que siempre estás ahí. Gracias también a Chelín y Conchita porque nunca dejan de estar junto a mí.

A Hermi Torralba, una y mil veces gracias por tu cariño, el tiempo y la paciencia que has tenido conmigo. Es maravilloso saber que eres parte importante de esta historia.

Yolanda Revuelta, mi agradecimiento infinito por ser y por estar a mi lado.

Patricia García y Tina, en ocasiones uno se encuentra en su vida con gente maravillosa y por eso me siento afortunada, por teneros en la mía.

A Inés Morán muchas gracias por ser como eres, por tu cariño y tu inestimable ayuda. La Librería Inés es ese rinconcito mágico y especial en el que se hacen realidad nuestros sueños.

A Maiki, gracias por tu paciencia y por saber entenderme. El espíritu del libro queda reflejado con tu maravilloso trabajo.

A Marta Diego, gracias por confiar en mí y estar en los momentos

importantes.

A Mary Ann Geeby, gracias por tus palabras, tus consejos y sobre todo por tu maravillosa sonrisa.

Ana Silva, gracias por tu incondicional apoyo y por las risas que compartimos.

A todas las Purpurinas, muchas gracias por arrancarme una sonrisa todas las mañanas, gracias por formar parte de esta aventura tan bonita que es escribir. Las quedadas son geniales.

A Mar Fernández, gracias por todo y por estar siempre a mi lado.

Quiero dar las gracias y todo mi cariño a ese inestimable grupo de amigos, importantes para mí, que siempre está a mi lado. En buena compañía las horas pasan volando y las dificultades se hacen más pequeñas y llevaderas. Las sonrisas iluminan el alma de aquellos a los quiero, y las charlas liberan nuestros pensamientos y aligeran nuestros corazones, es maravilloso compartir todo esto con vosotros.

Y lo más importante de todo, gracias por leerme, sin vosotros no tendría sentido escribir. Gracias por la confianza depositada en mis historias. Todo mi cariño es para vosotros.

Teresa.



TERESA HERNÁNDEZ

María Teresa Hernández Martín, nació un 20 de Agosto de 1976 en Madrid.

Tanto su infancia como su adolescencia transcurrieron en Coslada, pueblo de la capital (Madrid) donde disfrutaba de sus dos pasiones, la lectura y la escritura. Siempre rodeada de libros, cuadernos y lapiceros para poder escribir todas aquellas ideas que acudían a su cabeza. Sus primeros escritos juveniles fueron de poesía.

En el año 2000, se trasladó a Cantabria, donde reside habitualmente con su marido y sus dos hijos, Víctor y Paula. Ellos tres son el motor de su vida.

Secretaria de Dirección, decide lanzarse a cumplir su sueño, escribir.

Vive rodeada de verdes montañas y cielos azules en Santiago de Compostela, y del mar Cantábrico, inspirador y briznio, en Isla (Cantabria), donde ha sido capaz de dar rienda suelta a su imaginación y hacer realidad el sueño de escribir y poder transmitir sus historias a los demás, poder llegar a ellos a través de las palabras.

Lectora insaciable e incansable, sigue una máxima en su vida: hay que intentar que los sueños se hagan realidad; ante todo, hay que intentar ser feliz.

La vida es para vivirla.

PUEDES ENCONTRARME EN

www.mariateresahernandez.com





kindle direct publishing

Participante

Novela participante en el Concurso Literario Amazon 2018.

Gracias por leerla, sería de gran ayuda para mi participación que dejases tu opinión sobre la novela en Amazon

Gracias adelantadas por el apoyo.



YA A LA VENTA EN **amazon** GRATIS EN **kindleunlimited**
amazon

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA

Nunca llegamos a saber de nosotros lo que nos tiene separada la vida.
Normalmente suponemos que todo lo que estamos viviendo es ese momento y está bien. Pero es la que pensaba que iba a ser. Cada noche me despierto con sus voces, voces y olores a mi alrededor que son los que debían pasar. Formaban parte de mi vida. Hasta que un día sucede algo que lo cambia todo, un detonante que hace que me despierte a las voces y momentos de mi vida. La estabilidad y tranquilidad que creí tener se tambalea.
Se una manera peligrosa, haciéndoles entrar en una espiral de autodestrucción imparable.

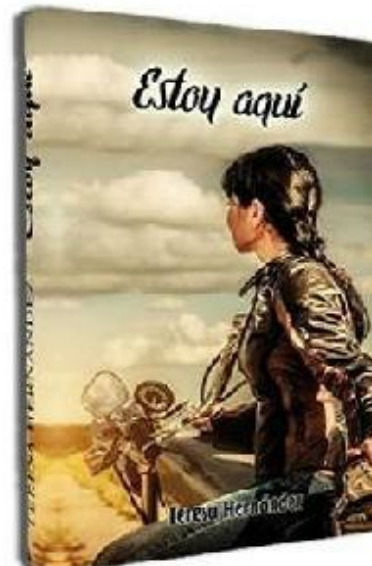
Ninguna encuentra la manera de salir de esa oscuridad que todo lo consume y roba. Bullying y anorexia.

Se enfrentan por separado, o se dan a todos y cada uno de los fantasmas que rodean su corazón y dejan al niente, inmutándose con una vida normal.

Son sus derroteros los que han tomado el control de sus vidas. Bloqueando su mente y anulando la capacidad de razonar como se debería. Deja y de por ellos mismos para intentar salir de los agujeros de los que fluyen. Pero en el camino encuentran a sus vidas, por eso aparece una persona especial que intentará de una manera diferente, conectarlos y ayudarlos. Será, será si logran unir entre ellos y sus mundos. Espero era que sus caminos se cruzan y, de una manera natural y sencilla, pierden la memoria de sus vidas.

¿Serán capaces de recuperar sus vidas?
¿Será si se pierden sus vidas y por eso se pierden?
¿Serán capaces de confiar en uno al otro?
Es una historia cargada de esperanza y posibilidades.

Siempre soy alguien que nos muestra una sonrisa, siempre soy el so,
únicamente tenemos que ser capaces de saber verlo.



YA A LA VENTA EN **amazon** GRATIS EN **kindleunlimited**
amazon



No es una mujer fuerte e independiente, enamorada de su trabajo que se siente plena de felicidad y pertenencia al momento. Tiene una vida segura, organizada y bienida.

No cuenta las panzas al amor, por haberse grabado a fuego el recuerdo de una mala experiencia y por ello no confía en poder encontrarlo.

De un aviso su mundo es zarandeado y presto al revés.

Tarda demasiado tiempo en descubrir algo que abortará su vida, mientras tanto, regresa a ella la persona que más como lo hizo en el pasado y desaparece de golpe alguien muy próximo a su círculo más íntimo.

Un velo tranquilo de repente convertido en torcazo o tormenta.

Anécdotas, secuestro, terrorismo... y en mitad de todo ello, intriga, peligro, sexo, amistad y amor.

Por mucho que nosotros insistamos en marcar nuestro propio camino, será la vida la auténtica responsable de designar nuestro destino.

YA A LA VENTA EN **amazon** GRATIS EN **kindleunlimited**
amazon